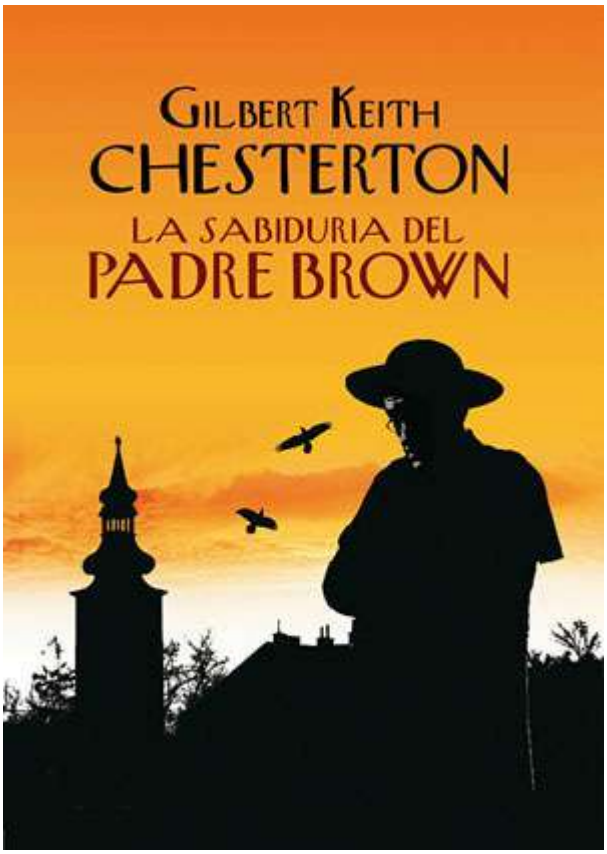
LA SABIDURÍA DEL PADRE BROWN



G.K. Chesterton

TRADUCCIÓN

JOSÉ RAFAEL HERNÁNDEZ ARIAS

The Wisdom of Father Brown
1ª edición: febrero de 2001
©Diseño & Ilustración de cubierta: Cristina Belmonte Paccini
©de la Traducción: José Rafael Hernández Arias
©de esta Edición: Valdemar® (Enokia s.l.)
Gran Vía 69/Madrid 28013
www.valdemar.com
ISBN:84—7702—338—7 Depósito Legal:M—5.616—2001
Impreso en España / Gráficas Rogar

Digitalización por Antiguo
Corrección por Lili

ÍNDICE

LA AUSENCIA DE MR. GLASS
EL PARAÍSO DE LOS LADRONES
EL DUELO DEL DR. HIRSCH
EL HOMBRE EN EL PASAJE
EL ERROR DE LA MÁQUINA
LA CABEZA DEL CESAR
LA PELUCA MORADA
LA EXTINCIÓN DE LOS PENDRAGON
EL DIOS DE LOS GONGS
LA ENSALADA DEL CORONEL CRAY
EL EXTRAÑO CRIMEN DE JOHN BOULNOIS
EL CUENTO DE HADAS DEL PADRE BROWN

LA AUSENCIA DE MR. GLASS

La consulta del doctor Orion Hood, el eminente criminólogo y especialista en ciertos desordenes morales, tenía vista al mar y estaba situada en Scarborough. Desde sus ventanas de estilo francés, grandes y bien iluminadas, se podía contemplar el mar del Norte como un infinito muro exterior de mármol azul verdoso. En un lugar así, el mar tenía algo de la monotonía de un friso monocromo, pues en las estancias regía una terrible pulcritud, no muy diferente a la del mar. No debe suponerse, sin embargo, que el apartamento del Dr. Hood carecía de lujo o, incluso, de poesía. Todo lo contrario, se podían percibir claramente, pero uno sentía que no se les permitía salir de allí. El lujo estaba presente: sobre una mesa había ocho o diez cajas de los mejores cigarros, aunque situadas de tal modo que los más fuertes siempre estaban más cerca de la pared y los más suaves de la ventana. Asimismo, un mueble bar, que contenía tres tipos de licores excelentes, permanecía siempre sobre la lujosa mesa. Pero la moda mandaba que el whisky, el brandy y el ron siempre parecieran situados al mismo nivel. La poesía también estaba presente: en una esquina de la habitación se alineaban los clásicos ingleses, en otra los fisiólogos ingleses y extranjeros. Pero si alguien tomaba un volumen de Chaucer o de Shelley de uno de los anaqueles, su ausencia irritaba tanto la mirada como la falta de un diente delantero en una persona. No se podría decir si esos libros se habían leído alguna vez, probablemente si, pero su ser mismo parecía encadenarlos a sus sitios, como las biblias en las iglesias antiguas. El doctor Hood trataba sus anaqueles como si fueran la biblioteca pública. Y si esa intangibilidad estrictamente científica inundaba incluso los anaqueles cargados de poesías y baladas, así como las mesas cargadas con bebidas y tabaco, para qué hablar de la santidad que protegía los anaqueles de la biblioteca especializada, y las otras mesas que sustentaban los instrumentos frágiles e, incluso, fantásticos, de química y mecánica.

El doctor Orion recorrió toda la longitud de sus estancias, limitadas, como dicen los niños en geografía, al este por el mar del Norte y al oeste por las series de anaqueles de su biblioteca sociológica y criminológica. Estaba vestido con una chaqueta de terciopelo, pero no con la negligencia de un artista; su pelo, moteado de canas, parecía abundante y saludable; su rostro era delgado, aunque sanguíneo y expectante. Todo en él y en su habitación indicaba algo al mismo tiempo rígido y desasosegado, como ese gran mar nórdico en el que (por puros principios de higiene) había edificado su hogar.

El destino, de buen humor, llamó a la puerta para introducir en una de esas salas largas y estrictas con vistas al mar a alguien que era lo más opuesto a ellas y a su dueño. En respuesta a una corta pero gentil invitación, la puerta se abrió; a continuación, una figura informe, que parecía encontrar su propio sombrero y paraguas tan inmanejables como un enorme equipaje, se internó en la habitación arrastrando los pies. El paraguas presentaba el aspecto de un envoltorio negro y prosaico lleno de cosidos; el sombrero era uno de esos sombreros negros y planos de clérigo, tan raros en Inglaterra; el hombre era la encarnación de todo lo que es sencillo e inofensivo.

El doctor contempló al recién llegado con un asombro contenido, aunque similar al que habría mostrado si una enorme pero inofensiva bestia marina se hubiese arrastrado hasta su habitación. El recién llegado contempló a su vez al doctor con esa radiante y estupefacta actitud que caracteriza a las criadas corpulentas que por fin han logrado acomodarse en el ómnibus, mostrando una mezcla de autofelicitación y de confusión corporal. Su sombrero se cayó sobre la alfombra, su pesado paraguas se resbaló por sus rodillas con un ruido sordo.

Intentó coger el segundo mientras se agachaba a coger el primero y, al mismo tiempo, con una sonrisa intacta en su redonda faz, habló como sigue:

—Me llamo Brown. Por favor, excúseme. He venido por el asunto de los Mac Nab. Me he enterado de que usted ayuda a la gente a salir de ese tipo de problemas. Perdóneme si me equivoco.

Cuando terminó de hablar, ya había logrado recobrar el sombrero, e hizo un breve y extraño movimiento con él como si quisiera que todo quedase convenientemente ajustado.

—No le entiendo muy bien —replicó el científico con frialdad—. Me temo que se ha equivocado de lugar. Yo soy el doctor Hood, y mi trabajo es casi de carácter literario y pedagógico. Es verdad que a veces la policía me ha consultado en casos de peculiar dificultad e importancia, pero...

—Oh, el caso es de gran importancia —le interrumpió el hombrecillo llamado Brown—, ya que su madre no les permitirá casarse.

Y, dicho esto, se reclinó en su sillón con una radiante racionalidad.

Las cejas del doctor Hood se oscurecieron al contraerse, pero los ojos permanecieron brillantes con algo que podía ser cólera o diversión.

—Sigo sin comprender del todo —dijo.

—Ya ve, se quieren casar —dijo el hombre con el sombrero clerical—. Maggie Mac Nab y el joven Todhunter se quieren *casar*. Bien, ¿qué puede ser más importante que eso?.

Los grandes triunfos científicos de Orion Hood le habían privado de muchas cosas, algunos decían que de su salud, otros que de Dios, pero no lo habían despojado completamente de su sentido del absurdo. Cuando escuchó la última frase del ingenioso sacerdote, una carcajada luchó por irrumpir en sus labios y se apoyó en uno de los brazos de su sillón con la actitud irónica de un médico en la consulta.

—Señor Brown —dijo con gravedad—, ya han pasado catorce años y medio desde que me pidieron que me encargase de un problema personal, fue el caso del intento de envenenamiento del presidente francés durante el banquete que ofreció el alcalde. Ahora, por lo que entiendo, se trata de la cuestión de si una amiga suya, llamada Maggie, es una prometida adecuada para un amigo suyo llamado Todhunter. Bien, señor Brown, soy un deportista. Asumiré el caso. Le daré a la familia Mac Nab mi mejor consejo, tan bueno como si tuviera que dárselo a la República francesa o al rey de Inglaterra. No, sin duda será mejor, catorce años mejor. Esta tarde no tengo nada que hacer. Cuénteme su historia.

El pequeño clérigo llamado Brown se lo agradeció con un calor incuestionable, pero con extraña simplicidad. Era más como si le estuviera agradeciendo a un extraño en un salón de fumadores que le dejara las cerillas, que como si le estuviera agradeciendo (como en realidad sucedía) al curador de Kew Gardens que fuera con él al campo a buscar un trébol de cuatro hojas. Con alguna interjección después de su sincero agradecimiento, el hombrecillo comenzó su historia:

—Ya le dije que me llamo Brown; bien, el asunto es el siguiente, soy sacerdote de la pequeña iglesia católica situada al norte, más allá de las últimas calles del pueblo. En la última de esas calles, la que corre paralela al mar como un rompeolas, vive un miembro de mi rebaño muy honesto, aunque de carácter algo huraño, una viuda llamada Mac Nab. Tiene una hija y ofrece hospedaje; entre ella y su hija, así como entre ella y sus huéspedes, bien, diría que las dos partes podrían hablar mucho. En el momento presente sólo tiene un huésped, un joven llamado Todhunter, pero le ha dado más trabajo que todos los demás, ya

que quiere casarse con la joven dama de la casa.

—Y la joven dama —preguntó el Dr. Hood con un rostro divertido—, ¿qué quiere?.

—Pues casarse con él —exclamó el padre Brown, levantándose con vehemencia—. Ahí radica la terrible complicación.

—Realmente se trata de un enigma intrincado —dijo el Dr. Hood.

—Ese joven, James Todhunter —continuó el clérigo—, es, por lo que sé, un hombre muy decente, pero nadie sabe mucho acerca de él. Es un tipo pequeño y brillante, de pelo castaño, ágil como un mono, va rasurado como un actor y se muestra servicial como un cortesano. Parece tener dinero, pero nadie sabe en qué consiste su ocupación. Por consiguiente, la señora Mac Nab —siendo de un temperamento pesimista— sospecha que se trata de algo terrible y probablemente conectado con la dinamita. Esa dinamita parece ser silenciosa, pues el pobre hombre permanece callado durante horas y estudia algo detrás de la puerta cerrada. Declara que su silencio es temporal y justificado y promete explicarlo todo antes de la boda. Eso es lo que se tiene por cierto. Pero la señora Mac Nab le podrá contar mucho más, de lo que no tiene ninguna prueba. Ya sabe cómo crecen las historias en el jardín de la ignorancia. Hay quien dice que se oyen dos voces en la habitación, pero cuando la puerta permanece abierta, Todhunter siempre está solo. Hay cuentos acerca de un misterioso hombre alto con un sombrero de seda, surgido de la neblina y que, al parecer, salió del mar, anduvo lentamente por la playa, atravesó el pequeño jardín trasero a la luz del crepúsculo, hasta que le oyeron hablar con el huésped por la ventana. El diálogo pareció acabar en una disputa. Todhunter cerró violentamente la ventana, y el hombre del sombrero de seda volvió a esfumarse en la niebla marina. Esta historia se cuenta en la familia con gran perplejidad, pero yo creo que la señora Mac Nab prefiere su propia versión, la de que el otro hombre (o lo que sea) sale arrastrándose todas las noches de la caseta de la esquina, que permanece cerrada durante todo el día. Ya ve cómo la puerta cerrada de Todhunter sirve para abrir la puerta a todo tipo de fantasías y monstruosidades de las *Mil y una noches*. Y el tipo respetable con la chaqueta negra, tan puntual e inocente como un reloj parlante, paga el alquiler con formalidad, prácticamente es abstemio, se muestra incansablemente amable con los niños y les puede divertir durante todo el día y, lo último y más importante, también se ha hecho querer por la hija mayor, que está dispuesta a casarse con él mañana mismo.

Un hombre interesado en grandes teorías siempre siente fruición en aplicarlas a cualquier trivialidad. El gran especialista, después de haber condescendido con la simplicidad del sacerdote, siguió haciéndolo con benevolencia. Se apoyó cómodamente en los brazos de su sillón y comenzó a hablar con el tono de un lector cuya mente está ausente.

—Aunque sólo sea por un minuto, en primer lugar es mejor considerar las principales tendencias de la naturaleza. Una flor particular puede ser que no muera a principios del invierno, pero las flores mueren; puede que la marea no se lleve a una concha, pero la marea sube. Para el ojo científico toda la historia humana no es más que una serie de movimientos colectivos, de destrucciones y migraciones, como la masacre de moscas en invierno o el retorno de las aves en primavera. Bien, la raíz de todo en la historia es la raza. La raza produce la religión, la raza produce las guerras legales y éticas. No hay un caso más asombroso que el tronco extraño, espiritual y moribundo que comúnmente denominamos «celta», del que son especimenes sus amigos los Mac Nab. Pequeños, morenos, y con esa sangre soñadora y errática, aceptan fácilmente la explicación supersticiosa de todos los incidentes, del mismo modo en que aún aceptan (excúseme por decirlo) la explicación supersticiosa de todos los incidentes que tanto usted como su Iglesia representan. No es

sorprendente que esa gente, con el mar rugiente a sus espaldas y la Iglesia (excúseme de nuevo) bramando ante ellos, dote de características fantásticas a lo que con toda probabilidad sólo sean sucesos sencillos. Usted, con sus pequeñas responsabilidades parroquiales, ve solamente a esa particular señora Mac Nab, aterrorizada con ese cuento de las dos voces y del hombre alto que sale del mar. Pero el hombre con imaginación científica ve todo el clan de los Mac Nab, diseminado por todo el mundo, tan uniforme en su último estadio como una bandada de pájaros. Él ve a miles de señoras Mac Nab, en miles de casas, escanciando su pequeña gota de morbosidad en las tazas de té de sus amigas; él ve...

Antes de que el científico pudiese concluir su frase, se oyó en el exterior otra invitación a entrar, esta vez más impaciente; una mujer con faldas rumorosas estaba siendo conducida precipitadamente por el pasillo, y la puerta se abrió mostrando a una joven, decentemente vestida, pero con algún desorden, y colorada por el arrebato. Tenía el cabello rubio y alborotado, y habría sido de una belleza perfecta si sus pómulos no hubieran estado, a la manera escocesa, un poco elevados y con demasiado color. Su disculpa fue tan abrupta como una orden.

—Siento interrumpirle, señor —dijo—, pero tuve que seguir al padre Brown enseguida, es una cuestión de vida o muerte.

El padre Brown comenzó a mover sus pies con nerviosismo.

—¿Por qué?. ¿Qué ha ocurrido, Maggie? —dijo.

—James ha sido asesinado, por lo que he podido deducir —respondió la muchacha, aún respirando con dificultad por la carrera—. Ese hombre, Glass, ha estado de nuevo con él. Los oí hablar a través de la puerta: dos voces distintas. James hablaba en voz baja, guturalmente, y la otra voz se oía alta y vibrante.

—¿Ese hombre Glass? —repitió el sacerdote con perplejidad.

—Sé que se llama Glass —respondió la joven con gran impaciencia—. Lo oí a través de la puerta. Estaban discutiendo, sobre dinero, según creo, pues oí cómo James repetía una y otra vez: «Eso es cierto, señor Glass», o «no, señor Glass» y luego «dos o tres, señor Glass». Pero estamos hablando demasiado, tiene que venir enseguida, aún podemos llegar a tiempo.

—¿A tiempo para qué? —preguntó el Dr. Hood, que había estado estudiando a la joven con gran interés—. ¿Por qué los problemas del señor Glass con su dinero causan tanta urgencia?.

—Intenté abrir la puerta con violencia y no pude —respondió brevemente la joven—. Luego corrí hacia el patio trasero y logré trepar hasta el alféizar de la ventana de su habitación. En el interior había una luz mortecina, y la habitación parecía vacía, pero juro que vi a James en el suelo, acurrucado en una esquina, como si estuviera drogado o le hubieran estrangulado.

—Eso es muy serio —dijo el padre Brown, cogiendo su sombrero errante y su paraguas—. De hecho, estaba explicándole su caso a este caballero, y su punto de vista...

—Ha cambiado desde hace un rato —dijo con gravedad el científico—. No creo que esta dama sea tan celta como había supuesto. Como no tengo otra cosa que hacer, me pondré el sombrero y les acompañaré al pueblo.

Poco después, los tres estaban aproximándose a la calle algo deprimente en que vivían los Mac Nab: la muchacha con el paso firme y jadeante de un montañero, el criminólogo con ligereza (que no carecía de la agilidad de un leopardo), y el sacerdote con un trote enérgico completamente carente de distinción. El aspecto de ese extremo del pueblo encontraba una justificación en las opiniones del doctor acerca de los ambientes y lugares desolados. Las

casas dispersas se extendían como una cadena rota a lo largo de la costa. La tarde se estaba cerrando con una penumbra prematura y lívida. El mar parecía tinta púrpura y bramaba ominosamente. En el descuidado jardín trasero de los Mac Nab, que corría paralelo a la arena de la playa, se levantaban dos árboles negros y deslucidos, como las manos alzadas de un demonio asombrado, y cuando la señora Mac Nab vino hacia ellos a través de la arena con las manos sarmentosas elevadas del mismo modo, con su fiero rostro oculto en la sombra, ella misma también parecía un demonio. El doctor y el sacerdote apenas replicaron a las chillonas reiteraciones de la historia de su hija, enriquecida con detalles perturbadores de su propia cosecha, y a las voces de venganza contra el señor Glass por asesinato y contra Todhunter por haber sido asesinado, o contra este último por haber querido casarse con su hija y por no haber vivido para hacerlo. Entraron en la casa y llegaron a la puerta de Todhunter. Allí, el doctor Hood, con el estilo de un viejo detective, lanzó su hombro contra la puerta y la abrió.

Ante ellos se ofreció la escena de una catástrofe silenciosa. Nadie que la contemplara, aunque sólo fuera por un instante, podía dudar que esa habitación había sido el escenario de una colisión terrible entre dos o más personas. Los naipes de una baraja yacían por doquier, sobre la mesa y sobre el suelo, como si el juego se hubiera interrumpido de improviso. Dos vasos de vino permanecían en una esquina de la mesa, pero un tercero estaba roto sobre la alfombra. Poco más allá había un cuchillo o espada corta, recta, pero con una empuñadura ricamente ornamentada: su filo romo reflejaba la luz opaca procedente de la ventana, que mostraba los árboles negros contra el horizonte plomizo del mar. En la esquina opuesta de la habitación había una chistera de seda, como si se la hubiesen quitado a un caballero de un manotazo, parecía como si aún se la viera rodar. Y en la otra esquina, arrojado como un saco de patatas y atado como un baúl de ferrocarril, yacía Mr. James Todhunter, con una alfombra que le ocultaba los labios y seis o siete cuerdas anudadas a los brazos. Sus ojos castaños estaban vivos y miraban con una actitud de alerta.

El Dr. Orion Hood permaneció un instante estático en el umbral de la puerta y sumido en la escena de aquella silenciosa violencia. Luego atravesó ágilmente la alfombra, recogió la chistera negra y la puso gravemente en la cabeza del maniatado Todhunter. Era demasiado grande para él y resbaló hasta sus hombros.

—El sombrero de Mr. Glass —dijo el doctor, regresando con él y observándolo con una lupa de bolsillo—. ¿Cómo se puede explicar la ausencia del señor Glass y la presencia de su sombrero?. Porque el señor Glass no es una persona descuidada con sus prendas de vestir. Este sombrero tiene estilo y ha sido limpiado y cepillado sistemáticamente, aunque no sea muy nuevo. Un viejo dandi, diría.

—Pero, ¡por todos los santos! —exclamó la señorita Mac Nab—, ¿no van a desatar al hombre antes que nada?.

—Dije «viejo» con intención, pero no con certeza—continuó el expositor—, la razón puede parecer un poco descabellada. El pelo de los seres humanos se cae de un modo distinto, aunque casi siempre poco a poco, y con la lupa debería ver los diminutos pelos en un sombrero que se ha llevado recientemente. No tiene ninguno, lo que me lleva a pensar que el señor Glass es calvo. Ahora bien, si esto se une a la voz aguda y trémula que la señorita Mac Nab describió tan vividamente (paciencia, querida, paciencia), si tomamos la cabeza calva y ese tono de voz corriente en un enfado senil, creo que podríamos llegar a la conclusión de que se trata de un hombre entrado en años. Sin embargo, era probablemente vigoroso y, con casi toda certeza, alto. Uno puede fiarse en cierto grado de la historia acerca

de su aparición en la ventana, la que le retrata como un hombre alto con un sombrero de seda, pero pienso que tengo una descripción más exacta. Hay fragmentos de ese vaso de vino por toda la habitación, pero uno de ellos está en esa repisa, junto al mantel. Ningún fragmento podría haber caído allí, si el vaso se hubiera roto en las manos de un hombre comparativamente más bajo, como Mr. Todhunter.

—A propósito —dijo el padre Brown—, ¿no sería mejor desatar al señor Todhunter?.

—Pero nuestra lección de los vasos no se acaba aquí —prosiguió el especialista—. Me atrevería a decir que es posible que el señor Glass fuese calvo o nervioso por disipación y no por la edad. Mr. Todhunter, como se ha afirmado, es un caballero callado y ahorrativo, esencialmente un abstemio. Estas cartas y estos vasos de vino no forman parte de sus hábitos, han tenido que llegar aquí debido a un compañero algo particular. Pero al parecer tenemos que ir más lejos. El señor Todhunter podía poseer o no ese servicio de vino, pero no hay muestras de que poseyera vino. Entonces, ¿qué contienen esos vasos?. Sugeriría de inmediato que brandy o whisky, quizá de alguna marca lujosa, y procedente de un frasco del bolsillo de Mr. Glass. Ya tenemos algo parecido a un retrato del hombre o, al menos, del tipo de hombre: alto, mayor, elegante, aunque de ropas algo raídas, con certeza aficionado al juego y a las bebidas fuertes, tal vez demasiado aficionado. El señor Glass es un caballero conocido en los ambientes marginales de la sociedad.

—¡Oigan! —exclamó la joven—. Sino me dejan pasar para desatarle, llamaré a la policía.

—No se lo aconsejaría, señorita Mac Nab —dijo el Dr. Hood con gravedad—, yo no me daría prisa en llamar a la policía. Padre Brown, le pido seriamente que tranquilice a su rebaño, no por mi bien sino por el suyo. Bien, ya hemos visto algo de la figura y de los atributos del señor Glass. ¿Cuáles son los atributos primordiales del señor Todhunter?. Son esencialmente tres: que es un hombre ahorrativo, que está más o menos sano y que tiene un secreto. Bien, es obvio que estas tres características son propias de un hombre al que le están chantajeando. Y es igualmente obvio que su elegancia marchita, los hábitos libertinos y la irritabilidad del señor Glass son las señales inconfundibles del hombre que chantajea. Aquí nos encontramos con las dos típicas figuras de una tragedia causada por un asunto de soborno. Por una parte, el hombre respetable con un misterio; por otra, el buitre barriobajero con un sentido para el misterio. Estos dos hombres se han encontrado hoy aquí y han luchado a puñetazos y con objetos de la habitación.

—¿Le va a quitar esas cuerdas? —preguntó la joven con tozudez.

El doctor Hood colocó cuidadosamente el sombrero sobre la mesa y se aproximó a la víctima maniatada. La contempló detenidamente, incluso la movió un poco y giró algo sus hombros, pero se limitó a responder:

—No, creo que estas cuerdas harán muy bien su trabajo hasta que vengan sus amigos de la policía con las esposas.

El padre Brown, que había estado mirando todo ese tiempo con aburrimiento a la alfombra, elevó su cara redonda y preguntó:

—¿Qué quiere decir?.

El hombre de ciencia había recogido la peculiar daga de la alfombra y la estaba examinando atentamente, después respondió:

—Como han encontrado a Mr. Todhunter atado, han llegado a la conclusión de que el señor Glass lo ha atado y, a continuación, ha huido. Hay cuatro objeciones a esta teoría. Primera: ¿por qué un caballero tan a la moda como nuestro Mr. Glass se tendría que dejar su

sombrero, si no lo hubiese dejado por su propia voluntad?. Segunda —y se desplazó hacia la ventana—: ésta es la única salida, y está cerrada por dentro. Tercera: el filo de la daga tiene en la punta una diminuta mancha de sangre, pero no hay ninguna herida en el señor Todhunter. El señor Glass se llevó consigo esa herida, vivo o muerto, y lo más probable es lo segundo, pues resulta más creíble que la persona chantajeada intente matar al íncubo, y no que el chantajista intente matar al ganso de los huevos de oro. Bueno, aquí, según creo, tenemos la historia completa.

—¿Y las cuerdas? —inquirió el sacerdote, cuyos ojos se habían mantenido abiertos con una admiración más bien inexpresiva.

—¡Ah, las cuerdas! —dijo el experto con una entonación singular—. La señorita Mac Nab deseaba saber por qué no liberaba al señor Todhunter de sus cuerdas. Bien, se lo diré. No lo hice porque el señor Todhunter se puede liberar de ellas cuando quiera.

—¿Qué? —exclamó la audiencia con tonos diferentes de asombro.

—He comprobado todos los nudos —afirmó Hood con tranquilidad—, y sé algo acerca de nudos, ya que son una rama de la ciencia criminal. Él mismo ha hecho esos nudos y él mismo los puede desatar si quiere. Ninguno de ellos pudo haber sido hecho por un enemigo que realmente intentase maniatarle. Todo el asunto de las cuerdas no es más que un truco inteligente para hacernos creer que él ha sido la víctima de la lucha en vez del desgraciado Glass, cuyo cuerpo estará escondido en el jardín o en el hueco de la chimenea.

Hubo un silencio depresivo. La habitación se estaba quedando a oscuras, las ramas de los árboles se tornaban más delgadas y negras, parecían haberse aproximado a la ventana. Uno casi podía imaginarse que eran monstruos marinos, como pulpos gigantes extendiendo sus tentáculos y arrastrándose desde el mar para conocer el final de la tragedia, como había hecho *él,* ya fuese el villano o la víctima, el hombre terrible con la chistera, que también se había arrastrado desde el mar. Toda la atmósfera estaba cargada con la morbosidad del chantaje, que es lo más mórbido de las cosas humanas, pues es un crimen que concierne a otro crimen: una venda negra sobre una herida negra.

El rostro del pequeño sacerdote católico, que normalmente presentaba un aspecto complaciente, incluso cómico, se había arrugado repentinamente. No se trataba de la mera curiosidad que surge del candor, sino la curiosidad creativa que aparece cuando un hombre siente el surgimiento de una idea.

—Diga eso otra vez, por favor —dijo con un tono simple y preocupado—. ¿Cree usted que Todhunter se puede atar y desatar a si mismo sin ayuda de nadie?.

—Eso es lo que he dicho —dijo el doctor.

—¡Santo Cielo! —exclamó de repente Brown—. Me pregunto si podría ser así.

Se movió por la habitación como un conejo y miró con una nueva curiosidad el rostro parcialmente cubierto del cautivo. Luego volvió su fatuo rostro hacia el grupo.

—¡Si, eso es! —exclamó con excitación—. ¿No lo pueden ver en su rostro?. ¡Miren sus ojos!.

Tanto el profesor como la joven siguieron la dirección de su mirada. Y aunque la bufanda ocultaba casi toda la parte inferior del rostro de Todhunter, se tornaron concientes de algo intenso y forzado en su parte superior.

—Sus ojos miran extraviados —exclamó la joven conmovida—. Brutos, está sufriendo...

—Creo que no es eso —dijo el doctor Hood—, los ojos tienen una expresión singular, pero

yo interpretaría esa mirada extraviada como un signo de anormalidad psicológica.

—¡Por Dios! —exclamó el padre Brown—. Pero ¿no puede ver que se está riendo?.

—¿Riendo? —repitió el doctor mirándolo fijamente—. ¿De qué demonios se puede estar riendo?.

—Bien —replicó el reverendo Brown con un tono de disculpa—, no quisiera molestarle, pero creo que se está riendo de usted. Y, ciertamente, yo mismo me siento inclinado a hacerlo, ahora que sé lo que ha ocurrido.

—¿Ahora que sabe lo que ha ocurrido? —preguntó Hood algo exasperado.

—Ahora sé —replicó el sacerdote— la profesión de Mr. Todhunter.

A continuación, se dedicó a revolver las cosas de la habitación, observó detenidamente todos los objetos con lo que parecía una actitud ausente que, invariablemente, se tornaba en una sonrisa igualmente ausente, un proceso extremadamente irritante para aquellos que lo estaban mirando. Se rió mucho del sombrero, aún más ruidosamente del vaso roto, pero la sangre en la daga le hizo sufrir ataques de risa convulsa. Luego regresó a donde estaba el colérico especialista.

—¡Dr. Hood —exclamó con entusiasmo—, usted es un gran poeta!. Ha creado a un ser de la nada. Eso es un acto mucho más divino que eso de restringirse a los hechos. Cierto, en comparación los hechos son más bien vulgares y cómicos.

—No tengo ni idea de lo que usted está hablando —dijo el doctor Hood con altivez—, todos los hechos que yo he formulado son inevitables, aunque necesariamente incompletos. Tal vez se deba permitir algo de espacio a la intuición —o a la poesía, si usted prefiere este término—, pero sólo porque los detalles correspondientes, como ocurre en este caso, no se pueden deducir. En la ausencia de Mr. Glass...

—Ésa es, ésa es —dijo el pequeño sacerdote asintiendo vehementemente—, ésa es la primera idea que hay que demostrar, la ausencia del señor Glass. Él está tan extremadamente ausente —añadió reflexionando—, creo que nunca ha habido nadie tan ausente como él.

—¿Quiere decir que está ausente del pueblo? —demandó el doctor.

—Quiero decir que está ausente de todas partes —respondió el padre Brown—, está ausente de la naturaleza de las cosas, por decirlo de algún modo.

—¿Cree seriamente —dijo el especialista con una sonrisa— que no existe tal persona?.

El sacerdote hizo un signo de asentimiento.

—Es una lástima —dijo.

Orion Hood rompió en una carcajada incontenible.

—Bien, antes de proseguir con las mil y una pruebas, tomemos la primera que hemos encontrado: el primer hecho con el que topamos al entrar en esta habitación. Si no existe Mr. Glass, ¿de quién es ese sombrero?.

—Es del señor Todhunter —contestó el padre Brown.

—¡Pero si no le vale! —exclamó Hood con impaciencia—. ¡Es imposible que lo pueda llevar!.

El padre Brown sacudió su cabeza con suavidad inefable.

—Yo no he dicho que se lo haya puesto —respondió—, sólo he dicho que es su sombrero. O, si usted insiste en la diferencia, se trata de un sombrero de su propiedad.

—Y, ¿en qué se basa la diferencia? —preguntó el criminalista con una ligera sonrisa despectiva.

—Pero hombre de Dios —dijo con dulzura el hombrecillo, mostrando su primer gesto de impaciencia—, si usted se acerca a la primera sombrerería comprobará que hay una diferencia entre el sombrero de una persona y el sombrero que es de su propiedad.

—Pero un vendedor de sombreros puede sacar dinero de su surtido de sombreros nuevos —protestó Hood—. ¿Qué podría sacar Todhunter de ese sombrero viejo?.

—Conejos —replicó brevemente el padre Brown.

—¿Qué? —exclamó el doctor Hood.

—Conejos, pañuelos, papeles de colores, pececillos de colores —dijo el reverendo con rapidez—. ¿No lo vio cuando se dio cuenta de los nudos falsos?. Lo mismo ocurre con la daga. El señor Todhunter no se ha hecho un corte con ella, como usted dijo; se ha herido con ella en su interior, si usted me sigue.

—¿Se refiere al interior de las ropas del señor Todhunter?.

—No, no me refiero al interior de sus ropas —dijo el padre Brown—, quiero decir en el interior de Mr. Todhunter.

—Bien, ¿a qué demonios se refiere?.

—El señor Todhunter —explicó plácidamente el padre Brown—, está aprendiendo para ser un mago profesional, así como un malabarista, un ventrílocuo y un experto en el truco de la cuerda. Lo de la magia explica el sombrero. No presenta huellas de pelos, pero no porque el señor Glass se haya quedado prematuramente calvo, sino porque nadie se lo ha puesto. Lo de malabarista explica los tres vasos, con los que Todhunter intentaba hacer malabarismos en el aire. Pero sin haber llegado aún a adquirir cierta destreza, rompió uno al chocar contra el techo. Y lo de malabarista también explica la daga, la cual el señor Todhunter introducía en su garganta con orgullo profesional. Pero, una vez más, su falta de práctica provocó que se hiriese en la garganta con el arma. Así pues, era una herida interior, que por la expresión de su rostro no creo que sea grave. También estaba practicando el truco de liberarse de las cuerdas, como el de los hermanos Davenport, y estaba a punto de lograrlo cuando nosotros irrumpimos en su habitación. Las cartas, desde luego, son para trucos de cartas, y están desperdigadas por el suelo porque estaba practicando uno de esos juegos de manos en los que las tiene que arrojar al aire. Simplemente se limitaba a mantener su actividad en secreto, porque tenía que mantener sus trucos en secreto, como cualquier otro mago. Pero bastó que un holgazán se entretuviera en mirar por la ventana y que fuese rechazado con gran indignación, para poner en circulación una serie de pruebas falsas y hacernos imaginar que su vida estaba ensombrecida por el espectro con sombrero del señor Glass.

—¿Y qué hay de las dos voces? —preguntó Maggie confusa.

—¿Acaso nunca ha escuchado a un ventrílocuo? —preguntó el padre Brown—. ¿No sabe que primero habla con su voz natural y luego responde con esa voz chillona, extraña y artificial que usted oyó?.

Hubo un largo silencio, y el doctor Hood contempló al hombrecillo que acababa de hablar con una sonrisa sombría y atenta.

—Usted es una persona muy ingeniosa —dijo—; no se podría haber descrito mejor en un libro. Pero hay un aspecto de Mr. Glass que no ha explicado con éxito, y es su nombre. La señorita Mac Nab escuchó con toda claridad cómo el señor Todhunter se dirigía así a él.

El reverendo Brown rompió en una risita algo infantil.

—Bien, ésa —dijo—, ésa es la parte más tonta de toda esta tonta historia. Cuando nuestro amigo malabarista arrojó los tres vasos, los contó en voz alta conforme los fue cogiendo, y los contó del mismo modo conforme se fueron cayendo. Lo que dijo realmente fue: «Uno, dos y tres... se cayó un vaso, esto es, en inglés, «glass», uno, dos, se cayó un vaso, etcétera.

Se produjo un segundo de silencio completo en la habitación, y luego todos soltaron una carcajada al unísono. Mientras se reían, la figura de la esquina se quitó complacida todas las cuerdas y las dejó caer al suelo. A continuación, avanzó hasta el centro de la habitación con una ligera inclinación, sacó de su bolsillo un papel de color azul y rojo en el que se anunciaba que ZALADIN, el mago más grande del mundo, contorsionista, ventrílocuo y canguro humano, presentaría una serie de trucos enteramente nuevos en el Pabellón Imperial de Scarborough, el próximo lunes a las ocho de la tarde.

EL PARAÍSO DE LOS LADRONES

El gran Muscari, el más original de los poetas toscanos, entró rápidamente en su restaurante favorito, con vistas al Mediterráneo y cubierto por un toldo rodeado de limoneros y naranjos. Los camareros, con mandiles blancos, estaban decorando las blancas mesas con las insignias de una comida elegante. Todo esto parecía incrementar su satisfacción, que ya llegaba al colmo de la jactancia. Muscari tenía una nariz aguileña, como la de Dante; su cabello y el pañuelo que llevaba al cuello eran oscuros y ondeantes, vestía una capa negra y casi le faltaba la máscara negra, como si llevara consigo un melodrama veneciano. Se comportaba como si un trovador ejerciese un cargo social perpetuo, como el de un obispo. Se acercaba a la imagen de Don Juan todo lo que permitía el siglo, sin olvidar el espadín y la guitarra.

Nunca viajaba sin el estuche con las espadas, con las que había vencido brillantemente en numerosos duelos, ni sin el correspondiente estuche para su mandolina, con la que acababa de dar una serenata a la señorita Ethel Harrogate, la hija, tremendamente convencional, de un banquero de Yorkshire que se encontraba de vacaciones. Sin embargo, no era ni un charlatán ni un niño, sino un ardiente y consecuente latino al que le gustaba una cosa, y a ella se dedicaba. Su poesía era tan franca como la prosa de cualquiera. Cantaba a la fama, al vino o a la belleza de las mujeres con una claridad tórrida inconcebible entre los ideales o compromisos nebulosos del norte. En algunas razas su intensidad se percibía como peligrosa o incluso criminal. Como el fuego o el mar, era demasiado simple para confiar en él.

El banquero y su hermosa hija estaban alojados en un hotel situado junto al restaurante en el que ahora se encontraba Muscari. Precisamente por ese motivo era su restaurante favorito. Una rápida mirada a la sala le dijo, sin embargo, que los ingleses aún no habían bajado. El restaurante relucía, pero todavía estaba casi vacío. Dos sacerdotes permanecían sentados a una mesa en una esquina y conversaban, pero Muscari (un católico ardiente) no les prestó más atención que a un par de cuervos. Pero en un lugar más alejado, en parte oculto por un naranjo enano con frutos, una persona, cuya ropa era lo más opuesto a la suya, se levantó y se dirigió hacia el poeta.

Esa figura estaba vestida con unos pantalones bombachos abigarrados, llevaba una corbata rosa, un cuello puntiagudo y, en los pies, unas botas llamativamente amarillas. Intentó mirar al mismo tiempo con fijeza y con naturalidad, pero cuando aquella aparición de extrema vulgaridad se acercó más, Muscari se quedó asombrado al observar que la cabeza no iba con el cuerpo. Era una cabeza italiana, peluda, oscura y muy vivaz, que surgía abruptamente de un cuello tan rígido como si fuera de cartón y de la corbata rosa. En realidad, conocía esa cabeza. La reconoció a pesar de todo ese atuendo vacacional inglés: era el rostro de un viejo, aunque olvidado amigo llamado Ezza. Ese joven había sido un prodigio en la escuela y se le pronosticó una fama europea cuando apenas contaba quince años de edad; pero fracasó cuando salió al mundo, primero profesionalmente como dramaturgo y demagogo, luego en privado durante años, para terminar siendo un actor, un viajante, un comisionista o un periodista. Muscari lo había visto por última vez detrás de las candilejas; pero estaba muy sumido en las excitaciones de esa profesión, por lo que se creía que una calamidad moral se lo había tragado.

—¡Ezza! —exclamó el poeta, irguiéndose y dando una palmada a causa de la agradable sorpresa—. Bueno, te he visto con muchos disfraces, pero jamás pensé verte disfrazado de inglés.

—Esto —respondió Ezza con gravedad— no es un disfraz de inglés, sino la ropa del italiano del futuro.

—En ese caso —remarcó Muscari—, confieso que prefiero al italiano del pasado.

—Ése es tu viejo error, Muscari —dijo el hombre de los bombachos, sacudiendo su cabeza—, y también el error de Italia. En el siglo XVI, nosotros, los toscanos, dictábamos la moda; teníamos el mejor acero, las mejores técnicas de esculpir, la química más avanzada. ¿Por qué no deberíamos tener ahora las mejores factorías, los motores más nuevos, las mejores finanzas y las ropas más modernas?.

—Porque no merece la pena tener todo eso —respondió Muscari—. No puedes hacer de los italianos gente realmente progresista: son demasiado inteligentes. Hombres acostumbrados a descubrir el camino más corto para vivir bien, jamás irán por esos nuevos caminos tan elaborados.

—Bueno, para mi Marconi o D'Annunzio son las estrellas de Italia —dijo el otro—. Ése es el motivo por el que me he vuelto futurista, y un intermediario.

—¡Un intermediario! —exclamó Muscari con una sonrisa—, ¿es ésa tu última ocupación?. Y ¿para quién trabajas?.

—¡Oh!, para un hombre llamado Harrogate y su familia, creo.

—¿No será el banquero del hotel?.

—Ése es el hombre —respondió el intermediario.

—¿Paga bien? —preguntó inocentemente el trovador.

—Me pagará —dijo Ezza con una sonrisa enigmática—. Pero soy una especie rara de intermediario.

A continuación, cambiando bruscamente la conversación, dijo:

—Tiene una hija y un hijo.

—La hija es divina —afirmó Muscari—; el padre y el hijo son humanos, supongo. Pero dadas sus cualidades inofensivas, ¿acaso no supone ese banquero un espléndido apoyo a mi argumento?. Harrogate tiene millones en sus bancos, y yo tengo..., bueno, un agujero en el bolsillo. Pero tú no podrías decir que él es más listo que yo, o más osado, o incluso que posee más energía. No es inteligente, sus ojos son como botones azules; no tiene energía, se mueve de una silla a otra como si fuese un paralítico. Es un conciente y amable cabeza de chorlito pero ha acumulado dinero simplemente porque se dedica a coleccionarlo, igual que un muchacho colecciona sellos. Tú eres demasiado fuerte mentalmente para dedicarte a los negocios, Ezza. No avanzarás. Para ser lo suficientemente inteligente y conseguir todo ese dinero, uno debe ser lo suficientemente estúpido para desearlo.

—Yo soy lo suficientemente estúpido para eso —dijo Ezza sombrío—, pero te sugeriría que dejases tu crítica al banquero, pues ahí viene.

Mr. Harrogate, el gran financiero, entró, efectivamente, en la sala. Era un anciano grueso, con ojos azules irritados y un mostacho gris arenoso, pero por su pesada complexión podría haber sido un coronel. En la mano llevaba varias cartas sin abrir. Su hijo Frank era realmente un tipo elegante, con el pelo rizado, bronceado y vigoroso, aunque nadie lo miraba. Todos los ojos, como era usual, al menos por el momento, se volvían hacia Ethel Harrogate, cuya dorada cabeza griega, del color del crepúsculo, parecía puesta a propósito sobre el zafiro del mar, como la de una diosa. El poeta Muscari lanzó un profundo suspiro como si estuviese bebiendo algo, y así era de verdad. Estaba bebiendo el clasicismo, obra de

sus antepasados. Ezza la estudió con una mirada igualmente intensa y mucho más desconcertante.

La señorita Ethel, en esa ocasión, estaba especialmente radiante y dispuesta a la conversación, y su familia había caído en el cómodo hábito continental, permitiendo que el desconocido Muscari e incluso el intermediario Ezza compartiesen su mesa para conversar. Ethel Harrogate se había coronado a si misma con una perfección y un esplendor peculiares. Orgullosa de la prosperidad de su padre, que era indulgente con sus placeres a la moda, era una hija cariñosa, pero a quien le gustaba flirtear; ella era todas estas cosas con una suerte de naturalidad que la hacía muy agradable al trato y dotaba a su respetabilidad de frescura.

Estaban excitados a causa de algún peligro en el sendero de la montaña por el que querían subir esa semana. El peligro no consistía en una avalancha o en un desprendimiento, sino en algo más romántico. A Ethel le habían asegurado seriamente que bandidos, auténticos cortadores de gargantas de las leyendas modernas, aún vivían en los riscos y vigilaban el paso por los Apeninos.

—Dicen —exclamó con el horrible placer de una colegiala—que todo ese territorio no está gobernado por el rey de Italia, sino por el rey de los ladrones. ¿Quién es ese rey?.

—Un gran hombre —replicó Muscari—, digno del mismo rango que su Robin Hood, «signorina». Hace diez años se oyó por primera vez que Montano, el rey de los ladrones, estaba en las montañas, cuando se creía que los bandoleros se habían extinguido. Pero su terrible autoridad se extendió con la velocidad de una revolución silenciosa. Los hombres encontraron sus fieras proclamas en todos los pueblos de las montañas; sus centinelas, arma en mano, permanecían en todos los barrancos. El gobierno italiano intentó seis veces acabar con él, y fue derrotado en otras seis batallas, como ante Napoleón.

—Ese tipo de cosas —observó pesadamente el banquero— jamás se permitirían en Inglaterra; quizá, después de todo, habría sido conveniente que escogiésemos otra ruta. Pero el intermediario cree que es segura.

—Lo es —dijo precipitadamente el aludido—; he pasado por él más de veinte veces. Pudo haber algún ladronzuelo por allí al que llamaban rey en tiempos de mi abuela, pero eso pertenece a la historia, sino a la fábula. Los bandoleros se han extinguido.

—Nunca se los podrá extinguir —respondió Muscari—, porque la rebelión armada es una reacción natural en los países meridionales. Nuestros campesinos son como las montañas, altivos y alegres, pero con sus armas al lado. Mientras en el norte la desesperación impulsa al pobre a la bebida, aquí impulsa a nuestros pobres a coger los puñales.

—Un poeta siempre tiene privilegios —replicó Ezza con una risa despectiva—. Si el señor Muscari fuera inglés aún estaría buscando bandidos en Wandsworth. Créanme, no hay más peligro de ser capturado en Italia que de perder el cuero cabelludo en Boston.

—Entonces, ¿propone que lo intentemos? —preguntó Mr. Harrogate frunciendo el entrecejo.

—Oh, suena terrible —exclamó la joven, volviendo sus hermosos ojos hacia Muscari—. ¿Cree realmente que el paso es peligroso?.

Muscari sacudió hacia atrás su melena negra.

—Sé que es peligroso —dijo—. Yo lo voy a pasar mañana.

Dejaron atrás por un momento al joven Harrogate, que apuró una copa de vino blanco y encendió un cigarrillo, y la belleza se retiró con el banquero, el intermediario y el poeta, que repartió a su paso pullas satíricas. Casi al mismo tiempo se levantaron los sacerdotes de la

esquina; el más alto de ellos, un italiano de pelo blanco, se despidió. El sacerdote más bajo se volvió y se acercó al hijo del banquero, y este último se quedó asombrado al comprobar que el sacerdote católico era un inglés. Recordó vagamente haberlo visto en las reuniones sociales de algunos de sus amigos católicos. Pero el hombre habló antes de que pudiera ordenar sus recuerdos.

—El señor Frank Harrogate, supongo —dijo—. Una vez nos presentaron, pero no quiero abusar de esa circunstancia. Creo que lo que voy a decirle le sonará extraño viniendo de un desconocido. Mr. Harrogate, le diré sólo una cosa y me iré: cuide de su hermana en su gran pesadumbre.

Incluso para la fraternal indiferencia de Frank, la alegría y las mofas de su hermana aún parecían resonar a su alrededor. Podía oír cómo reía en el jardín del hotel, asique se quedó mirando perplejo a su interlocutor.

—¿Se refiere a los bandoleros? —preguntó.

Pero al instante, recordando un temor vago en su interior, dijo:

—¿O está usted pensando en Muscari?.

—Nunca pensamos en la pesadumbre real —dijo el extraño sacerdote—, sólo podemos ser amables cuando llega.

Y salió rápidamente de la sala, dejando al otro con la boca abierta.

Uno o dos días después, un coche de caballos transportaba al grupo y traqueteaba por los caminos de la amenazadora montaña. Entre la alegre negación del peligro de Ezza y la actitud desafiante y estrepitosa de Muscari, la familia financiera afrontaba con firmeza su propósito inicial. Y Muscari hizo que su viaje coincidiera con el de ellos. No obstante, todos se sorprendieron cuando apareció, en la parada de un pueblo, el pequeño sacerdote del restaurante. Alegó que un asunto le obligaba a atravesar las montañas. Pero el joven Harrogate no dudó en conectar su presencia con los miedos místicos y las advertencias del día anterior.

El coche era una suerte de carroza de comediantes, inventado por el talento modernista del intermediario, quien dominaba la expedición con rigurosidad científica y con alegre sensatez. La teoría del peligro bandolero había quedado desterrada de la conversación y del pensamiento; sin embargo, se tomaron algunas medidas de protección. El intermediario y el joven banquero portaban revólveres cargados, y Muscari —con una gratificación casi infantil— escondía en su negra capa una especie de machete.

Había ocupado el sitio más próximo a su amada inglesa; frente a él se sentaba el sacerdote, que se llamaba Brown y que afortunadamente era un tipo callado. El intermediario estaba con el banquero y su hijo en los asientos traseros. Muscari parecía embriagado, creía seriamente en el peligro y su conversación bien pudo parecerle a Ethel los desvaríos de un maníaco. Pero había algo en el espectacular ascenso, mientras avanzaban entre despeñaderos cubiertos de árboles, que impulsaba su espíritu y la hacía elevarse a disparatados cielos púrpura con soles rodantes. El camino blanco serpenteaba como un gato salvaje, bordeando oscuros precipicios e introduciéndose por promontorios como un lazo.

Y, sin embargo, a pesar de la altitud, el silencio desértico florecía como una rosa. Los campos estaban bañados de sol y coloreados por el viento como un martín pescador, un papagayo o un colibrí; los matices de miles de flores resplandecían por doquier. No hay praderas y bosques más adorables que los ingleses, ni cumbres o barrancos más nobles que los de Snowdown y Glencoe. Pero Ethel Harrogate no había visto nunca los parques

meridionales acometiendo las astilladas cimas nórdicas, las gargantas de Glencoe cargadas con los frutos de Kent. Allí no había nada de esa frialdad y desolación que en Gran Bretaña se asocia con las alturas y los paisajes extravagantes. Más bien se trataba de un palacio de mosaicos, desgarrado por los terremotos, o como un jardín de tulipanes holandés volado con dinamita.

—Es como los jardines de Kew en Beachy Head —dijo Ethel. —Es nuestro secreto —respondió él—, el secreto del volcán; ése es también el secreto de la revolución, que algo puede ser violento y al mismo tiempo fructífero.

—Usted mismo es más bien violento —dijo, y le sonrió.

—Y ahora más bien estéril —admitió—. Si muero esta noche, moriré soltero y loco.

—No es culpa mía que usted haya venido —dijo ella después de un silencio difícil.

—Nunca será su culpa —respondió Muscari—; tampoco fue su culpa que Troya cayese.

Mientras así hablaba, pasaron por acantilados impresionantes que se abrían como alas sobre una esquina algo peligrosa. Asustados por la enorme sombra y el estrecho pasaje, los caballos relincharon indecisos. El que los guiaba se bajó e intentó que avanzasen, pero se volvieron ingobernables. Uno de los caballos se alzó en toda su estatura, con la altura titánica y terrible de todo caballo que se convierte en bípedo. Eso bastó para alterar el equilibrio. El coche volcó como un barco y chocó contra los matorrales que bordeaban el precipicio. Muscari abrazó a Ethel, quien se aferró a él y gritó. Era para esos momentos para los que vivía.

En el momento en que la grandiosa montaña giraba alrededor de la cabeza del poeta como un molino de viento púrpura, ocurrió algo que era superficialmente mucho más asombroso. El viejo y aletargado banquero saltó del coche y evitó caer en el precipicio arrastrado por el vehículo. A primera vista pareció tan absurdo como suicidarse, pero después resultó ser más inteligente que una inversión segura. El hombre de Yorkshire tenía evidentemente más agilidad y sagacidad de las que Muscari había supuesto, pues aterrizó en una lengua de tierra que parecía haber sido acolchada con césped para recogerle. Cuando esto ocurrió, el resto del grupo también había tenido suerte, aunque el modo de salir despedido fue menos digno. Inmediatamente después de una curva abrupta, había una hondonada con hierba y flores, parecida a una pradera hundida, una especie de bolsillo de terciopelo verde, como si hubieran corrido unas cortinas en las colinas.

Hasta ella llegaron todos tambaleándose e inseguros aunque con daños leves, contentos de que su equipaje y el contenido de sus bolsillos estuvieran desperdigados en la hierba a su alrededor. El coche accidentado aún colgaba sobre el precipicio, enredado en los arbustos, y los caballos corcoveaban dolorosamente para evitar el vacío. El primero en sentarse fue el pequeño sacerdote, que se frotaba la cabeza con un rostro de sorpresa. Frank Harrogate oyó cómo se decía a si mismo:

—¿Por qué demonios hemos ido a caer precisamente aquí?. Miró el revoltijo de objetos que había a su alrededor y recobró su destartalado paraguas. Más allá estaba el amplio sombrero de Muscari y a su lado una carta de negocios sellada. Después de leer con un vistazo la dirección, el sacerdote se la devolvió al viejo Harrogate. A su otro lado, la hierba ocultaba parcialmente la sombrilla de la señorita Ethel, y poco más allá había un pequeño y curioso frasco de cristal de apenas unos centímetros. El sacerdote lo recogió, lo destapó de un modo rápido y fácil, olió el contenido y su rostro adquirió un color terroso.

—¡Por Dios Santo! —murmuró—. No puede ser de ella. ¿Acaso ya se ha sumido en la

pesadumbre?.

Lo guardó en el bolsillo de su chaleco.

—Creo que tengo una justificación para hacerlo —dijo—, al menos hasta que averigüe algo más.

Miró con ojos compasivos a la joven, que en ese momento era sacada de entre las flores por Muscari, quien le estaba diciendo:

—Hemos caído en el cielo, esto es un signo. Los mortales suben y caen, pero sólo los dioses y las diosas pueden caerse hacia arriba.

Y, ciertamente, ella emergió tan hermosa y alegre de ese mar de colores que la sospecha del sacerdote vaciló.

—Después de todo —pensó—, es posible que el veneno no sea suyo; a lo mejor se trata de uno de los trucos melodramáticos de Muscari.

Muscari depositó cuidadosamente a la dama a sus pies, le hizo una reverencia absurda y teatral, y luego, sacando su machete, cortó las riendas de los caballos, de tal modo que pudieron mantenerse sobre sus cuatro patas, permaneciendo en la hierba temblorosos. Al hacer esto, ocurrió algo sorprendente. Un hombre muy tranquilo, pobremente vestido y extremadamente bronceado, salió de los matorrales y cogió a los caballos de las cabezas. Llevaba en su cinturón un cuchillo de forma peculiar. No había nada más que llamase la atención en él, excepto su repentina y silenciosa aparición. El poeta le preguntó quién era, pero no le respondió.

Al mirar a su alrededor y al grupo confuso y asustado, Muscari comprobó que otro hombre curtido y andrajoso, con una escopeta corta bajo su brazo, los estaba mirando desde un saliente situado debajo de donde estaban, apoyando sus codos en la hierba. A continuación, miró al camino de donde habían caído y divisó los cañones de otras cuatro carabinas y otros cuatro rostros con ojos brillantes pero completamente inmóviles.

—¡Bandidos! —exclamó Muscari, con una suerte de alegría monstruosa—. Ha sido una emboscada. Ezza, si me haces el favor de disparar al cochero, aún podemos abrirnos camino, sólo son seis.

—¿Al cochero? —dijo Ezza, que permanecía sombrío con las manos en los bolsillos—. Resulta que el cochero es un criado del señor Harrogate.

—Entonces dispárale con más razón —gritó el poeta con impaciencia—, le han sobornado para traicionar a su señor. Pon a la dama en el centro y rompamos la línea en aquel punto, como un relámpago.

Y, destrozando la hierba y las flores a su paso, avanzó temerariamente hacia las cuatro carabinas. Pero al comprobar que nadie lo seguía, excepto el joven Harrogate, se dio la vuelta y blandió el machete para animar a los otros a que avanzasen. El intermediario, sin embargo, se mantuvo bloqueando el camino en el centro del anillo de hierba, con las manos en los bolsillos. Su rostro italiano, delgado e irónico, pareció hacerse más y más grande en la luz vespertina.

—Pensaste, Muscari, que yo era un fracasado entre nuestros camaradas de colegio —dijo—. Y creíste que tú eras el éxito. Pero yo he tenido más éxito que tú y ocuparé un lugar privilegiado en la historia. He estado viviendo empresas épicas, mientras tú te limitabas a escribirlas.

—¡Vamos, deja de decir tonterías! —le interrumpió bruscamente Muscari desde arriba—.

¿Te vas a quedar ahí quieto diciendo esas bobadas con una dama a la que hay que salvar y tres hombres que te pueden ayudar a hacerlo? ¿Sabes lo que te podrían llamar?.

—Me llamo Montano —exclamó el extraño intermediario con una voz ampulosa—, soy el rey de los ladrones y les doy la bienvenida a mi palacio de verano.

Y en cuanto acabó de hablar, salieron de los matorrales otros cinco hombres silenciosos con sus armas respectivas, y se quedaron mirándolo para recibir órdenes. Uno de ellos sostenía un papel en la mano.

—A este pequeño y bonito nido en el que nos encontramos de «picnic» —siguió el bandido con la misma sonrisa, aunque ahora más siniestra—, se le conoce, junto con unas cavernas que hay debajo, como el Paraíso de los Ladrones. Es mi principal plaza fuerte en estas colinas, pues (como ya habrán notado) este nido de águilas es invisible desde el camino y desde el valle. Es algo mejor que inexpugnable, es imperceptible. Aquí vivo la mayor parte del tiempo, y aquí moriré con toda seguridad, si los gendarmes logran seguir mis huellas. No soy de esa clase de criminal que se reserva para la defensa, sino de ese tipo mejor que reserva su última bala.

Todos lo miraban conmocionados y en silencio, excepto el padre Brown, que lanzó un profundo suspiro como de liberación y siguió jugando con el pequeño frasco en su bolsillo.

—¡Gracias a Dios! —murmuró—. Eso es lo más probable. El veneno pertenece al jefe de los ladrones, desde luego. Lo lleva para que no lo puedan capturar vivo, como Catón.

El Rey de los Ladrones, sin embargo, continuaba su perorata con la misma peligrosa cortesía.

—Sólo me queda explicar a mis huéspedes —dijo— las condiciones bajo las cuales tengo el placer de detenerles. No necesito escenificar el viejo ritual del rescate que me corresponde exigir, e incluso esto sólo afecta a una minoría del grupo. Mañana al amanecer liberaré al reverendo padre Brown y al famoso Signor Muscari y los escoltaré hasta mis puestos de avanzada. Los poetas y los sacerdotes, si me permiten la simplicidad en la expresión, nunca tienen dinero. Y así (como es imposible sacar nada de ellos), tenemos la oportunidad de mostrar nuestra admiración por la literatura clásica y nuestra reverencia por la Sagrada Iglesia.

Se detuvo con una sonrisa desagradable, y el padre Brown parpadeó varias veces hacia él y repentinamente pareció escucharle con gran atención. El capitán de los bandidos tomó el papel de su bandido ayudante y, mirándolo por encima, dijo:

—El resto de mis intenciones están contenidas en este documento público, que repartiré en un momento, y que después será puesto en un árbol de todos los pueblos del valle, así como en todo cruce de las colinas. No quiero cansarles con un exceso de palabras, ya que estarán en condiciones de comprobarlo todo. La esencia de mi proclama es la siguiente: en primer lugar anuncio que he capturado a un inglés millonario, un coloso de las finanzas, Mr. Samuel Harrogate. A continuación anuncio que he encontrado entre sus pertenencias billetes y bonos por un valor de dos mil libras, que él me ha dado. Como sería inmoral anunciar tal cosa a un público crédulo sino ha ocurrido así, sugiero que debería ocurrir y sin dilación. Sugiero que el señor Harrogate me de las dos mil libras que lleva en su bolsillo.

El banquero lo miró con las cejas hundidas, el rostro colorado y malhumorado, aunque aparentemente acobardado. El salto del carruaje parecía haber agotado su virilidad. Había retrocedido con un estilo perruno cuando su hijo y Muscari hicieron un movimiento valeroso para escapar de la trampa. Y ahora su mano roja y temblorosa fue hacia el bolsillo

de su chaleco, sacó unos papeles y sobres y se los dio al bandido.

—¡Excelente! —exclamó el forajido con alegría—. Por ahora todo va de maravilla. Resumiré los puntos de mi proclama, para que sea publicada lo más pronto posible en toda Italia. El tercer punto concierne al rescate. Pido a los amigos de la familia Harrogate un rescate de tres mil libras, lo que estoy seguro resulta casi insultante para esta familia. ¿Quién no pagaría el triple de esta suma por asociarse un día con este círculo familiar?. No les voy a ocultar que el documento finaliza con algunas frases legales acerca de las cosas desagradables que le pueden ocurrir a uno sino paga el dinero; pero mientras, damas y caballeros, déjenme asegurarles que estoy preparado para alojarles con toda comodidad, con vino y cigarros, y por el momento les doy una bienvenida deportiva al lujurioso Paraíso de los Ladrones.

Todo el tiempo que duró el discurso, los hombres de aspecto dudoso, armados con carabinas y con sucios sombreros en las cabezas, habían estado mirando en silencio y con tal superioridad numérica que incluso Muscari se vio obligado a reconocer que su arranque con el machete había sido una absurdez. Miró a su alrededor, pero la joven ya se había acercado para consolar al padre, pues el afecto natural por su persona era tan o más fuerte que su algo pretencioso orgullo. Muscari, con la falta de lógica que aqueja a los enamorados, admiró esa devoción filial y llegó a irritarse por ella. Metió el machete en su funda y se retiró algo malhumorado. El sacerdote estaba sentado a unos metros, y Muscari volvió hacia él su mirada aguda y su nariz aquilina en un instante de irritación.

—Bien —dijo agriamente el poeta—, ¿me seguirán creyendo demasiado romántico?. ¿Hay o no hay bandidos en las montañas?.

—Puede haberlos —dijo el padre Brown con actitud agnóstica.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el otro con viveza.

—Quiero decir que estoy perplejo —replicó el sacerdote—. Estoy perplejo acerca de Ezza o Montano o como quiera que se llame. Me parece más inexplicable como bandido que como intermediario.

—¿En qué sentido? —insistió su compañero—. ¡Santa María!. Yo había pensado que eso de ser bandido era algo simple.

—Encuentro tres dificultades —dijo el sacerdote con una voz tranquila—. Me gustaría que me dijera su opinión acerca de ellas. Antes que nada debo decirle que yo estaba comiendo en aquel restaurante frente al mar. Cuando ustedes cuatro abandonaron la sala, usted y la señorita Harrogate fueron de frente, hablando y riendo, el banquero y el intermediario fueron detrás, hablando poco y en voz baja. Pero no pude dejar de oír a Ezza decir estas palabras: «Bien, deje que ella se divierta un poco, ya sabe, puede sufrir un ataque en cualquier momento». El señor Harrogate no respondió nada, asique las palabras debían de tener algún sentido. Siguiendo un impulso momentáneo advertí a su hermano que ella podía estar en peligro, aunque no dije nada sobre qué tipo de peligro, pues no lo sabía. Pero si ello suponía la captura en las montañas, el asunto es absurdo. ¿Por qué iba el bandido a avisar a su patrón, incluso con una simple alusión, cuando su propósito era hacer que cayese en la trampa?. No podía haberse referido a eso. Pero sino era a eso, ¿a qué otro desastre se refería, que concerniese al banquero, así como al intermediario, y que pendiese sobre la cabeza de la señorita Harrogate?.

—¿Que un desastre amenaza a la señorita Harrogate? —exclamó el poeta, sentándose con ferocidad—. Explíquese, continúe. —Todos mis enigmas gravitan en torno a nuestro jefe de

los bandidos —dijo el sacerdote con actitud reflexiva—. Y aquí está el segundo de ellos: ¿Por qué quiso remarcar tanto en su demanda de rescate que tomaba dos mil libras de su víctima en ese momento?. No tenía conexión alguna con el rescate, todo lo contrario. Los amigos de Harrogate estarían más dispuestos a temer un desenlace fatal si piensan que los ladrones no tienen dinero y están desesperados. Al pasaje sobre el expolio se le dio una importancia exagerada y se puso en primer lugar en la demanda. ¿Por qué iba a querer Ezza Montano decirle a toda Europa que le había limpiado los bolsillos antes de recaudar la suma del chantaje?. —No tengo ni idea —dijo Muscari rascándose la cabeza con un gesto natural—. Usted cree que me está facilitando las cosas, pero me está conduciendo a zonas más oscuras. ¿Cuál es la tercera objeción al Rey de los Ladrones?.

—La tercera objeción —dijo el Padre Brown, aún meditando—, es este banco en el que estamos sentados. ¿Por qué iba a llamar nuestro bandido a este lugar su fortaleza principal y su Paraíso de los Ladrones?. Ciertamente, es un lugar blando para caerse y agradable para la vista. También es verdad que no puede verse desde el valle y desde la cumbre, por lo tanto es un buen escondite, pero no una fortaleza. Jamás podría ser una fortaleza. Pienso que sería la peor fortaleza del mundo, pues está situado cerca del camino principal que atraviesa las montañas, el lugar por el que pasará con toda probabilidad la policía. Y, además, cinco escopetas obsoletas nos mantienen aquí indefensos desde hace media hora. Cuatro soldados de cualquier tipo nos habrían echado ya por el precipicio. Cualquiera que sea el significado de todo este pequeño rincón de flores y hierba, no se trata de un lugar atrincherado. Es algo distinto, tiene otro tipo de importancia, algún valor que aún no entiendo. Es más como un teatro accidental o como una verde sala de espera; es como el escenario de una comedia romántica, como...

Mientras las palabras del sacerdote brotaban más lentas y se perdían en una sinceridad soñadora y obtusa, Muscari, cuyos instintos animales estaban alerta e impacientes, oyó un nuevo ruido que provenía de las montañas. Incluso para él su sonido fue muy bajo y leve, pero podría haber jurado que la brisa de la tarde se mezclaba con algo parecido a cascos de caballos y a una distante llamada.

En ese mismo momento, y antes de que la vibración hubiese llegado a los oídos inexpertos de los ingleses, Montano salió corriendo y se detuvo en los arbustos, allí permaneció apoyado en un árbol y mirando hacia el camino. Mientras estaba allí ofrecía una extraña figura, pues se había puesto un sombrero fantástico de ala ancha y llevaba un tahalí con un machete en su condición de jefe de los bandidos; los prosaicos pantalones bombachos del intermediario, sin embargo, daban la impresión de estar llenos de parches.

Poco después volvió su rostro oliváceo y despectivo e hizo un ademán con la mano. Los bandidos obedecieron la señal, no con confusión, sino con lo que parecía una suerte de disciplina guerrillera. En vez de ocupar el camino a lo largo de los riscos, se dispersaron detrás de los árboles y de los setos, como si se ocultasen del enemigo. El ruido fue aumentando y comenzó a vibrar el camino de la montaña, finalmente pudo oírse claramente cómo una voz impartía órdenes. Los bandidos vacilaron y se agazaparon, susurrando entre ellos, y el aire se llenó de pequeños ruidos metálicos cuando amartillaron sus armas de fuego, sacaron sus cuchillos o las vainas rozaron las rocas. Poco después, pareció como si los ruidos de los dos bandos se encontrasen en el camino de arriba; algunas ramas se resquebrajaron, los caballos relincharon, los hombres gritaron.

—¡Vienen a rescatarnos! —gritó Muscari, levantándose de un salto y haciendo ondear su sombrero—. ¡Los gendarmes están sobre ellos!. ¡Por la libertad y contra los tiranos!.

¡Seamos rebeldes contra los ladrones!. Vamos, no se lo dejemos todo a la policía, esto es tan terriblemente moderno. Caigamos sobre la retaguardia de esos rufianes. Los gendarmes nos están rescatando, amigos, ¡rescatemos a los gendarmes!.

Y, arrojando su sombrero sobre los árboles, sacó de nuevo su machete y comenzó a escalar la loma que llevaba al camino. Frank Harrogate dio un salto y corrió a ayudarle con el revólver en la mano, pero se quedó asombrado al oír la voz imperativa y agitada de su padre que le llamaba a su lado.

—No quiero que lo hagas —dijo el banquero con una voz temblorosa—, te ordeno que no interfieras.

—Pero, padre —dijo Frank excitado—, un caballero italiano se ha puesto al frente, no puedes esperar que un inglés se quede atrás.

—Es inútil —dijo el hombre mayor, que temblaba violentamente—, es inútil. Tenemos que rendirnos a nuestra suerte.

El padre Brown miró al banquero, luego puso instintivamente su mano sobre el corazón, aunque en realidad lo hizo sobre el frasco de veneno, y su rostro se iluminó con la luz reveladora de la muerte.

Mientras, Muscari, sin esperar refuerzos, había escalado hasta el camino y había golpeado fuertemente en el hombro al rey de los bandoleros, logrando que se tambalease. Montano también blandió su machete, y Muscari, sin más palabras, lanzó un golpe hacia su cabeza que el primero se vio obligado a parar y esquivar. Pero en cuanto las dos armas blancas entrechocaron, el Rey de los Ladrones arrojó deliberadamente la suya y rió.

—¿Para qué seguir? —dijo con desidia italiana—. Esta condenada farsa está a punto de acabarse.

—¿Qué quieres decir, cobarde? —jadeó el arrebatado poeta—. ¿Acaso tienes tan poco coraje como honestidad?.

—Todo en mi es vergonzoso —respondió el ex intermediario con buen humor—. Soy un actor, y si alguna vez tuve un carácter privado, lo he olvidado. Soy tan bandolero como intermediario. Sólo soy un puñado de máscaras y tú, si quieres, puedes pelearte con ellas.

Y se rió con un placer infantil, volviendo a su antigua actitud equívoca y dándole la espalda a la escaramuza que acontecía más arriba.

La oscuridad se iba extendiendo por las paredes de la montaña, y no era fácil discernir el desarrollo de la lucha, salvo que unos hombres hacían avanzar a sus caballos entre un puñado de bandoleros, que parecían más inclinados a estorbar y a esquivar a los invasores que a combatirlos. Parecían manifestantes obstruyendo el paso de la policía y no esa imagen de condenados y forajidos ávidos de sangre que se había forjado el poeta. En el momento en que miró a su alrededor sumido en la confusión, sintió un golpecito en el hombro y encontró al pequeño y extraño sacerdote a su lado, como un pequeño Noé, con su gran sombrero y la intención de decirle unas palabras.

—Signor Muscari —dijo el clérigo—, en esta extraña crisis, el protagonismo sobra. Le diré, sin ánimo de ofender, que hará mejor en quedarse quieto y no ayudar a los gendarmes, ya que ellos harán su trabajo solos. Permítame la impertinencia de la intimidad, pero ¿a usted le preocupa esa joven?. Me refiero a si le preocupa lo suficiente como para casarse con ella y ser un buen esposo.

—Si —dijo el poeta con simplicidad.

—¿Le quiere ella a usted?.

—Así lo creo —respondió con la misma gravedad.

—Entonces vaya allí y pídaselo —dijo el sacerdote—, ofrézcale todo lo que pueda, ofrézcale el cielo y la tierra si usted puede conseguirlos. No nos queda tiempo.

—¿Por qué? —preguntó atónito el hombre de letras.

—Porque su maldición viene por ese camino —dijo el padre Brown.

—No viene nada por ese camino —arguyó Muscari—, excepto el rescate.

—Bueno, vaya allí —dijo su consejero—, y esté preparado para rescatarla del rescate.

En cuanto terminó de hablar, los bandoleros salieron corriendo de los setos en plena retirada. Se introdujeron en la hierba y entre los arbustos como un grupo derrotado y perseguido, mientras los sombreros de gallo de la gendarmería pasaban por encima de los setos. Se oyó otra orden y se les vio como desmontaban. Un oficial alto, con un sombrero espectacular y una perilla gris, apareció en la supuesta entrada del Paraíso de los Ladrones con un papel en la mano. Se produjo un silencio momentáneo, roto de un modo extraordinario por el banquero, que gritó con una voz estrangulada:

—¡Me han robado!. ¡Me han robado!.

—Pero si fue hace horas cuando te robaron las dos mil libras —exclamó su hijo asombrado.

—No, no las dos mil libras —dijo el financiero con una terrible y repentina tranquilidad—, sino un pequeño frasco.

El policía con la perilla gris atravesó la pradera. Al encontrarse con el Rey de los Ladrones, le dio unas palmadas en el hombro entre cariñosas y vigorosas y lo empujó echándole a un lado.

—Tú también te buscarás problemas —dijo—, si sigues con estos trucos.

Muscari contempló de nuevo la escena con ojo artístico y le pareció como la captura de un gran forajido acorralado. Pasando de largo, el policía se detuvo ante el grupo de los Harrington y dijo:

—Samuel Harrogate, le arresto en nombre de la ley por apropiarse ilícitamente de los fondos del Banco Hull y Huddersfield.

El gran banquero asintió con un extraño *y* ausente aire de negocios, pareció reflexionar un momento y, antes de que nadie pudiera interponerse, se dio la vuelta y se acercó al borde del precipicio. A continuación, saltó al vacío agitando las manos, igual que había saltado del coche. Pero esta vez no cayó en una pequeña pradera mullida, sino que cayó cientos de metros hasta convertirse, en el valle, en un amasijo de huesos.

La ira del policía italiano, que expresó con facundia ante el padre Brown, se mezcló con admiración.

—Era propio de él escaparse así de nosotros —dijo—, si usted quiere, se le podría llamar un gran bandido. Creo que este truco que ha empleado no tiene precedentes. Huyó a Italia con el dinero del banco y quería fingir que lo habían capturado unos bandidos, a los que pagaba para que hicieran el trabajo, así podría explicar tanto la desaparición del dinero como la de su persona. Esa demanda de rescate fue realmente tomada en serio por la policía. Pero ya lleva haciendo esas cosas desde hace años; va a ser una seria pérdida para la familia.

Muscari alejó a la infeliz hija, que se abrazaba fuertemente a él, al igual que había hecho con muchos otros el año anterior. Pero incluso en esa tragedia, él aún tuvo una sonrisa y un jocoso gesto de amistad para el injustificable Ezza Montano.

—¿Y adonde quieres ir ahora? —le preguntó por encima del hombro.

—A Birminghan —respondió el actor encendiendo un cigarrillo—. ¿No te dije que era futurista?. Realmente creo en esas cosas, si realmente creo en algo. Cambio, bullicio y novedades todas las mañanas. Voy a ir a Manchester, Liverpool, Leeds, Hull, Hudders Pield, Glasgow, Chicago, en suma, a una sociedad civilizada, energética, iluminada.

—En suma, al verdadero Paraíso de los Ladrones —dijo Muscari.

EL DUELO DEL DR. HIRSCH

Maurice Brun y Armand Armagnac atravesaban los soleados *Champs Elysées* con una suerte de vivaz respetabilidad. Los dos eran bajos, enérgicos y atrevidos. Los dos llevaban barbas negras que no correspondían a sus rostros, según esa extraña moda francesa que hace que el pelo real parezca artificial. *Monsieur*Brun tenía un oscuro mechón aparentemente fijado debajo del labio inferior. *Monsieur* Armagnac, para variar, tenía en realidad dos barbas, que surgían de ambas esquinas de su enfática barbilla. Los dos eran jóvenes, los dos eran ateos, con una resolución deprimente, pero con un gran dinamismo en la exposición. Los dos eran discípulos del doctor Hirsch, gran científico, publicista y moralista.

Brun había alcanzado cierta fama al proponer que la expresión común «Adieu» fuese suprimida de todos los clásicos franceses y se impusiera una multa por su empleo en la vida privada. «Pues así», según decía, «el nombre de ese Dios imaginado reverberaría por última vez en los oídos del hombre». Armagnac se había especializado en la resistencia contra el militarismo, proponía que se cambiase la frase de la Marsellesa «Aux armes citoyens» (¡A las armas, ciudadanos!) por «Aux gréves citoyens» (¡A las tumbas, ciudadanos!). Pero su antimilitarismo era de un tipo peculiar y muy galo. Un eminente y acaudalado cuáquero inglés, que había venido para verle y disponer el desarme de todo el planeta, quedó perplejo ante la proposición de Armagnac de que, para comenzar, los soldados debían disparar contra sus oficiales.

Y precisamente en esta cuestión era en la que los dos hombres diferían de su líder y padre filosófico. El doctor Hirsch, aunque nacido en Francia y dotado de todas las virtudes que procura la educación francesa, era, por temperamento, de otro tipo: dulce, soñador, humano, y a pesar de su sistema escéptico, no desprovisto de trascendentalismo; en suma, se parecía más a un alemán que a un francés. Y por mucho que lo admiraran, algo en el subconsciente de esos galos hacía que se irritasen con su modo tan pacífico de realizar llamamientos a la paz. En Europa, sin embargo, sus partidarios lo consideraban un santo de la ciencia. Sus osadas teorías cósmicas justificaban su vida austera y su moralidad inocente, aunque algo fría; mantenía una posición que parecía el intento de armonizar los principios de Darwin y Tolstoi, pero nunca fue un anarquista ni un antipatriota. Sus propuestas de desarme eran moderadas y modernas, el Gobierno de la República tenía mucha confianza en él y en varias mejoras químicas. Últimamente había descubierto un explosivo silencioso, cuyo secreto era cuidadosamente guardado por el gobierno.

Su casa estaba en una calle noble cerca del Elíseo, una calle que en aquel caluroso verano parecía más densa de follaje que el mismo parque. Una hilera de castaños interceptaba la luz solar, excepto en un lugar ocupado por la terraza al aire libre de un café. En la parte opuesta se encontraba la gran casa del científico, blanca y con persianas verdes, con un balcón de hierro, también pintado de verde, que corría a lo largo del primer piso. Debajo se encontraba la entrada a un patio muy alegre, decorado con arbustos y tilos, por la que entraron los dos franceses en animada charla.

Les abrió la puerta el viejo criado del doctor, Simón, quien podría haber pasado perfectamente por el científico, pues vestía estrictamente de negro, llevaba lentes, su cabello era gris y sus maneras parecían confidenciales. En realidad era un hombre de ciencia mucho más presentable que su señor, el doctor Hirsch, que parecía un rábano, con una tremenda cabeza que hacía insignificante su cuerpo. Con la gravedad de un médico que receta, Simón entregó una carta a Armagnac. Este caballero la abrió apresuradamente, con una

impaciencia racial, y leyó apresuradamente lo siguiente:

No puedo bajar a hablar con ustedes. Hay un hombre en esta casa a quien no deseo ver. Se trata de un oficial chauvinista, llamado Dubosc. Ahora está sentado en las escaleras después de haber pateado los muebles de las demás habitaciones. Me he encerrado en mi despacho, frente al café. Si realmente me aprecian, vayan al café y esperen en una de las mesas de la terraza. Quiero que traten con él. Yo no lo puedo recibir, ni puedo, ni quiero. Vamos a tener otro caso Dreyfus. P Hirsch.

Armagnac miró a Brun. Este último tomó la carta, la leyó y miró a Armagnac. A continuación, se dirigieron a una de las mesas del café, bajo uno de los castaños, donde pidieron dos vasos de un ajenjo verde horrible, que ellos, al parecer, podían beber a cualquier hora y en cualquier época del año. Por lo demás, el establecimiento estaba casi vacío, sólo se veía a un soldado tomando café en una mesa y en otra a un hombre alto que bebía una especie de jarabe, acompañado de un sacerdote que no tomaba nada.

Maurice Brun se aclaró la garganta y dijo:

—Desde luego que tenemos que ayudar al maestro en todo lo que podamos, pero...

Se produjo un brusco silencio, y Armagnac añadió:

—Puede tener excelentes razones para no querer encontrarse con ese hombre, pero...

Antes de que ninguno de los dos pudiese completar una frase, se hizo evidente que el intruso acababa de ser expulsado de la casa de enfrente. Los arbustos bajo la arcada se agitaron cuando el huésped rechazado fue arrojado sobre ellos como una bala de cañón.

Era una figura robusta, con un pequeño sombrero tirolés de fieltro, y su aspecto tenía, ciertamente, algo de tirolés. Las espaldas del hombre eran anchas, pero sus piernas parecían ligeras, enfundadas en pantalones cortos y calcetines largos. Su rostro estaba bronceado como una castaña; tenía unos ojos brillantes e inquietos; su pelo oscuro estaba peinado hacia atrás, mostrando una frente ancha y poderosa, y lucía un mostacho negro enorme, como los cuernos de un bisonte. Por regla general, una cabeza así descansa sobre un cuello de toro, pero en este caso lo hacía sobre una gran bufanda abigarrada, que le rodeaba las orejas y que caía por delante, en el interior de la chaqueta, como un chaleco extravagante. Era una bufanda de color rojo oscuro, dorado y púrpura, probablemente de fabricación oriental. En todo caso, el hombre tenía algo bárbaro en su aspecto, parecía más un criado húngaro que un oficial galo. Su francés, sin embargo, era obviamente el de un nativo, y su patriotismo era tan impulsivo que llegaba al absurdo. Su primer acto al salir de la arcada fue gritar a voces en plena calle:

—¿Hay algún francés aquí?.

Sonó como si estuviera llamando a los cristianos en La Meca.

Armagnac y Brun se levantaron de inmediato, pero llegaron demasiado tarde. Habían acudido hombres de todas las esquinas y se reunió un pequeño grupo bastante ruidoso. Con el pronto instinto francés para la política, el hombre con el mostacho negro ya había corrido hasta el café, se había subido sobre una mesa y, cogiendo la rama de un castaño para sostenerse, gritó como lo hizo una vez Camille Desmoulines:

—¡Franceses! —aulló—. ¡No puedo hablar!. ¡Dios me ayuda, ésa es la razón de que hable!. ¡Los tipos que enseñan a hablar con sus inmundos discursos también enseñan a guardar silencio, como ese espía que se esconde en la casa de enfrente!. ¡Se calla cuando llamo a su puerta, calla ahora, aunque sus oídos pueden percibir mi voz a través de la calle!. ¡Oh, pueden guardar silencio de un modo muy elocuente, esos políticos!. Pero el momento llega

cuando nosotros, los que no podemos hablar, *debemos* hablar. ¡Estáis siendo traicionados a los prusianos, en este mismo instante, y por ese hombre!. Yo soy Jules Dubosc, coronel de artillería, en Belfort. Ayer capturamos a un espía en los Vosgos, y encontramos un papel, un papel que ahora sostengo en mis manos. Oh, ellos intentaron echar tierra sobre el asunto, pero yo lo llevé directamente al hombre que lo escribió, el hombre que vive en esa casa. Está escrito de su puño y letra y firmado con sus iniciales. Contiene unas instrucciones para encontrar el secreto de esa pólvora insonora. Hirsch la inventó, y Hirsch escribió esta nota sobre ella. La nota está en alemán, y fue encontrada en un bolsillo alemán: «Dígale al hombre que la fórmula de la pólvora está en un sobre gris en el primer cajón de la izquierda en la mesa del secretario, Ministerio de la Guerra, en tinta roja. Tenga cuidado. P. H.».

Disparó unas frases como si fuera una ametralladora, pero era el tipo de persona que o está loca o tiene razón. La mayoría de las personas que lo rodeaban eran nacionalistas y en un estado de ánimo próximo al tumulto; la minoría de intelectuales, igualmente enojada, conducida por Armagnac y Brun, sólo contribuía a enfurecer más a la mayoría.

—Si se trata de un secreto militar —gritó Brun—, ¿por qué lo difunde a gritos en plena calle?.

—¡Le voy a decir por qué lo hago! —bramó Dubosc sobre la rugiente multitud—. Fui a visitar a ese hombre para preguntarle directamente y con toda cortesía si me podía dar una explicación confidencial. Se negó a explicarme nada. Me remitió a dos extraños en un café como si fueran sus lacayos. Me han expulsado de la casa, pero voy a volver a entrar: ¡con el pueblo de París detrás de mi!.

Un griterío pareció estremecer las fachadas de las mansiones y dos piedras surcaron el aire, rompiendo una de las ventanas del balcón. El indignado coronel penetró una vez más en el portal y se escuchó cómo gritaba y golpeaba con estruendo la puerta. A cada instante la multitud se volvía más feroz, como una marea humana se acercó a la casa del traidor; era casi seguro que el lugar ardería como la Bastilla, cuando la ventana rota se abrió y el doctor Hirsch salió al balcón. Por un momento la furia se convirtió en risas, pues era una figura absurda en esa escena. Su largo y desnudo cuello y los hombros inclinados le daban el aspecto de una botella de champaña, pero ese no era el único rasgo festivo en él. Su chaqueta colgaba de su cuerpo como de un perchero; llevaba el pelo, de color de zanahoria, largo y enredado; sus mejillas y su barbilla estaban recubiertas con una de esas barbas irritantes que comienzan lejos de la boca. Su semblante parecía muy pálido, llevaba lentes azules.

Lívido como estaba, habló con una suerte de decorosa decisión, de tal modo que la masa se calló cuando llegó a la mitad de su tercera frase.

— ... Ahora sólo tengo que decirles dos cosas. La primera, a mis enemigos, la segunda, a mis amigos. A mis enemigos les digo: es verdad que no vi a Dubosc, aunque sigue queriendo asaltar esta habitación. Es verdad que pedí a dos hombres que se enfrentaran a él por mi, pues verle sería algo contrario a todas las reglas de la dignidad y del honor. Pero antes de que me haya justificado con éxito ante un tribunal, hay otra satisfacción que este caballero me debe como caballero, y refiriéndome a los que me apoyan, estoy estrictamente...

Armagnac y Brun ondearon salvajemente sus sombreros, e incluso los enemigos del doctor aplaudieron ante ese inesperado desafío. Una vez más algunas frases fueron inaudibles, pero luego pudieron oír cómo decía:

—A mis amigos: yo siempre he preferido armas puramente intelectuales, y a éstas se

debería limitar una humanidad desarrollada. Pero nuestra más preciosa verdad es la fuerza fundamental de la razón y la herencia. Mis libros tienen éxito, mis teorías son irrefutables, pero en la política francesa soy objeto de un prejuicio casi físico. No puedo hablar como Clemenceau y Déroulède, pues sus palabras son como ecos de sus pistolas. El francés pide un duelista como el inglés un deportista. Bien, lo probaré. Pagaré este tributo bárbaro, luego volveré a la razón para el resto de mi vida.

Al instante se encontraron dos hombres en la multitud que ofrecieron sus servicios al coronel Dubosc, quien salió después completamente satisfecho. Uno era el soldado del café, que se limitó a decir:

—Yo le serviré, señor, soy el duque de Valognes.

El otro era el hombre alto, al que su amigo, el sacerdote, intentó persuadir de que no lo hiciera, y luego se alejó solo.

A última hora de la tarde se había servido la cena en la parte trasera del Café Charlemagne. Aunque al aire libre, sin ningún tipo de cobertura, todos los huéspedes se encontraban bajo un delicado e irregular tejado de hojas, pues los árboles se encontraban tan cerca de las mesas como para dar algo de la sombra y del resplandor de un pequeño huerto. A una de las mesas centrales estaba sentado, en completa soledad, un pequeño sacerdote algo grueso que se dedicaba a apilar arenques con lo que parecía un serio disfrute. Su vida diaria pecaba de monótona, asique tenía un gusto peculiar para los lujos repentinos y aislados: era una especie de epicúreo abstemio. No quitó los ojos de su plato, rodeado de pimientos rojos, limones, pan negro, mantequilla, etc., todo en perfecto orden, hasta que una sombra enorme cayó sobre él a través de la mesa, y su amigo Flambeau se sentó enfrente de él. Flambeau estaba abatido.

—Me temo que debo renunciar al asunto —dijo con pesadez—, estoy completamente de parte de soldados franceses como Dubosc, y estoy en contra de ateos franceses como Hirsch, pero creo que en este caso hemos cometido un error. Tanto el duque como yo decidimos investigar los cargos, y me alegro de haberlo hecho.

—El papel es una estafa, ¿verdad? —preguntó el sacerdote.

—Eso es lo extraño —replicó Flambeau—, parece la letra de Hirsch, y nadie puede dudar de ello, pero no fue escrito por Hirsch. Si es un patriota francés, no lo escribió, ya que proporciona información a Alemania. Y si es un espía alemán, tampoco lo escribió, porque, bueno, tampoco proporciona información a Alemania.

—¿Quiere decir que la información es falsa? —preguntó el padre Brown.

—Más bien errónea —replicó el otro—, y, además, precisamente donde el doctor Hirsch no se habría podido equivocar: acerca del lugar de su despacho oficial en que esconde la fórmula secreta. Gracias a Hirsch y a las autoridades, el duque y yo recibimos permiso para inspeccionar el cajón secreto en el Ministerio de la Guerra donde está escondida la fórmula de Hirsch. Somos las únicas personas que la hemos visto, excepto el inventor y el Ministro de la Guerra; el ministro lo permitió para evitar que el doctor Hirsch se bata en duelo. Después de eso, si la revelación es un embuste, está claro que no podemos secundar a Dubosc.

—¿Y lo es? —preguntó el padre Brown.

—Lo es —dijo sombriamente su amigo—. Es un embuste de alguien que no conocía el lugar en que se guardaba. Decía que el papel estaba en el cajón de la derecha de la mesa del secretario. Pero en realidad estaba a la izquierda. Dice que el sobre gris contiene un

documento en tinta roja. No está escrito en tinta roja, sino en tinta común negra. Es manifiestamente absurdo decir que Hirsch ha podido cometer un error sobre un papel que nadie conoce salvo él, o que haya intentado ayudar a un ladrón extranjero diciéndole cómo no podía encontrarlo. Creo que debemos renunciar y pedir perdón al doctor.

El padre Brown pareció meditar mientras cogía un poco de arenque con su tenedor.

—¿Está seguro de que el sobre gris estaba en el cajón de la izquierda? —preguntó.

—En efecto —replicó Flambeau—. El sobre gris, bueno, en realidad era blanco, estaba...

El padre Brown volvió a depositar en su plato el pequeño trozo de pescado plateado y miró fijamente a su compañero.

—¿Qué? —preguntó con una voz alterada.

—¿Cómo que «qué»? —repitió Flambeau, comiendo con ganas,

—*No* era gris —dijo el sacerdote—, Flambeau, me está asustando.

—¿De qué diantres se asusta?.

—Me asusto del sobre blanco —dijo el otro con seriedad—. ¡Si hubiese sido gris!. Bueno, dejémoslo, también pudo haber sido gris. Pero si era blanco, el asunto se vuelve negro. Después de todo, el doctor ha estado revolviendo en el azufre.

—¡Pero le digo que no pudo haber escrito una nota así! —exclamó Flambeau—. La nota está completamente equivocada respecto a los hechos. Inocente o culpable, el doctor Hirsch sabía todo lo concerniente a los hechos.

—El hombre que escribió esa nota sabía todo lo concerniente a los hechos —dijo su clerical compañero con sobriedad—, jamás pudo expresarlos tan erróneamente sin conocerlos. Hay que saber mucho para equivocarse voluntariamente, como el diablo.

—¿Quiere decir...?.

—Quiero decir que un hombre que miente ocasionalmente ha dicho algo de la verdad —dijo su amigo con firmeza—. Suponga que alguien le envía a buscar una casa con una puerta verde y una persiana azul, con un jardín delantero, pero no trasero, con un perro, pero no un gato, y donde se bebe café, pero no té. Usted diría, sino encuentra esa casa, que los datos eran falsos. Pero yo le digo que no. Yo le digo que si encuentra una casa con la puerta azul y la persiana verde, con un jardín trasero, pero no delantero, en la que hay gatos y a los perros se les dispara, donde se bebe el té a mansalva y el café está prohibido, entonces esa es la casa que estaba buscando. El hombre debía conocer esa casa para equivocarse con tanta corrección.

—Pero ¿qué puede significar eso? —demandó Flambeau con la boca llena.

—No puedo concebir... —dijo el padre Brown—, no puedo entender este asunto del doctor Hirsch. Mientras sea el cajón izquierdo en vez del derecho, y tinta roja en vez de negra, pienso que tiene que ser el producto de un estafador. Pero el tres es un número místico, finaliza cosas. Y también finaliza esto. Que la situación del cajón, el color de la tinta, el color del sobre, que ninguno de estos datos fuese correcto por casualidad, no puede tratarse de una coincidencia. Y no lo ha sido.

—Entonces, ¿qué ha sido?. ¿Traición? —preguntó Flambeau, terminando de comer su cena.

—No lo sé —respondió el padre Brown con un rostro que reflejaba su perplejidad—, en lo único que puedo pensar..., bueno, nunca llegué a entender el caso Dreyfus. Siempre puedo comprender con más facilidad la prueba moral que la de otro tipo. Me guío, como ya sabe, por los ojos y la voz de una persona, o por si su familia parece feliz o por las personas que

escoge o evita. Bien, yo quedé confuso con el caso Dreyfus. No por las cosas horribles que se imputaron ambas partes, se (aunque no es moderno decirlo así) que la naturaleza humana, aún en los lugares más elevados, es capaz de ser Cenci o Borgia. No, lo que me confundió fue la *sinceridad* de las dos partes. A mi no me interesan los partidos políticos, la gente llana suele ser rudamente honesta, y con frecuencia se la embauca. Me refiero a las personas que están en el juego. Me refiero a los conspiradores. Me refiero al traidor, si fue un traidor. Me refiero a los hombres que *debían* saber la verdad. Ahora bien, Dreyfus continuó como alguien que *sabía* que no estaba equivocado. Y entonces los hombres de Estado franceses y los soldados continuaron como si *supieran* que él no era un hombre equivocado, sino simplemente que era malvado. No quiero decir que actuaron bien, sino que actuaron como si estuvieran seguros. No puedo explicarlo con más claridad, pero yo sé lo que quiero decir.

—A mi me gustaría saberlo —dijo su amigo—. Pero, ¿qué tiene que ver todo esto con el viejo Hirsch?

—Suponga que una persona, en una posición de confianza —siguió el sacerdote—, comienza a suministrarle información al enemigo porque se trata de una información falsa. Suponga que incluso piensa que así salva a su país confundiendo al enemigo. Suponga que esto le lleva a los círculos de espías, donde se le hacen algunos pequeños favores y los compromisos comienzan a entorpecerle. Suponga que mantiene su posición contradictoria de un modo confuso al no decir nunca la verdad a los espías extranjeros, pero permitiéndoles que traben más y más confianza. La mejor parte de él —lo que quede de ella— aún diría: «No he ayudado al enemigo, dije que era el cajón izquierdo». Mientras que la peor parte ya podría estar diciendo: «Pero pueden tener el sentido común de saber que en realidad me estoy refiriendo al derecho». Creo que es psicológicamente posible, en una época ilustrada, ya sabe.

—Puede ser psicológicamente posible —respondió Flambeau—, y eso explicaría ciertamente que Dreyfus creyera que estaba equivocado y sus jueces estuvieran seguros de que era culpable. Pero eso no tiene ninguna trascendencia histórica, porque el documento de Dreyfus —si era suyo— era literalmente correcto.

—No estaba pensando en Dreyfus —dijo el padre Brown.

A su alrededor se fue haciendo el silencio mientras las mesas iban quedando desocupadas; ya era tarde, aunque la luz del sol aún brillaba tenuemente, como si se hubiese quedado prendida entre los árboles. En el silencio Flambeau retiró bruscamente su silla, produciendo un ruido aislado y con eco, y apoyó el codo sobre el respaldo.

—Bien —dijo con aspereza—, si Hirsch no es más que un tímido traidor y traficante...

—No debe ser tan duro con ellos —dijo el padre Brown con suavidad—. No es enteramente su culpa, pero carecen de instintos. Me refiero a esa virtud que hace a las mujeres negarse a bailar con un hombre o a un hombre aceptar un cargo. Se les ha enseñado que todo es una cuestión de grados.

—De todos modos —exclamó Flambeau con impaciencia—, eso no afecta a mi teoría principal. El viejo Dubosc puede estar un poco loco, pero después de todo es un patriota.

El padre Brown siguió consumiendo su arenque. Pero algo en el estólido comportamiento de su amigo causó en Flambeau un furor ciego.

—¿Qué pasa con usted? —demandó Flambeau—. Dubosc no tiene tacha en ese aspecto. ¿No dudará de él?.

—Amigo mío —dijo el pequeño sacerdote, dejando su tenedor y su cuchillo con un gesto de

desesperación—, yo dudo de todo. Quiero decir de todo lo que ha ocurrido hoy. Dudo de toda la historia, por más que se haya producido ante mis ojos. Dudo de todo lo que han visto mis ojos desde por la mañana. Hay algo en este asunto completamente distinto a los misterios policiales normales, en los que una persona miente más o menos y la otra persona dice más o menos la verdad. Aquí los dos... ¡Bueno!. Ya le he contado toda mi teoría y pienso que no puede satisfacer a nadie. Tampoco me satisface a mi.

—Ni a mi —replicó Flambeau frunciendo las cejas, mientras el otro seguía comiendo su pescado con una actitud resignada—. Si todo lo que usted puede sugerir es esa historia de un mensaje convenido con la otra parte, yo lo llamaría algo muy astuto, pero..., bien, ¿cómo lo llamaría usted?.

—Yo lo llamaría endeble —dijo el sacerdote—, lo llamaría inusualmente endeble. Pero eso es lo extraño en todo este asunto. Parece la mentira de un niño. Sólo hay tres versiones, la de Dubosc, la de Hirsch, y la mía tan extravagante. O esa nota fue escrita por un oficial francés para arruinar a un funcionario francés; o fue escrita por un funcionario francés para ayudar a los oficiales alemanes; o fue escrita por un funcionario francés para confundir a los oficiales alemanes. Muy bien. Usted esperaría que un papel secreto que pasase entre esa gente, funcionarios u oficiales, debería ser diferente. Usted esperaría un código o, al menos, abreviaturas; con más probabilidad aún debería contener términos científicos y estrictamente profesionales. Pero esto es tan simple como un acertijo. Parece como si... como si se tuviera que comprender todo enseguida.

Antes de que lo pudieran advertir, una persona baja con el uniforme del ejército francés se había acercado a la mesa tan veloz como el viento y se había sentado produciendo un ruido sordo.

—Traigo noticias extraordinarias —dijo el duque de Valognes—. Acabo de ver a nuestro coronel. Está haciendo el equipaje para abandonar el país, y nos pide que presentemos sus excusas *sur le terrain.*

—¿Qué? —exclamó Flambeau con incredulidad—. ¿Excusas?.

—Si —dijo el duque con rudeza—, allí mismo, ante todos, cuando estén desenvainadas las espadas. Y lo tendremos que hacer usted y yo porque él abandona el país.

—Pero, ¿qué significa eso? —exclamó Flambeau—. No puede tener miedo de ese debilucho de Hirsch. ¡Que Dios lo confunda! —gritó poseído de una furia irracional—. ¡Nadie puede tener miedo de Hirsch!.

—Creo que es un complot —dijo bruscamente Valognes—, un complot de los judíos y de los francmasones. Eso redundará en honor y gloria de Hirsch...

El rostro del padre Brown se mantenía inexpresivo pero curiosamente satisfecho: podía reflejar tanto ignorancia como conocimiento. No obstante, siempre se producía una suerte de relámpago cuando caía la máscara de simpleza y la máscara de sabiduría ocupaba su lugar; Flambeau, que conocía a su amigo, sabía que lo había comprendido todo de repente. Brown no dijo nada y terminó su plato de pescado.

—¿Dónde vio por última vez a nuestro maravilloso coronel? —preguntó Flambeau irritado.

—En el Hotel Saint Louis, cerca de El Elíseo, adonde fuimos con él. Está haciendo el equipaje, ya le digo.

—¿Cree que aún estará allí? —preguntó Flambeau, frunciendo el entrecejo.

—No creo que se haya ido aún —replicó el duque—; hace el equipaje para un largo viaje...

—No —dijo el padre Brown con simpleza, pero levantándose de repente—, para un viaje muy corto. En realidad, para uno de los más cortos. Pero aún nos queda tiempo para impedirlo si tomamos un taxi.

No le pudieron sacar nada más hasta que el taxi dobló la esquina del Hotel Saint Louis, donde se bajaron, y, conducidos por el padre Brown, se internaron en una calle estrecha y oscura por el crepúsculo. Allí, cuando el duque preguntó impacientemente si Hirsch era culpable de traición o no, respondió con actitud ausente:

—No, sólo fue por ambición, como César.

A continuación, añadió algo inconsecuente:

—Vive una vida muy solitaria, todo lo tiene que hacer él mismo.

—Bien, si es ambicioso, quedará satisfecho —dijo Flambeau con amargura—. Todo París lo vitoreará ahora que nuestro maldito coronel ha salido por piernas.

—No hable tan alto —dijo el padre Brown, bajando su voz—, su maldito coronel está precisamente frente a nosotros.

Los otros dos se detuvieron y se refugiaron en una sombra del muro, pues, efectivamente, vieron que el robusto coronel salía por la puerta principal y caminaba por la penumbra de la calle con una maleta en cada mano. Presentaba el mismo aspecto que cuando lo vieron por primera vez, excepto que se había cambiado los extravagantes pantalones de montañero y se había puesto unos pantalones convencionales. Estaba claro que escapaba del hotel.

La callejuela por la que se internaron era una de esas que dan la espalda a todos los edificios y que parecen la parte trasera de un escenario. Un muro incoloro y continuo la flanqueaba, interrumpido a intervalos por puertas sucias de polvo y bloqueadas, sin ningún tipo de ornamento, salvo los trazos de tiza realizados por algún pícaro transeúnte. Las copas de los árboles, la mayoría de ellas de un verde depresivo, se mostraban a veces por encima del muro, y más allá de ellas, en la penumbra gris y morada, se podía ver alguna de las largas terrazas de altos edificios parisienses, comparativamente cercanos, pero de algún modo tan inaccesibles como escarpadas montañas de mármol. En la otra acera de la calle corría una elevada valla que cercaba el parque sumido en la oscuridad.

Flambeau miraba a su alrededor de un modo más bien extraño.

—Saben —dijo—, hay algo en este lugar que...

—¡Hola! —exclamó de repente el duque—. El tipo ha desaparecido. Se ha desvanecido como un hada.

—Tiene una llave —explicó el clérigo—, simplemente ha entrado en una de esas puertas que dan a un jardín.

Al decir esto, oyeron el ruido sordo de una puerta de madera que se cerraba de nuevo frente a ellos con un clic.

Flambeau se acercó precipitadamente a la puerta y casi se golpea con ella en la cara. Permaneció delante por un momento, retorciéndose el bigote negro con la furia de la curiosidad. A continuación, lanzó sus brazos hacia arriba y aupándose como un mono se situó sobre el muro, con su enorme figura oscura contrastando con el cielo púrpura, como la copa de un árbol.

El duque miró al sacerdote.

—La huida de Dubosc es más elaborada de lo que habíamos pensado —dijo—, pero supongo que quiere escapar de Francia.

—No se está escapando de ningún sitio —respondió el padre Brown.

Los ojos de Valognes brillaron, pero su voz se hundió.

—¿Quiere decir que se va a suicidar? —preguntó.

—No encontrará el cadáver —replicó el otro.

—Desde el otro lado del muro llegó una exclamación de Flambeau.

—¡Dios mío! —gritó—. Ya sé dónde estamos, es la parte trasera del edificio donde vive Hirsch. Creo que puedo reconocer la parte trasera de su casa como le puedo reconocer a él de espaldas.

—¡Y Dubosc está entrando! —exclamó el duque, dándose un golpe en la cadera—. Bueno, después de todo se van a encontrar.

Y con una vivacidad gala se alzó sobre el muro al lado de Flambeau y se sentó allí moviendo sus piernas por la excitación.

El sacerdote permaneció solo abajo, apoyándose en el muro, dándole la espalda a todos los acontecimientos y contemplando anhelante la valla que rodeaba el parque y los centelleantes árboles.

El duque, aunque alterado, tenía los instintos de un aristócrata, y deseaba más observar la casa que espiarla; pero Flambeau, que tenía los instintos de un ladrón —y los de un detective—, ya había saltado del muro a la rama de un árbol aislado desde la cual pudo trepar hasta hallarse cerca de la única ventana iluminada en la parte trasera de la casa. Habían bajado una persiana roja, pero se había quedado torcida, asique dejaba un resquicio. Arriesgando su cuello a lo largo de una rama que parecía más traicionera que una ramita, Flambeau pudo ver al coronel Dubosc caminando alrededor de un dormitorio lujoso brillantemente iluminado. Pero aunque Flambeau estaba muy próximo a la casa, oyó las palabras de su amigo en el muro y las repitió en voz baja.

—Si, después de todo se van a encontrar.

—No se encontrarán nunca —dijo el padre Brown—. Hirsch estaba en lo cierto cuando dijo que en un asunto semejante los protagonistas no se deben encontrar. ¿Ha leído una historia extrañamente psicológica de Henry James, que trata de dos personas que nunca logran encontrarse y comienzan a sentir miedo la una de la otra y a pensar que es el destino?. Esto es algo así, pero más extraño.

—Hay gente en París que los curará de esas fantasías mórbidas —dijo Valognes vindicativo—. Se tendrán que encontrar si los capturamos y los obligamos a luchar.

—No se encontrarán ni en el Día del Juicio Final —dijo el sacerdote—. Si Dios Todopoderoso los llamase, si San Miguel hiciese sonar su trompeta para que cruzasen las espadas, aun en ese caso si uno de ellos estuviese allí dispuesto, el otro no vendría.

—Oh, ¿qué significa todo ese misticismo? —exclamó el duque de Valognes con impaciencia—, ¿por qué demonios no se pueden encontrar como el resto de la gente?.

—El uno es lo más opuesto al otro —dijo el padre Brown con una sonrisa extraña—, se contradicen mutuamente. Se cancelan el uno al otro, por decirlo de alguna manera.

Continuó mirando hacia los árboles oscuros, pero Valognes volvió súbitamente la cabeza debido a una exclamación de Flambeau. El investigador, mientras contemplaba el interior de la habitación, había visto cómo el coronel, después de un par de pasos, había procedido a quitarse la chaqueta. La primera impresión de Flambeau fue que se aprestaba a luchar, pero poco después sustituyó esa suposición por otra. La solidez de los hombros y la corpulencia

pectoral de Dubosc no eran más que un armazón de cartón y salieron con la chaqueta. En camisa y pantalón era, en comparación, un hombre delgado, que caminó desde el dormitorio hasta el cuarto de baño sin otro beligerante propósito que lavarse. Se inclinó sobre una vasija y luego se secó las manos y la cara con una toalla. A continuación se volvió, y la fuerte luz le dio de lleno en la cara. Su semblante moreno había desaparecido, su gran mostacho negro había desaparecido, ahora estaba rasurado y pálido. Nada recordaba al coronel excepto sus ojos marrones y brillantes como los de un halcón. Bajo el muro, el padre Brown continuó hablando como si meditase.

—Esto es como lo que le estaba diciendo a Flambeau. Esos opuestos no lo son. No funcionan como tales. No luchan entre si. Es blanco en vez de negro, o sólido en vez de líquido, y así siempre, pues hay algo equivocado, *monsieur,* algo equivocado. Uno de esos hombres es rubio y el otro moreno, uno es intrépido y el otro prudente, uno fuerte y el otro débil. Uno tiene mostacho y no barba, asique no se puede ver su boca; el otro tiene barba y no mostacho, asique no se puede ver su barbilla. Uno tiene el pelo corto, pero una bufanda para taparse el cuello; el otro tiene un cuello corto, pero pelo largo para ocultar la forma de su cráneo. Todo es demasiado ordenado y correcto, *monsieur, y* aún así hay algo erróneo. Cosas tan opuestas no pueden luchar. Mientras una asciende, la otra desciende, mientras una entra, la otra sale. Como una cara y una máscara, como un cerrojo y una llave. Flambeau seguía observando el interior de la habitación con un rostro tan pálido como el papel. El ocupante de la habitación estaba de pie, de espaldas a él, pero frente a un espejo, y ya se había ajustado una mata de pelo rojo alrededor del rostro, que colgaba desordenada y le ocultaba las mandíbulas y la barbilla, mientras dejaba al descubierto una mueca de mofa. Visto así, ante el espejo, la cara blanca parecía la cara de Judas sonriendo horriblemente y rodeada por las llamas del infierno. Por un instante, Flambeau creyó ver los ojos fieros y brillantes danzando, aunque los tenía cubiertos con unas lentes azules. Deslizándose en una chaqueta negra, la figura se desvaneció hacia la parte frontal de la casa. Poco después, el estruendo de un aplauso popular procedente de la calle anunció que el doctor Hirsch había aparecido una vez más en el balcón.

EL HOMBRE EN EL PASAJE

Dos hombres aparecieron simultáneamente en los dos extremos de un pasaje que corría a lo largo del teatro Apolo en Adelphi. La luz del día en las calles era intensa, opalescente y vacía. El pasaje, por el contraste, parecía largo y oscuro, de tal modo que cada uno de los hombres sólo podía ver al otro como una mera silueta negra en el otro extremo. No obstante, los hombres se reconocieron mutuamente, incluso con ese perfil oscuro, pues los dos eran hombres de apariencia llamativa y se odiaban.

El pasaje cubierto daba, por uno de sus extremos, a una de las empinadas calles del Adelphi, y el otro a una terraza desde la que se podía contemplar el río coloreado por el crepúsculo. Una de las partes del pasaje consistía en una pared desnuda, pues el edificio que soportaba era un café teatro de poco éxito, ahora cerrado. La otra parte tenía dos puertas, una a cada extremo. Ninguna era lo que comúnmente se llama una entrada de artistas, más bien se trataba de una especie de entradas privadas para un tipo de actores muy especial, en este caso el actor y la actriz principales en la obra de Shakespeare de ese día. Gente de tanta fama desea con frecuencia poseer esas salidas y entradas privadas, ya sea para encontrarse con amigos o para evitarlos.

Los dos hombres en cuestión eran, ciertamente, dos de esos amigos, hombres que, evidentemente, conocían las puertas y contaban con su apertura, pues los dos se aproximaron a la puerta de uno de los extremos con la misma tranquilidad y confianza. Pero no con la misma velocidad. El hombre que caminaba más rápido era el que se encontraba en la parte más alejada del túnel, asique los dos llegaron al mismo tiempo ante la puerta secreta, se saludaron mutuamente con cortesía y esperaron un rato hasta que uno de ellos, el caminante más rápido que parecía menos paciente, golpeó la puerta.

En esto y en todo lo demás se oponían, aunque de ninguno se podía decir que fuese inferior. Como personas particulares, eran generosos, capaces y populares. Como personas públicas, los dos estaban en el primer nivel. No obstante, todo en ellos, desde su gloria hasta su buen aspecto, era de un tipo diferente e incomparable. Sir Wilson Seymour era el tipo de hombre cuya importancia es conocida por toda persona que está en el mundo. Cuanto más se mezcle alguien con los círculos más restringidos de toda profesión o de la política, más se encontrará con Sir Wilson Seymour. Era el hombre inteligente en veinte comités nada inteligentes, y, además, en cualquier materia, ya fuese la reforma de la Royal Academy o el proyecto del bimetalismo en la Gran Bretaña. En las artes, en concreto, tenía fama de omnipotente. Parecía tan único que nadie podía decidir si era un gran aristócrata que se había dedicado al arte o un gran artista que la aristocracia había acogido en su seno. En todo caso, nadie podía estar con Sir Wilson cinco minutos sin darse cuenta de que había sido gobernado por él durante toda la vida.

Su apariencia era «distinguida» en el sentido exacto del término: al mismo tiempo convencional y peculiar. La moda no podría encontrar ningún error en su chistera de seda, aunque fuese distinta al sombrero de los demás, quizá un poco más elevada, añadiendo algo a su altura natural. Su figura, alta y delgada, caminaba ligeramente encorvada, pero parecía el reverso de la debilidad. Su cabello era gris plateado, pero no le envejecía, lo tenía más largo de lo normal, pero no le daba un aspecto afeminado, era rizado, pero no lo parecía. Su cuidada barba puntiaguda le daba un aspecto más varonil y agresivo que a aquellos viejos almirantes de Velázquez cuyos oscuros retratos colgaban en su casa. Sus guantes grises eran un poco más azules y su bastón con empuñadura de plata parecía algo más largo de lo

común en los teatros y restaurantes.

El otro hombre no era tan alto, pero nadie lo habría podido llamar bajo, si quizá fuerte y bien parecido. Su cabello también era rizado, pero alisado y pegado a su sólida y maciza cabeza: el tipo de cabeza con la que se puede romper una puerta, como Chaucer dijo de la de Miller. Su bigote militar y la rectitud de sus hombros mostraban que era un soldado, pero tenía unos ojos azules penetrantes y de gran franqueza que son más comunes en los marinos. Su cara era cuadrada, su mandíbula era cuadrada, sus hombros eran cuadrados, incluso su chaqueta era cuadrada. En la salvaje escuela de la caricatura, Max Beerbohm lo había representado como una proposición en el cuarto libro de Euclides.

Pues también era un hombre público, aunque con otro tipo de éxito. No hacía falta pertenecer a la alta sociedad para haber oído hablar del capitán Cutler, del sitio de Hong Kong y de la gran marcha a través de China. No se podía evitar oír hablar de él en cualquier lugar; su retrato estaba en todas las postales; canciones en su honor se oían en los «music—halls» y en los organillos. Su fama, aunque probablemente más temporal, era diez veces más grande, popular y espontánea que la del otro hombre. En miles de hogares ingleses se le veneraba como a Nelson. Sin embargo, tenía infinitamente menos poder en Inglaterra que Sir Wilson Seymour.

Un viejo criado les abrió la puerta. Su rostro desfigurado, su tipo retorcido, su chaqueta y sus pantalones negros y andrajosos contrastaban vivamente con el interior brillante de los vestuarios de la gran actriz. La estancia estaba repleta de espejos en todos los ángulos de refracción, como las cien caras de un enorme diamante.

Los otros objetos lujuriosos, unas flores, unos almohadones de colores, algunas prendas de vestuario, quedaban multiplicados por todos los espejos en la locura de las *Noches Árabes, y* danzaban y cambiaban perpetuamente de lugar cuando el ayudante corría un espejo hacia afuera o lo llevaba hacia la pared.

Los dos hablaron con el deslustrado ayudante de cámara llamándole Parkinson, y le preguntaron por una dama llamada Miss Aurora Rome. Parkinson dijo que estaba en la otra habitación, pero que iría y se lo diría. Una sombra cruzó el semblante de los dos visitantes, pues la otra habitación era el vestuario del gran actor con el que actuaba Miss Aurora, y ella era ese tipo de mujer que no despierta admiración sin despertar al mismo tiempo celos. En medio minuto, sin embargo, se abrió la puerta interior y ella entró como siempre lo hacía, incluso en la vida privada, de tal modo que el silencio parecía convertirse en un rugido de aplausos y, además, bien merecido. Vestía un extraño traje de satén de color verde y azul pavo real, ese azul y verde brillantes que tanto deleitan a los niños y a los estetas, y su frondoso pelo castaño enmarcaba uno de esos rostros mágicos que son peligrosos para todos los hombres, pero especialmente para los jóvenes y para los que están entrados en años. En compañía de su colega masculino de escena, el gran actor americano Isidore Bruno, estaba representando una versión particularmente poética y fantástica de *El sueño de una noche de verano,* en la cual Oberón y Titania adquirían el protagonismo artístico, en otras palabras, ella y Bruno. Rodeada de un escenario exquisito y soñador, moviéndose con místicas danzas, su traje verde, como alas bruñidas de coleóptero, expresaba toda la evasiva individualidad de una reina de los elfos. Pero al salir a lo que restaba de luz del día, los hombres se vieron atraídos exclusivamente por su rostro.

Saludó a sus dos amigos con una sonrisa radiante y desconcertante, con la cual mantenía a tantos hombres a la misma peligrosa distancia. Aceptó las flores de Cutler, que eran tan tropicales y caras como sus victorias, y también aceptó un regalo de Sir Wilson Seymour,

ofrecido posteriormente con actitud indiferente, pues iba en contra de sus modales mostrar ansiedad y contra su convencional anticonvencionalidad, regalar algo tan obvio como flores. Había escogido una bagatela, dijo, que era más bien una curiosidad: una daga de la antigua Grecia, de la época micénica, que muy bien podría datar de los tiempos de Teseo e Hipólita. Hecha de bronce, como todas las armas heroicas, estaba, sin embargo, lo suficientemente afilada como para cortar sin que uno se diera cuenta. En realidad se había sentido atraído por ella debido al filo y a la peculiar forma de la hoja, tan perfecta como un jarrón griego. Si le interesaba a Miss Rome o si podía aparecer de algún modo en la obra, él tenía la esperanza de que ella...

La puerta interior se abrió de repente y apareció una gran figura, que representaba un contraste mucho más acusado con el explicativo Seymour que con el capitán Cutler. Cerca del metro noventa, y con músculos y un vigor algo más que teatrales, Isidore Bruno, vestido con la piel de leopardo y otras prendas doradas propias de Oberon, parecía un dios bárbaro. Se apoyaba en una especie de lanza, que en la escena parecía una vara plateada y delgada pero que en la pequeña habitación llena de gente daba la impresión de ser tan plana como una pica, e igual de amenazadora. Sus vivos ojos negros se movían volcánicamente, su rostro moreno, atractivo, mostraba en ese momento una combinación de pómulos elevados con un juego de dientes blancos, que recordaba ciertas conjeturas americanas acerca de su origen en las plantaciones del sur.

—Aurora —dijo con esa voz profunda como un tambor de pasión que tanto había emocionado a las audiencias—, quieres...

Se detuvo indeciso porque una sexta figura se había presentado repentinamente en la entrada, una figura tan incongruente en la escena como para ser cómica. Era un hombre muy bajito, con el uniforme negro de la Iglesia católica, y parecía (especialmente en la compañía de Bruno y Aurora) un inexpresivo Noé sin el arca. Él, sin embargo, no parecía consciente de ningún contraste, asique dijo con insípida cortesía:

—Creo que Miss Rome me ha llamado.

Un observador sagaz habría notado que la temperatura emocional más bien subió con esa interrupción tan poco emocional. La conciencia de un celibato profesional pareció revelar a los demás el hecho de que permanecían alrededor de la mujer como un anillo de amantes rivales, al igual que si hubiese entrado un extraño con nieve en su abrigo, habría revelado que la habitación era como un horno. La presencia de un hombre que no se preocupaba de ella incrementó el sentido de Miss Rome de que todos estaban enamorados de su persona, y cada uno de un modo peculiarmente peligroso. El actor, con todo el apetito del salvaje y del niño perdido; el soldado, con todo el simple egoísmo de un hombre de voluntad y no de mente; Sir Wilson, con esa concentración robusta y diaria con que los viejos hedonistas cultivan sus aficiones; incluso el abyecto Parkinson, que la había conocido antes de sus triunfos y que la había seguido por la habitación con los pies y con la mirada, con la obtusa fascinación de un perro.

Una persona sagaz habría advertido algo aún más extraño. El hombre como un Noé petrificado de color negro —que no carecía de astucia— lo notó con cierta diversión contenida. Era evidente que la gran Aurora, aunque no era indiferente a la admiración por parte del otro sexo, quería zafarse de todos los hombres que la admiraban y quedarse sola con el hombre que no la admiraba, al menos en ese sentido; pues el pequeño sacerdote si que admiraba la firme diplomacia femenina con la que ella salía de apuros. Había una única cosa, quizá, que Aurora Rome conocía hasta la perfección: una parte de la humanidad, la

otra parte.

El pequeño sacerdote observó, como en una campaña napoleónica, la rápida precisión de su política para sacarlos de allí a todos, sin despertar la impresión de que los estaba expulsando. Bruno, el gran actor, era tan infantil que fue fácil mandarle fuera, eso si, enfurruñado y dando un portazo. Cutler, el oficial británico, era inmune a las ideas, pero puntilloso en cuanto al comportamiento. Habría ignorado todas las insinuaciones, pero moriría antes de ignorar la orden definitiva de una dama. En lo que concierne al viejo Seymour, había que tratarlo de un modo diferente, había que dejarlo para el final. La única manera de deshacerse de él consistía en hablarle confidencialmente, como a un viejo amigo, y permitirle entrar en el secreto de la evacuación. El sacerdote realmente admiró cómo Miss Rome lograba desprenderse de esos tres objetos por medio de una acción selectiva.

Se dirigió al capitán Cutler y le dijo de la manera más dulce: —Valoraré todas estas flores porque deben de ser sus flores favoritas. Pero no estarían completas sin *mi* flor favorita. ¿Le importaría acercarse a la floristería de la esquina y traerme algunos lirios del valle?. Entonces el ramo quedaría tan hermoso... El primer objetivo de su diplomacia, la salida del enfurruñado Bruno, se logró enseguida. Ya había dado su lanza con estilo señorial, como si se tratase de un cetro, al lastimoso Parkinson, y estaba a punto de sentarse en uno de los acolchados asientos como si fuera un trono. Pero con esa apelación abierta a su rival, en sus opalescentes glóbulos oculares brilló la sensitiva insolencia del esclavo, cerró sus enormes puños por un instante y luego, dejando la puerta abierta, desapareció en su propio camerino. Pero mientras tanto el experimento de Miss Rome para movilizar al ejército británico no había tenido tanto éxito como el esperado. Cutler, ciertamente, se había levantado súbita y ceremoniosamente, y había caminado hasta la puerta sin ponerse el sombrero, como si hubiese oído una orden. Pero quizá había algo ostentosamente elegante en la lánguida figura de Seymour, apoyado contra uno de los espejos, algo que lo detuvo en la puerta, volviendo la cabeza en su dirección como un bulldog confuso.

—Tengo que mostrar a ese necio adonde tiene que ir —musitó Aurora a Seymour, y corrió hacia el umbral para acelerar la partida del visitante.

Seymour parecía estar escuchando, con la misma elegancia e inconsciencia de su porte, y experimentó un alivio cuando oyó que la dama le daba las últimas instrucciones al capitán y luego éste corría riendo por el pasaje hacia el otro extremo, el que daba a la terraza sobre el Támesis. Pero dos o tres segundos después, el semblante de Seymour se volvió a oscurecer. Un hombre en su posición tenía tantos rivales, y recordó que en el otro extremo del pasaje estaba la entrada al camerino de Bruno. Pero no perdió la dignidad. Intercambió algunas palabras respetuosas con el padre Brown acerca de la renovación de la arquitectura bizantina en la catedral de Westminster y luego, con completa naturalidad, él mismo se acercó hasta el otro extremo del pasaje. El padre Brown y Parkinson se quedaron solos, y ninguno de ellos eran personas que gustasen de conversaciones superfluas. El ayuda de cámara recorrió la habitación reajustando y limpiando una y otra vez los espejos, con su chaqueta pordiosera y sus pantalones, que presentaban un aspecto aún más miserable desde que había cogido la fantástica lanza del rey Oberón. Cada vez que movía el marco de un espejo aparecía una nueva figura del padre Brown, invertida en el aire como un ángel, dando volteretas como un acróbata, volviendo las espaldas a todo el mundo como una persona maleducada.

El padre Brown parecía ajeno a esa nube de testigos, pero seguía a Parkinson con una mirada atenta hasta que se llevó la absurda lanza al camerino de Bruno. A continuación, se abandonó a abstractas meditaciones, en lo que siempre encontraba placer, calculando los

ángulos de los espejos, los ángulos de su refracción, el ángulo con el que se ajustaban en la pared, hasta que oyó un grito fuerte pero ahogado.

Se levantó de un salto y permaneció rígido y alerta. En ese mismo instante, Sir Winston Seymour entró de prisa en el camerino, tan pálido como el marfil.

—¿Quién es ese hombre en el pasaje? —exclamó—. ¿Dónde está mi daga?.

Antes de que el padre Brown hubiese podido darse la vuelta con sus pesadas botas, Seymour lo estaba revolviendo todo para buscar el arma. Y antes de que pudiera encontrar el arma o cualquier otra cosa, se oyó cómo unos pasos presurosos avanzaban por el pavimento exterior, y el rostro cuadrado de Cutler apareció en la puerta. Aún sostenía grotescamente en sus manos un ramo de lirios del valle.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó—. ¿Quién es esa criatura del pasaje?. ¿Es alguno de sus trucos?.

—¿De mis trucos? —siseó su pálido rival, e hizo un amago de abalanzarse hacia él.

En el instante en que todo esto ocurría, el padre Brown caminó hasta el final del pasaje, miró hacia abajo y se acercó presuroso a lo que había visto.

Los otros dos hombres dejaron su disputa y salieron detrás de él. Cutler gritó:

—¿Qué está usted haciendo?. ¿Quién es usted?.

—Me llamo Brown —dijo el sacerdote con tristeza, mientras se inclinaba sobre algo y se volvía a levantar—. Miss Rome me mandó llamar, y yo vine tan rápido como pude, pero he llegado demasiado tarde.

Los tres hombres miraron hacia abajo y en uno de ellos al menos la vida murió con la última luz del anochecer. Esa luz corría a lo largo del pasaje como un sendero dorado: en el medio yacía Aurore Rome, lustrosa en su vestido verde y oro, con el rostro muerto mirando hacia arriba. Su vestido estaba revuelto como si hubiese ofrecido resistencia, dejando el hombro derecho desnudo, pero la herida de la que manaba abundante sangre estaba en la otra parte. La daga de bronce yacía, plana y brillante, a unos metros de ella.

Hubo un silencio vacío durante un tiempo considerable, y pudieron oír la risa lejana de una florista en Charing Cross, y a alguien que pedía un taxi a todo pulmón en una de las calles que daban a la ribera del río. Entonces el capitán, con un movimiento tan repentino que se podría haber atribuido a la pasión o a una actuación, agarró del cuello a Sir Winston Seymour.

Seymour lo miró fijamente sin miedo y sin un amago de lucha.

—No necesita matarme —dijo con una voz fría—, yo lo haré por mi propia cuenta.

La mano del capitán dudó y se relajó. El otro añadió con el mismo candor helado:

—Si veo que no tengo el valor de hacerlo con la daga, lo haré en un mes con la bebida.

—La bebida no es suficiente para mi —replicó Cutler—, me vengaré con sangre antes de morir. No de la suya, pero sé de quién.

Y antes de que los demás averiguasen su intención, cogió la daga, saltó hacia la otra puerta, en el otro extremo del pasaje, la abrió de un golpe y se enfrentó a Bruno en su camerino. Mientras lo hacía, el viejo Parkinson salió tambaleándose por la puerta y vio el cuerpo en el suelo del pasaje. Se movió tembloroso hacia él, lo contempló débilmente con un rostro aterrado y luego retrocedió vacilante hasta el camerino, donde se sentó súbitamente en uno de los sillones ricamente adornados. El padre Brown corrió instantáneamente hacia él, sin prestar atención a Cutler ni al colosal actor, aunque de su camerino salían ruidos de golpes y

comenzaban a pelear por la daga. Seymour, que aún conservaba cierto sentido práctico, se fue al otro extremo del pasaje llamando a la policía.

Cuando llegó la policía, hubo que separar a los dos hombres de una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo; y, después de unas preguntas, fue arrestado Isidore Bruno bajo el cargo de asesinato, cargo que su oponente le había atribuido con furia. La idea de que el gran héroe nacional del momento había arrestado a un malhechor con sus propias manos pesaba sin duda en la policía, que a veces comparte elementos con el periodismo. Trataron a Cutler con una solemne atención y observaron que se había hecho una herida en la mano. Cuando Cutler lo obligó a retroceder por encima de la mesa y de la silla, Bruno pudo hacerse con la daga y le hirió en la muñeca. Se trataba de una herida muy leve, pero hasta que fue sacado de la habitación, el prisionero medio salvaje no cesó de mirar con una sonrisa fija cómo manaba la sangre.

—Ese tipo parece un caníbal, ¿verdad? —dijo confidencialmente el policía a Cutler.

Cutler no respondió, pero poco después dijo brevemente, con una voz apenas articulada:

—Tenemos que atender... al cadáver.

—Los dos cadáveres —se oyó decir al sacerdote desde el otro extremo de la estancia—. Este pobre hombre también ha muerto.

Y se quedó mirando al viejo Parkinson, acurrucado en el extravagante sillón. Él también había pagado su tributo, no sin elocuencia, a la mujer muerta.

El silencio fue roto por Cutler, quien pareció mostrar cierta ruda ternura.

—Desearía haber sido él —dijo roncamente—. Recuerdo que solía seguirla con la mirada todo el tiempo, más que nadie. Ella era el aire que respiraba y él se ha quedado sin su elixir vital, está muerto.

—Todos nosotros estamos muertos —dijo Seymour con una voz extraña, mirando hacia abajo.

Se despidieron del padre Brown en la esquina de la calle, con algunas disculpas por la rudeza que habían mostrado. Sus rostros eran trágicos, pero también crípticos.

La mente del pequeño sacerdote era un hervidero de confusos pensamientos que saltaban demasiado de prisa como para atraparlos. Como el rabo blanco de un conejo, tenía el pensamiento evanescente de que estaba seguro de su aflicción, pero no tan seguro de su inocencia.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Seymour con pesadez—, hemos hecho todo lo que hemos podido para ayudar.

—¿Comprenderían mis motivos —preguntó tranquilamente el padre Brown—, si yo les dijera que han hecho todo lo posible para hacer daño?.

Los dos reaccionaron con culpabilidad.

—¿Hacer daño a quién? —dijo Cutler con severidad.

—A ustedes mismos —respondió el sacerdote—. No añadiría más problemas a los que ya tienen sino fuera de justicia advertírselo. Han hecho todo lo posible para colgarse a si mismos, si ese actor es exculpado. Y con toda seguridad me citarán a mi, y yo me veré obligado a decir que después del grito oí cómo uno de ustedes entraba en el camerino en un estado violento y comenzaba a buscar la daga. Hasta donde llegan las palabras que pronunciaré bajo juramento, cualquiera de ustedes pudo cometer el crimen. Ustedes se hacen daño a si mismos, y el capitán Cutler se hirió él mismo con la daga.

—¿Herirme a mi mismo? —exclamó el capitán con desprecio—. ¿Un pequeño corte tan tonto?.

—Del que manó sangre —replicó el sacerdote, asintiendo—.

Sabemos que hay sangre en el arma de bronce, y así ya no sabremos nunca si había sangre antes.

Hubo un silencio. Poco después, Seymour dijo con un énfasis completamente extraño a su tono habitual:

—Pero yo vi a un hombre en el pasaje.

—Ya sé que lo vio —respondió el clérigo Brown con un rostro impenetrable—, y también lo vio el capitán Cutler. Por eso parece tan improbable.

Antes de que cualquiera de los dos hubiese podido ordenar las ideas para contestarle, el padre Brown se había excusado cortésmente y se había alejado caminando pesadamente con su enorme paraguas.

Del modo en que se dirigen los periódicos modernos, las noticias más honestas y más importantes son las de la policía. Si es cierto que en el siglo XX se da más espacio a los crímenes que a la política, esto se debe a la excelente razón de que el crimen es un tema mucho más serio. Pero ni siquiera esto puede explicar del todo la omnipresencia y la extraordinaria difusión de los detalles del «caso Bruno» o del «misterio del pasaje» en la prensa londinense y provincial. Tan grande fue la excitación que dos semanas después la prensa dijo realmente la verdad, y los informes de la investigación y de los interrogatorios, aunque interminables e incluso intolerables, fueron al menos de confianza. La verdadera razón, desde luego, era la coincidencia de personajes. La víctima era una actriz popular, el acusado era un actor popular, y el acusado había sido detenido con las manos manchadas de sangre, como así fue, por el soldado más popular de la temporada patriótica. En esas circunstancias extraordinarias, la prensa quedó paralizada entre la probidad y la exactitud, y el resto de este asunto tan singular se puede reconstruir con los informes del juicio de Bruno.

El juicio fue presidido por Mr. Justice Monkhouse, uno de esos jueces que son objeto de burla por su buen humor, pero que generalmente son más serios que los jueces serios, pues su alegría proviene de la solemnidad profesional, mientras que el juez serio está, en realidad, empapado de frivolidad, porque en su interior vive la vanidad. Al gozar los actores de una fama mundial, los abogados estaban equilibrados; el fiscal de la Corona era Sir Walter Cowdray, un hombre gordo y de peso, de ese tipo que sabe cómo parecer inglés y fidedigno, y cómo ser teórico con desgana. El prisionero fue defendido por Mr. Patrick Butler, a quien se le consideraba erróneamente un «fláneur» por aquellos que no saben interpretar el carácter irlandés y por aquellos que no han sido interrogados por él. La prueba médica no presentaba ninguna contradicción, el doctor, llamado por Seymour en el lugar, había coincidido con el eminente cirujano que examinó posteriormente el cadáver. Aurore Rome había sido apuñalada con un instrumento afilado, un cuchillo o una daga, de hoja corta. La herida estaba encima del corazón, y ella murió instantáneamente. Cuando el doctor la vio por primera vez calculó que haría unos veinte minutos que había muerto. Por consiguiente, cuando el padre Brown la encontró, apenas llevaría muerta tres minutos.

Al análisis forense siguieron algunas pruebas policiales, relativas a la presencia o ausencia de huellas de lucha; lo único que sugería una resistencia era el vestido roto en el hombro, y eso no parecía ajustarse particularmente a la dirección y finalidad del golpe. Una vez

expuestos estos hechos, aunque no aclarados, se citó a declarar al primero de los testigos importantes.

Sir Wilson Seymour mostró cómo solía hacer las cosas, no sólo bien sino con perfección. Aunque un hombre mucho más público que el juez, supo adoptar una actitud humilde ante la Justicia del Rey, y aunque todos le miraban como si fuera el Primer Ministro o el Arzobispo de Canterbury, no podrían haber dicho nada que delatase esa impresión, salvo que se trataba de un caballero con un gran acento. También se mostró fresco y lúcido como en los comités. Había ido al teatro a visitar a Miss Rome, allí se había encontrado con el capitán Cutler, allí se habían encontrado con el acusado, quien poco después regresó a su camerino; se habían encontrado con un sacerdote católico, que había sido llamado por la víctima y dijo que su nombre era Brown. Miss Rome había salido del teatro y se encontraba en la entrada del pasaje para indicar al capitán Cutler una floristería, pues quería que comprase unas flores, y el testigo había permanecido en la habitación, intercambiando algunas palabras con el sacerdote. Entonces había oído con distinción a la víctima explicando el lugar en que se encontraba la floristería, cómo luego se volvía riendo y corría hacia el otro extremo del pasaje, donde se encontraba el camerino del prisionero. Por mera curiosidad al oír los rápidos movimientos de sus amigos, él mismo había salido y se había acercado al extremo del pasaje y mirado hacia la puerta del prisionero. ¿Si había visto algo en el pasaje?. Si, había visto algo en el pasaje.

Sir Walter Cowdray permitió un intervalo emocionante, durante el cual el testigo miró hacia abajo y su semblante pareció más pálido de lo habitual. A continuación, el abogado dijo en voz baja, lo que pareció a un mismo tiempo compasivo e inquietante:

—¿Lo vio con claridad?.

Aunque emocionado, Sir Wilson Seymour tenía su excelente cerebro trabajando al máximo de su capacidad.

—Con mucha claridad en lo que concierne a la forma, pero confuso en cuanto a los detalles. El pasaje es de tal longitud que alguien en el centro aparece completamente oscuro por la luz que procede del otro extremo.

El testigo bajó una vez más los ojos y añadió:

—Me había dado cuenta de ese efecto con anterioridad, cuando entró el capitán Cutler. Se produjo otro silencio, y el juez se inclinó hacia adelante y anotó algo.

—Bien —dijo Sir Walter con actitud paciente—, y ¿qué aspecto presentaba aquella forma?. Era, por ejemplo, como la figura de la mujer asesinada?.

—Nada de eso —respondió tranquilamente Seymour.

—Entonces, ¿qué le pareció?.

—Como si fuese un hombre alto —contestó el testigo.

Todos los presentes en la Corte clavaron sus ojos en sus paraguas, en sus libros o en sus botas, o en cualquiera de los objetos que estaban mirando. Parecían intentar no mirar al prisionero, pero sentían su figura en el banquillo, y la sentían como algo gigantesco. Por alto que fuese Bruno, pareció hacerse más y más alto cuando los ojos se apartaron de él.

Cowdray volvió a ocupar su asiento con un semblante solemne, se alisó su toga negra de seda y sus sedosas patillas blancas. Sir Wilson se aprestaba a abandonar el banquillo, después de referirse a otros detalles para los que había más testigos, cuando el abogado defensor se levantó súbitamente y le detuvo.

—Sólo quiero detenerle un momento —dijo Mr. Butler, que era una persona con un aspecto rústico con cejas pelirrojas y una expresión de estar medio dormido.

—¿Puede explicar a su señoría por qué sacó la conclusión de que se trataba de un hombre?.

Una ligera y refinada sonrisa cruzó el rostro de Seymour.

—Me temo que es la vulgar prueba de los pantalones —dijo—. Cuando vi cómo la luz atravesaba las largas piernas, supe con seguridad que, después de todo, era un hombre.

Los soñolientos ojos de Butler se abrieron como si acabasen de ser testigos de una súbita explosión.

—¡Después de todo! —repitió lentamente—. Asique al principio creyó que era una mujer.

Seymour pareció confuso por primera vez.

—Depende del punto de vista —dijo—, pero si su señoría quiere que responda según mi impresión, desde luego lo haré. Había algo en la figura que no era exactamente femenino, pero tampoco masculino; de algún modo las curvas eran diferentes. Y tenía algo que parecía el cabello largo.

—Gracias —dijo Mr. Butler, y se sentó de repente al tener lo que quería.

El capitán Cutler fue menos verosímil y explícito como testigo que Sir Wilson, pero el relato de los acontecimientos fue igual de sólido. Describió el retorno de Bruno a su camerino, cómo le encargaron a él que comprase un ramo de lirios del valle, la figura que vio en el pasadizo, sus sospechas de Seymour y su pelea con Bruno. No obstante, pudo dar un toque artístico acerca de la figura negra que tanto él como Seymour habían visto. Cuando le preguntaron si era un hombre o una mujer, dijo, con un gruñido en dirección al prisionero, que más bien parecía una bestia. Pero el hombre estaba profundamente entristecido y enojado con sinceridad, por lo que Cowdray lo excusó rápidamente por haber confirmado hechos que ya estaban lo suficientemente claros.

El abogado defensor también fue breve en su interrogatorio, aunque (como era su costumbre) el ser breve le llevara mucho tiempo.

—Ha empleado una expresión curiosa —dijo, mirando a Cutler con somnolencia—. ¿Qué quiere decir con eso de que parecía más una bestia que un hombre o una mujer?.

Cutler pareció seriamente agitado.

—Quizá no debería haberlo dicho —dijo—, pero cuando un tipo tiene enormes hombros encorvados, como los de un chimpancé y un pelo crespo saliendo de su cabeza como el de un cerdo...

Mr. Butler cortó con extraña impaciencia su respuesta.

—No importa si el pelo era como el de un cerdo —dijo—. ¿Era como el de una mujer?.

—¿Como el de una mujer? —exclamó el soldado—. ¡Por Dios, no!.

—El último testigo dijo que si lo era —comentó el abogado con una prontitud carente de escrúpulos—. ¿Y tenía la figura esas curvas serpenteantes y semifemeninas a las que se ha aludido con elocuencia?. ¿No?. ¿No tenía curvas femeninas?. La figura, según le he entendido, era entonces más cuadrada y pesada que otra cosa.

—Podía estar inclinada hacia adelante —dijo Cutler con un murmullo.

—O puede que no —dijo Mr. Butler, y se sentó de improviso por segunda vez.

El tercer testigo al que llamó Sir Walter Cowdray fue el pequeño sacerdote católico, tan pequeño, comparado con los demás, que su cabeza apenas sobresalía del banquillo de los

testigos, asique daba la impresión de que se estaba interrogando a un niño. Pero desdichadamente, a Sir Walter se le había metido en la cabeza (es probable que por algunas ramificaciones de la religión profesada por su familia) que el padre Brown estaba de parte del prisionero, puesto que éste era extranjero, perverso y tenía sangre de negro. Por consiguiente, interrumpía constantemente al padre Brown cada vez que este pontífice orgulloso se disponía a explicar algo; le dijo que respondiera si o no y que se limitase a exponer los hechos sin jesuitismos. Cuando el padre Brown comenzó a decir, con toda su simplicidad, quién creía que era el hombre del pasaje, el fiscal le dijo que no quería conocer sus teorías.

—Una sombra oscura se vio en el pasaje, y usted dice que vio esa sombra oscura, muy bien, ¿qué sombra era ésa?.

El padre Brown parpadeó como si le estuvieran haciendo un reproche. Pero hacía mucho tiempo que había conocido la naturaleza literal de la obediencia

—La sombra —dijo— era corta y gruesa, pero tenía dos proyecciones hacia arriba, curvas, negras y puntiagudas, una a cada lado de la cabeza, como cuernos, y...

—¡Oh!. El demonio con cuernos, sin duda —exclamó Cowdray, sentándose con jocosidad triunfante—. Era el demonio que se venía a comer a los protestantes.

—No —dijo desapasionadamente el sacerdote—, yo sé quién era.

Los presentes en la Corte de Justicia se sumieron en un estado irracional, pero real, en el que esperaban la revelación de una monstruosidad. Habían olvidado la figura del banquillo de los acusados y sólo pensaban en la figura del pasaje. Y esta figura, descrita por tres hombres capaces y respetables que la habían visto, era una pesadilla mutante: uno reconocía en ella a una mujer, otro a una bestia, y el otro a un demonio...

El juez penetraba al padre Brown con su mirada.

—Usted es un testigo de lo más extraordinario —dijo—, pero hay algo en usted que me hace creer que está intentando decir la verdad. Bien, ¿quién era el hombre que usted vio en el pasaje?.

—Era yo —dijo el padre Brown.

Butler se levantó de un salto y preguntó con toda tranquilidad:

—Señoría, ¿me permite interrogarle?.

Y a continuación, sin detenerse, lanzó al padre Brown una pregunta aparentemente fuera de lugar.

—Usted ya ha oído hablar de esta daga, ¿sabe que los expertos opinan que el crimen se cometió con un arma de hoja corta?.

—De hoja corta —asintió el padre Brown moviendo solemnemente la cabeza como un búho—, pero con una empuñadura muy larga.

Antes de que la audiencia pudiera descartar la idea de que ese sacerdote se había visto a si mismo asesinando con una daga de hoja corta y con una empuñadura larga —lo que parecía hacerlo aún más horrible—, él mismo se había apresurado a explicarlo.

—Me refiero a que las dagas no son las únicas armas con hoja corta. Las lanzas también tienen hojas cortas, y las lanzas tienen unos filos que cortan como dagas, si son del tipo de lanza que se emplea en los teatros, esto es, como la lanza con la que el pobre y viejo Parkinson asesinó a su esposa cuando ella me había llamado para que hablásemos de sus problemas familiares, y yo llegué demasiado tarde, ¡que Dios me perdone!. Pero él murió

arrepentido, murió en cuanto se arrepintió. No pudo soportar lo que había hecho.

La impresión general fue que el pequeño sacerdote, que seguía charlando, se había vuelto completamente loco. Pero el juez aún lo miraba con ojos brillantes y fijos de interés. El abogado defensor continuó, imperturbable, con el interrogatorio.

—Si Parkinson cometió el crimen con la lanza de pantomima —dijo Butler—, la tuvo que arrojar desde una distancia de varios metros. ¿Cómo explica entonces las señales de violencia, como el vestido roto a la altura del hombro?.

Había decidido tratar a ese simple testigo como a un experto, pero nadie lo notó.

—El vestido de la pobre mujer estaba roto —dijo el testigo—, porque se quedó cogido en un panel que estaba detrás de ella. Ella trató de liberarse y cuando lo logró Parkinson salió del camerino del prisionero y le clavó la lanza.

—¿Un panel? —repitió el abogado con una voz extraña.

—Era la parte trasera de un espejo —explicó el padre Brown—, cuando estuve en el camerino me di cuenta de que algunos de ellos probablemente daban al pasaje.

Se produjo otro silencio vasto y antinatural, y esta vez fue el juez quien habló.

—Asique piensa que cuando usted miró hacia el pasaje, el hombre al que usted vio era usted mismo reflejado en un espejo.

—Si, señoría, eso es lo que estaba tratando de decir —dijo Brown—, pero ellos me preguntaron por su figura, y nuestros sombreros tienen esas esquinas como cuernos, y...

El juez se inclinó hacia adelante, sus ojos brillaban aún más, y dijo con un tono distinto:

—¿Piensa sinceramente que cuando Sir Wilson Seymour vio esa cosa con curvas, cabello de mujer y pantalones masculinos, lo que en realidad vio fue a Sir Wilson Seymour?.

—Si, señoría —dijo el padre Brown.

—¿Y también piensa que cuando el capitán Cutler vio al chimpancé con los enormes hombros curvos y esas extrañas cerdas, en realidad se estaba viendo a si mismo?.

—Si, señoría.

El juez se reclinó en su asiento con una lozanía en la que era difícil de separar el cinismo de la admiración.

—¿Y puede decirnos —preguntó— por qué usted distinguió su propia figura en un espejo, cuando dos caballeros tan distinguidos no lo hicieron?.

El padre Brown parpadeó más penosamente que antes, luego tartamudeó:

—Realmente, señoría, no lo sé..., a no ser que se deba a que no me miro con tanta frecuencia.

EL ERROR DE LA MÁQUINA

Flambeau y su amigo, el sacerdote, estaban sentados en los jardines del Temple a la hora del crepúsculo, y su vecindario o alguna coincidencia les había impulsado a hablar de procesos legales. Del problema del derecho a interrogar pasaron a hablar de la tortura romana y medieval, y de ahí pasaron al interrogatorio del magistrado en Francia y al tercer grado en América.

—He estado leyendo —dijo Flambeau— acerca de ese nuevo método psicométrico del que tanto se habla, especialmente en América. Ya sabe a lo que me refiero, colocan un pulsómetro en el pecho de un hombre y juzgan por los latidos al pronunciar las respuestas si dice la verdad. ¿Qué piensa de ello?.

—Creo que es muy interesante —replicó el padre Brown—. Eso me recuerda aquella idea de la edad oscura según la cual si un asesino tocaba el cadáver manaba sangre de él.

—¿Realmente piensa —demandó su amigo— que se pueden comparar los dos métodos?.

—Yo si lo creo —contestó el padre Brown—. La sangre fluye lenta o rápidamente, en un tipo vivo o muerto, y por millones de razones que jamás conoceremos. La sangre tendrá que manar de forma muy rara, o tendrá que correr hacia la cumbre del Matterhorn antes de que yo la considere un signo de que voy a verterla.

—El método —remarcó el otro— ha sido garantizado por algunos de los científicos más importantes de América.

—¡Qué científicos más sentimentales hay! —exclamó el padre Brown—. ¡Y cuánto más sentimentales son los científicos americanos!. ¿Quién que no sea un yanqui puede pensar en probar algo con los latidos del corazón?. Deben de ser más sentimentales que un hombre que cree que una mujer se ha enamorado de él porque se ha ruborizado. Ésa es una prueba de la circulación de la sangre, descubierta por el inmortal Harvey, y una prueba muy comprometida.

—Pero seguramente —insistió Flambeau— podría indicar algo en un sentido o en otro.

—Hay una desventaja en un bastón que señala el camino correcto —respondió el sacerdote—. ¿Y cuál es?. El otro extremo del bastón siempre señala en la dirección opuesta. Todo depende de que usted tome el bastón por el extremo correcto. Yo vi una vez cómo se hacía esa prueba y desde aquel momento no volví a creer en ella.

Y procedió a contar la historia de su desilusión.

—Ocurrió hace cerca de veinte años, cuando era capellán de sus correligionarios en la prisión de Chicago, donde la población irlandesa empleaba una gran capacidad en el crimen y en la penitencia, lo que me mantenía tolerablemente ocupado.

El segundo oficial por debajo del gobernador era un ex detective llamado Greywood Usher, un yanqui filósofo y cadavérico, que hablaba cuidadosamente y que ocasionalmente emanaba un semblante rígido con una extraña mueca apologética. El padre Brown le caía bien en un sentido condescendiente, y al padre Brown también le gustaba, aunque le disgustaban profundamente sus teorías. Y éstas eran extremadamente complicadas y eran sostenidas con extremada simpleza.

Una tarde dijo que llamaran al sacerdote, quien, siguiendo su costumbre, se sentó en silencio a la mesa llena de pilas de papeles y esperó. El oficial seleccionó de entre los papeles un recorte de periódico y se lo dio al clérigo, quien lo leyó con gravedad.

Parecía el extracto de uno de los periódicos de sociedad más cursis de América, y contenía lo siguiente:

«El viudo más brillante de la sociedad va a causar sensación en su "Freak Dinner". Todos nuestros ciudadanos exclusivos recordarán el "Perambulator Parade Dinner", en el cual Last Trick Todd, en su hogar palaciego en Pilgrim's Pond, logró que tantos de nuestros famosos *debutantes* parecieran más jóvenes que sus años. Tan elegante, aunque más miscelánea y generosa en el aspecto social, fue el año pasado su popular "Cannibal Crush Lunch", en la que las confituras que se repartieron habían sido sarcásticamente moldeadas en forma de piernas y brazos humanos, y durante la cual más de uno de nuestros más alegres gimnastas mentales ofreció que se comieran a su acompañante. La ocurrencia que inspirará la tarde aún no ha sido revelada y permanece en el intelecto reticente de Mr. Todd o en el corazón enjoyado del líder más alegre de la ciudad. Sin embargo, corren rumores de que va a ser una suerte de parodia de los modales vulgares y de las costumbres del otro extremo de la escala social. Esto es lo que se rumorea, mientras el hospitalario Todd entretiene a Lord Falconroy, el famoso viajero y aristócrata de sangre, recién llegado de Inglaterra. Los viajes de Lord Falconroy comenzaron antes de que resucitase su título de la época feudal; estuvo en la República durante su juventud, y los rumores hablan de una secreta razón para su retorno: Miss Etta Todd es una de nuestras neoyorquinas más auténticas y su renta anual se acerca a los ciento veinte millones de dólares».

—Bien —preguntó Usher—, ¿le interesa?.

—¡Oh!, me faltan las palabras —respondió el padre Brown—, ahora mismo no puedo pensar en otra cosa en este mundo que me interese menos. Y, a no ser que el justo enojo de la República llegue a electrocutar a periodistas por escribir así, no veo por qué me tiene que interesar.

—¡Ah! —dijo Mr. Usher con frialdad, y le dio otro recorte de periódico—. Bien, ¿le interesa esto?.

El párrafo estaba marcado: «Salvaje asesinato de un vigilante de prisiones. Convicto escapa». A continuación, seguía: «Poco antes del amanecer se oyó un grito en la penitenciaria de Sequah, en este Estado. Las autoridades se dirigieron a la zona de donde provenía y encontraron el cadáver de un vigilante que patrullaba el muro norte de la prisión, el más elevado y difícil, para cuya vigilancia siempre se había considerado que un hombre resultaba suficiente. El infortunado oficial, sin embargo, había sido arrojado desde el muro, le habían destrozado el cráneo con lo que se suponía una porra y no se encontró su arma. Diligencias posteriores mostraron que una de las celdas estaba vacía, había estado ocupada por un insociable rufián que se hacía llamar Osear Rian. Estaba en detención preventiva por un asalto trivial, pero dio la impresión de ser un hombre con un negro pasado y un peligroso futuro.

»Finalmente, cuando la luz del día iluminó completamente el escenario del crimen, se encontró que el prisionero había escrito en el muro, sobre el cadáver, una frase fragmentaria, aparentemente con un dedo manchado de sangre: "Fue en defensa propia y él tenía la pistola. No quise hacerle daño, ni a él ni a nadie, sólo a uno. Reservo la bala para el lago de Pilgrim — O. R." Un hombre debe de haber empleado la más diabólica traición o el más salvaje y sorprendente arrojo físico para haber escalado un muro semejante pese a estar sometido a una estricta vigilancia».

—Bueno, el estilo literario ha mejorado algo —admitió alegremente el sacerdote—, pero aún no veo qué puedo hacer por usted. Podría hacer el ridículo con mis piernas cortas, si me

dedicase a perseguir por todo el Estado a un asesino atlético como ése. Dudo que nadie lo pueda encontrar. La colonia penitenciaria de Sequah está a treinta millas de aquí, el bosque que nos separa de él es lo suficientemente intrincado, y el que se extiende por el otro lado, por donde con toda segundad tuvo el buen sentido de escapar, es una tierra de nadie perfecta compuesta de largas praderas. Por consiguiente, ahora debe de encontrarse en un agujero o en un árbol.

—No está en ningún agujero —dijo el gobernador—, y tampoco en un árbol.

—¿Cómo lo sabe? —dijo el padre Brown con un parpadeo.

—¿Quiere hablar con él? —inquirió Usher.

El padre Brown abrió desmesuradamente sus ojos.

—¿Está aquí? —exclamó—. ¿Cómo pudieron encontrarlo?.

—Yo mismo di con él —arrastró las palabras el americano, estirando perezosamente sus largas piernas ante el fuego—. Yo di con él con la ayuda del extremo torcido de un bastón. No me mire tan sorprendido. Realmente lo hice. Ya sabe que a veces me gusta emprender alguna excursión por los senderos del campo fuera de este lugar deprimente; pues bien, estaba caminando esta tarde por un sendero empinado, rodeado de setos oscuros y cenicientos campos arados, y la luna ya asomaba iluminando de plata el camino, cuando vi a un hombre corriendo a través del campo. Corría con el cuerpo inclinado y con un buen trote. Parecía estar exhausto, pero cuando llegó a los espesos setos oscuros los atravesó como si fueran telas de araña, o mejor —ya que oí cómo se rompían las ramas y hacían presa en el cuerpo como bayonetas— como si él fuese de piedra. En el instante en que apareció en la parte superior del camino, contra la luz de la luna, y lo atravesó, yo le puse mi bastón en las piernas y lo hice tropezar. Luego silbé todo lo fuerte que pude y los compañeros vinieron para detenerlo.

—Habría sido una metedura de pata —remarcó el padre Brown—, si hubiese descubierto que se trataba de un popular atleta entrenando para la carrera de la milla.

—Pero no lo era —dijo Usher con severidad—. Pronto averiguamos quién era, pero yo ya lo había adivinado con el primer rayo de luz lunar que cayó sobre él.

—Usted pensó que era el convicto fugitivo —observó simplemente el sacerdote—, porque usted había leído en el recorte del periódico que un prisionero se había escapado.

—Tenía mejores motivos —replicó el oficial con frialdad—. Paso por alto lo primero por ser demasiado simple, me refiero a que los atletas de moda no corren por los campos arados ni se hieren los ojos atravesando zarzas. Ni tampoco corren inclinados como un perro de caza. Había detalles más decisivos para una vista bien entrenada. El hombre llevaba una ropa basta y desgarrada, aunque era algo más que basta y estaba algo más que desgarrada. Le quedaba tan mal que daba una impresión grotesca. Incluso cuando apareció como una sombra contra la luz de la luna, el cuello en el que se hundía su cabeza parecía una joroba, y las largas mangas sueltas daban la sensación de que no tenía manos. Se me ocurrió enseguida que había hecho algo para cambiar sus ropas de presidiario por otras de confederado que no le quedaban bien. En segundo lugar, había un fuerte viento contra él mientras corría, de tal modo que habría podido ver el pelo ondeando, sino lo hubiera tenido muy corto. Pero en ese momento recordé que más allá de esos campos labrados estaba el lago de Pilgrim, para el cual (como usted recordará) el prisionero reservaba su última bala; asique lancé mi bastón.

—Una pieza brillante de rápida deducción —dijo el padre Brown—, pero, ¿tenía una

pistola?.

Cuando Usher se detuvo repentinamente, el sacerdote añadió con un tono de disculpa:

—Me han dicho que una bala sirve de muy poco sin una pistola.

—No tenía pistola —dijo el otro con gravedad—, pero eso se debió sin duda alguna a algún percance natural o a un cambio de planes. Probablemente el mismo incidente que le obligó a cambiarse de ropa también le obligó a arrojar la pistola, ya que comenzó a arrepentirse del mensaje que había dejado atrás escrito con la sangre de su víctima.

—Bien, eso puede ser posible —respondió el sacerdote.

—Y no merece la pena especular sobre ello —dijo Usher, dedicando su atención a otros papeles—, porque ya sabemos que se trata del hombre en cuestión.

—Pero, ¿cómo? —preguntó tenuemente su clerical amigo.

Y Greeywood Usher buscó entre los papeles y volvió a sacar los dos recortes de periódico.

—Bueno, como usted es tan obstinado —dijo—, comencemos por el principio. Se habrá dado cuenta de que estos dos recortes tienen una sola cosa en común, y es la mención del lago Pilgrim, propiedad, como usted sabe, del millonario Ireton Todd. Bien sabe usted que tiene una personalidad extraña, una de esas que se forjan peldaño a peldaño...

—De la nada a lo más elevado —asintió su compañero—. Si, ya sé, petróleo.

—Sea lo que sea —dijo Usher—, Last Trick Todd desempeña un papel importante en el asunto.

Se estiró una vez más ante el fuego y continuó hablando en su estilo expansivo y radiante.

—Para comenzar por el principio, aquí no hay misterio alguno. No es ni misterioso, ni extraño, que un pájaro salga de la jaula, coja una pistola y se dirija al lago de Pilgrim. Nuestra gente no es como la inglesa, que perdona la riqueza a un hombre, si tira el dinero en hospitales o caballos. Last Trick Todd se ha hecho grande gracias a sus considerables habilidades. Y no hay duda de que muchos de aquellos a quienes ha mostrado sus habilidades, les gustaría enseñarle a él las suyas con un arma de fuego. Todd ha podido perjudicar fácilmente a alguien del que jamás ha oído hablar, algún trabajador despedido o a alguien a quien ha dejado sin blanca en algún negocio. Last Trick es un hombre con talento y un tipo público, pero en este país las relaciones entre empleados y empleadores son considerablemente tensas.

»Ése es el aspecto que ofrece el asunto suponiendo que este Rian se dirigiese al lago Pilgrim para matar a Todd. Así me lo pareció hasta que otro pequeño descubrimiento despertó al detective que llevo en mi interior. Cuando me aseguré de que el prisionero no se podía escapar, recogí de nuevo mi bastón y recorrí el camino que lleva hasta una de las entradas a la propiedad de Todd, la más cercana al lago que da nombre al lugar. Hace dos horas, alrededor de las siete, la luz de la luna era más intensa y pude ver las franjas largas y blancas sobre la laguna misteriosa, con sus orillas grises, espesas y sucias en las que, según decían nuestros padres, solían pasear las brujas hasta el amanecer. He olvidado por completo lo que contaban, pero ya sabe a qué lugar me refiero; está situado al norte de la casa de Todd, hacia la espesura, y tiene tres árboles torcidos y arrugados, tan deprimentes que más parecen troncos muertos que follaje. Mientras contemplaba esa laguna repugnante, me pareció ver la figura de un hombre desplazándose desde la casa hacia la laguna, pero todo estaba demasiado oscuro y distante para verlo con certeza y advertir los detalles. Por lo demás, mi atención se desvió por algo mucho más cercano. Me agazapé detrás de la valla que se extendía a unos cientos de yardas de distancia de una de las alas de la gran mansión y

que, afortunadamente, ofrecía espacios vacíos, como previstos para mirar sin ser visto. Se abrió una puerta en el edificio oscuro del ala izquierda, y apareció una figura ensombrecida por la luz interior, una figura embozada e inclinada hacia adelante, mirando hacia la profundidad de la noche. Cerró la puerta detrás de ella y vi que llevaba una linterna que arrojó un rayo de luz sobre el vestido y la figura del portador. Parecía tratarse de una mujer, envuelta en una capa rasgada y preocupada por no llamar la atención; había algo muy extraño en los harapos y en la precaución de una persona que venía de esas habitaciones cubiertas de oro. Tomó con cuidado el sendero serpenteante del jardín que la llevó a un lugar situado a unas cien yardas de donde yo me encontraba. Entonces se detuvo un instante sobre una loma de césped que daba al viscoso lago y balanceó deliberadamente la linterna tres veces, como si estuviera haciendo una señal. Cuando la balanceó por segunda vez un resplandor cayó sobre su rostro, un rostro que yo conocía. Estaba extremadamente pálido, y su cabeza estaba envuelta con un chal plebeyo, pero yo estoy seguro de que se trataba de Etta Todd, la hija del millonario.

»Volvió sobre sus pisadas con el mismo secreto y la puerta se cerró detrás de ella. Yo estaba a punto de subir la loma y seguirla, cuando me di cuenta de que la fiebre detectivesca me había impulsado a una aventura más bien indigna, y que, con una capacidad más autoritativa, ya tenía todas las cartas en mi mano. Me disponía a regresar, cuando un ruido estremeció la noche. Una de las ventanas de las habitaciones superiores se había roto, pero en la otra esquina de la casa, por lo que no la podía ver. También se oyó con terrible distinción cómo alguien lanzaba un grito a través del oscuro jardín para saber dónde se encontraba Lord Falconroy, ya que se le echaba de menos en la casa. No había error respecto a esa voz. La he escuchado en muchas reuniones políticas o en encuentros de directores, era la voz de Ireton Todd. Algunos de los demás parecían haber bajado a las ventanas inferiores o a las escaleras y le respondieron que Falconroy se había ido hacía una hora a dar un paseo al lago Pilgrim y que desde entonces no habían tenido noticia de él. Entonces Todd exclamó: "¡Maldito asesino!". Y cerró violentamente la ventana. Pude oír cómo bajaba las escaleras. Volví a tomar en consideración mi sabio y precavido propósito, asique abandoné la búsqueda general que iba a seguir y regresé, llegando aquí a eso de las ocho.

»Ahora le pido que recuerde ese pequeño párrafo que le pareció tan carente de interés. Si el convicto no estaba reservando la bala para Todd, como era evidente, era mucho más probable que la estuviera reservando para Lord Falconroy, y parece que ha cumplido su promesa. No hay un lugar más indicado para disparar a un hombre que en esos alrededores geológicos del lago, donde un cadáver se hundiría en el cieno hasta unas profundidades desconocidas. Supongamos, entonces, que nuestro amigo con el pelo rapado quería asesinar a Lord Falconroy y no a Todd. Pero, como he señalado, hay muchas razones por las que mucha gente en América desearía matar a Todd. Sin embargo, no hay razón alguna por la que alguien en América quisiera matar a un Lord inglés recién llegado, excepto por una razón aducida en ese periódico cursi: que el Lord estaba interesado en la hija del millonario. Nuestro amigo del pelo rapado, a pesar de su traje tan miserable, debía de ser un pretendiente enamorado.

»Ya sé que esta idea le parecerá absurda, incluso cómica, pero eso se debe a que usted es inglés. A usted le sonará como si dijera que la hija del Arzobispo de Canterbury se quiere casar en San Jorge, Hannover Square, con un delincuente en libertad condicional. Usted no hace justicia al poder para escalar posiciones de nuestros ciudadanos más famosos. Usted ve a un hombre con el pelo gris, bien parecido, con un buen traje, como si tuviera un halo de

autoridad a su alrededor, usted sabe que es uno de los pilares del Estado, y se imagina que tuvo un padre. Usted está en un error. No se da cuenta de que hace comparativamente pocos años había vivido en una casa de alquiler o en una cárcel.

»Usted no tiene en cuenta nuestro vigor y mejoramiento. Muchos de nuestros ciudadanos más influyentes no sólo se han hecho ricos recientemente, sino comparativamente tarde en la vida. La hija de Todd acababa de cumplir los dieciocho cuando el padre hizo su primer millón, asique no resulta del todo imposible que tuviera algún enamorado de su vida anterior, lo que yo pienso a juzgar por el asunto de la linterna. Si es así, la mano que sostenía la linterna no debe de estar desconectada de la mano que sostenía la pistola. Este caso, señor, hará mucho ruido.

—Bien —dijo el sacerdote con paciencia—, *¿y* qué hará usted a continuación?.

—Se va a quedar conmocionado —contestó Greywood Usher— porqué sé que usted no acepta los avances de la ciencia en este ámbito. Voy a ser discreto en este asunto, más quizá de lo necesario, creí que sería una oportunidad excelente para probar esa máquina psicométrica de la que le he hablado. En mi opinión esa máquina no puede mentir.

—Ninguna máquina puede mentir —dijo el padre Brown—, ni tampoco decir la verdad.

—En este caso lo hizo, como le mostraré —siguió Usher, asintiendo con la cabeza—. Senté al hombre con la ropa que no era de su talla en un sillón confortable y me dediqué simplemente a escribir palabras en una pizarra; la máquina registraba las alteraciones de su pulso, y yo observaba sus reacciones. El truco consiste en introducir algunas palabras conectadas con el supuesto crimen en una lista de palabras conectadas con algo completamente diferente, de tal modo que se sucedieran con entera naturalidad. Así pues, escribí «garza», «águila», «búho» y cuando escribí «falcón» se mostró tremendamente agitado, y cuando comencé a añadirle una «r» al final, la máquina comenzó a descontrolarse. ¿Quién puede tener alguna razón en esta República para saltar al oír el nombre de un recién llegado de Inglaterra como Falconroy, excepto el hombre que quiere dispararle?. ¿Acaso no es ésa una prueba mejor que el cotorreo de un montón de testigos?. Es la prueba de una máquina fiable.

—Siempre olvida —observó el otro— que la máquina fiable siempre tiene que trabajar con otra máquina que no es fiable.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el detective.

—Me refiero al hombre —dijo el padre Brown—, la máquina menos fiable que conozco. No pretendo ser descortés, no creo que piense seriamente que el término «hombre» sea aquí una descripción agravante o incorrecta de usted mismo. Usted dice que observó sus reacciones, pero, ¿cómo sabe que las observó correctamente?. Ha dicho que las palabras se sucedieron con naturalidad, pero ¿cómo sabe si usted las pronunció con naturalidad?. ¿Cómo sabe, si vamos a eso, que él no observó sus reacciones?. ¿Quién puede probar que usted no estaba tremendamente agitado?. No había ninguna máquina que midiese su pulso.

—Se lo diré —exclamó el americano excitado—, estaba tan impertérrito como un pepino.

—Los criminales también pueden estar tan impertérritos como un pepino —dijo Brown con una sonrisa—, y casi tan impertérritos como usted.

—Bien, pues éste no lo estaba —dijo Usher, arrojando los papeles a su alrededor—. ¡Oh, usted me agota!.

—Lo siento —dijo el otro—, me limito a apuntar lo que puede ser una posibilidad razonable. Si usted podía deducir por su reacción cuándo le causaba un efecto la palabra,

¿por qué no iba a deducir él de sus reacciones que la palabra que le debía causar un efecto venía a continuación?. Antes de colgar a alguien, le preguntaría algo más que palabras.

Usher dio un golpe en la mesa y se levantó con un rostro que reflejaba una suerte de triunfo amargo.

—Y eso —exclamó— es precisamente lo que voy a proporcionarle. Probé la máquina primero sólo para comprobar después el resto de las pruebas, y la máquina, señor mío, estuvo en lo cierto.

Se calló un momento y prosiguió poco después con menos excitación.

—Quiero insistir, si vamos a eso, que no fui más allá de un experimento científico. En realidad no había nada contra ese hombre. Como he dicho, las ropas que llevaba no eran de su talla, pero eran mejores que las que se llevan en la clase social a la que, evidentemente, pertenece. Aún más, a pesar de haber estado recorriendo los campos y atravesando setos, el hombre estaba relativamente limpio. Eso puede significar, desde luego, que sólo se había escapado de la prisión, pero a mi me recordó la decencia desesperada del pobre respetable. Su conducta, lo confieso, era acorde con la de éste. Guardaba silencio y mantenía una actitud digna como él; parecía tener una gran aflicción, aunque sabía ocultarla. Manifestaba una ignorancia total acerca del crimen y de todo el asunto; además, sólo mostraba una hosca impaciencia y esperaba que algo ocurriese que le sacase de su percance sin importancia. Me preguntó más de una vez si podía llamar por teléfono a un abogado que le había ayudado tiempo atrás en una disputa comercial, y en todos los sentidos actuó como lo hubiese hecho un hombre inocente. No había nada contra él en el mundo excepto esa pequeña manecilla de la esfera que registra las alteraciones de su pulso.

«Entonces, la máquina pronunció su sentencia, y no erró. Poco después salí con él de la habitación y en el vestíbulo se encontraban varias personas aguardando a que las examinasen del mismo modo. Creo que eso lo impulsó más o menos a aclarar las cosas mediante una especie de confesión. Se volvió a mi y comenzó a decir en voz baja: "Oh, no puedo resistirlo más. Si tiene que saberlo todo sobre mi..."

»En ese mismo instante una de las pobres mujeres que estaba sentada en el largo banco se levantó, gritó y lo señaló con el dedo. Jamás he oído algo con una claridad tan demoníaca. Su dedo delgado le apuntó como si fuera un rifle. Aunque la palabra era más un aullido, cada una de las sílabas fue tan clara y distinta como cada una de las campanadas de un reloj.

»—¡Drugger Davis! —gritó—. ¡Han cogido a Drugger Davis!.

»Entre mujeres descarriadas, ladrones y vagabundos, se volvieron más de veinte rostros, mirando con una mezcla de odio y regocijo. Sino hubiera oído nunca esas palabras, habría sabido por la conmoción que se reflejaba en su rostro que el llamado Osear Rian había oído su verdadero nombre. Pero no soy tan ignorante, y se sorprenderá al oírlo. Drugger Davis fue uno de los criminales más terribles y depravados que ha confundido a la policía. Se sabe con certeza que asesinó más de una vez antes de la hazaña con el vigilante. Pero no se pudo probar, lo que es bastante extraño, ya que el último lo cometió de la misma forma en que cometió otros crímenes anteriores, llamémoslos menores, por los que si fue acusado. Era un tipo bien parecido aunque con aspecto algo brutal, como, en cierta medida, lo sigue siendo, y acostumbraba a salir con chicas de alterne o empleadas de tiendas a las que dejaba sin dinero. Con frecuencia, sin embargo, llegó mucho más lejos, y se las encontró drogadas con cigarrillos o chocolates y privadas de sus pertenencias. Luego se produjo un caso en que la chica apareció muerta, pero no se logró probar su culpabilidad y, lo que aún es más práctico, tampoco se encontró al criminal. Oí el rumor de que había reaparecido en algún lugar,

aunque con un carácter completamente opuesto, esta vez prestando dinero en vez de tomándolo prestado, pero a pobres viudas a las que fascinaba, y con el mismo resultado para ellas. Bien, ése es su hombre inocente, y ése es su inocente historial. A propósito, desde entonces le han identificado cuatro criminales y tres vigilantes y también han confirmado la historia. Bien, ¿qué dice ahora de mi denostada máquina?. ¿Acaso no ha acertado?. ¿O prefiere decir que la mujer y yo hemos sido los que lo hemos hecho?.

—Respecto a lo que ha hecho por él —replicó el padre Brown, levantándose y estremeciéndose ligeramente—, le diré que le ha salvado de la silla eléctrica. No creo que puedan ajusticiar a Drugger Davis por esa vaga historia del veneno; y en lo que respecta al prisionero que mató al vigilante, supongo que es obvio que usted no lo ha detenido. El señor Davis es, en todo caso, inocente de ese crimen.

—¿Qué quiere decir? —demandó el otro—. ¿Por qué tendría que ser inocente de ese crimen?.

—¡Que Dios nos bendiga a todos! —exclamo el hombrecillo en uno de sus raros momentos de animación—. Pues porque es culpable de los demás crímenes. No sé de qué están hechos ustedes. Usted cree que se pueden mantener todos los pecados en una bolsa. Habla como si un avaro el lunes pudiese ser siempre un benefactor los martes. Usted me dice que ese hombre que tiene aquí gastó semanas y meses aligerando a mujeres necesitadas de pequeñas cantidades de dinero; que usó drogas en el mejor de los casos, en el peor, veneno; que se convirtió después en un prestamista de la más baja condición y siguió timando a la gente pobre del mismo modo paciente y pacífico. Seamos generosos: admitamos, sólo por respeto a la argumentación, que hizo todo eso. Si es así, le diré lo que no hizo. No escaló un muro con un hombre delante que tenía una pistola cargada. No escribió nada en el muro con su propia mano para decir que lo había hecho. No se detuvo para dejar constancia de que había sido en defensa propia. No explicó que había tenido que luchar con el pobre vigilante. No nombró la casa del hombre a la que quería dirigirse con la pistola. No escribió sus propias iniciales con sangre humana. ¡Por Dios santo!. ¿No puede darse cuenta de que son caracteres completamente distintos, en lo bueno y en lo malo?. Sea un poco como yo. Uno podría creer que usted nunca ha tenido vicios.

El perplejo americano ya había abierto los labios para protestar cuando se oyó cómo llamaban a la puerta de su despacho privado y oficial, y de un modo descortés y completamente desacostumbrado.

La puerta se abrió. Un instante antes Greywood Usher estaba llegando a la conclusión de que el padre Brown posiblemente se había vuelto loco. Un momento después comenzó a pensar que él era quien se había vuelto loco. En su despacho se precipitó un hombre vestido con los harapos más miserables, con un sombrero grasiento y torcido en la cabeza, con una de las alas, verde y mugrienta, proyectando una sombra sobre sus ojos, que parecían brillar como los de un tigre. El resto de su rostro quedaba oculto, cubierto por una barba enmarañada y unos bigotes por los que apenas asomaba la nariz, así como por un trozo de pañuelo rojo. Mr. Usher se enorgullecía de haber visto los especimenes más bastos del Estado, pero pensó que jamás había visto a semejante mandril vestido con esos andrajos de espantapájaros. Pero, ante todo, jamás, en toda su plácida y científica existencia, había oído que un tipo así se dirigiese a él de aquella forma.

—Mire, Usher —gritó aquel ser con el pañuelo rojo—, ya me estoy cansando. ¿No quiere ensayar conmigo ese juego del escondite?. A mí me trae sin cuidado. Ya verá lo que hago con su maquinaria. Manténgalo aquí por un instante y ya verá lo que ocurre. Reconozco que

soy un hombre con empuje.

El eminente Usher contemplaba a aquel monstruo vociferante con una sorpresa que lograba amortiguar el resto de sus sentimientos. La conmoción visual le había dejado los oídos sordos. Finalmente, presionó un timbre con violencia. Mientras el timbre sonaba con penetrante estridencia, la voz del padre Brown se escuchó suave pero clara.

—Quiero sugerir algo —dijo—, aunque parezca confuso. No conozco a este caballero, pero..., pero pienso que en realidad si le conozco. No, es usted el que lo conoce, naturalmente. Suena paradójico, ya sé.

—Reconozco que el cosmos se ha roto —dijo Usher, y cayó perplejo en el respaldo de su sillón.

—Mire aquí —vociferó el extraño, golpeando la mesa, aunque hablando con una voz misteriosa, ya que era comparativamente suave y racional, a pesar de su fuerte resonancia-. No le dejaré entrar, quiero...

—¿Quién demonios es usted? —aulló Usher, irguiéndose súbitamente.

—Creo que el caballero se llama Todd —dijo el sacerdote.

A continuación, recogió el recorte de periódico.

—Me temo que no lee propiamente las noticias de sociedad —dijo, y comenzó a leerlo con voz monótona—: «O en el corazón enjoyado del líder más alegre de la ciudad»; luego escriben sobre una parodia de los modales y costumbres del otro extremo de la escala social. Esta noche se celebra una cena en la laguna de Pilgrim, y un hombre, uno de los huéspedes, ha desaparecido. El señor Ireton Todd es un buen anfitrión, y ha seguido sus huellas hasta aquí, sin ni siquiera quitarse el disfraz.

—¿Qué quiere decir?.

—Me refiero al hombre cómicamente vestido con la ropa de otra talla que usted vio corriendo a través de los campos labrados. ¿No prefiere ir e interrogarle?. Debe de estar realmente impaciente por volver a su champaña, del que salió corriendo con tanta prisa cuando el prisionero con la pistola asomó en el horizonte.

—¿Cree seriamente...? —comenzó a decir el oficial.

—Mire, Mr. Usher —dijo tranquilamente el padre Brown—, usted dijo que la máquina no podía cometer errores, y en un sentido no lo hizo. Pero la otra máquina si los cometió, la máquina que lo hizo funcionar todo. Usted asumió que el hombre con los harapos saltaba al oír el nombre de Lord Falconroy porque era el asesino de Lord Falconroy. Pero saltaba al oír el nombre de Lord Falconroy porque es Lord Falconroy.

—Y entonces, ¿por qué diantres no lo dijo? —preguntó el perplejo Usher.

—Pensó que su huida y su pánico habían sido muy poco nobles —replicó el sacerdote—, asique intentó ocultar su verdadero nombre. Pero estaba a punto de decírselo, cuando —y aquí el padre Brown miró hacia sus botas—, cuando una mujer encontró otro nombre para él.

—Pero usted no puede estar tan loco —dijo Greywood Usher muy pálido— como para decir que Lord Falconroy era Drugger Davis.

El sacerdote lo miró seriamente, pero con un semblante desconcertante e indescifrable.

—Yo no estoy diciendo nada como eso —dijo—, le dejo el resto a usted. Sus recortes de sociedad dicen que recobró el título recientemente, pero esos periódicos no son muy fiables. Decían que estuvo en Estados Unidos durante su juventud, pero la historia parece muy

extraña. Davis y Falconroy son considerablemente cobardes, pero así son muchos hombres. No me importa decir mi opinión al respecto. Creo que se largó por necesidad. Creo que ustedes, los americanos, son muy modestos, creo que idealizan a la aristocracia inglesa, incluso asumiendo que sea tan aristocrática. Ven a un inglés bien parecido en traje elegante, saben que está en la Cámara de los Lores y ya se imaginan que tiene un padre. Ustedes no tienen en cuenta nuestro vigor y nuestro mejoramiento. Muchos de nuestros nobles más influyentes no sólo se han enriquecido recientemente, sino que...

—¡Oh, deténgase! —exclamó Greywood Usher, alzando su mano delgada con impaciencia ante el semblante irónico del otro rostro.

—¡No siga hablando con este lunático! —gritó Todd con brutalidad—. Lléveme a donde está mi amigo.

A la mañana siguiente el padre Brown apareció con la misma expresión de modestia, llevando otro recorte de periódico.

—Me temo que ha descuidado la prensa de moda —dijo—, pero este recorte le puede interesar.

Usher leyó los titulares:

«Last Trick pierde a un jaranero. Incidente jocoso cerca del lago Pilgrim». El artículo seguía: «Un suceso gracioso aconteció la noche anterior en las inmediaciones del garaje de Wilkinson. A un policía de servicio le llamó la atención un hombre con ropas de presidiario que se estaba subiendo con toda frialdad en un deportivo y estaba acompañado de una joven envuelta en un chal. Al interferirse el policía, la joven se quitó el chal y todos reconocieron a la hija del millonario Todd, quien acababa de llegar de la fiesta en la laguna, donde todos los invitados iban vestidos con un *déshabillé* similar. Tanto ella como el caballero con uniforme de presidiario deseaban dar un paseo en coche».

Debajo del recorte de color rosa encontró otro recorte con los titulares «Asombrosa fuga de la hija de un millonario con un presidiario. Se ha fugado con Freak Dinner. Ahora a salvo en...»

Mr. Greenwood Usher levantó la mirada, pero el padre Brown ya se había ido.

LA CABEZA DEL CESAR

En algún lugar de Brompton o Kensington hay una interminable avenida de edificios elevados, de aspecto lujoso, aunque la mayoría vacíos, que presentan el aspecto de una sucesión de mausoleos. Los escalones que llevan a las puertas principales parecen las escaleras laterales de las pirámides; uno dudaría en llamar a esas puertas por si abriera una momia. Pero un rasgo aún más deprimente en las grises fachadas es su altura telescópica y su monótona continuidad. El paseante creerá que nunca va a llegar a una esquina, pero hay una excepción, una muy pequeña, pero que el paseante saluda con un grito de sorpresa. Hay una especie de callejón entre dos mansiones, como un resquicio de una puerta en comparación con la calle, pero lo suficientemente grande como para que quepa una pigmea taberna o casa de comidas, permitida por los ricos para sus sirvientes, en uno de los ángulos. Hay algo alegre en su descuido, y algo libre y encantador en su insignificancia. A los pies de esos gigantes grises de piedra, parece el hogar iluminado de un duende.

Alguien que hubiese pasado por el lugar en una cierta tarde de otoño, alguien algo fantasioso, habría podido ver una mano situada al lado de la persiana roja —la cual sostenía un letrero blanco y ocultaba parcialmente el interior—, así como un rostro, no muy distinto al de un cándido gnomo, que miraba hacia el exterior. De hecho, se trataba de un hombre con el inofensivo apellido «Brown», anteriormente párroco en Cobhole, Essex, en la actualidad en Londres. Su amigo, Flambeau, un investigador privado, estaba sentado frente a él, anotando los últimos datos referentes al caso que acababa de resolver en el vecindario. Estaban sentados a una pequeña mesa, cercana a la ventana, cuando el sacerdote retiró la cortina y miró hacia afuera. Esperó hasta que un desconocido hubiese pasado por delante y volvió a correr la cortina. A continuación, leyó el gran letrero blanco de la ventana, situado debajo de él, y luego miró distraído hacia sus vecinos de mesa, un albañil y una joven pelirroja con un vaso de leche. Después, al ver que su amigo dejaba a un lado su cuaderno de notas, le dijo en voz baja:

—Si tiene diez minutos, me gustaría que siguiese a ese hombre de la nariz falsa.

Flambeau lo miró sorprendido, pero también la joven pelirroja levantó la mirada, en la cual se reflejaba algo más fuerte que el asombro. Llevaba un vestido simple, con tela vulgar de color marrón luminoso, pero era una dama y, después de mirarla atentamente, una dama innecesariamente altiva.

—El hombre con la nariz falsa —repitió Flambeau—, ¿quién es?.

—No tengo ni idea —respondió el padre Brown—, quiero que usted lo averigüe, se lo pido como un favor. Se fue por allí —e hizo un gesto con su dedo pulgar sobre el hombro—, y aún no habrá pasado más de tres farolas. Sólo quiero saber qué dirección toma.

Flambeau contempló a su amigo durante un rato con una expresión entre la perplejidad y la diversión, pero poco después se levantó de la mesa, sacó su enorme corpachón por la puertita de la taberna para gnomos y desapareció en la penumbra.

El padre Brown sacó un librito de su bolsillo y comenzó a leer; no hizo ningún signo que delatase el hecho de que la joven pelirroja había abandonado su mesa y se había sentado frente a él. Finalmente, ella se inclinó hacia adelante y dijo en una voz baja pero firme:

—¿Por qué ha dicho eso?. ¿Cómo ha sabido que era falsa?.

El sacerdote levantó sus pesados párpados, que vibraron algo confundidos. Su mirada dubitativa volvió a dirigirse al letrero blanco en la parte frontal de la taberna. Los ojos de la

joven siguieron los suyos y también reposaron en el enigma.

—No —dijo el padre Brown, leyendo sus pensamientos—, no dice «Sela», como en los Salmos, así lo leí yo cuando estaba soñando despierto, dice «Ales».

—¿Y bien? —preguntó la joven mirándole fijamente—. ¿Qué importa lo que diga?.

Su mirada pensativa vagó por la tela vulgar del vestido de la joven, orlado con un fino bordado artístico, lo necesario para distinguirlo de un vestido de trabajo de una mujer normal y asemejarlo al vestido usualmente utilizado por una joven estudiante de Bellas Artes. Pareció encontrar en ello más motivos para pensar, pero su respuesta fue muy lenta y dubitativa:

—Ya ve, señorita —dijo—, desde el exterior el lugar parece..., bueno es un lugar completamente decente, pero damas como usted, no..., bueno, no piensan así. Nunca entran en estos lugares por propia voluntad, excepto...

—¿Si?—dijo ella.

—Excepto a causa de algunos que no entran precisamente para tomar leche.

—Usted es una persona extraña —dijo la joven—. ¿Qué pretende con todo esto?

—No se preocupe por eso —replicó con cortesía—. Sólo adquirir el conocimiento necesario para poder ayudarla, si usted me pide ayuda con toda libertad.

—Pero, ¿por qué iba a necesitar ayuda?.

Él continuó su monólogo soñador.

—No ha podido entrar para ver *protégéeso* a amigos humildes u otra cosa parecida, o usted habría atravesado el vestíbulo, y no podría haber entrado porque estaba enferma, sino habría hablado con la mujer del lugar, que es respetable..., además, usted no parece enferma en ese sentido, sólo desgraciada. Esta calle es la única avenida larga que no tiene bocacalles, y las casas a los dos lados están cerradas. Sólo puedo suponer que ha visto venir a alguien a quien no quería ver, y, encontrando la taberna, pensó que era el único refugio en este bosque de cemento. No creo que me haya tomado ninguna licencia al contemplar al único hombre que pasó inmediatamente después. Y cómo al verlo me pareció que pertenecía a esa clase de personas de mala calaña y usted me pareció buena..., pues bien, me pongo a su disposición para ayudarla si ese tipo la molesta, eso es todo. En cuanto a mi amigo, estará de vuelta pronto, y con toda seguridad no podrá encontrar nada caminando por una calle como ésta..., al menos no creo que pueda.

—Entonces, ¿por qué le pidió que saliese? —exclamó ella, inclinándose hacia adelante con curiosidad.

Tenía el rostro orgulloso e impetuoso que tanto le va al cabello pelirrojo, y la nariz romana como la tenía María Antonieta.

Él la miró fijamente por vez primera y dijo:

—Porque yo esperaba que usted hablase conmigo.

Ella le devolvió la mirada con el rostro sonrojado, en el que se percibía una sombra de enojo. A continuación, y pese a sus ansiedades, el humor brotó de sus ojos y de las comisuras de su boca, respondiendo casi con severidad:

—Bien, si le gusta tanto mi conversación, quizá pueda responder a mi pregunta.

Después de una pausa, añadió:

—Tengo el honor de preguntarle por qué creyó que la nariz del hombre era falsa.

—La cera siempre se descoloca un poco con este tiempo —respondió el padre Brown con entera simplicidad.

—Pero la nariz puede estar así de torcida —protestó la joven pelirroja.

El sacerdote sonrió.

—No digo que sea el tipo de nariz que uno pueda llevar por afectación —admitió—. Ese hombre, según creo, la lleva porque su nariz de verdad es mucho más agradable.

—Pero ¿por qué? —insistió ella.

—¿Cómo era esa balada? —reflexionó el padre Brown—. Había un hombre encorvado que iba por un camino torcido... Ese hombre me parece que va por un camino muy torcido por perseguir a su nariz.

—¿Por qué?. ¿Qué ha hecho? —preguntó ella con tono vacilante.

—No quiero forzarla a hacer una confidencia —dijo tranquilamente el padre Brown—, pero creo que usted me puede decir más acerca de ello de lo que yo le puedo decir a usted.

La joven se puso de pie y permaneció así muy quieta, con las manos entrelazadas, como si fuera a marcharse en ese mismo instante, pero desenlazó lentamente las manos y volvió a sentarse.

—Usted es más misterioso que todo lo demás —dijo desesperadamente—, pero siento que hay algo de corazón en su misterio.

—Lo que más tememos —dijo el sacerdote en voz baja— es un laberinto sin centro. Ésa es la razón por la cual el ateísmo no es más que una pesadilla.

—Se lo voy a contar todo —dijo decidida la joven pelirroja—, excepto la razón de por qué se lo voy a contar, puesto que no lo sé.

Golpeó con los dedos en el mantel de la mesa y continuó:

—Usted mira como si supiera lo que es esnobismo y lo que no, y si le digo que tengo una familia de rancio abolengo, comprenderá que es una parte necesaria de la historia, pues mi principal peligro está en las nociones anticuadas de mi hermano: *noblesse oblige* y todo eso. Bueno, me llamo Christabel Carstairs, y mi padre fue aquel coronel Carstairs del que habrá oído hablar, el que reunió la famosa colección Carstairs de monedas romanas. Jamás podría describirle a mi padre, lo único que puedo decirle es que era muy parecido a una moneda romana. Era tan atractivo, genuino, valioso, metálico y pasado de moda. Estaba más orgulloso de su colección que de su escudo de armas, eso es lo suficientemente explícito. Su extraordinario carácter se mostraba principalmente en su voluntad. Tenía dos hijos y una hija. Se peleó con uno de sus hijos, mi hermano Giles, y le mandó a Australia con una pequeña asignación. Luego redactó un testamento en el que legaba la colección Carstairs, con una asignación aún más pequeña, a mi hermano Arthur. Lo hizo como recompensa, como el mayor honor que podía ofrecer, en reconocimiento a la lealtad y rectitud de Arthur, así como a las distinciones que había obtenido en matemáticas y economía en Cambridge. A mi me dejó casi toda su gran fortuna, y estoy segura de que lo hizo con desprecio.

»Arthur, dirá usted, puede haberse quejado de esto, pero Arthur se ha convertido en mi padre. Aunque tuvo algunas diferencias con él durante su juventud, cuando entró en posesión de la colección se tornó en un sacerdote pagano dedicado a su templo. Mezcló esos peniques romanos con el honor de la familia Carstairs del mismo modo inflexible e idólatra que su padre antes que él. Actuó como si el dinero romano tuviera que ser custodiado con todas las virtudes romanas. No se permitía ningún placer, no gastaba nada en si mismo,

vivía exclusivamente para la colección. Con frecuencia ni siquiera se vestía decentemente para comer, pero perdía el tiempo entre sus paquetes (que nadie tenía permitido tocar), con una bata vieja y marrón. Con su cinturón y sus borlas, con su rostro delgado y refinado parecía un monje viejo y ascético. De vez en cuando, sin embargo, aparecía vestido como un caballero, pero eso sólo ocurría cuando iba a subastas o a las tiendas de Londres para ampliar la colección Carstairs.

»Bien, si usted conoce a la gente joven, no le sorprenderá si le digo que mi estado de ánimo estaba decaído con todo eso; estaba en el estado de ánimo en el que se comienza a decir que los romanos antiguos eran todos gente decente a su manera. Pero yo no soy como mi hermano Arthur, no puedo evitar divertirme con la diversión. De donde viene mi cabello pelirrojo hay muchos romances y necedades: ésa es la otra línea de la familia. Al pobre Giles le ocurrió lo mismo, y creo que la atmósfera monetaria puede servirle de excusa, aunque realmente se equivocó y tuvo que ir recientemente a prisión, aunque no se comportó peor de lo que yo lo hice, como oirá a continuación.

»Ahora llego a la parte tonta del relato. Creo que un hombre tan inteligente como usted puede averiguar el tipo de cosas que puede producir la monotonía en una joven indisciplinada de diecisiete años y en esa posición. Pero estoy tan desconcertada con otros asuntos horribles que apenas puedo leer mis propios sentimientos, y ni siquiera sé si desdeñarlos como un coqueteo o soportarlos con un corazón roto. Entonces vivíamos en una pequeña residencia costera en el sur de Gales y un capitán de la marina, que vivía cerca de nosotros, tenía un hijo cinco años mayor que yo y que había sido amigo de Giles antes de irse a las colonias. Su nombre no afecta al relato, pero le diré que se trataba de Philip Hawker, puesto que se lo voy a decir todo. Solíamos ir juntos a pescar camarones y decíamos y pensábamos que estábamos enamorados; finalmente, él así lo afirmó y yo pensé que lo estaba. Si le digo que tenía el cabello rizado del color del bronce y un rostro parecido al de un halcón, bronceado por el mar, no es por usted, se lo aseguro, sino por la historia, ya que fue la causa de una curiosa coincidencia.

»Una tarde de verano, cuando le había prometido a Philip que iría a pescar camarones a la playa con él, estaba esperando algo impaciente en el recibidor de la casa, mirando cómo Arthur llevaba algunos paquetes de monedas que acababa de adquirir y los transportaba lentamente a su oscuro estudio y museo situado en la parte posterior de la casa. Finalmente oí cómo se cerraba la puerta detrás de él, asique cogí mi red para pescar y estaba a punto de salir, cuando me di cuenta de que mi hermano se había dejado una moneda que brillaba sobre el banco cercano a la ventana. Era una moneda de bronce, y el color, combinado con la curvatura exacta de la nariz romana y con algo en el largo, delgado y fuerte cuello, hacía de la cabeza de César un retrato casi preciso de Philip Hawker. Entonces recordé de repente que Giles le había contado algo a Philip de una moneda en la que aparecía un rostro igual al suyo y que Philip había mostrado el deseo de tenerla. Quizá usted pueda imaginarse los pensamientos locos y confusos que se apoderaron de mi. Sentí como si tuviera en mis manos un regalo de las hadas. Me pareció que si pudiera salir corriendo con la moneda, y se la pudiera regalar a Philip como una suerte de anillo de compromiso, representaría para los dos un vínculo eterno. Sentí miles de cosas semejantes en un instante. Pero de pronto algo me reveló la enormidad horrible que estaba a punto de cometer, sobre todo el pensamiento insoportable, como hierro al rojo vivo, de lo que Arthur podría decir al respecto. Un Carstairs convertido en un ladrón. ¡En un ladrón del tesoro de los Carstairs!. Creo que mi hermano me habría visto ardiendo como una bruja por un asunto así. Pero entonces, el pensamiento de esa crueldad fanática despertó mi odio hacia su sucia minuciosidad de

anticuario y mis deseos de libertad me impulsaron a correr hacia el mar. En el exterior brillaba intensamente la luz del sol y corría el viento, las flores amarillas de las retamas del jardín golpeaban el cristal de la ventana. Pensé que sus pétalos dorados me llamaban y luego pensé en esos trozos de metal muerto y deslustrado de mi hermano. La naturaleza y la colección Carstairs habían terminado por entablar combate.

»La naturaleza es más antigua que la colección Carstairs. Cuando bajaba corriendo hacia la playa, la moneda se agitaba en mi puño y sentía a todo el imperio romano sobre mis espaldas, así como el pedigrí de los Carstairs. No sólo rugía en mi oído el viejo león argénteo, sino que todas las águilas del cesar parecían volar y gritar en mi persecución. Pero mi corazón fue elevándose como la cometa de un niño hasta que llegué a las dunas húmedas de la playa, donde ya se encontraba Philip metido en el mar, con el agua brillante cubriéndole los tobillos. El crepúsculo era impresionante, y el mar, bajo debido a la marea, se prolongaba con escasa profundidad durante media milla, como un lago de color rubí. Hasta que no me quité los zapatos y las medias y me aproximé hasta donde se encontraba, bastante lejos de la orilla, no miré a mi alrededor. Estábamos completamente solos en un círculo de agua y de arena húmeda, y yo le di la cabeza del cesar.

»En ese mismo instante tuve una terrible sensación: que un hombre muy lejos, desde las dunas, me estaba observando intencionadamente. Poco después comprendí que no era más que el producto de mis nervios, puesto que el hombre se reducía a una mancha oscura en la lejanía y pude ver que permanecía de pie, tranquilo, y contemplando el paisaje con la cabeza algo ladeada. No había ninguna evidencia lógica de que me estuviera mirando a mi: podía estar mirando un barco, o el crepúsculo, o las gaviotas o a cualquiera de las personas que paseaban por la playa. Sin embargo, lo que me hizo saltar fue algo profético, pues, en cuanto lo miré, comenzó a caminar apresuradamente y en línea recta, por la arena húmeda, hacia nosotros. Al aproximarse vi que era moreno y llevaba barba, pero sus ojos estaban ocultos por unos lentes oscuros. Llevaba un traje barato pero respetable, iba todo de negro, desde el sombrero de copa hasta las pesadas botas. Pese a éstas, caminaba por la arena con determinación y se acercaba a mi con la firmeza de una bala.

»No puedo expresar la sensación de monstruosidad y milagro que tuve cuando le vi eliminar silenciosamente la barrera entre la tierra y el mar. Era como si hubiese caminado en línea recta hacia un acantilado y continuase su camino en el aire; era como si una casa se hubiese elevado o la cabeza de un hombre hubiese caído. Estaba mojándose las botas, pero parecía un demonio violando una ley de la naturaleza. No pude advertir ninguna duda en él cuando pisó el agua, y al hacerlo pareció mirar únicamente hacia mi, sin prestar atención al océano. Philip estaba a unas yardas de distancia, dándome la espalda e inclinado sobre su red. El desconocido se acercó hasta una distancia de dos yardas, con el agua hasta sus rodillas. A continuación, y con una voz nítida y algo remilgada, dijo:

»—¿Le incomodaría ayudarme a encontrar una moneda con un lema algo diferente?.

»Con una excepción no había nada anormal en él. Sus lentes no eran realmente opacos, sino de un azul bastante común, y sus ojos no eran furtivos, aunque me miraban con fijeza. Su barba negra no era tan larga ni tan descuidada, pero parecía muy espesa, ya que comenzaba en la parte superior del rostro, debajo de los pómulos. Su semblante no era ni pálido ni lívido, pero si claro y juvenil; esto daba una impresión de cera rosa y blanca, lo que contribuía a aumentar mi horror. Lo único raro que se podía destacar era su nariz, que tenía una forma correcta, pero ladeada levemente en la punta, como si la hubiesen golpeado en uno de los lados con un pequeño martillo. Sin embargo, apenas se podía llamar una

deformidad. No le puedo decir la pesadilla que significó para mi. Mientras permanecía allí, delante de mi, en el agua enrojecida por el crepúsculo, me pareció un monstruo marino ensangrentado surgido del infierno. No sé por qué pudo afectar tanto a mi imaginación esa ligera deformidad en la nariz. Me pareció que podía mover la nariz como si fuese un dedo, y como si en ese mismo momento la hubiese movido.

»—Una pequeña ayuda —continuó con el mismo acento extraño y pedante— que evitará la necesidad de que me ponga en contacto con su familia.

«Entonces me imaginé que estaba siendo chantajeada por el robo de la pieza de bronce, y todas mis dudas y todos mis miedos supersticiosos fueron devorados por una pregunta práctica y abrumadora: ¿cómo lo había averiguado?. Había robado la pieza de repente y siguiendo un impulso. Me encontraba completamente sola, pues siempre me aseguraba de que nadie me observaba cuando venía a ver a Philip. Según las apariencias, nadie me había seguido; y nadie, a no ser que tuviera rayos X, podía saber que tenía la moneda en la mano. El hombre, desde las dunas, no podía haber visto nada, hubiese sido como disparar al ojo de una mosca, como se dice en el cuento.

»—¡Philip! —exclamé desesperada—. Pregúntale a este hombre qué quiere.

»Cuando Philip levantó la cabeza de la red, su rostro apareció colorado, como si estuviera sofocado o avergonzado, pero debió de ser el esfuerzo y el reflejo de la luz rojiza. Probablemente no era más que otro producto de mi mórbida imaginación. Se limitó a decirle rudamente al hombre:

»—Váyase de aquí.

»Y, haciéndome un gesto para que le siguiera, se fue hacia la costa sin prestarle más atención. Subió a un espigón que llevaba a las dunas, quizá pensando que a ese íncubo no le resultaría tan fácil caminar sobre esas rocas picudas y resbaladizas por las algas como a nosotros, más jóvenes y ya acostumbrados. Pero mi perseguidor caminaba con la misma habilidad con la que hablaba, y aún me seguía sin dejar de formular sus peculiares frases. Oía su voz detestable sobre mi hombro, llamándome continuamente, hasta que, finalmente, cuando ya habíamos alcanzado las dunas, la paciencia de Philip —que por lo general no era tan conspicuo— pareció agotarse. Se dio la vuelta repentinamente y dijo:

«—¡Vuélvase!. Ahora no puedo hablar con usted.

»Y cuando el hombre abrió la boca para hablar, Philip le dio un puñetazo que le hizo caer desde la cumbre de la duna más alta hasta abajo. Le vi intentando enderezarse cubierto de arena.

»Ese golpe me confortó de algún modo, aunque podía incrementar el peligro. Pero Philip no mostró ningún júbilo por su hazaña. Aunque tan afectado como siempre, pareció bajar los ojos, y antes de que pudiese preguntarle algo, se despidió de mi en la puerta de su casa con dos comentarios que me resultaron muy extraños. Me dijo que, considerándolo todo, debería devolver la moneda a la colección, pero que "por el momento" la guardaría él. Y luego añadió, de repente y como si fuera irrelevante:

»—¿Sabes que Giles ha regresado de Australia?.

La puerta de la taberna se abrió y la enorme sombra del investigador Flambeau se proyectó sobre la mesa. El padre Brown le presentó a la dama con su estilo ligero y persuasivo, mencionando sus conocimientos y simpatía; casi sin darse cuenta, la joven se puso a repetir la historia ante los dos oyentes. Pero Flambeau, al inclinarse y sentarse, le dio al sacerdote un trozo de papel. Brown lo tomó con algo de sorpresa y lo leyó: «Taxi a Wagga Wagga,

379, avenida Mafeking, Putney».

La muchacha, mientras, seguía con su historia.

—Subí la calle empinada que llevaba a mi casa con la mente confusa, y no había comenzado a aclararse cuando llegué a la puerta, en la que encontré un bidón de leche y al hombre de la nariz torcida. El bidón de leche me dijo que los criados habían salido, pues Arthur, por supuesto, vestido con la bata y encerrado en su estudio, ni oiría ni respondería a un timbre. Asique no había nadie en casa que pudiera ayudarme, excepto mi hermano, cuya ayuda sería mi ruina. Desesperada, arrojé dos chelines en la mano de ese ser horrible y le dije que llamara unos días más tarde, cuando lo hubiese pensado bien. Él se alejó malhumorado, pero con mayor docilidad de la que había pensado —quizá se había quedado algo conmocionado con la caída— y vi con un placer vindicativo cómo se alejaba con la espalda llena de arena. Poco después torció en una esquina seis casas más abajo.

»A continuación, entré en mi casa, me preparé una taza de té y traté de pensar. Me senté delante de la ventana del recibidor y contemplé el jardín, que aún brillaba con los últimos rayos del sol. Estaba demasiado distraída y ausente como para fijarme en el césped, en las macetas y en los macizos de flores. Por esta razón mi conmoción fue aún mayor.

»El hombre o monstruo al que había despedido estaba completamente tranquilo en medio del jardín. ¡Oh!, todos hemos leído mucho acerca de pálidos fantasmas en la oscuridad, pero éste era más terrible que cualquier otro, pues, aunque sobre él caía una sombra vespertina, aún permanecía a plena luz del día, y porque su rostro no era pálido, sino que poseía ese aspecto cerúleo tan propio de un maniquí. Estaba muy tranquilo, con el semblante en mi dirección, y no puedo expresar lo horrible que me parecía allí, entre los tulipanes y todas esas flores llamativas y enormes, casi tropicales. Era como si hubiésemos puesto en el centro del jardín una figura de cera en vez de una estatua.

»En el mismo momento en que me vio moverme en la ventana, se dio la vuelta y salió corriendo, dejando abierta la puerta trasera del jardín, por la que con toda seguridad había entrado. Esta timidez suya era tan diferente de la impudicia con la que había caminado por la orilla, que me sentí vagamente confortada. Me imaginé que quizá temía enfrentarse a Arthur más de lo que yo creía. De todos modos, terminé serenándome y cené sola —pues era contrario a las normas molestar a Arthur cuando estaba reorganizando el museo—, y mis pensamientos, un poco liberados, volaron hacia Philip y, supongo, se perdieron. Bueno, me quedé pensativa, aunque de un modo agradable, delante de otra ventana, sin cortinas, pero ya en la oscuridad de la noche. Me pareció que algo parecido a un caracol estaba en la parte exterior del cristal, pero cuando me fijé se parecía más al dedo de un hombre presionando el cristal, pues tenía esa forma redondeada de los dedos. Habiéndose despertado en mi otra vez el miedo y el coraje, corrí hacia la ventana y luego me retiré lanzando un grito que habría oído cualquier hombre excepto Arthur.

»Pues no se trataba de un dedo, ni mucho menos de un caracol. Era la punta de una nariz torcida, aplastada contra el cristal, que aparecía blanca por la presión; los ojos fijos y el rostro detrás de ella, invisibles al principio, se mostraron grises como los de un fantasma. Cerré las contraventanas como pude, corrí hacia mi habitación y me encerré en ella. Pero en el camino, podría jurar que en otra ventana oscura había algo parecido a un caracol.

»Lo mejor habría sido ir con Arthur. Si esa cosa estaba merodeando por la casa como un gato, sus propósitos tenían que ser mucho peores que un chantaje. Mi hermano me habría arrojado de casa y maldecido de por vida, pero era un caballero y me habría defendido. Después de reflexionar durante diez minutos, bajé, llamé a la puerta y entré, todo para

presenciar una escena horrible.

»El sillón de mi hermano estaba vacío, pero el hombre de la nariz torcida estaba allí, esperando a que regresase, con el sombrero insolentemente en su cabeza y leyendo uno de los libros de mi hermano bajo la lámpara. Su rostro aparecía compuesto y ocupado, pero la punta de su nariz aún tenía el aire de ser la parte más movible de su rostro, como si la acabase de mover de la izquierda hacia la derecha como la trompa de un elefante. Le había considerado un ser venenoso al perseguirme y observarme, pero creo que su indiferencia ante mi presencia era aún más estremecedora.

»Es posible que gritase con todas mis fuerzas, pero no importa. Lo que hice a continuación tampoco importa: le di todo el dinero que tenía, también una gran cantidad que, aunque era mía, no tenía derecho a tocar. Finalmente se fue, con excusas odiosas y llenas de tacto, y yo me quedé sentada, sintiéndome arruinada en todos los sentidos. Y, sin embargo, aquella noche me salvé por puro accidente. Arthur había tenido que salir repentinamente hacia Londres, como lo hacía con frecuencia, por alguna ganga. Regresó tarde pero radiante, habiéndose asegurado un tesoro que iba a añadir esplendor a la colección familiar. Estaba tan resplandeciente que estuve a punto de confesarle la sustracción de la gema de menor valor, pero lo estropeó todo con sus proyectos abrumadores. Como la ganga podía ser adquirida en cualquier momento, insistió en que hiciese la maleta y nos fuésemos al alojamiento que había reservado en Fulham, para estar cerca de la tienda en cuestión. Así, y contra mi voluntad, huí de mi enemigo casi con nocturnidad, y también de Philip. Mi hermano visitaba con frecuencia el museo de South Kensington, y para hacer algo de mi vida pagué lecciones en la escuela de Bellas Artes. Una vez, cuando regresaba por la tarde, vi cómo la abominación y la desolación en persona paseaban a lo largo de la calle larga y rectilínea, y el resto coincide con lo que ha dicho este caballero.

»Aún me queda por decir una cosa, no merezco que me ayuden, y no cuestiono ni me quejo del castigo que se me está infligiendo, creo que es algo que debía suceder. Pero aún me pregunto, calentándome el cerebro, cómo ha podido suceder. ¿Estoy siendo castigada con un milagro?. O ¿cómo puede saber alguien, excepto Philip, que le di una sucia moneda en medio del mar?.

—Es un problema extraordinario —admitió Flambeau.

—No tan extraordinario como la respuesta —resaltó oscuramente el padre Brown—. Señorita Carstairs, ¿estará en casa si la llamamos a Fulham dentro de una hora y media?.

La joven lo miró, se levantó y se puso los guantes.

—Si —dijo—, allí estaré.

Y abandonó el local.

Aquella noche el sacerdote y el detective aún estaban hablando sobre el asunto cuando se acercaban a la casa Fulham, un alojamiento suficientemente extraño incluso para una residencia temporal de la familia Carstairs.

—Desde luego, una reflexión superficial —dijo Flambeau—nos llevaría primero al hermano australiano que ya había tenido problemas con anterioridad, que había regresado súbitamente y que podría tener cómplices despreciables. Pero no puedo entender cómo pudo enterarse de toda la cuestión, a menos que...

—¿Si? —preguntó pacientemente su compañero.

Flambeau bajó su voz.

—A menos que el amante de la joven sea el cómplice y el villano. El amigo australiano

sabía que Hawker quería la moneda, pero no comprendo cómo demonios pudo saber que Hawker la había conseguido, a no ser que éste le hiciese una señal a él o a su representante en la playa.

—Eso es cierto —asintió el sacerdote con respeto.

—¿No ha notado otra cosa? —siguió con vehemencia Flambeau—. Ese Hawker escucha cómo insultan a su amada, pero no golpea hasta que llega a las dunas de arena, donde puede salir victorioso en una pelea. Si le hubiera golpeado en las rocas o en el mar, habría podido herir a su cómplice.

—Eso también es cierto —asintió el padre Brown.

—Y ahora comencemos por el principio. Se necesitan pocas personas, pero al menos tres. Se necesita una persona para un suicidio; dos, para un asesinato; pero al menos tres para un chantaje. :

—¿Por qué? —preguntó el sacerdote.

—Bien, es obvio —exclamó su amigo—, se necesita a uno que quede expuesto, uno que amenace su situación y otro, al menos, al que le aterrorice que algo se divulgue.

Después de una pausa reflexiva, el sacerdote dijo:

—Ignora un paso lógico. Se necesitan tres personas como ideas, pero sólo dos como agentes.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el otro.

—¿Por qué un chantajista tendría que amenazar a su víctima consigo mismo? —preguntó en voz baja Brown—. Suponga que una esposa se convierte en una rígida abstemia para impedir que su esposo frecuente el pub y le escribe cartas con otra letra en las que le amenaza con contárselo a su esposa. ¿Por qué tendría que funcionar?. Suponga que un padre le prohíbe a su hijo que juegue y luego le sigue disfrazado y amenaza al muchacho con su propia severidad paternal. Suponga, pero ya hemos llegado, amigo mío.

—¡Dios mío! —exclamó Flambeau—. No querrá decir...

Una figura descendió las escaleras de la casa y mostró bajo la luz dorada del farol la cabeza inconfundible que recordaba a la moneda romana.

—La señorita Carstairs —dijo Hawker sin ceremonias— no quería entrar hasta que ustedes llegasen.

—Bien —observó confidencialmente Brown—, ¿no cree que lo mejor que puede hacer es que ella se quede aquí y que usted la cuide?. Creo que usted ya lo ha comprendido todo.

—Si —dijo el joven en un tono bajo—, lo presentí en las dunas y ahora lo sé, por eso le golpeé en aquel sitio en que no se podía hacer daño.

Tomando la llave de la joven y la moneda de Hawker, Flambeau entró con su amigo en la casa vacía y se quedó en el recibidor. No había nadie, excepto una persona, el hombre al que el padre Brown había visto pasar por la taberna estaba allí, de pie y apoyado contra la pared, como si estuviera acorralado. Su aspecto era el mismo, salvo que se había quitado la chaqueta negra y llevaba una bata marrón.

—Hemos venido —dijo cortésmente el padre Brown— a devolver esta moneda a su dueño.

Y le dio la moneda al hombre de la nariz. Los ojos de Flambeau giraron confusos.

—¿Es este hombre un coleccionista de monedas? —preguntó.

—Este hombre es Mr. Arthur Carstairs —dijo el sacerdote con certeza—, y es un

coleccionista de monedas de un tipo muy particular.

El rostro del hombre cambió de color con tal brusquedad que la nariz torcida parecía no pertenecer al rostro, presentando un aspecto cómico. Sin embargo, habló con una suerte de dignidad desesperada.

—Entonces comprobarán que no he perdido todas mis cualidades familiares —dijo.

Y se dio la vuelta repentinamente, entró en una habitación y se encerró en ella.

—¡Deténgale! —gritó el padre Brown, casi cayéndose sobre una silla. Y, después de un par de empujones, Flambeau logró abrir la puerta. Pero era demasiado tarde. Con un silencio mortal, Flambeau atravesó la habitación y llamó por teléfono a la policía, pidiendo también un médico.

Un frasco de medicina vacío se encontraba en el suelo. Encima de la mesa yacía el cuerpo del hombre con la bata marrón en medio de paquetes marrones, algunos de ellos abiertos y de los que se habían salido no monedas romanas, sino inglesas y muy modernas.

El sacerdote levantó la broncínea cabeza del cesar.

—Esto es lo único que quedó —dijo— de la colección Carstairs.

Después de un silencio, continuó con más gentileza de la habitual.

—Su padre le hizo un legado cruel, y ya ve que se sintió un poco agraviado. Odiaba las monedas romanas y deseó el dinero real que le habían negado. No sólo vendió la colección pieza por pieza, sino que degeneró en los modos más miserables de hacer dinero, incluso llegó al chantaje de su propia familia. Chantajeó a su hermano de Australia por un pequeño crimen olvidado (ésa es la razón de que cogiera el taxi a Wagga Wagga en Putney) y chantajeó a su hermana por el robo que sólo él pudo haber notado. Ésa es la razón, a propósito, por la que tuvo ese presentimiento en las dunas. Una simple figura y su modo de andar en la distancia nos permiten recordar mejor a alguien que un rostro bien maquillado cerca de nosotros.

Se produjo otro silencio.

—Bien —gruñó el detective—, y este gran numismático no era más que un vulgar miserable.

—¿Acaso es tanta la diferencia? —preguntó el padre Brown con el mismo tono extraño e indulgente—. ¿Qué hay de malo en un miserable que no sea con frecuencia igual de malo en un coleccionista de monedas?. ¿Qué es malo, excepto... aquellos que no se hacen ídolos, que no se inclinan ante ellos y los adoran?. Pues yo..., pero tenemos que irnos y ver qué tal le va a nuestra joven pareja.

—Creo que, pese a todo, les debe de ir muy bien —dijo Flambeau.

LA PELUCA MORADA

Mr. Edward Nutt, el industrioso editor del *Daily Reformer* estaba sentado a su mesa, abriendo cartas y dictando al ritmo alegre de una máquina de escribir, empleada por una joven vigorosa.

Era un hombre robusto y rubio, en mangas de camisa; sus movimientos eran resueltos, su boca firme y su tono rotundo; pero sus infantiles ojos azules tenían un aspecto ausente, incluso melancólico, que parecía contradecir todo lo anterior. En general, la impresión que daba era engañosa. Se puede decir de él, como de la mayoría de los periodistas con autoridad, que su emoción más familiar era la del miedo continuo, miedo a las difamaciones, miedo a los anuncios perdidos, miedo a las erratas, miedo al despido.

Su vida no consistía más que en una serie de aturullados compromisos entre el propietario del periódico (y también su propietario), que era un botarate senil con tres errores inextirpables en su mente, y el competente equipo que había reunido, en el cual había algunos miembros brillantes, expertos y, lo que es peor, entusiastas sinceros de la política del periódico.

La carta de uno de ellos estaba precisamente ante él, y por muy resuelto y rápido que fuese, parecía dudar en abrirla. En vez de hacerlo, se decidió por corregir un papel con un lápiz azul y cambió el término «adulterio» por el de «impropiedad», y la palabra «judío» por «extranjero». Tocó un timbre y ordenó que se llevaran el artículo.

A continuación, y con mirada reflexiva, abrió la carta de su más distinguido colaborador, que llevaba un sello de Devonshire, y leyó lo siguiente:

Estimado Nutt:

Como puedo comprobar, está trabajando en las cosas más variadas, ¿qué le parece un artículo sobre ese extraño asunto en que están involucrados los Eyre de Exmoor, o como lo llaman aquí las viejas del lugar, la oreja del demonio de Eyre?. El cabeza de familia, ya sabe, es el duque de Exmoor, uno de los pocos aristócratas *tories* de un linaje realmente antiguo, ese robusto y viejo tirano se ha puesto en nuestra línea de fuego. Creo que estoy tras las huellas de una historia que traerá cola.

Desde luego que no creo en la vieja leyenda sobre Jaime I, y en lo que a usted respecta, usted no cree en nada, ni siquiera en el periodismo. La leyenda, como probablemente recordará, se refiere a uno de los asuntos más oscuros en la historia de Inglaterra: el envenenamiento de Overbury por ese gato demoníaco, Francés Howard, y el terror misterioso que forzó al rey a perdonar a los asesinos. Hubo alegaciones de brujería en el asunto, y la historia continúa con que un criado oyó por el ojo de una cerradura la verdad en una conversación entre el rey y Carr, y la oreja con la que escuchó creció y adquirió unas proporciones monstruosas como por encanto, tan terrible era el secreto. Y aunque adquirió tierras y oro y se convirtió en un ancestro de duques, la oreja de elfo sigue siendo recurrente en la familia. Bien, usted no cree en la magia negra, y si creyese, no la podría utilizar para la imprenta. Si ocurriese un milagro en su oficina, lo tendría que acallar, hay tantos obispos ahora que son agnósticos. Pero ése no es el punto. El punto es que hay algo realmente extraño en Exmoor y su familia, algo bastante natural, diría yo, aunque completamente anormal. Y la oreja forma parte del asunto, según creo. Otra tradición cuenta que los caballeros después de Jaime I comenzaron a llevar el pelo largo sólo para cubrir la oreja del primer Lord Exmoor. Esto, no hay duda, es pura fantasía.

La razón por la que le cuento esto, es la siguiente. Me parece que cometemos un error en atacar a la aristocracia por el champaña y los diamantes. La mayoría de las personas admiran a los nobles porque se lo pasan bien, pero creo que renunciamos a mucho cuando admitimos que la aristocracia es lo que ha hecho felices a los aristócratas. Sugiero una serie de artículos que muestren lo deprimente, lo inhumana, lo diabólica que es la atmósfera en alguna de esas grandes casas. Hay multitud de ejemplos, pero no podría comenzar con uno mejor que el de la oreja de los Eyre. Creo que el fin de semana podría contarle la verdad del asunto.

Un cordial saludo, Francis Finn.

Mr. Nutt reflexionó un momento, mirando fijamente su bota izquierda; poco después llamó con un grito largo, poderoso y sin vida, marcando cada sílaba con la misma intensidad:

—¡Señora Barlow, copie una carta dirigida a Mr. Finn, por favor!. «Estimado Finn: Creo que podría hacerse. Su artículo deberá estar aquí el sábado con el segundo correo».

Esta elaborada epístola fue articulada como si fuera una sola palabra, y la señora Barlow la mecanografió como si fuera una sola palabra. Luego cogió otro lápiz azul y otra prueba, cambiando la palabra «sobrenatural» por la de «maravilloso», y la expresión «matar a tiros» por la de «reprimir».

Mr. Nutt pasaba el tiempo con ese tipo de actividades felices y saludables, hasta que el sábado siguiente lo encontró en la misma mesa, dictando a la misma secretaria, usando el mismo lápiz azul sobre la primera entrega de las revelaciones de Finn. El inicio era una pieza saludable de invectivas contra los perversos secretos de los príncipes y una descripción de la desesperación en los lugares más elevados de la tierra. Aunque escrito con violencia, estaba redactado en un inglés excelente, pero el editor, como era habitual, le dio a alguien la tarea de romper el estilo en subtitulares de esta especie: «Pares y venenos», «la oreja de Eyre» etc., además de otros cientos de felices cambios. A continuación, seguía la leyenda de la oreja, amplificada según la carta de Finn, y luego la sustancia de sus últimos descubrimientos, que fueron los siguientes:

Se que la práctica en el periodismo aconseja poner el fin de la historia al principio y llamarlo titular. Se que el periodismo consiste desde hace mucho tiempo en decir «la muerte de Lord Jones» a gente que jamás supo que Lord Jones estaba vivo. Este corresponsal piensa que esta costumbre, como otras muchas en este gremio, es mal periodismo, y que el *Daily Reformer* tiene que dar un mejor ejemplo en este aspecto. Asique se propone contar la historia como ocurrió, paso a paso. Empleará los nombres reales de los involucrados, que en la mayoría de los casos están dispuestos a confirmar sus testimonios. En lo que concierne a los titulares, a las proclamaciones sensacionales, vendrán al final del relato.

Estaba caminando por un sendero público que conducía a través de un huerto privado de Devonshire y que parecía llevar a los lagares de esta población, cuando de repente llegué a uno de esos lugares que sugiere el paisaje. Era una posada baja y larga, que en realidad consistía en una casa de campo y dos establos; todo estaba techado con esa paja que parece pelo castaño y gris, crecido en tiempos prehistóricos. Pero al lado de la puerta, en el exterior, había un rótulo que designaba la casa como «El dragón azul», y bajo el rótulo había una de esas mesas largas y rústicas que suelen estar fuera en la mayoría de las posadas inglesas, antes de que los abstemios y cerveceros destruyeran entre ellos la libertad. Y a esa mesa estaban sentados tres caballeros, que podrían haber vivido hace cien años.

Ahora que los conozco mejor, no hay dificultad alguna en desenmarañar las impresiones, pero en aquel entonces me parecieron tres sólidos fantasmas. La figura dominante, no sólo

porque era la más grande en las tres dimensiones, sino porque se sentaba en la parte central de la mesa, frente a mi, era un hombre alto, gordo y vestido completamente de negro, con un rostro rubicundo, casi apoplético, pero con una frente despejada y preocupada. Al mirarle de nuevo, con más detenimiento, no pude decir con exactitud lo que me producía la sensación de antigüedad, a no ser el corte antiguo de su corbata blanca y clerical y las arrugas que surcaban su frente.

Más difícil resultaba incluso fijar la impresión producida por el hombre sentado al final de la mesa, en la parte derecha, quien, para decir la verdad, era un tipo de lo más común, con una cabeza redonda y pelo castaño, así como con una nariz arrogante, que también vestía un traje negro clerical, de corte ascético. Sólo cuando vi su amplio sombrero sobre la mesa me di cuenta de por qué le había conectado con algo anticuado: era un sacerdote católico.

Quizá el tercer hombre en la otra esquina de la mesa tenía algo más que ver con ello que el resto, aunque era más ligero en su presencia física y más inconsiderado en su forma de vestir. Sus delgados miembros estaban cubiertos, o mejor podría decir aprisionados, por unas mangas y unos pantalones ajustados y grises; tenía un rostro largo, cetrino y aquilino, que daba una sensación taciturna, ya que sus quijadas largas y delgadas estaban aprisionadas por el cuello y la corbata, a la moda de los antiguos linajes; y su cabello (que debía de haber sido castaño oscuro) tenía un tinte opaco, un color bermejo, que, en conjunción con su rostro amarillento, parecía más morado que rojo. Ese color inusual llamaba más la atención porque su cabello aparecía asombrosamente sano, rizado y espeso. Pero, al terminar mi análisis, me incliné por creer que lo que me produjo esa primera impresión de antigüedad fue el juego de copas de vino altas y anticuadas, uno o dos limones y dos pipas largas de barro. Y quizá, también, el motivo que me había llevado hasta allí.

Al ser un reportero experimentado, y al ser en apariencia aquello una posada abierta al público, no dudé en sentarme a la larga mesa y en pedir un vaso de sidra. El hombre vestido de negro parecía muy instruido, sobre todo acerca de las antigüedades locales; el pequeño hombre de negro, aunque hablaba mucho menos, me sorprendió con una cultura aún más vasta. Asique nos caímos bien; pero el tercer hombre, el viejo caballero con los pantalones apretados, parecía distante y altivo, y chupando a intervalos su larga pipa de barro, procedió a contarme las historias más horribles que he oído en mi vida, cómo uno de los Eyre, en tiempos pasados, había colgado a su propio padre, y otro había azotado a su esposa en una carreta mientras pasaba por el pueblo, y otro había prendido fuego a una iglesia llena de niños, etcétera.

Muchas de esas historias no son aptas para una publicación, como el relato sobre la monja escarlata o la abominable historia del perro moteado o lo que se hizo en la cantera. Y toda esa serie de impiedades salía de sus labios finos y corteses con decoro, mientras permanecía sentado, bebiendo vino de su copa anticuada.

Pude ver que el hombre sentado enfrente estaba intentando detenerlo, pero era evidente que tenía demasiado respeto al viejo «gentleman» como para interrumpirlo bruscamente. Y el pequeño sacerdote, al otro lado de la mesa, aunque libre de cualquier signo de confusión, se limitaba a mirar fijamente la mesa y parecía escuchar el recital con muestras de dolor, al menos ésa era la impresión.

—No parece sentir mucho afecto por el pedigrí de los Exmoor —le dije al narrador.

Me miró un momento, con sus labios aún decorosos, pero pálidos y rígidos, y a continuación rompió deliberadamente su pipa y su copa de vino en la mesa y se levantó, el vivo retrato de un perfecto caballero con el temperamento ardiente de un demente.

—Estos caballeros —dijo— le dirán si tengo motivos para sentir simpatía por ellos. La maldición de los Eyre ha pesado desde hace largo tiempo sobre este condado, y muchos han sufrido por ello. Ellos saben que no hay nadie que haya sufrido tanto como yo.

Y dicho esto pisó un trozo de cristal con su suela y se alejó cubierto por el resplandor verde de los manzanos.

—Es un caballero extraordinario —les dije a los otros dos—, ¿saben qué le hizo la familia Exmoor?. ¿Quién es?.

El hombre corpulento me miraba fijamente con el aire salvaje de un toro desconcertado. Al principio no pareció comprender mi pregunta. Pero al poco tiempo dijo:

—¿No sabe quién es?.

Yo afirmé mi ignorancia, y se produjo otro silencio. A continuación, el pequeño sacerdote, aún mirando a la mesa, dijo:

—Es el duque de Exmoor.

Cuando logré recuperarme de la conmoción, añadió con la misma tranquilidad, pero con un tono tranquilizador:

—Mi amigo es el doctor Mull, el bibliotecario del duque. Mi nombre es Brown.

—Pero —tartamudeé—, si era el duque, ¿por qué condena de esa manera a toda su estirpe?.

—Parece creer sinceramente que le han cargado con una maldición.

Poco después, añadió con una entonación tranquilizante:

—Por eso lleva una peluca.

Transcurrió un instante antes de darme cuenta.

—¿No se referirá a esa fábula de la oreja fantástica? —pregunté—. He oído acerca de ello, desde luego, pero estoy seguro de que no es más que una superstición hilada a partir de algún suceso bastante simple. A veces he pensado que era una versión infundada de esas historias de mutilaciones. En el siglo XVI solían cortar las orejas a los criminales.

—No creo que se trate de eso —respondió reflexivamente el hombre bajito—, y tampoco resulta nada extraordinario para la ciencia o para la ley de la naturaleza que una deformidad aparezca regularmente en una familia, como una oreja más grande que la otra.

El enorme bibliotecario había enterrado su amplia frente en sus gigantescas manos coloradas, como un hombre que intenta pensar sin estar acostumbrado a ello.

—No —gruñó—, creo que se equivocan. Lo sé, no tengo razón alguna para defenderlo o para mantener mi lealtad hacia él. Conmigo ha sido un tirano, como para los demás. No crean que porque le han visto sentado aquí no es un gran Lord en el peor sentido de la palabra. Haría que viniese un hombre desde una milla de distancia para tocar un timbre situado a una yarda, y haría que fuese a llamar a otro hombre situado a tres millas para traer una caja de cerillas situada a tres yardas. Podría tener a un criado para llevarle el bastón y a otro para mantenerle los gemelos en la ópera.

—Pero no un criado para cepillarle la ropa —le interrumpió el sacerdote con una curiosa sequedad—, pues también tendría que cepillarle la peluca.

El bibliotecario se volvió hacia él y pareció olvidar mi presencia, estaba algo agitado y, según creo, acalorado por el vino.

—No sé cómo lo ha averiguado, padre Brown —dijo—, pero está en lo cierto. Obliga a todo el mundo a que haga las cosas por él, excepto vestirle. Y, además, insiste en que lo dejen

hacerlo en completa soledad, como en un desierto. Expulsa a todos de la casa, sin fijarse en si están cerca o no de su cuarto de vestir.

—Parece un tipo agradable —resalté yo.

—No —replicó con simpleza el doctor Mull—, y a esto me refería cuando les dije que, después de todo, eran injustos. Caballeros, el duque siente realmente la amargura de la maldición que nos acaba de revelar. Bajo esa peluca morada esconde, con sincera vergüenza y terror, algo que asombraría a los hijos de los hombres si lo pudieran ver. Se que es así. Se que no es una deformidad natural, como la mutilación de un criminal, o una desproporción hereditaria en sus rasgos. Se que es algo peor, pues un hombre me dijo que presenció una escena que no se puede inventar, en la que un hombre más fuerte que cualquiera de nosotros intentó desvelar el secreto y quedó aterrorizado.

Yo abrí la boca para hablar, pero Mull continuó sin prestarme atención, hablando desde la caverna que formaban sus manos.

—No me importa decírselo, padre, pues lo digo más en defensa del pobre duque que en su perjuicio. ¿No ha oído hablar de la vez en que estuvo a punto de perder todas sus propiedades?.

El sacerdote negó con la cabeza, y el bibliotecario procedió a contarle el relato de los hechos como los había oído de su predecesor en el cargo, que había sido su patrón e instructor, en el que confiaba a ciegas. Hasta cierto punto no era más que la historia del declive de una gran fortuna familiar, el relato del abogado de la familia. Este abogado, sin embargo, poseía el sentido de estafar honestamente, si se puede expresar así. En vez de emplear los fondos con honradez, se aprovechó de los descuidos del duque para llevar a la familia a una crisis financiera, en la cual el duque tuvo la necesidad de confiar en él para afrontar la realidad.

El nombre del abogado era Isaac Green, pero el duque siempre le llamaba Elisha, presumiblemente en referencia al hecho de que estaba completamente calvo, aunque no superaba los treinta años de edad. Había ascendido rápidamente, pero de unos inicios oscuros; al principio fue un informante, luego se hizo prestamista. Pero como abogado de los Eyre tuvo la habilidad de llevarlo todo de una forma técnicamente correcta hasta que estuvo en disposición de dar el gran golpe final. Dio el golpe en la cena, y el viejo bibliotecario me dijo que nunca olvidaría el aspecto de las pantallas de las lámparas y de las botellas de los licores, cuando el pequeño abogado, con una sonrisa fija, propuso al gran Lord que debían compartir los bienes. Lo que dijo no pasó precisamente inadvertido, pues el duque, en un silencio mortal, rompió una botella de licor en la cabeza calva del hombre y con tanta rapidez, como le he visto romper la copa aquí. Dejó una cicatriz triangular en la calva, y los ojos del abogado se alteraron, pero no su sonrisa.

Se levantó tartamudeando y devolvió el golpe como lo suelen hacer ese tipo de hombres.

—Me alegro de lo que ha hecho, porque ahora me podré apoderar de todo. La ley me lo dará.

Exmoor, al parecer, estaba pálido como la ceniza, pero sus ojos aún brillaban.

—La ley se lo dará —dijo—, pero usted no lo tomará... ¿Por qué no?. ¿Por qué?. En primer lugar, porque eso significaría el fin de la maldición que pesa sobre mi, y si usted la quiere para usted, entonces yo me quitaré la peluca. Y, en segundo lugar, porque todos pueden ver su cabeza calva, pero nadie puede ver la mía y seguir vivo.

Bien, ustedes dirán lo que quieran y pensarán lo que quieran, pero Mull juró solemnemente que el abogado, después de agitar los puños en el aire, salió corriendo de la habitación y no

volvió a aparecer en el condado, y desde entonces Exmoor ha sido temido más como un brujo que como un terrateniente o un magistrado.

El doctor Mull contó su historia con gestos teatrales y con una pasión a mi parecer algo desbordada. Yo era completamente consciente de la posibilidad de que todo no fuese más que una extravagancia de un viejo fanfarrón y charlatán. Pero antes de que termine esta parte de mis descubrimientos, creo que le debo a Mr. Mull mencionar el hecho de que mis dos primeras diligencias han confirmado su historia. Supe a través de un viejo farmacéutico del pueblo que hubo un hombre calvo con traje de etiqueta que se presentó con el nombre de Green y que fue una noche para que le curasen una herida en la cabeza. Y supe por los archivos judiciales y por viejos periódicos que hubo un pleito emprendido por un tal Green contra el duque de Exmoor.

Mr. Nutt, del *Daily Reformer,* escribió algunas palabras incongruentes en la cabecera de la copia, hizo una serie de marcas misteriosas en la parte inferior, y llamó a la señora Barlow con la misma voz alta y monótona:

—Escriba una carta para el señor Finn.

Estimado Finn:

He tenido que fragmentar un poco su texto y ponerle titulares, y nuestro público jamás soportará a un sacerdote católico en la historia: piense siempre en los suburbios. Lo he cambiado por un tal Mr. Brown, un espiritista.

Un cordial saludo. E. Nutt.

Uno o dos días después, el activo y juicioso editor se encontraba examinando con sus ojos azules, que iban aumentando paulatinamente de tamaño, la segunda entrega escrita por Mr. Finn acerca de los misterios de la alta sociedad. Comenzaba con estas palabras:

He realizado un descubrimiento extraordinario. Confieso abiertamente que es algo completamente diferente a lo que esperaba descubrir, y resultará una conmoción para el público. Me atrevo a decir, sin ninguna vanidad, que las palabras que estoy escribiendo serán leídas en toda Europa y, con toda seguridad, en toda América y las colonias. Escuché todo lo que tengo que decir antes de abandonar la pequeña mesa de madera cerca del manzanar. Todo se lo debo al pequeño sacerdote Brown, un hombre extraordinario. El enorme bibliotecario había abandonado la mesa, quizá avergonzado por su largo monólogo, quizá ansioso por la salida tormentosa de su misterioso señor. Siguió pesadamente los pasos del duque a través de los árboles. El padre Brown había cogido uno de los limones y lo observaba con un extraño placer.

—¡Qué hermoso color tiene el limón! —dijo—. Hay una cosa que no me agrada de la peluca del duque: el color. —Me parece que no le comprendo —respondí. —Diría que tiene una buena razón para esconder sus orejas, como el rey Midas —continuó el sacerdote con alegre simplicidad, y que parecía algo impertinente en esas circunstancias—. Puedo comprender perfectamente que sea más agradable cubrirlas con pelo que con orejeras de piel o placas de metal. Pero ya que quiere usar pelo, ¿por qué no intenta que lo parezca de verdad?. Jamás hubo pelo de ese color en este mundo. Parece más una nube crepuscular que se cierne sobre un bosque. ¿Por qué no oculta mejor la maldición familiar, ya que se avergüenza tanto de ella?. ¿Quiere que se lo diga?. Porque no se avergüenza de ella, todo lo contrario, está orgulloso de ella.

—Es una peluca horrible para estar orgulloso de ella, y también es una historia horrible —dije yo.

—Considere —dijo aquel curioso hombrecillo— cómo piensa realmente acerca de esas cosas. No sugiero que sea más esnob o más morboso que el resto de nosotros, pero ¿no siente de algún modo que la maldición genuina de una vieja familia es algo original?. ¿Se avergonzaría usted?. ¿Acaso no estaría un poco orgulloso si el heredero del horror de Glamis le llamara su amigo?. ¿O si la familia Byron le hubiese confiado sólo a usted las perversas aventuras de su raza?. No sea demasiado duro con los aristócratas si sus cabezas son tan débiles como las nuestras y son esnobs con sus propias desgracias.

—¡Por Dios que tiene razón! —exclamé—. La familia de mi madre tiene un fantasma y ahora que lo dice me ha confortado en más de una hora triste.

—Y piense —continuó— en ese reguero de sangre y veneno que expulsó por sus finos labios en el momento en que mencionó a sus ancestros. ¿Por qué tendría que mostrar ante cualquier desconocido esa cámara de los horrores a menos que estuviese orgulloso de ella?. No oculta su peluca, ni su sangre, ni la maldición familiar, no quiere ocultar los crímenes de la familia, pero...

La voz del hombrecillo cambió tan repentinamente, cerró las manos con tal tensión y sus ojos se tornaron tan redondos y brillantes —como los de un búho—, que ese cambio anímico tan abrupto pareció sacudir la mesa con una pequeña explosión.

—Pero —finalizó— le interesa ocultar su aseo.

Terminó por ponerme los nervios de punta el hecho de que en ese instante apareciese silenciosamente el duque entre los brillantes árboles, con su paso ligero y su cabello crepuscular, que llegaba desde la esquina de la casa, acompañado de su bibliotecario. Antes de que estuviese al alcance del oído, el padre Brown añadió con sosiego:

—¿Por qué esconde el secreto de lo que hace con la peluca?. Seguro que porque no es el tipo de secreto que suponemos.

El duque rodeó la mesa *y* volvió a ocupar su sitio de preferencia con toda su nativa dignidad. La turbación del bibliotecario le hacía parecer un oso levantado sobre sus patas traseras. El duque se dirigió con gran seriedad al sacerdote.

—Padre Brown —dijo—, el doctor Mull me ha informado de que ha venido aquí para realizar una investigación. Yo ya no profeso la religión de mis padres, pero por respeto a ellos y en honor a nuestros encuentros anteriores, estoy dispuesto a escucharle, aunque me imagino que preferirá hacerlo en privado.

Lo que yo tenía de caballero me impulsaba a levantarme, lo que tenía de periodista me impulsaba a quedarme sentado y en silencio. Antes de que se resolviese esta parálisis, el sacerdote había hecho un gesto de atención.

—Si vuecencia me permite solicitarle algo, o si tengo algún derecho a aconsejarle, preferiría que estuviese presente la mayor cantidad posible de personas. Por todo este país he encontrado a cientos, incluso de mi propia fe y de mi rebaño, cuyas imaginaciones están envenenadas con el secreto que yo le imploro que rompa. Me gustaría que estuviese aquí todo Devonshire para ver cómo lo hace.

—¿Para verme hacer qué? —preguntó el duque arqueando las cejas.

—Para ver cómo se quita la peluca —dijo el padre Brown,

El rostro del duque permaneció inalterado, pero miró al peticionario con una fijeza glacial, componiendo la expresión más horrible que he visto en una cara humana. Las largas piernas del bibliotecario comenzaron a temblar y daban la sensación de ser los reflejos de las ramas en el agua, y no podía expulsar de mi propia mente la idea de que los árboles que nos

rodeaban con su silencio estaban llenos de diablos en vez de pájaros.

—Se lo ahorraré —dijo el duque con una voz de compasión inhumana—; rechazo su petición. Si le doy la mínima indicación del horror que tengo que soportar a solas, yacería aterrorizado a mis pies suplicando que no le revelase nada más. Le voy a ahorrar esa indicación. No conocerá la primera letra de lo que está escrito en el altar del dios desconocido.

—Yo conozco a ese dios desconocido —dijo el pequeño sacerdote con una inconsciente certidumbre que se elevó como una torre de granito—, se su nombre, se llama Satán. El verdadero Dios fue hecho carne y permaneció entre nosotros. Y yo le digo, dondequiera que encuentre hombres gobernados por el misterio, es el misterio de iniquidad. Si el diablo le dice que no mire algo, mírelo; si le dice que algo es demasiado terrible para oírlo, óigalo. Si cree que una verdad es insoportable, sopórtela. Yo le ruego que finalice esta pesadilla ahora, en esta mesa.

—Si lo hiciese —dijo el duque en voz baja—, todo lo que usted cree, y todo por lo que vive, sería lo primero en marchitarse y perecer. Tendría un instante para conocer la gran Nada antes de morir.

—Que la cruz de Cristo esté entre el mal y yo —dijo el padre Brown—. Quítese la peluca.

Yo estaba inclinado sobre la mesa, preso de una excitación insoportable; mientras escuchaba ese extraordinario duelo, un pensamiento vino a mi mente.

—Señor —exclamé—, creo que lo suyo es una estafa. Quítese esa peluca o se la quitaré yo de un golpe.

Supongo que puedo ser acusado de asalto, pero estoy contento de haberlo hecho. Cuando dijo con la misma voz de piedra «me niego», salté sobre él. Por un instante se resistió como si todo el infierno hubiese acudido a ayudarle, pero logré echar hacia atrás su cabeza hasta que la peluca cayó. Debo reconocer que cuando luchaba cerré los ojos para no ver cómo caía.

Mull, que en ese momento se encontraba junto al duque, lanzó un grito que me estremeció. Su cabeza y la mía estaban inclinadas sobre la cabeza calva del despelucado duque. A continuación, el silencio fue roto por el bibliotecario, quien exclamó:

—¿Qué significa esto?. Este hombre no tiene nada que ocultar. Sus orejas son como las de cualquier otro.

—Si —dijo el padre Brown—, eso es lo que tenía que esconder.

El sacerdote caminó directamente hacia él, pero extrañamente no miró sus orejas. Se quedó mirando fijamente, con una seriedad casi cómica, su calva frente, y señaló una cicatriz triangular, largamente curada, pero aún discernible.

—Señor Green, supongo —dijo con cortesía—, al final y después de todo consiguió apoderarse de los bienes.

Y ahora permítanme contarle a los lectores del *Daily Reformer* lo que pienso que es la cosa más sorprendente de todo este asunto. Esa escena de transformación les parecerá tan fantasiosa como un cuento persa —excepto por mi asalto técnico—, pero ha sido estrictamente legal y constitucional desde sus comienzos. Ese hombre con la extraña cicatriz y las orejas comunes no es un impostor. Aunque —en un sentido— lleva la peluca de otro hombre, no ha robado su corona. Realmente se trata del único y legítimo duque de Exmoor. Lo que ocurrió fue lo siguiente. El viejo duque tenía en realidad una ligera malformación en la oreja, que también era más o menos hereditaria. Por esta razón se sentía ofuscado, y es

muy probable que la invocase como una suerte de maldición en la violenta escena —que sin duda ocurrió— en la que golpeó a Green con la botella de licor. Pero el asunto terminó de un modo muy diferente. Green continuó con sus pretensiones y se apoderó de todos los bienes; el noble desposeído se pegó un tiro y murió sin sucesión. Después de un intervalo decente, el gobierno inglés revivió la extinguida dignidad de par y se la otorgó, como es normal, a la persona más importante, en este caso en quien había recaído la propiedad.

Ese hombre volvió a contar todas esas viejas fábulas; probablemente, en su alma esnob, realmente admiraba y envidiaba a esos nobles. Así, miles de pobres ingleses temblaron ante un misterioso cacique con un destino legendario y una diadema de estrellas del mal, cuando en verdad temblaban ante un rufián que hace doce años no era más que un rábula y un prestamista. Creo que esto es muy típico del caso real contra nuestra aristocracia tal y como es y como será hasta que Dios nos envíe hombres valientes y esforzados.

Mr. Nutt dejó el manuscrito y llamó con una agudeza inusual: ¡Señora Barlow, por favor copie una carta para Mr. Finn!.

Estimado Finn:

Usted ha debido de volverse loco, no podemos publicar esto. Yo quería vampiros y aristocracia, todo junto, mezclado con superstición, eso es lo que gusta. Pero los Exmoor jamás nos perdonarán este artículo. ¡Y me gustaría saber lo que diría nuestra gente!. Pues Sir Simón es uno de los mejores amigos de Exmoor. Y arruinaríamos a la prima de los Eyre que trabaja para nosotros en Bradford. Además, el viejo botarate se amargó porque no pudo recibir la dignidad de par el año pasado, me despediría si le pierdo con un disparate como éste. Y, ¿qué pensaría Duffey?. Nos está escribiendo unos vigorosos artículos sobre las huellas de los normandos. ¿Cómo podría escribir sobre los normandos si el hombre no es más que un peticionario?. Sea razonable.

Un cordial saludo, E. Nutt

Cuando la señora Barlow se alejaba alegremente, Nutt arrugó la copia y la arrojó a la papelera, pero no sin antes haber cambiado, automáticamente y más por la fuerza del hábito, la palabra «Dios» por «circunstancias».

LA EXTINCIÓN DE LOS PENDRAGON

El padre Brown no estaba para aventuras. Hacía poco que había caído enfermo por el exceso de trabajo y, cuando comenzó a recobrarse, su amigo Flambeau se lo llevó de crucero en un pequeño yate con Sir Cecil Fanshaw, un joven hacendado natural de Cornualles y un entusiasta del paisaje costero de su región. Pero Brown aún se sentía débil, no era un marinero muy feliz, y aunque nunca había sido ese tipo de persona que refunfuña o pierde el ánimo, su espíritu no superaba la paciencia y la amabilidad. Cuando los otros dos elogiaban el crepúsculo violeta o los despeñaderos volcánicos, él asentía. Cuando Flambeau señalaba una roca en forma de dragón, él la miraba y pensaba que se parecía a un dragón. Cuando Fanshaw indicaba mucho más excitado que una roca se parecía a Merlín, él la miraba y lo confirmaba. Cuando Flambeau preguntó si una entrada rocosa en un meandro del río podría ser la entrada al país de las hadas, él contestó que si. Escuchaba todas las cosas, ya fuesen importantes o triviales, con la misma indiferencia. Escuchó que la costa significaba la muerte para todos excepto para los marineros cuidadosos; también escuchó que el gato del barco estaba dormido. Escuchó que Fanshaw no podía encontrar por ninguna parte la boquilla de su cigarrillo, también escuchó cómo el piloto pronosticaba: «Dos ojos brillantes, vamos adelante; uno parpadea, nos vamos a pique». Escuchó cómo Flambeau le decía a Fanshaw que el piloto se refería, sin ninguna duda, a que debía mantener abiertos los ojos y permanecer alerta. Y escuchó cómo Fanshaw le decía a Flambeau que, por extraño que pareciese, no quería decir eso, sino que mientras vieran dos luces costeras, exactamente una al lado de la otra, se encontraban en la zona correcta del río, pero que si una de las luces quedaba oculta por la otra, se iban a las rocas. Escuchó cómo Fanshaw añadía que su país estaba lleno de extrañas leyendas y dichos raros, era el hogar de los romances; incluso opuso esa parte de Cornualles a Devonshire como pretendiente a los laureles de la marinería isabelina. Según él, habían existido capitanes entre esas calas e isletas, comparados con los cuales Drake había sido prácticamente un novato. Oyó cómo se reía Flambeau y cómo preguntaba si quizá la exclamación aventurera «¡hacia el oeste!» sólo significaba que los hombres de Devonshire deseaban vivir en Cornualles. Oyó cómo Fanshaw decía que no había necesidad de ser tan tonto, que no sólo los capitanes de Cornualles habían sido héroes, sino que aún lo eran, que cerca de ese lugar vivía un viejo almirante, ya retirado, que estaba marcado por emocionantes viajes llenos de aventuras y que en su juventud había encontrado el último grupo de ocho islas del Pacífico añadidas al mapa del mundo. Cecil Fanshaw era ese tipo de persona del que se apodera un entusiasmo desbordante pero agradable, un hombre muy joven, con el pelo fino, piel rosada y con un perfil aguileño; su espíritu era infantil y bravío, pero con una delicadeza casi femenina en el aspecto y en la piel. Los amplios hombros, las oscuras cejas y los negros mostachos de Flambeau representaban un gran contraste.

Brown escuchó y vio todas estas trivialidades, pero las escuchó como un hombre cansado escucha el ritmo del tren o como un hombre enfermo contempla el papel pintado de la pared. Nadie puede calcular los cambios de ánimo en una convalecencia, pero la depresión del padre Brown podía tener mucho que ver con su falta de familiaridad con el mar. Pues cuando penetraron en la boca del río, que se estrechaba como el cuello de una botella, y el agua comenzó a calmarse, el aire a templarse y a oler a tierra, pareció despertar y prestar atención como un bebé. Habían llegado a esa fase inmediatamente posterior al crepúsculo, cuando la atmósfera y el agua adoptan cierto brillo, pero la tierra se torna oscura. No obstante, esa tarde en particular se produjo algo excepcional. Era una de esas atmósferas

extrañas en las que parece como si hubiesen colocado un cristal ahumado entre nosotros y la naturaleza, de tal modo que incluso los colores oscuros parecían más relucientes que los colores brillantes en días nublados. La tierra de la ribera y los charcos fangosos no parecían de color pardusco, sino de un ocre ardiente, y los tallos oscuros agitados por la brisa no parecían, como es usual, de un color azul débil, sino masas de flores de un violeta intenso plegadas por el viento. Esta mágica claridad e intensidad en los colores fue reforzada por la lenta reanimación de los sentidos de Brown y por algo romántico e incluso enigmático en la forma del paisaje.

Ese río era lo suficientemente ancho y profundo para un barco de placer tan pequeño como el suyo, pero los meandros y el panorama sugerían que se acercaban a otra región. Los tallos parecían haberse roto y realizar intentos para tender puentes, como si el barco estuviese pasando de la fantasía de un valle a la de una cavidad, y de ésta a la de un túnel. Más allá del aspecto de las cosas, había poco de lo que se pudiese alimentar la renacida imaginación de Brown; no vio seres humanos, excepto a algunos gitanos caminando por la ribera del río, llevando gavillas y cestas de mimbre; aunque sí vio una escena no extraña, pero sí inusual en esos remotos lugares: una dama de pelo negro, con la cabeza descubierta y remando en su propia canoa. Si el padre Brown dio alguna importancia a esas personas, se olvidó de ella por completo al girar el barco y presentarse ante él un objeto singular.

El agua parecía extenderse y dividirse, quedando hendida por una isla con la oscura forma de un pez y profusamente arbolada. A la velocidad con que se desplazaban, la isla parecía nadar hacia ellos como una nave, una nave con una proa muy elevada o, para hablar con más exactitud, con una chimenea de gran altura, pues en la zona más próxima a ellos se encontraba un edificio de aspecto extraño, en el que no había nada que pudiese recordar algún propósito. No era especialmente elevado, pero si demasiado alto para su anchura, por lo que se podía denominar una torre. Parecía construido de madera, aunque de un modo excéntrico y desigual. Muchas de las tablas eran de buena madera de roble, que en parte había sido cortada recientemente y con tosquedad; otra era de pino blanco, y había algunas tablas de la misma proveniencia pero que estaban embreadas de negro. Esas tablas negras estaban colocadas de un modo torcido o cruzándose en todo tipo de ángulos, proporcionando al edificio un aspecto parcheado o como si fuese un rompecabezas. Había un par de ventanas, que parecían haber sido construidas y coloreadas con un estilo ya anticuado aunque más elaborado. Los viajeros contemplaban la construcción con ese sentimiento paradójico que tenemos cuando algo nos recuerda otra cosa y de repente tenemos la certeza de que es completamente diferente.

El padre Brown, aun cuando estaba envuelto en un misterio, era inteligente a la hora de analizar sus propios estados confusos. Y se encontró pensando que la extrañeza de aquel edificio consistía en una forma peculiar lograda en un material incongruente, como si alguien viera una chistera de hojalata o una levita de tela de tartán. Estaba seguro de haber visto en algún lugar maderos de diferentes tonos dispuestos de ese mismo modo, pero nunca con esas proporciones arquitectónicas. Un instante después, un resplandor a través de los oscuros árboles le dijo todo lo que quería saber y se rió. A través de un hueco en el follaje apareció por un momento una de esas viejas casas de madera con tablas negras que aún se pueden encontrar en algunos lugares de Inglaterra, pero que la mayoría de nosotros hemos visto imitadas en algún espectáculo llamado «El viejo Londres» o «La Inglaterra de Shakespeare». El sacerdote pudo verla el tiempo suficiente como para comprobar que la casa de campo, aunque de estilo anticuado, era confortable y parecía estar bien conservada, con macizos de flores en su parte frontal. No tenía nada del aspecto caótico y extravagante

que presentaba la torre.

—¿Qué demonios es eso? —dijo Flambeau, que aún permanecía contemplando la torre.

La mirada de Fanshaw brillaba y dijo con un tono triunfal:

—¡Aja!. Seguro que no han visto antes un lugar como éste. Ésa es la razón por la que les he traído aquí, amigos. Ahora comprobarán si les he exagerado con lo de los marinos de Cornualles. Este lugar pertenece al viejo Pendragon, a quien llamamos el Almirante, aunque se retiró antes de recibir el rango. El espíritu de Raleigh y de Hawkins es un recuerdo para el pueblo de Devon, pero para nosotros los Pendragon sigue siendo algo actual. Si la reina Isabel se levantase de la tumba y viniese por este río en una barca dorada, sería recibida por el Almirante en una casa exactamente igual a las que ella estaba acostumbrada, en cada esquina y en cada batiente, en cada pared y en cada pilar. Y aún encontraría a un capitán inglés hablando con audacia sobre nuevas tierras por descubrir, del mismo modo que si hubiese cenado con Drake.

—Pero se encontraría con algo extraño en el jardín —dijo el padre Brown—, que no agradaría mucho a un ojo renacentista. La arquitectura isabelina es encantadora a su modo, pero resulta algo contrario a su naturaleza romperla con una torre.

—Pero eso —respondió Fanshaw—, eso es lo más romántico e isabelino del asunto. Fue construida por los Pendragon en la época de las guerras con España, y aunque ha sido reparada y reconstruida por otra razón, siempre se ha hecho conforme al modelo antiguo. La historia dice que la esposa de Lord Pendragon la construyó en ese lugar y con esa altura para poder ver desde lo alto el espacio en el que viran los veleros para entrar en la boca del río. Ella deseaba ser la primera en avistar el navío de su esposo cuando regresaba a casa del mar Caribe.

—¿Cuál fue la otra razón —preguntó el padre Brown— por la que fue reconstruida?.

—¡Oh!, también hay una historia extraña sobre eso —dijo con placer el joven hacendado—. Se encuentra en una tierra de extrañas historias. El rey Arturo estuvo aquí, y antes que él Merlín y las hadas. Según la historia, Peter Pendragon, quien, me temo, aunaba los vicios de los piratas y las virtudes de los marinos, traía a casa a tres caballeros españoles en honorable cautividad, acompañándolos a la Corte isabelina. Pero era un hombre de temperamento ardiente y osado. Asique cuando se produjo una discusión con uno de ellos, le cogió por la garganta y lo arrojó, voluntaria o involuntariamente, por la borda. Un segundo español, que era el hermano del primero, sacó inmediatamente la espada y se abalanzó sobre Pendragon. Después de un combate corto pero furioso, en el cual ambos recibieron tres heridas en pocos minutos, Pendragon atravesó el cuerpo del otro con su espada y dio cuenta del segundo español. Cuando esto ocurrió, la nave acababa de entrar en la boca del río y había poca profundidad. El tercer español saltó por la borda, luchó por llegar a la orilla y logró hacer pie. Entonces se volvió hacía el navío y levantando los dos brazos al cielo —como un profeta anunciando terribles plagas a una ciudad perdida por el vicio— se dirigió a Pendragon con una voz penetrante y terrible. Dijo que ahora estaba vivo y que seguiría vivo, que viviría para siempre, pero que ninguna de las sucesivas generaciones de la casa de los Pendragon podría verlo, pero sabrían por ciertos signos que él y su venganza estaban con vida. Dicho esto, una ola lo sumergió y fue tragado por las aguas; no se lo volvió a ver jamás.

—Allí está otra vez la joven en la canoa —dijo con indiferencia Flambeau, para quien las mujeres bonitas anulaban los efectos de cualquier tipo de leyenda—. Parece inquietarle la extraña torre, como a nosotros.

Ciertamente, la joven dama de pelo oscuro dejaba flotar lenta y silenciosamente la canoa delante de la isla, y no cesaba de mirar hacia la torre con una curiosidad que se reflejaba en su rostro oval y oliváceo.

—No importan las jóvenes —dijo con impaciencia Fanshaw—, el mundo está lleno de ellas, pero hay muy pocas cosas comparables a la torre de los Pendragon. Como pueden suponer fácilmente, muchas supersticiones y escándalos siguieron las huellas de la maldición española, y no hay duda de que todo accidente ocurrido a la familia de Cornualles se conecta con ella con una credulidad rural. Pero es completamente cierto que esa torre ha sido destruida dos o tres veces, y la familia no puede considerarse afortunada, pues más de dos parientes del Almirante han perecido en naufragios, y uno de ellos al menos, por lo que se, prácticamente en el mismo lugar en que Sir Peter arrojó al español por la borda.

—¡Qué lástima! —exclamó Flambeau—. Se está yendo.

—¿Cuándo le contó su amigo el Almirante la historia de su familia? —preguntó el padre Brown, mientras la joven remaba en la canoa sin mostrar ninguna intención de desviar su atención hacia el yate, que Fanshaw ya había aproximado a la isla.

—Hace muchos años —contestó Fanshaw—. Aunque no se embarca desde hace tiempo, aún lo anhela. Creo que hay un pacto familiar o algo parecido. Bien, ahí está el desembarcadero, vayamos a tierra y visitemos al viejo lobo de mar.

Lo siguieron por la isla, hasta llegar a la torre, y el padre Brown, ya fuese por haber tocado tierra firme o porque algo le interesaba en la otra orilla del río —a lo que había estado mirando fijamente durante unos segundos—, pareció revivir. Entraron en una alameda de árboles delgados y grisáceos, como los hay en las entradas de los parques y jardines públicos, y en cuyo extremo las ramas de árboles oscuros se agitaban de un lado a otro como plumas negras y moradas sobre lo que parecía una enorme carroza fúnebre. Al dejar atrás la torre, ésta parecía aún más extraña, ya que ese tipo de entradas suele estar escoltado por dos torres, y esa torre, al faltarle su gemela, parecía desequilibrada. Pero por ese mismo motivo, la avenida presentaba la apariencia de la entrada a las propiedades de un caballero, y poseyendo una forma sinuosa, de algún modo parecía un parque más grande de lo que podría haber sido cualquier plantación en una isla parecida. El padre Brown, quizá por su cansancio, tendía algo a la fantasía, pues casi creyó que todo el lugar se hacía más grande, como les ocurre a las cosas en una pesadilla. De todos modos, su marcha se caracterizaba por una monotonía mística, hasta que Fanshaw se detuvo repentinamente y señaló algo que sobresalía a través de un seto, algo que al principio les pareció como el cuerno de una bestia. Una observación más detenida, sin embargo, les mostró que era una hoja de metal ligeramente curvada que brillaba tenuemente en la luz mortecina.

Flambeau, quien, como todos los franceses, había sido soldado, se inclinó sobre ella y dijo con una voz sorprendida:

—¡Pero si es un sable!. Creo que conozco el tipo, pesado y curvo, pero más corto que el de caballería; lo han usado en artillería y...

Cuando decía esto, la hoja salió por si misma de la hendidura y cayó con un ruido pesado, cortando las ramas del seto. A continuación, se alzó de nuevo, brilló unos centímetros por encima y volvió a atravesar el seto de un golpe. Después de agitarse para liberarse —acompañado de maldiciones en la oscuridad—cayó al suelo en un segundo. Pero un impulso de energía diabólica envió una rama hacia el sendero, abriéndose un gran hueco en el cercado.

Fanshaw miró por la oscura abertura y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Mi querido Almirante!. ¿Suele abrir una nueva entrada cada vez que sale a pasear?.

La voz en la penumbra volvió a maldecir y luego rompió en una risa alegre.

—No —dijo—, en realidad he salido para cortar este seto pues está devastando el resto de las plantas y aquí no hay nadie que pueda hacerlo. Pero voy a cortar algo más y ahora estoy con ustedes para darles la bienvenida.

Y una vez más alzó el pesado sable y con dos tajos abrió un nuevo hueco, ampliando su diámetro. Cuando fue lo suficientemente grande, pasó por él con una rama gris aún pendiendo de la hoja del arma.

Por un momento se adaptó perfectamente a todas las fábulas de Fanshaw acerca de un viejo Almirante bucanero, pero poco después los detalles parecieron descomponerse en meros rasgos aislados. Por ejemplo, llevaba un amplio sombrero para protegerse del sol, pero la parte delantera estaba torcida hacia arriba y las dos laterales dobladas hacia abajo, tapando las orejas, así que rodeaba su rostro en forma de media luna, como el sombrero de Nelson. Llevaba una chaqueta azul oscura de corte muy común, con nada especial excepto los botones, pero la combinación de éstos con las líneas de los pantalones le daban cierto aire marinero. Era alto y desmañado, caminaba con una especie de contoneo, que no era propio de un marino pero que de algún modo lo sugería, y en su mano sostenía un sable corto que se parecía a un machete de la Armada, pero dos veces más largo. Bajo el ala de su sombrero, su rostro aguileño parecía afanoso, probablemente no sólo porque estaba rasurado, sino porque carecía de cejas. Parecía como si todo el pelo de su rostro hubiese sido barrido por la fuerza de los elementos. Sus ojos eran saltones y penetrantes, su rostro poseía un color curioso y atractivo, en parte tropical; recordaba vagamente al de una naranja de sangre. Eso era porque al mismo tiempo que era rojizo y sanguíneo había en él algo de amarillo que no era de ningún modo un signo de enfermedad, pero parecía brillar como las manzanas doradas de las Hespérides. El padre Brown pensó que jamás había visto una figura tan expresiva de todas las novelas de aventuras.

Cuando Fanshaw terminó de presentar a sus dos amigos, volvió a hablar en tono de burla sobre su lucha con el seto y su aparente rabia irreverente. Al principio, el Almirante le quitó importancia como un trabajo jardinero necesario aunque aburrido, pero finalmente la energía volvió a su risa y exclamó con una mezcla de impaciencia y buen humor:

—Bien, quizá me afané en ello con un poco de rabia y encontré algo de placer en destrozar algo. Así lo haría usted si su único placer consistiese en navegar para encontrar alguna isla de caníbales, pero tuviera que permanecer en esta aburrida y rústica isla. Cuando recuerdo cómo me abrí paso por una milla y media de selva venenosa con un viejo machete la mitad de afilado que éste, y luego recuerdo que debo permanecer aquí y cortar estas ramitas porque un viejo loco emborronó una Biblia familiar y...

Volvió a levantar el acero y esta vez cortó de un tajo la verde pared desde arriba hasta abajo.

—Así me siento —dijo riéndose y arrojando con fuña la espada varios metros—, y ahora vayamos a casa, allí les daré algo de cenar.

El semicírculo de césped frente a la casa contenía tres macizos de flores, uno de tulipanes rojos, otro de tulipanes amarillos y un tercero de flores blancas, de aspecto cerúleo, que los visitantes no conocían y que supusieron flores exóticas. Un pesado y peludo jardinero, de aspecto hosco, sostenía una manguera. Los reflejos del crepúsculo, que parecía quedar prendido de las esquinas de la casa, causaban brillos con los colores de flores remotas, y en

un espacio sin vegetación al lado de la casa que daba al río se veía un alto trípode que sostenía un gran telescopio broncíneo. Frente a la escalera de la entrada había una pequeña mesa pintada de verde, como si alguien acabase de tomar el té. La entrada estaba flanqueada por dos troncos con agujeros en forma de ojos y que se suelen identificar como ídolos de los Mares del Sur, y en una tabla de roble situada sobre la entrada se veían confusas inscripciones que parecían bárbaras.

Cuando iban a entrar en la casa, el pequeño clérigo se acercó a la mesa, se subió repentinamente sobre ella, y contempló a través de sus lentes y con toda naturalidad las inscripciones grabadas en la tabla. El almirante Pendragon le miró sorprendido aunque no particularmente molesto; sin embargo, Fanshaw estaba tan divertido con lo que parecía un pigmeo ante su pequeña cabaña que no pudo contener la risa. Pero el padre Brown no estaba en condiciones de notar ni la risa ni el asombro.

Estaba observando tres símbolos grabados que, aunque oscuros y casi borrados, parecían significar algo para él. El primero parecía el perfil de una torre u otro edificio, coronado con algo similar a lazos ensortijados. El segundo era más claro, un galeón isabelino con olas decorativas, pero interrumpido en la mitad por una curiosa roca dentada que podía ser o un desperfecto en la madera o una representación convencional del agua que penetra. El tercer símbolo representaba la parte superior de una figura humana, que terminaba en una línea ondulada, como una ola; el rostro no poseía rasgos y parecía borrado, y los dos brazos estaban alzados con rigidez.

—Bien —murmuró el Padre Brown parpadeando—, aquí está la leyenda del español con toda claridad. Aquí lo tenemos levantando los brazos y maldiciendo en el mar, y aquí están las dos maldiciones: el barco naufragado y el incendio de la torre de los Pendragon.

Pendragon sacudió la cabeza con una suerte de venerable divertimento.

—¿Y qué otras cosas no podría ser? —dijo—. ¿No sabe que esa media figura humana, como la del león o la del ciervo, son comunes en la heráldica?. Y esa línea podría ser una de esas líneas dentadas que hay en las naves, y aunque el tercer símbolo no resulta muy heráldico, lo sería más si supusiésemos una torre coronada por un laurel y no por fuego, y así lo parece.

—Pero reconocerá que es muy extraño que confirme exactamente la vieja leyenda.

—¡Ah! —replicó el escéptico aventurero—, pero no saben cuánto de la vieja leyenda coincide con los acontecimientos reales y con sus protagonistas. Además, sólo se trata de eso, de una vieja leyenda. Fanshaw, a quien le gustan esas cosas, les puede contar otras versiones del relato y mucho más horribles. Algunos testimonios históricos cuentan que mi infortunado antepasado partió al español por la mitad, y eso también encajaría con ese bonito símbolo. Otros testimonios olvidados hablan de una torre llena de serpientes, lo que explicaría esas extrañas ondulaciones en el grabado. Y una tercera teoría supone que la línea dentada sobre el navío no es más que un rayo; esto demuestra, si lo examinamos seriamente, hasta qué punto pueden llegar esas infelices coincidencias. —¿Qué quiere decir? —preguntó Fanshaw. —Sucede —replicó con frialdad su anfitrión— que no hubo ningún rayo ni relámpago en dos de los tres naufragios que conozco en mi familia.

—¡Oh! —dijo el padre Brown, y se apartó de la pequeña mesa.

Hubo otro silencio durante el cual oyeron el continuo rumor del río; luego Fanshaw dijo con un tono dubitativo y quizá decepcionado:

—¿Entonces no cree que haya algo de cierto en los relatos acerca de la torre en llamas?.

—Están los relatos, por supuesto —dijo el almirante encogiéndose de hombros—, y algunos de ellos, no lo niego, con una evidencia más decente de lo que uno puede esperar en ese tipo de cosas. Alguien vio un trueno cerca de aquí, cuando atravesaba el bosque; alguien guardaba las ovejas en las montañas y pensó que la torre de los Pendragon estaba en llamas. Bueno, en un lugar tan húmedo como esta detestable isla en lo último que se puede pensar es en un fuego.

—¿Y aquel fuego de allí? —preguntó el padre Brown con una cortesía precipitada, señalando hacia el bosque en la ribera izquierda del río.

Todos perdieron un poco el equilibrio y Fanshaw, el más imaginativo, tardó bastante en recuperar el suyo, mientras veían una columna de humo ascendiendo silenciosamente hacia la luz crepuscular.

Pero Pendragon volvió a soltar una carcajada.

—¡Son gitanos! —dijo—. Acampan en las cercanías desde hace una semana. Caballeros, me imagino que querrán cenar.

Y se dio la vuelta con la intención de entrar en la casa.

Pero la tendencia supersticiosa de Fanshaw aún no se había aplacado, asique dijo precipitadamente:

—Almirante, ¿qué es ese siseo que se oye cerca de la isla?. Parece fuego.

—Sólo lo parece —dijo el almirante riéndose—, es una canoa que pasa.

En el mismo momento en que habló, el mayordomo, un hombre delgado vestido de negro, con el pelo muy oscuro y el rostro amarillo, apareció en la entrada y dijo que la cena ya estaba servida.

El comedor era tan náutico como un camarote, pero correspondía más al moderno capitán que al isabelino. Había, ciertamente, tres machetes antiguos sobre la chimenea y un mapa del siglo XVII con dragones y navíos en el proceloso mar. Pero esos objetos destacaban poco en comparación con algunas abigarradas aves suramericanas, representadas con intenciones científicas, a lo que se añadían fantásticas caracolas del Pacífico y algunos instrumentos tan primitivos en la forma que algunos salvajes los podrían haber utilizado para matar a sus enemigos o para cocinarlos. Pero el colorido llegaba a su punto culminante con el hecho de que, además del mayordomo, el almirante tenía otros dos criados que eran negros, embutidos en unos uniformes amarillos. La tendencia instintiva del sacerdote a analizar sus propias impresiones le dijo que el color y las estrechas chaquetillas de esos bípedos sugerían la palabra «canario», y así, con un simple juego de palabras, se los conectaba con viajes por el sur. Hacia el final de la cena, sacaron de la habitación sus ropas amarillas y sus negros rostros, dejando sólo las ropas negras y el rostro amarillo del mayordomo.

—Lamento que se tome esto a la ligera —dijo Fanshaw al anfitrión—, porque la verdad es que he traído a estos amigos míos con la idea de que le ayudasen, ya que saben mucho acerca de estos asuntos. ¿No cree entonces en la historia familiar?.

—No creo en nada —respondió bruscamente Pendragon dirigiendo su mirada hacia un pájaro tropical rojo—. Soy un hombre de ciencia.

Para la sorpresa de Flambeau, su amigo el padre Brown, que parecía haberse espabilado enteramente, habló de historia natural con su anfitrión y ofreció una información inesperada, hasta que llegó el postre y se desvaneció el último de los sirvientes. A continuación, dijo sin alterar el tono:

—Por favor, no me crea impertinente, Almirante Pendragon. No pregunto por curiosidad, sino para orientarme y por su propia conveniencia. ¿Lo he entendido mal o no quería hablar de estas cosas delante de su mayordomo?.

El Almirante levantó sus cejas desprovistas de pelo y exclamó:

—Bueno, no sé adonde quiere llegar, pero la verdad es que no soporto a ese tipo. Sin embargo, no puedo desembarazarme de un criado que lleva mucho tiempo en la familia, Fanshaw, con sus cuentos de hadas, diría que mi sangre se rebela contra hombres con ese pelo negro y tan español.

Flambeau dio un golpe en la mesa con su pesado puño y exclamó:

—¡Por Dios!. ¡Y así era el pelo de la joven!.

—Espero que todo acabe esta noche —continuó el Almirante—, cuando mi sobrino regrese sano y salvo de su travesía. Parecen sorprendidos. No lo comprenderán, supongo, a menos que les cuente la historia. Ya ven, mi padre tuvo dos hijos, yo permanecí soltero, pero mi hermano mayor se casó y tuvo un hijo que se hizo marino como todos nosotros, y heredará las propiedades. Bien, mi padre era un hombre extraño, de algún modo combinaba la superstición de Fanshaw con una gran porción de mi escepticismo, ambas tendencias combatían constantemente en su interior, y después de mis primeros viajes, desarrolló una argumentación que demostraría definitivamente si la maldición era verdadera o falsa. Si todos los Pendragon navegaban al mismo tiempo por el mundo, pensó que había demasiadas posibilidades de catástrofes naturales como para probar algo. Pero si salíamos al mar de un modo consecutivo, en orden estricto de sucesión hereditaria, eso, según pensó, mostraría si algún destino perseguía a la familia como tal familia. Era una argumentación estúpida, creo, y tuve una dura disputa con mi padre, pues yo era un hombre ambicioso y me dejó el último, después de mi propio sobrino.

—Y su padre y su hermano —dijo cortésmente el sacerdote—me temo que murieron en el mar.

—Si —gruñó el Almirante—, y en dos de esos accidentes brutales en los que se basan las mitologías de la humanidad, en dos naufragios. Mi padre, cuando regresaba del Atlántico y ya se encontraba en esta costa, se estrelló contra las rocas de Cornualles. El barco de mi hermano se hundió, nadie sabe dónde, cuando regresaba de Tasmania. Jamás encontraron su cuerpo. Le digo que se trató de un accidente completamente natural, mucha gente murió con los Pendragon, y semejantes desastres se consideran normales entre los navegantes. No obstante, han encendido el fuego de la superstición, y la gente ve la torre en llamas por todas partes. Por eso digo que el asunto se arreglará en cuanto Walter regrese. La joven con la que está prometido tiene que venir hoy, pero como temía que cualquier retraso la asustaría le dije que no viniera hasta que yo se lo dijera. Pero es seguro que estará aquí esta noche, y entonces todo se disolverá en humo de tabaco. Romperemos esa vieja mentira como una botella de este vino. —Un vino muy bueno —dijo el padre Brown, levantando gravemente su copa—, pero como ve, un mal bebedor. Le pido sinceramente perdón.

Brown había derramado unas gotas de vino sobre el mantel. Bebió y dejó la copa con un rostro sosegado, pero su mano dio un respingo en el momento en que fue conciente de un rostro que miraba hacia el interior desde el jardín, justo detrás del Almirante, era el rostro de una mujer, morena, con pelo y ojos meridionales, joven, pero que parecía la máscara de una tragedia.

Después de una pausa, el sacerdote volvió a hablar con suavidad.

—Almirante —dijo—, ¿me puede hacer un favor?. ¿Nos permite pasar esta noche en la torre?. ¿Sabe que en mi actividad usted es un exorcista antes que cualquier otra cosa?.

Pendragon se levantó y paseó rápidamente de un lado al otro de la ventana, de la que el rostro se había desvanecido instantáneamente

—Ya le digo que no hay nada de verdad en todo eso —exclamó con un tono violento—. Sólo hay una cosa que sé en todo este asunto. Usted me puede llamar un ateo. Soy un ateo.

Aquí se volvió y miró fijamente al padre Brown con un semblante de temerosa concentración.

—Este asunto es completamente natural. No hay ninguna maldición.

El padre Brown sonrió.

—En ese caso —dijo—, no opondrá ninguna objeción a que duerma en su deliciosa casa de verano.

—Esa idea es extremadamente ridícula —replicó el Almirante, tamborileando con los dedos en la parte posterior de su silla.

—Por favor, perdóneme —dijo Brown con su tono más compasivo, derramando otra vez el vino—, pero me parece que no está tan tranquilo acerca de esa torre en llamas como quiere aparentar.

El almirante Pendragon volvió a sentarse tan abruptamente como se había levantado, pero se quedó en silencio, y cuando habló, lo hizo en voz baja:

—Lo hará bajo su propia responsabilidad —dijo—, pero ¿no se volvería usted un ateo para guardar la cordura en todo este pandemónium?.

Unas tres horas después, Fanshaw, Flambeau y el sacerdote se internaban en la oscuridad del jardín, y los otros dos comenzaron a comprender que el padre Brown no tenía la intención de acostarse ni en la torre ni en la casa.

—Creo que el césped necesita que lo corten —dijo con voz soñadora—, si encuentro una escarda lo haré yo mismo.

Lo siguieron riendo y con algunas protestas, pero él respondió con solemnidad, explicándoles con un pequeño sermón exasperante que uno siempre puede encontrar alguna pequeña ocupación que sea más útil a los demás. No encontraron ninguna escarda, pero si una vieja escoba hecha de ramas, con la que empezó a barrer con energía las hojas caídas.

—Siempre hay algo que hacer —dijo con necia alegría—, como dijo George Herbert: «Quien barre el jardín de un Almirante en Cornualles, hace algo por la ley».

Y poco después añadió, arrojando repentinamente la escoba:

—Vamos a regar las flores.

Con la misma confusión de emociones observaron a una distancia prudencial cómo desenrollaba la manguera, diciendo con un aire de nostálgica discriminación:

—Los tulipanes rojos antes que los amarillos, creo. Parecen algo secos, ¿verdad?.

Giró la boca de la manguera y el agua salió como disparada como un sólido y largo cable de acero.

—Tenga cuidado, Sansón —exclamó Flambeau—, acaba de cortarle la cabeza al tulipán.

El padre Brown permaneció arrepentido contemplando la planta decapitada.

—En vez de regar, me parece que estoy sembrando el pánico entre las plantas —admitió, rascándose la cabeza—. Supongo que es una lástima que no haya encontrado la escarda.

¡Tendrían que haberme visto con esa herramienta!. Hablando de herramientas, Flambeau, ¿tiene el bastón estoque que siempre lleva consigo?. Así está bien. Y Sir Cecil podría llevar la espada que el Almirante arrojó cerca del seto. ¡Qué gris parece todo!.

—Se está elevando la niebla sobre el río —dijo Flambeau mirándola fijamente.

Casi en el mismo instante en que habló, apareció la figura del peludo jardinero en una loma de césped y les gritó con un rastrillo en la mano y voz terrible:

—¡Deje esa manguera, déjela y váyase...!.

—¡Oh, lo siento mucho! —replicó el reverendo con voz débil—, ¿sabe?. He derramado algo de vino en la cena.

Hizo un gesto ondeante de disculpa hacia el jardinero con la manguera aún en la mano, y roció su rostro con un buen chorro de agua fría que hizo el mismo efecto que una bala de cañón. Se tambaleó y cayó con las botas por el aire.

—¡Qué horror! —dijo el padre Brown, mirando a su alrededor con cara de sorpresa—. ¡He golpeado a un hombre!.

Permaneció un momento con la cabeza inclinada hacia adelante, como si escuchara, y luego emprendió un trote hacia la torre, llevando consigo la manguera. La torre estaba cerca, pero su silueta aparecía curiosamente indistinta.

—Su niebla del río —dijo— tiene un olor extraño.

—Por Dios que tiene razón —exclamó Fanshaw, que estaba pálido—, pero no querrá decir...

—Quiero decir —dijo el padre Brown—, que una de las predicciones científicas del Almirante se va a cumplir esta noche. La historia va a terminar en humo.

Mientras hablaba, una luz de un rojo maravilloso pareció abrirse como una gigantesca rosa, pero acompañada de un crujido que parecía la risa de un diablo.

—¡Dios mío!. ¿Qué es eso? —exclamó Sir Cecil Fanshaw.

—El signo de la torre llameante —dijo el padre Brown, y dirigió el chorro de agua de la manguera hacia el centro del parche rojo.

—Hemos tenido suerte de no habernos ido a la cama —dijo Fanshaw—; supongo que podría haberse extendido a la casa.

—Recuerde —dijo tranquilamente el sacerdote— que el seto al que se podía haber extendido ha sido cortado.

Flambeau dirigió su mirada electrizada hacia su amigo, pero Fanshaw se limitó a decir con tono ausente:

—Bien, de todos modos no se ha producido ninguna víctima.

—Es una torre extraña —observó el padre Brown—; si mata a alguien lo hace cuando está en otro sitio.

En ese instante la figura monstruosa del jardinero se perfiló de nuevo contra el cielo sobre la verde loma con su barba flameante, haciendo señas a otros para que acudieran, pero ahora no hacía ondear un rastrillo sino un machete. Detrás de él aparecieron los dos negros, también con los viejos machetes curvos sacados del escudo de adorno. Pero en el resplandor rojo, con sus negros rostros y sus figuras amarillas, parecían diablos llevando instrumentos de tortura. Desde la penumbra del jardín, detrás de ellos, surgió una voz distante que trasmitía consignas. Cuando el sacerdote oyó esa voz, su semblante sufrió un cambio

terrible. Pero permaneció tranquilo, y nunca apartó la mirada de la llama que había comenzado a extenderse, pero que se había contraído algo al entrar en contacto con el chorro de agua. Mantuvo su dedo en la boca de la manguera para poder dirigir el agua con precisión y no se preocupaba de nada más, percibiendo sólo por el ruido y el semiconciente rabillo del ojo los excitantes incidentes que comenzaban a ocurrir en el jardín de la isla. Dio dos instrucciones breves a sus amigos. Una fue: «Tumba a esos tipos como sea y átalos, hay cuerda allí abajo, junto a esa gavilla. Me quieren quitar mi preciosa manguera». Y la segunda: «Tan pronto como puedan llamen a la joven de la canoa, está en la otra orilla, con los gitanos. Pregúntenle si puede conseguir algunos cubos y llenarlos de agua». Luego cerró la boca y continuó regando la flor roja con menos consideración de la empleada con el tulipán rojo. No volvió la cabeza para mirar la extraña lucha que siguió entre amigos y enemigos del fuego misterioso. Casi sintió cómo temblaba la isla cuando Flambeau colisionó con el enorme jardinero; se limitó a imaginar cómo giraban a su alrededor durante la lucha. Oyó el estruendo de una caída, así como el resuello de triunfo de su amigo cuando arrojó al suelo al primer negro, así como los gritos de los dos negros cuando Flambeau y Fanshaw los ataron. La fuerza enorme de Flambeau hizo más que equiparar la lucha, especialmente cuando el cuarto hombre aún rondaba cerca de la casa como una sombra y una voz. También oyó el ruido del agua al ser golpeada por los remos de una canoa, la voz de la joven impartiendo órdenes, las voces de los gitanos respondiendo y acercándose, el ruido pesado de cubos vacíos al ser arrojados a la corriente y, finalmente, el ruido de muchos pies alrededor del fuego. Pero todo esto apenas significaba nada para él en comparación con el hecho de que el resplandor rojo, después de aumentar de tamaño, había vuelto a disminuir ligeramente.

Entonces sonó un grito tan cerca de él que volvió la cabeza. Flambeau y Fanshaw, con el refuerzo de algunos gitanos, habían salido en persecución del hombre misterioso cercano a la casa, y oyó desde el otro extremo del jardín cómo el francés gritaba de horror y de asombro. Su grito fue acompañado de un aullido que no se podía llamar humano y que resonó por todo el jardín. Tres veces retumbó en la isla y de un modo tan terrible como el alarido de un demente, confundiéndose con los gritos de los perseguidores. Pero aún daba una sensación más terrible, ya que parecían niños jugando en el jardín. Cuando por fin lo arrinconaron, la figura saltó a la corriente del río y desapareció con un chasquido en el agua oscura.

—Me temo que ya no pueden hacer nada más —dijo Brown con una voz dolorosa—. Se habrá estrellado contra las rocas, adonde ha enviado a muchos. Sabía cómo usar una leyenda familiar.

—¡Oh, no hable con parábolas! —exclamó con impaciencia Flambeau—. ¿No lo puede poner con palabras de una sílaba?.

—Si —respondió Brown con la mirada en la manguera—, dos ojos brillantes, vamos adelante; uno parpadea, nos vamos a pique.

El fuego siseó y crepitó más y más, como un ser estrangulado, mientras se iba reduciendo bajo el ímpetu del agua de los cubos y de la manguera, pero el padre Brown aún mantuvo la mirada fija en él mientras continuaba hablando:

—He pensado en pedirle a esta joven, en cuanto amanezca, que mire a través de ese telescopio hacia la boca del río. Podrá ver algo que le interesará: el barco en el que Mr. Walter Pendragon regresa a su hogar y quizá incluso el torso del hombre, ya que ahora se encontrará a salvo, pues habrá llegado a la orilla. Ha estado a punto de naufragar, y jamás

hubiera podido eludir ese destino, si la joven no hubiese sospechado del telegrama del viejo Almirante y no hubiese venido para vigilarlo. Pero no hablemos del viejo Almirante. No hablemos de nada. Baste con decir que si esta torre, con su madera resinosa bien ensamblada, hubiese ardido, el resplandor en el horizonte hubiese parecido la luz del faro costero.

—Y así es —dijo Flambeau— como murieron el padre y el hermano. El tío demente de las leyendas se habría apropiado de todo.

El padre Brown no respondió, y no habló, excepto para alguna cortesía, hasta que se encontraron todos a salvo en el camarote del yate alrededor de una caja de cigarros. Vio que el fuego frustrado se había extinguido, y luego rechazó demorar la partida, aunque oyó al joven Pendragon, escoltado por una entusiástica multitud, llegar a la orilla del río, y podría —si le hubiera impulsado el interés por las curiosidades románticas— haber recibido las gracias del hombre del barco y de la joven de la canoa. Pero la fatiga se había apoderado nuevamente de él y sólo se movió cuando Flambeau le dijo repentinamente que sobre sus pantalones se había caído algo de ceniza encendida.

—Eso no es ceniza de cigarro —dijo con cansancio—, eso es por el fuego, pero no lo saben porque están fumando sus cigarros. Ése fue el primer motivo que me hizo sospechar del mapa.

—¿Se refiere al mapa de Pendragon de las islas del Pacífico?—preguntó Fanshaw.

—Usted pensó que se trataba de un mapa de las islas del Pacífico —respondió Brown—. Ponga una pluma con un fósil y un trocito de coral y todos creerán que es un espécimen. Ponga la misma pluma con un lazo y una flor artificial y todo el mundo creerá que es un sombrero de señora. Ponga la misma pluma con un tintero, un libro y unas hojas, y todos los hombres jurarán que han visto una pluma de escribir. Así, usted vio ese mapa entre pájaros tropicales y conchas y pensó que era un mapa de las islas del Pacífico. En realidad, era el mapa de este río.

—Pero ¿cómo lo sabe? —preguntó Fanshaw.

—Vi la roca que usted pensó que se parecía a un dragón, y la otra que se parecía a Merlín, y...

—Parece haberse fijado en muchas cosas en cuanto entramos —exclamó Flambeau—; creímos que estaba abstraído.

—Estaba mareado por el barco —dijo simplemente el padre Brown—. Me sentía fatal, pero sentirse así de mal no tiene nada que ver con dejar de ver las cosas.

Y dicho esto cerró sus ojos.

—¿Cree usted que la mayoría de los hombres se hubiera fijado? —preguntó Flambeau.

No obtuvo respuesta alguna. El padre Brown se había quedado dormido.

EL DIOS DE LOS GONGS

Era una de esas tardes frías y vacías de invierno, cuando la luz es más plateada que dorada y más plomiza que plateada. Si ya era triste en cientos de oficinas desoladas y salones bostezantes, aún lo era más a lo largo de la plana costa de Essex, donde la monotonía aún parecía más inhumana al ser interrumpida tras largos intervalos por un farol que ofrecía un aspecto menos civilizado que un árbol, o por un árbol más feo que un farol. Una pequeña cantidad de nieve se derretía formando franjas y adquiría, cuando se volvía a congelar por la madrugada, un aspecto plomizo; no había caído nieve fresca, pero un reguero de nieve sucia del día anterior corría a lo largo de la costa, paralelo a la pálida espuma del mar.

El mar parecía congelado en la intensidad de su azul violeta, como la vena de un dedo helado. A lo largo de millas y millas de distancia, hacia un lado y a otro, no se veía un alma humana, excepto a dos paseantes que caminaban juntos y presurosos, aunque uno tenía piernas mucho más largas y una zancada mucho más amplia.

No parecía un sitio ni un período muy apropiado para vacaciones, pero el padre Brown tenía pocos días libres y los tenía que tomar cuando podía, prefiriendo pasarlos, si era posible, en compañía de su viejo amigo Flambeau, el ex criminal y ex detective. El sacerdote había tenido la idea de visitar su vieja parroquia en Cobhole, y viajaba hacia el noroeste por la costa.

Después de caminar una o dos millas, descubrieron que se había terraplenado en la playa, formando algo parecido a un paseo público; los feos faroles se hicieron menos frecuentes y más ornamentales, aunque seguían siendo igual de feos. Media milla más adelante, el padre Brown se quedó asombrado al ver macizos de flores sin flores, cubiertos con plantas bajas y planas, de colores apagados, que parecían menos un jardín que un pavimento abigarrado, en el cual, entre senderos débilmente sinuosos, se habían instalado unos bancos con respaldos curvos. Percibió la atmósfera de un cierto tipo de pueblo de temporada que no conocía y al mirar de frente hacia el paseo marítimo, vio algo que despejó todas sus dudas. En la distancia gris, el gran quiosco de música de un balneario se elevaba como una seta gigante sobre seis patas. —Supongo —dijo el padre Brown, levantándose el cuello del abrigo y ajustándose una bufanda de lana— que nos estamos acercando a un lugar de reposo.

—Me temo —respondió Flambeau— que se trata de un lugar de reposo en el que apenas hay alguien tomándose el placer de reposar. Siempre intentan revivir estos sitios en invierno, pero nunca tienen éxito, excepto con Brighton y otros igual de antiguos. Este lugar debe de ser Seewood, si no me equivoco, el experimento de Lord Pooley. Se ha traído a los Sicilian Singers para que canten en navidades y se habla de que se va a organizar una gran velada de boxeo. Pero será como si la celebrasen en medio del mar, pues el lugar está más triste que una estación de ferrocarril abandonada.

Llegaron al quiosco de música, y el sacerdote lo contempló con una curiosidad extraña, pues lo hacía con la cabeza ladeada, como si fuera un pájaro. Era una construcción más bien vulgar para su propósito: una cúpula sostenida por seis delgados pilares de madera pintada, todo elevado unos cinco pies por encima del paseo sobre una plataforma redonda como un tambor. Pero había algo fantástico en la combinación de la nieve con cierto efecto artificial relativo al color dorado, que despertó, tanto en Flambeau como en su amigo, una asociación inaprensible, algo al mismo tiempo artístico y exótico.

—Ya lo tengo —dijo finalmente—. Es japonés, como una de esas pinturas japonesas de moda, en las que la nieve sobre la montaña parece azúcar y el dorado de las pagodas parece

pan de jengibre. Se parece a un pequeño templo pagano.

—Si —dijo el padre Brown—, echemos un vistazo al dios.

Y con una agilidad inesperada se subió a la plataforma.

—Muy bien —dijo Flambeau riendo.

Un instante después, su enorme figura también se pudo ver sobre la elevación.

Aunque la diferencia de altura no era mucha, en ese tipo de paisaje permitía ver una extensión muy prolongada tanto en tierra como en el mar. Hacia el interior los pequeños jardines invernales formaban un alargado matorral grisáceo, y más allá no se veía nada más que las llanuras de East Anglia. En el mar no había velas ni signos de vida, salvo algunas gaviotas, e incluso ellas parecían copos de nieve tardíos que parecían flotar más que volar.

Flambeau se volvió bruscamente al oír una exclamación detrás de él. Parecía proceder de un lugar más bajo de lo esperado y haberse dirigido a sus talones más que a su cabeza. Al instante levantó la mano pero apenas pudo contener una carcajada ante lo que vio. Por alguna razón, la plataforma había cedido bajo el padre Brown y el infortunado hombrecillo había caído al nivel del paseo. Era lo suficientemente alto, o bajo, según se mire, para que su cabeza sobresaliese por el agujero en la madera rota con el aspecto de la cabeza de San Juan Bautista en la bandeja. El rostro presentaba una expresión desconcertada, la misma que probablemente habría mostrado el de San Juan Bautista.

De repente comenzó a reírse.

—Esta madera debe de estar podrida —dijo Flambeau—, aunque parece extraño que me sostenga a mi. Ha debido de pisar la parte más débil. Le ayudaré a salir.

Pero el pequeño sacerdote miraba con curiosidad los bordes y esquinas de la madera supuestamente podrida y una sombra de confusión cruzó por su rostro.

—Venga —exclamó con impaciencia Flambeau, aún extendiendo su gran mano bronceada—. ¿No quiere salir?.

El sacerdote mantenía entre sus dedos una astilla de la madera rota y no contestó inmediatamente. Al final dijo pensativo:

—¿Querer salir?. No, más bien quiero entrar.

Y desapareció en la oscuridad bajo el suelo de madera con tal rapidez que su gran sombrero sacerdotal salió despedido y quedó arriba sin ninguna cabeza clerical en su interior.

Flambeau volvió a mirar hacia tierra y hacia el mar y una vez más no pudo ver nada salvo un mar invernal como la nieve y nieve tan plana como el mar.

Detrás de él sonó un ruido repentino y el pequeño sacerdote salió trepando del agujero con más rapidez que con la que había caído en él. Su rostro ya no mostraba desconcierto alguno, sino resolución, y, quizá sólo por los reflejos de la nieve, una palidez inusual.

—¿Y bien? —preguntó su amigo—. ¿Ha logrado encontrar al dios del templo?.

—No —contestó el padre Brown—. He encontrado algo que a veces resultaba más importante: el sacrificio.

—¿Qué demonios quiere decir? —exclamó alarmado Flambeau.

El padre Brown no contestó. Estaba mirando fijamente, con las cejas fruncidas, el paisaje, y de repente señaló algo:

—¿Qué es esa casa de allí? —preguntó.

Flambeau siguió la dirección señalada por su dedo y vio por primera vez un edificio más

cercano que la granja, pero oculto en su mayor parte por unos árboles. No era un edificio grande y estaba apartado de la playa, aunque ciertos adornos sugerían que compartía el mismo esquema decorativo que el quiosco de música, los pequeños jardines y los bancos de hierro con formas curvas.

El padre Brown saltó del quiosco de música seguido por su amigo, y cuando avanzaron en la dirección indicada, los árboles se fueron desplazando hacia la derecha y la izquierda y vieron un hotel pequeño pero llamativo, como los que abundan en esos lugares de reposo: hoteles con «salón bar» en vez de con «bar parlour». Casi toda la fachada era de yeso dorado y de cristal decorado, y entre el paisaje marítimo y los árboles grises y sombríos, su aspecto le otorgaba algo de espectral en su melancolía. Los dos sintieron que si en ese tipo de hostal ofrecían algún tipo de comida o bebida, sería el jamón acartonado y la jarra vacía de las pantomimas.

En esto, sin embargo, se equivocaron. Conforme se fueron acercando al lugar, vieron enfrente del comedor, que estaba aparentemente cerrado, uno de esos bancos de hierro con respaldos curvos que adornaban los jardines, aunque éste era mucho más largo, ocupando casi toda la fachada. Presumiblemente lo habían colocado así para que los visitantes pudiesen contemplar el mar, pero apenas se podía esperar que alguien lo estuviese haciendo con ese tiempo tan malo.

No obstante, justo enfrente de uno de los extremos del banco de hierro había una pequeña mesa de restaurante redonda y sobre ella se podía ver una pequeña botella de Chablis y un plato con almendras y pasas. Detrás de la mesa y en el banco se sentaba un joven de cabello oscuro, con la cabeza descubierta y contemplando el mar en un estado de inmovilidad asombrosa.

Aunque a cuatro yardas de distancia les había parecido un muñeco de cera, cuando llegaron a tres, saltó como impelido por un resorte y dijo con una cortesía deferente y no carente de dignidad:

—¿Quieren entrar, caballeros?. Ahora mismo no tengo personal, pero yo mismo les puedo servir algo.

—Encantado —dijo Flambeau—. ¿Es usted el propietario?.

—Si —dijo el hombre de cabello oscuro inclinándose ligeramente y perdiendo algo de su inmovilidad—. Todos mis camareros son italianos, y pensé que podrían ver cómo su compatriota acaba con el negro, si realmente puede hacerlo. Ya sabrán que el gran combate entre Malvoli y Nigger Ned se va a celebrar después de todo.

—Me temo que no podemos poner a prueba su hospitalidad —dijo el padre Brown—, pero seguro que mi amigo se alegraría si le sirviera una copa de jerez, así se quitará el frío y brindará por el campeón latino.

Flambeau no comprendió lo del jerez, pero no presentó ninguna objeción. Se limitó a decir amablemente:

—¡Oh, muchas gracias!.

—Jerez, si, cómo no —dijo el anfitrión, dirigiéndose hacia la puerta del hotel—. Discúlpenme si les hago esperar unos minutos. Como les dije, no tengo personal.

Y se fue hacia las ventanas negras de su oscura y cerrada posada.

—¡Oh!, no se preocupe —comenzó Flambeau, pero el hombre regresó para afirmar su propósito.

—Tengo las llaves —dijo—, puedo encontrar el camino en la oscuridad.

—No quise... —comenzó el padre Brown.

Fue interrumpido por un grito que vino del interior del hotel deshabitado. Se pronunció un nombre extranjero e incomprensible por el tono, y el propietario del hotel se dirigió con más rapidez hacia el lugar de donde provenía el grito que la empleada en buscar la copa de jerez para Flambeau. Una prueba instantánea demostró que el propietario se había limitado a decir la pura verdad. Pero ambos, Flambeau y el padre Brown, han confesado con frecuencia que en ninguna de sus aventuras —por lo general atroces— se les heló la sangre como con aquella voz de ogro resonando repentinamente en el silencio de aquella posada vacía.

—¡Mi cocinero! —gritó precipitadamente el propietario—. He olvidado a mi cocinero. Está a punto de salir. Entonces jerez, ¿verdad, señor?.

Y, en efecto, en la puerta apareció un hombre voluminoso con gorro y delantal blancos, como es propio de los cocineros, pero con el énfasis innecesario de un rostro negro. Flambeau había oído con frecuencia que los negros suelen ser buenos cocineros, pero de algún modo algo en el contraste entre el color y el oficio incrementó su sorpresa de que el propietario del hotel respondiera a la llamada del cocinero y no el cocinero a la llamada del propietario. Pero recordó que los cocineros jefes suelen ser proverbialmente arrogantes, y, además, el anfitrión había regresado con el jerez, y eso era lo más importante.

—Me asombra —dijo el padre Brown— que haya tan poca gente en la playa si se va a celebrar el combate. Sólo encontramos a una persona en varias millas.

El propietario del hotel se encogió de hombros.

—Vienen de la otra parte del pueblo, de la estación, a tres millas de aquí. Únicamente están interesados en el deporte y sólo quieren permanecer una noche en los hoteles. Después de todo, hace muy mal tiempo para tomar el sol en la playa.

—O en un banco —dijo Flambeau, y señaló la pequeña mesa.

—Tengo que echar un vistazo —dijo el hombre con un rostro impasible.

Era un tipo tranquilo de facciones agradables, más bien cetrino; su ropa negra no tenía nada de llamativa, salvo que el nudo de su corbata negra estaba muy alto y apretado, como un cepo, y asegurado por un alfiler dorado con una cabeza grotesca. Tampoco había nada notable en su rostro, salvo por lo que parecía un tic nervioso: el hábito de abrir un ojo menos que el otro, dando la sensación de que el otro era más grande o, quizá, artificial.

El silencio fue roto por el anfitrión, que dijo tranquilamente:

—¿Dónde encontraron a esa persona?.

—Es muy curioso —respondió el sacerdote—, cerca de aquí, en el quiosco de música.

Flambeau, que se había sentado en el banco de hierro para beberse su jerez, lo dejó sobre la mesa y miró fijamente a su amigo con sorpresa. Iba a abrir la boca para hablar, pero la volvió a cerrar.

—Curioso —dijo algo pensativo el hombre de cabello oscuro—. ¿Qué aspecto tenía?.

—Estaba oscuro cuando lo vi —comenzó el padre Brown—, pero era...

Como se ha señalado, el propietario del hotel había dicho la verdad. Su frase de que el cocinero estaba a punto de salir se cumplió al pie de la letra, pues el cocinero salió, con sus guantes, cuando estaban hablando.

Pero se trataba de una figura muy diferente a la confusa masa negra y blanca que había

aparecido un instante en la entrada. Estaba abotonado y embutido hasta salírsele los ojos en un traje a la moda más extravagante. En su enorme cabeza llevaba una chistera negra, un sombrero de ese tipo que la agudeza francesa ha comparado con ocho espejos. Pero de algún modo el hombre negro se parecía a su sombrero negro. No sólo porque era del mismo color, sino porque su piel lustrosa reflejaba la luz en ocho ángulos o más. No es necesario decir que llevaba botines blancos y franjas blancas en el chaleco. Una flor roja brotaba agresiva en el ojal de la chaqueta, como si hubiese crecido de repente. Y por el modo en que llevaba el bastón en una mano y su cigarro en la otra, recordaba —algo que siempre debemos recordar cuando hablamos de prejuicios raciales: algo inocente e insolente—, el «cakewalk»[1].

—A veces —dijo Flambeau, mirando cómo se alejaba— no me extraña que los linchen.

—Nunca me ha sorprendido ninguna obra del infierno —dijo el padre Brown—. Pero como le estaba diciendo —añadió mientras el negro se dirigía presuroso al pueblo, poniéndose ostentosamente los guantes amarillos, como una extraña figura de «music—hall» contra un escenario gris y helado—, como le estaba diciendo, no podría describir con minuciosidad al hombre, pero llevaba unas patillas y unos mostachos poblados y anticuados, oscuros o teñidos, como en esos retratos de financieros extranjeros; alrededor de su cuello llevaba una bufanda larga y morada que ondeaba al viento mientras caminaba; estaba fijada a la garganta en un modo parecido al que emplean las enfermeras con los chupetes de los niños, con la ayuda de un alfiler, para que no se caigan. Sólo que eso —añadió el sacerdote, contemplando plácidamente el mar— no era un alfiler.

El hombre sentado en el largo banco de hierro también contemplaba plácidamente el mar. Ahora estaba de nuevo en reposo. Flambeau tenía la certeza de que uno de sus ojos era más grande que el otro. Ahora los tenía muy abiertos y apenas podía imaginarse que el ojo izquierdo pudiese abrirse más.

—Era un alfiler muy largo y tenía en el extremo una cabeza de mono o algo similar —continuó el clérigo— y estaba fijo de un modo extraño, llevaba unos quevedos y un ancho y negro...

El hombre continuaba mirando el mar imperturbable y sus ojos hubiesen podido pertenecer a dos personas diferentes. En ese instante hizo un movimiento rápido, como si hubiese quedado deslumbrado.

El padre Brown le estaba dando la espalda y en ese preciso momento podría haber caído muerto. Flambeau no llevaba armas, pero sus manos grandes y bronceadas estaban descansando en el respaldo del banco de hierro. Sus hombros cambiaron la forma y levantó el enorme banco sobre su cabeza como si fuese el hacha a punto de caer sostenida por un verdugo. La altura del banco, al mantenerlo vertical, le daba el aspecto de una escalera de hierro con la que estuviera invitando a la gente a subir a las estrellas. Pero la larga sombra, en la luz crepuscular, parecía un gigante blandiendo la Torre Eiffel. Fue la conmoción ante esa sombra, antes que la conmoción del golpe con el banco, lo que hizo que el desconocido se amedrentase y huyese. Se internó en el hotel dejando en el suelo, en el mismo sitio en que había caído, la daga brillante y plana que había arrojado.

—Tenemos que largarnos de aquí —exclamó Flambeau, lanzando con total indiferencia el enorme banco hacia la playa. Cogió al sacerdote por el codo y corrió con él por el jardín

[1] Baile de origen negro (N. del T.)

trasero, en cuyo extremo había una puerta. Flambeau se inclinó sobre ella con un silencio violento y dijo:

—Está cerrada.

Al decir esto, cayó la rama negra de un abeto, rozando el borde de su sombrero. Le sobresaltó más que la pequeña y distante detonación que había sonado poco antes. Entonces se pudo oír otra detonación y la puerta que estaba intentando abrir tembló al recibir una bala. Una vez más los hombros de Flambeau sufrieron una alteración repentina. Tres empujones y una patada en la cerradura bastaron, un segundo después estaba en el sendero posterior llevando consigo la puerta, como Sansón las puertas de Gaza.

A continuación, arrojó la puerta del jardín sobre el muro, precisamente en el momento en que sonaba un tercer tiro levantando el polvo detrás de sus talones. Sin ceremonias, agarró al sacerdote, lo puso sobre sus hombros y salió corriendo hacia Seawood todo lo de prisa que pudieron llevarle sus largas piernas. Sólo dos millas después bajó a su pequeño compañero. No había sido una huida muy digna, en comparación con el modelo clásico de Anquises, pero el rostro del padre Brown sólo mostraba una amplia sonrisa.

—Bien —dijo Flambeau, después de un silencio impaciente, cuando emprendieron una marcha más convencional por las calles del pueblo, donde ya no temían ninguna otra afrenta.

—No sé lo que significa todo esto, pero me puedo imaginar que usted nunca ha visto a ese hombre que ha descrito con tanta precisión.

—De algún modo si lo vi, si, realmente lo vi. Aunque estaba demasiado oscuro para verlo bien, pues fue bajo aquel quiosco de música. Me temo, no obstante, que lo describí demasiado bien, pues sus quevedos estaban rotos en el suelo y el largo alfiler dorado no sostenía su bufanda sino que estaba clavado en su corazón.

—Y supongo —dijo el otro en voz baja— que ese tipo con el ojo de cristal tenía algo que ver con el asunto.

—Tenía la esperanza de que sólo hubiese sido un poco —respondió el sacerdote con una voz algo alterada—, y me he podido equivocar en mi comportamiento. Actué guiado por un impulso, pero me temo que este asunto tiene raíces profundas y oscuras.

Caminaron en silencio por algunas calles. Comenzaron a encender los faroles amarillos que iluminaron la penumbra azulada y fría. Se aproximaban al centro del pueblo. Carteles de vivos colores en los muros anunciaban el combate entre Nigger Ned y Malvoli.

—Bien —dijo Flambeau—, nunca he asesinado a nadie, ni siquiera en mis días de delincuente, pero casi puedo simpatizar con alguien que lo hace en un lugar tan triste. De todos los cubos de basura olvidados de Dios, me parece que los más desgarradores son ese tipo de lugares como el quiosco de música, que han sido hechos para acontecimientos festivos y se han quedado solitarios. Puedo imaginarme a un hombre morboso sintiendo que debe matar a su rival en un escenario abandonado como ése. Recuerdo una vez, cuando paseaba por sus queridas colinas de Surrey, sin pensar en nada salvo en los tojos y en las alondras, que llegué a un vasto círculo de tierra y sobre mi se elevaba una estructura silenciosa y amplia, escalonada, tan grande como un anfiteatro romano y tan vacía como la nada. Un pájaro planeaba por encima de ella. Estaba en el Gran Stand de Epsom, y sentí que nadie podría volver a ser feliz allí.

—Es extraño que mencione Epsom —dijo el sacerdote—; ¿recuerda lo que se denominó el misterio de Sutton, porque dio la casualidad de que dos hombres sospechosos, dos

heladeros, creo, vivían en Sutton?. Fueron finalmente liberados. Encontraron a un hombre estrangulado en los alrededores de aquel lugar. De hecho, según supe —por un policía irlandés amigo mío—, fue encontrado en el Gran Stand de Epsom, escondido detrás de una puerta echada abajo.

—Muy extraño —asintió Flambeau—, pero confirma mi opinión de que esos lugares destinados al placer aparecen terriblemente solitarios fuera de temporada, o el hombre no habría sido asesinado allí.

—No creo que lo fuera... —comenzó el padre Brown, y se detuvo.

—¿No está seguro de que lo hubiesen asesinado? —quiso averiguar su compañero.

—No estoy seguro de que lo asesinasen fuera de temporada —respondió el pequeño sacerdote con simplicidad—. ¿No cree que hay algo artificial en toda esa soledad, Flambeau?. ¿Está seguro de que un asesino inteligente siempre desea que el lugar del crimen esté solitario?. Es muy, muy extraño que un hombre esté completamente solo. Y, además, cuanto más solo esté, más fácil es que lo vean. No, creo que tiene que haber otra..., pero mire, estamos en el Pabellón del Palace o como quiera que lo llamen.

Habían entrado en una pequeña plaza, brillantemente iluminada, en la cual, el edificio principal había sido adornado con carteles dorados y llamativos, flanqueados por dos gigantescas fotografías de Malvoli y Nigger Ned.

—¡Hola! —exclamó con gran sorpresa Flambeau, mientras su clerical amigo subía los altos escalones—. No sabía que era un aficionado al boxeo. ¿Va a ver el combate?.

—No creo que se vaya a celebrar ningún combate —respondió el padre Brown.

Pasaron rápidamente por una antesala y por otras habitaciones, pasaron por el «hall» en que se iba a celebrar el combate, atestado de sillas, y el sacerdote ni siquiera miró alrededor ni se detuvo, sólo cuando llegó hasta un empleado sentado ante una mesa delante de una puerta con el cartel «comité», se paró y preguntó por Lord Pooley.

El empleado le dijo que su señor estaba muy ocupado, pues el combate se iba a celebrar en breve, pero el padre Brown tenía el don de la reiteración paciente, para la cual, generalmente, no está preparada la mente de un empleado. En unos instantes el asombrado Flambeau se encontró en la presencia de un hombre que no paraba de impartir instrucciones a otro hombre que se disponía a salir de la habitación.

—Tenga cuidado, ya sabe, con las cuerdas después del cuarto... Bien, y ¿qué desea usted?.

Lord Pooley era un caballero y, como la mayoría de los pocos que quedan de esa estirpe, estaba preocupado, sobre todo por el dinero. Su pelo era en parte gris en parte rubio pajizo, y tenía ojos febriles, así como una nariz aguileña que parecía congelada.

—Sólo unas palabras —dijo el padre Brown—; he venido a evitar que un hombre sea asesinado.

Lord Pooley se levantó de un salto de la silla, como si le hubiesen espoleado.

—¡Maldita sea, ya no soporto esto! —exclamó—. ¡Usted y sus reuniones, sus sermones y peticiones!. ¿No había curas antaño, cuando combatían sin guantes?. Ahora lo hacen con los guantes de reglamento y no hay ninguna posibilidad de que alguno de los boxeadores se muera.

—No me refería a los boxeadores —dijo el pequeño sacerdote.

—Bien, bien, bien —dijo el noble con un toque de humor negro—. ¿A quién van a matar, al arbitro?.

—No sé a quién van a matar —replicó el padre Brown con una mirada reflexiva—; si lo supiera no habría venido a molestarle. Podría dejarle escapar. Nunca he visto nada malo en los combates de boxeo, pero como está el asunto, le debo pedir que anuncie la suspensión temporal del combate.

—¿Algo más? —se mofó el caballero con ojos febriles—. ¿Y qué les digo a las dos mil personas que han venido a presenciarlo?.

—Les diría que serían mil novecientas noventa y nueve después del combate —dijo el padre Brown.

Lord Pooley miró a Flambeau.

—¿Está loco su amigo? —preguntó.

—Nada más lejos de la realidad —fue la respuesta.

—Mire aquí —dijo Pooley con su actitud intranquila—, es peor que eso. Un buen número de italianos ha venido a apoyar a Malvoli; unos tipos oscuros y salvajes. Usted sabe cómo son esas razas mediterráneas. Si digo que no se va a celebrar el combate, en unos segundos irrumpirá aquí Malvoli a la cabeza de un clan siciliano.

—Señor, es un asunto de vida o muerte —dijo el sacerdote—. Llame, envíe el mensaje y veamos si es Malvoli quien responde.

El promotor hizo sonar el timbre que tenía sobre la mesa con un extraño aire de curiosidad. Un empleado apareció instantáneamente en la puerta.

—Tengo que hacer un serio anuncio a la audiencia en pocos minutos. Mientras, sea tan amable de decirle a los campeones que el combate se tiene que aplazar.

El empleado le miró fijamente, como si estuviera ante un demonio, y se desvaneció.

—¿Qué autoridad posee usted para eso que dice? —preguntó abruptamente Lord Pooley—. ¿Con quién ha consultado?.

—Consulté un quiosco de música —dijo el padre Brown rascándose la cabeza—. Pero no, estoy equivocado, también consulté un libro. Lo compré en una librería de Londres y muy barato.

Sacó del bolsillo un pequeño pero grueso volumen, encuadernado en piel, y Flambeau, mirando por encima del hombro, pudo ver que era un libro sobre viajes y que tenía una hoja doblada como referencia.

—La única forma en la cual el vudú... —comenzó a leer el padre Brown en voz alta.

—¿El qué? —inquirió el promotor de elevada alcurnia.

—El vudú —repitió el lector, casi con fruición— está ampliamente difundido fuera de Jamaica, se le conoce también como Mono o el dios de los Gongs, que es muy poderoso en las dos Américas, especialmente entre los mestizos, muchos de los cuales tienen una apariencia muy parecida a la de los blancos. Difiere de la mayoría de las otras formas de culto al diablo y de sacrificios humanos en el hecho de que no se derrama sangre sobre el altar, sino que se comete una suerte de asesinato entre la multitud. Los gongs suenan con una intensidad ensordecedora mientras se abren las puertas del altar, el dios mono se revela, y casi toda la congregación fija sus ojos extáticos en él. Pero después...

La puerta de la habitación se abrió de golpe y el negro a la última moda apareció en la entrada con sus glóbulos oculares girando y su sombrero de seda cubriendo insolentemente su cabeza.

—¡Eh! —exclamó, enseñando sus dientes simiescos—. ¿Qué es esto?. ¡Eh!. ¡Eh!. Le está

robando el premio a un caballero de color, eh, el premio ya es suyo, eh, con esa basura italiana, eh, eh...

—Sólo hemos retrasado el asunto —dijo tranquilamente el noble—; estaré con usted en un par de minutos para explicárselo.

—¿Quién eres tú...? —comenzó a gritar Nigger Ned, poseído de un extraño frenesí.

—Me llamo Pooley —respondió el otro con estimable frialdad—, soy el que organiza el combate y le advierto desde ahora que abandone la habitación.

—¿Quién es este tipo? —demandó el campeón negro apuntando desdeñosamente hacia el sacerdote.

—Me llamo Brown —fue la respuesta—, y yo le advierto desde ahora que abandone el país.

El boxeador profesional permaneció unos instantes mirándole con ira y, a continuación, para la sorpresa de Flambeau y los otros, dio un portazo y se fue.

—Bien —preguntó el padre Brown frotándose el cabello—, ¿qué piensan de Leonardo da Vinci?. Una hermosa cabeza italiana.

—Mire —dijo Lord Pooley—, he asumido mucha responsabilidad creyendo en su palabra. Creo que me debe contar algo más acerca del asunto.

—Tiene razón, mi Lord —respondió el padre Brown—, y no me llevará mucho tiempo contárselo.

Puso el pequeño libro de piel en el bolsillo de su abrigo.

—Creo que esto nos lo puede decir, pero mírelo usted para comprobar si tengo razón. El negro que acaba de salir de esta habitación es uno de los hombres más peligrosos de esta tierra, pues tiene el cerebro de un europeo con los instintos de un caníbal. Ha convertido lo que era una limpia carnicería entre sus bárbaros compañeros en una sociedad secreta moderna y científica de asesinos. Él no sabe que yo lo sé, ni que puedo probarlo.

Hubo un silencio, y el hombrecillo continuó hablando.

—Pero si yo quiero asesinar a alguien, ¿sería el mejor plan asegurarme de que estoy a solas con él?.

Los ojos de Lord Pooley recobraron su frío parpadeo al mirar al pequeño sacerdote. Se limitó a decir:

—Si quiere matar a alguien, le aviso...

El padre Brown sacudió la cabeza, como si fuera un asesino de más experiencia.

—Eso es lo que dijo Flambeau —contestó con un suspiro—, Pero considere, cuanto más desea un hombre estar solo, menos seguro puede estar de que efectivamente lo está. Deberá haber espacios vacíos a su alrededor, y ellos son precisamente los que le hacen obvio. ¿No ha visto nunca a un labrador en las colinas o a un pastor en un valle?. ¿No ha caminado nunca a lo largo de un acantilado y no ha visto a alguien andando por la playa?. ¿No sabría si ha matado a un cangrejo y no lo habría sabido también si hubiese matado a su acreedor?. No, no, no, para un asesino inteligente, como lo seríamos usted o yo, es imposible asegurarse de que alguien no nos está observando.

—Pero ¿qué otro plan puede haber?.

—Sólo hay uno para asegurarse de que nadie está mirando. Un hombre es estrangulado en Epsom —dijo el sacerdote—. Cualquiera podría haberlo visto si el lugar hubiese estado vacío, cualquier vagabundo en las colinas o un motorista por la carretera, pero nadie podría

haberlo visto si estaba lleno de gente y todo el público estuviese rugiendo, sobre todo cuando aparece el favorito o el que no lo es. En un instante se podría estrangular a alguien con una cuerda detrás de una puerta, siempre y cuando fuese en ese instante. Es lo mismo que ocurrió —continuó dirigiéndose ahora a Flambeau— con ese pobre tipo bajo el quiosco de música. Fue arrojado por el agujero (no era un agujero accidental) precisamente en el momento más dramático del concierto, cuando el arco de algún gran violinista arrancaba los sonidos más cautivadores o la voz de un gran cantante llegaba a su clímax. Y aquí, desde luego, cuando llegase el «knock—out» en el «ring». Ése es el truco que Nigger Ned ha adoptado de su viejo dios de los Gongs.

—A propósito, Malvoli... —comenzó Pooley.

—Malvoli —dijo el sacerdote— no tiene nada que ver con todo esto. Diría que tiene a algunos italianos con él, pero nuestros afables amigos no son italianos, son mulatos y africanos de distintos matices, pero me temo que a nosotros, los ingleses, todos los extranjeros nos parecen iguales siempre que sean oscuros y sucios. Asique —añadió con una sonrisa—, me parece que el inglés renuncia a realizar una fina distinción entre el carácter moral producido por mi religión y el que surge del vudú.

La primavera llegó sobre Seawood, llenando sus playas de familias y artilugios para bañarse, de predicadores nómadas y cantantes negros, antes de que los dos amigos lo volvieran a ver, y mucho antes de que se hubiese interrumpido la persecución de la extraña sociedad secreta. Casi se puede decir que el secreto de su propósito murió con sus miembros. El hombre del hotel fue encontrado muerto, flotando en el mar como un alga marina, su ojo derecho se había cerrado en paz, pero su ojo izquierdo permanecía abierto y brillaba como el cristal a la luz de la luna. Nigger Ned había recorrido unas millas y había matado a tres policías con su puño izquierdo. El agente superviviente quedó asombrado y afligido y el negro logró huir. Pero esto fue suficiente para que todos los periódicos ingleses siguiesen el caso con enorme interés, y por un mes el principal propósito del Imperio Británico consistió en impedir que el negro saltarín escapase por algún puerto inglés. Personas que presentaron un parecido remoto fueron sometidas a intensos interrogatorios y procedimientos, como el de lavarles la cara antes de subir a bordo de un barco por si acaso llevaban una máscara o habían imitado el rostro de un blanco. Todo negro en Inglaterra fue sometido a unas regulaciones especiales y tuvo que informar sobre sus condiciones de vida; los barcos que salieron se habrían atrevido menos a llevar a un negro que a un basilisco, pues la gente se había dado cuenta de lo temible, silenciosa y numerosa que era esa sociedad salvaje, y en el día de abril en que Flambeau y el padre Brown estaban apoyados en la balaustrada del paseo, el Hombre Negro significaba en Inglaterra lo mismo que el Hombre del Saco.

—Aún debe de estar en Inglaterra —observó Flambeau—, y muy bien escondido además. Le habrían encontrado en cualquier puerto aunque se hubiese blanqueado la cara.

—Ya ve, es un tipo listo —dijo apologéticamente el padre Brown—, y estoy seguro de que no se le ocurrirá blanquearse la cara.

—Entonces, ¿qué podría hacer?.

—Creo que la oscurecerá —dijo el padre Brown.

Flambeau, apoyado e inmóvil en la balaustrada, sonrió y dijo:

—¡Pero, querido amigo!.

El padre Brown, apoyado del mismo modo, movió un dedo en la dirección de los cantantes

con el rostro tiznado de negro que actuaban en la playa.

LA ENSALADA DEL CORONEL CRAY

El padre Brown retornaba a casa después de misa en una mañana extrañamente luminosa, cuando la niebla se levantaba lentamente: una de esas mañanas en que la luz aparece como algo misterioso y nuevo. Los árboles dispersos recobraban poco a poco sus siluetas al disolverse el vapor que los rodeaba, como si hubieran sido dibujados con tiza gris y luego con carboncillo. A intervalos aparecían las casas de las afueras, sus perfiles se iban aclarando hasta que reconoció muchas de ellas en las que había sido invitado *y* muchas otras de las que conocía el nombre de los propietarios. Pero todas las puertas *y* ventanas estaban como selladas, ninguna de esas personas estaría levantada a esas horas, ni mucho menos de paseo. Pero cuando pasó bajo la sombra de una elegante villa con balaustrada y amplios jardines de gran belleza, oyó un ruido que le obligó a detenerse. Era el ruido inconfundible de una pistola o carabina o de otra arma de fuego ligera que acababa de ser disparada. Pero esto no fue lo que más le sorprendió. El primer ruido fue inmediatamente seguido por una serie de ruidos más ligeros; los contó y fueron seis. Supuso que se trataba del eco, pero lo más extraño era que el eco no se parecía en nada al ruido original. No se le ocurría qué podría haber causado esos sonidos. Pensó que lo más similar era el ruido del sifón, el producido por algún animal o el realizado por una persona intentando contener la risa. Ninguno de ellos parecía tener mucho sentido.

En el padre Brown había dos personalidades. Una de ellas era el hombre de acción, tan modesto como una prímula y tan puntual como un reloj, que cumplía sus deberes y que jamás soñó con alterarlos. Pero también era un hombre de reflexión, más simple aunque más fuerte, a quien no se podía detener fácilmente, cuyo pensamiento era siempre un pensamiento libre (sólo en el sentido más inteligente de la palabra). No podía evitar, incluso inconscientemente, preguntarse todas las preguntas y responder a todas las que podía; todo eso era tan natural para él como su circulación o su respiración. Pero jamás amplió, conciente de ello, la esfera de sus acciones más allá de lo que consideraba su deber, y en este caso las dos actitudes fueron sometidas a prueba. Asique estaba a punto de reanudar su camino en la penumbra, diciéndose que ese asunto no le incumbía, pero al mismo tiempo analizaba las veinte teorías que podían explicar esos extraños ruidos. Poco después, el horizonte gris se tornó brillante y plateado, y con la luz se dio cuenta de que había estado ante una casa que había pertenecido a un comandante angloindio llamado Putnam, y que el comandante había tenido un cocinero nativo de Malta de su misma confesión. Recordó que los disparos suelen ser a veces asuntos serios, acompañados de consecuencias que son legítimamente de su jurisdicción. Regresó y entró por la puerta del jardín, dirigiéndose hacia la entrada principal.

En el costado de la casa había una especie de cobertizo muy bajo, pero, como descubrió después, se trataba de un gran cubo de basura. Cerca de él apareció una figura, al principio sólo una sombra en la neblina, que parecía mirar a su alrededor. Al acercarse produjo una extraña sensación de solidez, de una solidez inusual. El comandante Putnam era un hombre calvo y con cuello de toro, bajo y muy ancho, con uno de esos rostros apopléticos que son el resultado de intentar combinar el clima oriental con los lujos occidentales. Pero en su semblante se reflejaba su sentido del humor e incluso ahora, evidentemente inquisitivo y confuso, mostraba una sonrisa inocente. Llevaba un sombrero de ala ancha echado hacia atrás —sugiriendo un halo que no le iba nada al rostro—; por lo demás estaba vestido con un pijama amarillo con rayas moradas, lo cual, en una mañana fresca, y por muy cómodo

que fuese, debía de resultar bastante frío. Era evidente que había salido de la casa por alguna urgencia, y el sacerdote no se sorprendió cuando exclamó sin ninguna ceremonia: —¿Ha oído ese ruido?.

—Si —respondió el padre Brown—. Pensé que lo mejor sería mirar por si acaso.

El comandante lo miró algo extrañado con sus ojos sonrientes como grosellas.

—¿Qué cree que ha sido? —preguntó.

—Sonó como un arma o algo parecido —respondió el otro con algo de dudas—, pero pareció tener un eco singular.

El comandante aún lo observaba con tranquilidad, pero con los ojos saltones, cuando la puerta principal se abrió, liberando un rayo de luz de gas que penetró en la niebla, y otra figura en pijama irrumpió en el jardín. Esta figura era mucho más alta, delgada y atlética; el pijama, aunque igualmente tropical, era, en comparación, de mejor gusto: blanco y con franjas amarillo limón. El hombre estaba ojeroso pero era bien parecido, más bronceado que el otro. Tenía un perfil aguileño y ojos algo hundidos, así como un ligero aire extravagante que surgía de la combinación de un cabello negro como el carbón con un mostacho claro. Todos estos detalles fueron percibidos lentamente por el padre Brown. Pero en principio sólo se fijó en una cosa: el revólver en su mano.

—¡Cray! —exclamó el comandante, mirándolo fijamente—. ¿Ha sido usted el que ha disparado?.

—Si, he sido yo —afirmó el caballero de pelo negro algo acalorado—, y así lo habría hecho usted en mi lugar. Si a usted le acosasen los demonios y estuviese a punto de...

El comandante pareció intervenir a toda prisa. —Mi amigo, el padre Brown —dijo. A continuación, y dirigiéndose al sacerdote, añadió: —No sé si conoce al coronel Cray de la Artillería Real. —He oído hablar de él, desde luego —dijo el sacerdote con gesto de inocencia—. ¿Le ha... le ha dado a algo?. —Creo que si —respondió con seriedad Cray. —¿Cayó, gritó o hizo algo? —preguntó en voz baja el comandante Putnam.

El coronel Cray contempló con una extraña fijeza a su anfitrión.

—Ya le dije exactamente lo que hizo: estornudó. La mano del padre Brown se fue hacia su frente, con el gesto de alguien que se acaba de acordar del nombre de alguien. Ahora sabía que no se había tratado ni de un sifón ni del gruñido de un perro.

—Bien —intervino el comandante—, jamás he oído que un revólver de servicio haga estornudar.

—Ni yo tampoco —dijo tenuemente el padre Brown—. Ha tenido suerte de que no descargarse sobre él toda su artillería: podría haberle dado un serio resfriado.

Después de una confusa pausa, añadió: —¿Era un ladrón?.

—Vayamos adentro —dijo abruptamente el comandante Putnam, y les guió hacia el interior de la casa.

En el interior se producía un fenómeno paradójico corriente a esas horas de la mañana: las habitaciones parecían más brillantes que el cielo en el exterior, incluso después de que el comandante hubo apagado las luces de la entrada. El padre Brown se quedó sorprendido al ver la mesa puesta para un festín, con las servilletas preparadas y copas de seis formas diferentes al lado de cada plato. Era común encontrar a esas horas los restos de un banquete nocturno, pero encontrarlo recién preparado era algo completamente inusual.

Mientras permanecía en el recibidor, el comandante Putnam se adelantó rápidamente y echó

un vistazo a la mesa oblonga. Finalmente, exclamó:

—¡Ha desaparecido el servicio de plata!. ¡Se han llevado los cuchillos del pescado y los tenedores!. ¡Ya no está la vieja vinagrera!. ¡Han robado hasta la vieja salsera de plata!. Y ahora, padre Brown, ya estoy dispuesto a contestar a su pregunta de si ha sido un ladrón.

—Sólo ha sido un pretexto —dijo obstinadamente Cray—, yo sé mejor que tú por qué la gente quiere penetrar en esta casa, sé mejor que tú por qué...

El comandante le dio unos golpecitos en el hombro con un gesto peculiar, como quien quiere consolar a un niño enfermo, y dijo:

—Ha sido un ladrón. Es obvio que ha sido un ladrón. —Un ladrón con un buen resfriado —observó el padre Brown—; eso puede ayudarles a rastrearlo en el vecindario.

El comandante negó con la cabeza con una actitud desconsolada.

—Me temo que ya tiene que estar muy lejos.

Después, cuando el hombre nervioso del revólver volvió a dirigirse al jardín, añadió rápidamente y con una voz confidencial:

—No creo que sea conveniente llamar a la policía. A causa del miedo mi amigo ha sido demasiado liberal con las balas y se ha puesto en la parte equivocada de la ley. Ha vivido en lugares muy salvajes y, para ser franco, me parece que a veces se imagina cosas.

—Ahora recuerdo que me lo contó una vez —dijo Brown—; cree que le persigue una sociedad secreta india o algo parecido.

El comandante Putnam asintió, pero al mismo tiempo se encogió de hombros.

—Supongo que sería mejor que le acompañásemos afuera —dijo—. No quiero más, ¿cómo lo diría...?, estornudos.

Salieron a la luz diurna, que ahora estaba incluso teñida con los rayos del sol, y vieron la alta figura del coronel Cray inclinada, examinando minuciosamente la condición de la tierra y del césped. Mientras el comandante caminaba con discreción hacia él, el sacerdote tomó una actitud igualmente indolente y se dirigió hacia la esquina próxima, a una o dos yardas del cubo de basura mencionado.

Lo observó desde la distancia durante unos minutos, luego se dirigió hacia él, levantó la tapa e introdujo su cabeza. Polvo y otra materia incolora se elevaron al hacerlo, pero el padre Brown nunca se fijaba en su propia apariencia, fuera lo que fuese lo que observaba. Asique permaneció en esa postura durante un buen rato, como si estuviera sumido en misteriosas oraciones. Después salió con algunas cenizas en la cabeza y siguió caminando como si nada.

Cuando llegó otra vez a la puerta del jardín encontró a un grupo que parecía haber dispersado las morbosidades como la luz solar había dispersado la niebla. No era de ningún modo tranquilizador ni razonable, sino cómico, como salido de una obra de Dickens. El comandante Putnam se las había ingeniado para entrar y ponerse una camisa y unos pantalones decentes, con un fajín carmesí y una chaqueta ligera; con eso puesto, su rostro festivo parecía irradiar una cordialidad ingenua. Era, ciertamente, algo enfático, pero en ese momento estaba hablando con el cocinero: el oscuro hijo de Malta, cuyo rostro delgado, oliváceo y algo agobiado contrastaba dolorosamente con su ropa blanca como la nieve. El cocinero tenía todas las razones para estar agobiado, pues el comandante era un gran aficionado a la cocina. Era uno de esos «amateurs» que siempre saben más que los profesionales. Al único que hubiera admitido como juez de una tortilla habría sido a su amigo Cray, y cuando Brown recordó esto se volvió a mirar al otro oficial. Con la nueva luz

solar y la gente vestida de manera correcta, su visión supuso una conmoción. El hombre, que era más alto y elegante, aún llevaba una bata negra, con su cabello negro enmarañado, y ahora estaba a gatas en la hierba, buscando las huellas del ladrón, pero una y otra vez, según las apariencias, golpeaba el suelo de la rabia que le daba no encontrarlas. Al ver a ese cuadrúpedo sobre el césped, el sacerdote elevó tristemente sus cejas y por primera vez pensó que eso de «imaginarse cosas» no era más que un eufemismo.

El tercer miembro del grupo formado por el cocinero y el epicúreo también era conocido por el padre Brown: se trataba de Audrey Watson, el ama de llaves y portera del comandante; en ese momento, y a juzgar por su delantal, sus brazos remangados y sus maneras resueltas, su papel se concentraba más en la portera que en el ama de llaves.

—Se lo merece —estaba diciendo—, siempre le he dicho que no utilice esas vinagreras tan pasadas de moda.

—Pero yo las prefiero —dijo apaciblemente Putnam—, yo mismo también estoy pasado de moda, además pega con lo demás.

—Y también se desvanecieron con todo lo demás, como ve —añadió ella—. Bueno, si no se preocupa por el ladrón, yo tampoco debería preocuparme por la comida. Es domingo y no podemos encontrar una vinagrera en todo el pueblo, y ustedes, caballeros indios, no pueden disfrutar de una comida sin lo que llaman un montón de ingredientes picantes. Ojalá que no le hayan pedido al primo Oliver que me lleve al servicio divino musical. Durará hasta las doce y media y el coronel deberá salir para entonces. No creo que ustedes, los hombres, puedan disponerlo todo solos.

—¡Oh!, sí, claro que podremos —dijo el comandante mirándola con amabilidad—. Marco tiene todas las salsas y ya nos ha salido muy bien en sitios mucho peores, como ya sabrá. Y ya es tiempo de que tenga un descanso: no debe ser ama de llaves durante todo el día; además, sé que quiere escuchar la música.

—Quiero ir a la iglesia —dijo con una mirada severa.

Era una de esas mujeres bien parecidas que siempre quieren serlo, pues la belleza no está en un gesto o en un matiz, sino en la estructura de la cabeza y en los rasgos. Pero, aunque aún no había alcanzado la mediana edad y su cabello era de una plenitud tizianesca tanto en la forma como en el color, tenía unos rasgos en la boca y alrededor de los ojos que sugerían algunas penas, del mismo modo en que el viento termina por afectar los contornos de un templo griego. En cierto modo, la pequeña dificultad doméstica de la que estaba hablando con tanta decisión era más cómica que trágica. El padre Brown dedujo, por el curso de la conversación, que Cray, el otro «gourmet», tenía que irse antes de la hora de comer, pero que Putnam, su anfitrión, sin la posibilidad de organizar un festín para su viejo camarada, había dispuesto un desayuno especial para consumirse a lo largo de la mañana, mientras Audrey y otros criados estaban en Misa. Ella iba a ir acompañada por uno de sus parientes y amigo, el doctor Oliver Ornan, quien, pese a ser un científico del tipo mordaz, sentía pasión por la música y era incluso capaz de soportar una Misa con tal de escucharla. No había nada en todo esto que pudiese tener alguna relación con la tragedia reflejada en el rostro de Miss Watson, y por un instinto semiconsciente, el padre Brown volvió a fijarse en el lunático que continuaba inspeccionando la hierba.

Cuando caminó hacia él, la cabeza negra y enmarañada se alzó abruptamente, como si se sorprendiese de su continuada presencia. Y, ciertamente, el padre Brown, por razones sólo conocidas por él mismo, había permanecido más tiempo del que aconsejaba la cortesía o, incluso, en el sentido más ordinario, de lo que permitía.

—¡Bien! —exclamó Cray con la mirada errática—. Supongo que usted también cree que estoy loco, como el resto.

—He considerado la hipótesis —respondió serenamente el hombrecillo—, pero me inclino a creer que no lo está.

—¿Qué quiere decir? —gritó con furia Cray.

—Los locos de verdad —explicó el padre Brown— siempre alientan su propia enfermedad. Jamás luchan contra ella. Pero usted está tratando de encontrar huellas del ladrón, incluso cuando no las hay. Usted está luchando, usted quiere lo que el loco nunca quiere.

—¿Y qué es?.

—Usted quiere que prueben que está equivocado —dijo Brown.

Durante las últimas palabras, Cray se había puesto de pie de un salto y contemplaba al clérigo con los ojos agitados.

—¡Demonios!. ¡Eso es verdad! —exclamó—. Todos están aquí a favor de que ese tipo sólo quería la plata, como si debiera hacerles el favor de pensar así. Ella ha estado detrás de mi —y volvió su negra cabellera hacia Audrey—, ha estado detrás de mi diciendome lo cruel que he sido por dispararle a un pobre e indefenso ladrón y echándome en cara lo mal que me porto con los pobres e indefensos nativos. Pero una vez fui un hombre bondadoso, tan bondadoso como Putnam.

Después de una pausa, continuó:

—Atiéndame, jamás le he visto antes, pero usted juzgará la historia. El viejo Putnam y yo fuimos camaradas de regimiento, pero, debido a cierto accidente en la frontera afgana, yo renuncié a mi mando mucho antes que los demás; nosotros dos obtuvimos un permiso para ir a casa por estar heridos. Yo estaba prometido con Audrey, y todos regresamos juntos. Pero algo ocurrió en el viaje de regreso, cosas curiosas. El resultado fue que Putnam quiso interrumpir el viaje, al igual que Audrey, y yo se lo que pensaban y lo que piensan de mi, como usted.

Bien, éstos son los hechos. El último día que estuvimos en una ciudad de la India le pregunté a Putnam dónde podía encontrar unos cigarros Trichinopoli, y me señaló un lugar en la parte opuesta al hotel en que él pernoctaba. Estaba en lo cierto, pero la parte opuesta es una palabra peligrosa cuando una casa decente está enfrente de cinco o seis escuálidas. Debí de equivocarme de puerta. Se abrió con dificultad y me interné en la más profunda oscuridad. Cuando me di la vuelta, la puerta se cerró sola de un modo violento, produciendo un ruido terrible. No podía hacer otra cosa que avanzar, lo que hice a través de pasillos y pasillos, negros como el alquitrán. Por fin llegué a unas escaleras y luego a una puerta cerrada, asegurada con un cerrojo de hierro ricamente labrado al estilo oriental, que sólo pude percibir con el tacto y que logré abrir. Salí de la penumbra y penetré en un espacio débilmente iluminado por un resplandor verdoso proveniente de numerosas lámparas, pequeñas y fijas. Mostraban sólo los pies o los bordes de una arquitectura enorme y vacía. Enfrente de mi había algo que parecía una montaña. Confieso que casi me caigo en la plataforma de piedra en la que estaba al darme cuenta de que se trataba de un ídolo. Y lo peor de todo, de un ídolo que me daba la espalda.

Apenas era humano, supongo, al menos a juzgar por su cabeza pequeña y agazapada, y por algo parecido a un rabo o un miembro que daba la vuelta y señalaba, como un dedo largo y repugnante, hacia algún símbolo grabado en el centro de la vasta espalda de piedra. Había comenzado a distinguir con claridad el jeroglífico gracias a la escasa luz, aunque no sin

horror, cuando ocurrió algo aún más terrible. Una puerta camuflada en la pared del templo, situada detrás de mi, se abrió silenciosamente y un hombre salió con un rostro bronceado y una chaqueta negra. Su semblante mostraba una sonrisa que parecía esculpida, hecha de carne de cobre y dientes de marfil, pero creo que lo más odioso en él era que vestía como un europeo. Yo, sin embargo, había esperado ver sacerdotes velados o faquires desnudos. Pero eso parecía significar que el culto al diablo se había extendido por toda la tierra. Y así lo pude constatar.

—Si sólo hubiese visto los Pies del Mono —dijo sin dejar de sonreír y sin más prefacios—, habríamos sido muy corteses, sólo le habríamos torturado y matado. Si hubiese visto la Cara del Mono, habríamos seguido siendo moderados, muy tolerantes, sólo le habríamos torturado pero seguiría viviendo. Pero como ha visto el Rabo del Mono, nos vemos obligados a pronunciar la peor sentencia, que reza así: «Váyase».

Cuando dijo estas palabras, oí el cómo el cerrojo con el que había estado luchando se abrió automáticamente, y luego, desde el fondo de los pasillos por los que había pasado, cómo la pesada puerta de la entrada giraba sobre sus goznes.

—No sirve de nada que pida misericordia, tiene que irse, está libre —dijo el hombre de la sonrisa—; de aquí en adelante un pelo podrá cortarle como una espada y un soplo de aire podrá morderle como una víbora. Le lanzarán todo tipo de armas, desde ninguna parte, y morirá muchas veces.

Dicho esto desapareció en la pared trasera, y yo salí a la calle.

Cray hizo una pausa, y el padre Brown se sentó sin afectación alguna en el césped y se puso a recoger margaritas.

Poco después, el soldado continuó su relato:

—Putnam, desde luego, con su jovial sentido común, se burló de todos mis miedos, y desde aquella fecha alberga dudas acerca de mi salud mental. Bien, me limitaré a decirle, en breves palabras, las tres cosas que han ocurrido desde entonces, y usted juzgará quién de nosotros tiene razón.

»La primera ocurrió en un pueblo de la India, al borde de la selva, pero a cientos de millas del templo, del pueblo, de la tribu o de las costumbres en que habían pronunciado la maldición. Me desperté a medianoche y me quedé desvelado sin pensar en nada en particular, de repente sentí un hormigueo alrededor de la garganta, como si fuese un pelo o un hilo. Me incorporé de inmediato y no pude dejar de pensar en las palabras del templo. Cuando me levanté y busqué una luz y un espejo, comprobé que la línea que había alrededor de mi cuello era una línea de sangre.

»Lo segundo ocurrió en mi alojamiento, en Port Said, más tarde, en nuestro viaje de regreso. Era una taberna caótica y al mismo tiempo una tienda de curiosidades, y aunque no había nada que sugiriese remotamente el culto del Mono, es posible, desde luego, que algunas de sus imágenes o talismanes pudieran encontrarse en un lugar semejante. Su maldición estaba allí de todos modos. Me volví a despertar en plena noche con la sensación de que me faltaba la respiración. Esa opresión suponía una auténtica agonía, golpeé mi cabeza contra las paredes antes de hacerlo contra una ventana, y me tiré por ella cayendo en el jardín que había abajo. Putnam, el pobre, que había denominado al primer suceso un rasguño superficial y casual, se vio obligado a tomar en serio el hecho de encontrarme semiconsciente sobre el césped. Pero me temo que lo que él tomó en serio fue mi estado mental y no mi historia.

»El tercer suceso ocurrió en Malta. Estábamos en una fortaleza y nuestros dormitorios tenían vista al mar, que casi llegaba hasta el antepecho de la ventana, pero que era contenido por un muro externo blanco y desnudo. Me desperté otra vez. Había luna llena y caminé hacia la ventana; podría haber visto un pájaro en la almena o una vela en el horizonte, pero lo que vi fue una suerte de bastón o brazo girando por si mismo, sin ningún soporte, en el cielo. Voló directamente hacia mi ventana y destrozó la lámpara que había junto a la almohada que yo acababa de abandonar. Era una de esas mazas de forma extraña que suelen usar algunas tribus orientales. Pero ninguna mano humana la había lanzado.

El padre Brown arrojó la guirnalda de margaritas que estaba trenzando y se levantó con un aspecto nostálgico.

—¿Tiene el comandante Putnam —preguntó— algunas de esas armas curiosas y de esos ídolos con los que podamos hacernos una idea?

—Muchos, pero no de mucha utilidad, me temo —respondió Cray—, pero entre en esta habitación por si acaso.

Mientras entraban, Miss Watson pasó ante ellos abotonándose los guantes para ir a la iglesia y oyeron la voz de Putnam en la parte inferior de las escaleras impartiéndole al cocinero algunas lecciones de cocina. En el despacho del comandante, un curioso cubil, encontraron a otro personaje, con sombrero de seda y vestido para salir, que estaba hojeando un libro abierto sobre la mesa, un libro que dejó con actitud culpable y que cerró.

Cray lo presentó con la suficiente cortesía como el doctor Ornan, pero en su rostro se reflejó tal disgusto que Brown albergó la sospecha de que, lo supiera Audrey o no, eran rivales. Y el sacerdote no pudo dejar de simpatizar con el prejuicio. El doctor Ornan era un caballero muy bien vestido, de aspecto agradable pero casi tan oscuro como para ser un asiático. El padre Brown tuvo que decirse que uno debía sentir caridad incluso con aquellos que se enceran las puntiagudas barbas, que tienen manos pequeñas enguantadas y que hablan con voces perfectamente moduladas.

Cray parecía encontrar algo especialmente irritante en el pequeño libro de oraciones sostenido por el guante negro de Ornan.

—No sabía que eso estaba en su línea —dijo con algo de rudeza.

Ornan sonrió suavemente pero sin ofenderse.

—Éste lo está más —dijo poniendo su mano en el libro que acababa de dejar—, es un diccionario de drogas y otras cosas semejantes. Pero por desgracia es demasiado grande como para llevárselo a la iglesia.

Entonces cerró el libro y pareció quedar otra vez confundido y tener prisa.

—Supongo —dijo el sacerdote, que parecía ansioso por cambiar de conversación— que todas estas armas y estos objetos son de la India.

—Son de todas partes —respondió el doctor—. Putnam es un viejo soldado y ha estado en México y Australia, incluso en las Islas Caníbal por lo que sé.

—Espero que no haya sido en las Islas Caníbal —dijo Brown—donde ha aprendido el arte culinario.

Y recorrió con la vista los extraños utensilios que había en la pared.

En ese momento, el alegre objeto de la conversación penetró en la habitación.

—Venga, Cray —exclamó—, su comida está a punto, y las campanas suenan para los que quieran ir a Misa.

Cray bajó las escaleras para ir a cambiarse, el doctor Ornan y Miss Watson salieron solemnemente a la calle y se unieron a otro grupo que tenía el mismo destino. Pero el padre Brown notó que el doctor miró dos veces hacia atrás y observó la casa, e incluso regresó a la esquina de la calle para observarla una vez más.

El sacerdote quedó confuso.

—No ha podido estar en el cubo de basura —murmuró—, no con esa ropa, ¿o estuvo por la mañana temprano?.

El padre Brown, sondeando a la gente, era como un barómetro, pero hoy parecía tan sensitivo como un rinoceronte. Por ninguna ley social, explícita o implícita, podía demorar la comida anglo—india de los amigos, pero la demoró cubriendo su posición con una conversación divertida y completamente inútil. Estaba en una situación muy extraña, ya que no quería probar la comida. Cada vez que dejaban un plato con los alimentos más suculentos, acompañados de sus respectivas salsas, ante los otros dos, él se disculpaba diciendo que era uno de sus días de ayuno y se limitaba a mordisquear un trozo de pan y a levantar y volver a posar un vaso de agua fría. Su conversación, sin embargo, era exuberante.

—Le diré lo que puedo hacer por usted —exclamó—: le haré una ensalada. No la puedo comer, pero se la haré y sabrá de maravilla. Ya veo que tiene lechuga.

—Por desgracia —respondió con buen humor el comandante—, lechuga es lo único que tenemos. Recuerde que la mostaza, el vinagre y el aceite se han desvanecido con el ladrón.

—Ya lo sé —respondió vagamente el padre Brown—, siempre temo que algo así pueda ocurrir y por eso siempre llevo conmigo una vinagrera y una aceitera. Me gustan mucho las ensaladas.

Y para sorpresa de los dos hombres sacó un pimentero de su chaleco y lo puso encima de la mesa.

—Me pregunto por qué el ladrón también quiso llevarse la mostaza —continuó, sacando un frasco de mostaza de otro bolsillo—. La mostaza y el vinagre hacen un buen condimento, sobre todo si se le añade aceite, que creo lo he puesto en mi bolsillo izquierdo...

Su locuacidad se detuvo un instante, pues, al levantar la mirada, vio algo que nadie más veía, la oscura figura del doctor Ornan de pie a la luz del sol y mirando fijamente hacia la habitación. Antes de haberse podido recuperar por completo, Cray intervino.

—Usted es un tipo asombroso —dijo, clavándole la mirada—. Vendré y escucharé sus sermones si son tan divertidos como sus modales.

Su voz cambió un poco y se reclinó en el respaldo de la silla.

—Oh, también hay sermones sobre una vinagrera —dijo con seriedad el padre Brown—, ¿ha oído hablar de una fe como un grano de mostaza, o de la caridad que se unge con aceite?. Y en lo que respecta al vinagre, ¿puede olvidar un militar a aquel soldado solitario que, cuando el sol se oscureció...?.

El coronel Cray se inclinó hacia adelante y asió con fuerza la mesa.

El padre Brown, que estaba haciendo la ensalada, puso dos cucharadas de mostaza en un vaso de agua junto a él, se levantó y dijo con una voz repentina y nueva:

—¡Beba!.

En ese mismo momento, el doctor, hasta entonces inmóvil, vino corriendo por el jardín y abriendo violentamente la ventana, exclamó:

—¿Me requieren para algo?. ¿Ha sido envenenado?.

—Casi —dijo Brown con la sombra de una sonrisa, pues el vomitivo había hecho un efecto inmediato.

Mientras, Cray yacía en un sillón, respirando con fuerza, pero vivo.

El comandante Putnam se había levantado de un salto, con una veta de color morado en su rostro.

—¡Un crimen! —exclamó ásperamente—. ¡Voy a llamar a la policía!.

El sacerdote pudo oír cómo cogía el sombrero del perchero y salía tambaleándose por la puerta principal; luego oyó cómo se cerraba la puerta del jardín. Pero él seguía con la mirada fija en Cray. Después de un silencio, dijo:

—No le hablaré mucho, pero le diré lo que desea saber. No tiene ninguna maldición. El Templo del Mono fue o una coincidencia o parte del truco, y el truco era el truco de un hombre blanco. Sólo hay un arma que puede hacer sangrar con un roce tan ligero, y es una navaja de afeitar empleada por un hombre blanco. Hay un modo de llenar una habitación de un veneno poderoso e invisible: abriendo el gas, el crimen de un hombre blanco. Y sólo hay una especie de maza que puede ser arrojada a una ventana, que gira y regresa por la misma ventana: un «boomerang» australiano. Podrá ver algunos en el despacho del comandante.

Dicho esto, salió afuera y habló un momento con el doctor. Poco después, Audrey Watson entró corriendo en la casa y cayó de rodillas al lado del sillón en que se encontraba Cray. Él no podía oír lo que ellos se estaban diciendo, pero sus rostros reflejaron asombro, no infelicidad. El doctor y el sacerdote caminaron lentamente hacia la puerta del jardín.

—Supongo que también el comandante estaba enamorado de ella —dijo con un suspiro, y cuando el otro asintió, observó:

—Usted fue muy generoso, doctor. Hizo un buen trabajo, pero ¿qué le hizo sospechar?.

—Una pequeñez —dijo Ornan—, pero no me quedé tranquilo hasta que regresé de la iglesia y pude comprobar que no había ocurrido nada. Ese libro sobre la mesa era una monografía sobre venenos y estaba abierto por una página en que se daba información sobre cierto veneno indio, mortal pero difícil de identificar, aunque podía expulsarse fácilmente tomando el vomitivo más común. Supongo que lo leyó en el último momento...

—Y recordó que había un vomitivo en las angarillas —dijo el padre Brown—. Exactamente. Arrojó la vinagrera en el cubo de la basura, donde la encontré, junto con el resto de la plata, para que pareciese obra de un ladrón. Pero si mira en el frasco de la pimienta que puse en la mesa, verá un pequeño agujero. Ése es el lugar adonde fue a parar la bala disparada por Cray, esparciendo la pimienta y provocando los estornudos del delincuente.

Se produjo un silencio. Después, el doctor Ornan dijo con severidad:

—El comandante ya hace mucho tiempo que busca a la policía:

—¿O la policía al comandante? —dijo el sacerdote—. Bueno, adiós.

EL EXTRAÑO CRIMEN DE JOHN BOULNOIS

Mr. Calhoun Kidd era un caballero muy joven con un rostro muy viejo, apergaminado por su propia avidez y enmarcado por un pelo negro azulado y una pajarita negra. Era el corresponsal en Inglaterra del colosal periódico americano *Western Sun,* descrito con buen humor como el «crepúsculo naciente». Esto hacía alusión a una gran declaración periodística —atribuida al mismo Mr. Kidd— en la que se conjeturaba que el sol saldría por el oeste si los ciudadanos americanos lo empujasen un poco más. Sin embargo, aquellos que se burlan del periodismo americano desde la perspectiva de tradiciones más maduras olvidan cierta paradoja que lo redime en parte. Pues mientras el periodismo de los Estados Unidos permite una vulgaridad pantomímica de la que se salva el inglés, también muestra una excitación real acerca de los problemas mentales más serios, de los cuales los periódicos ingleses son inocentes o incapaces. El *Sun* estaba lleno de las materias más solemnes tratadas del modo más ridículo. En él aparecía William James como el «tedioso Willie» y los pragmáticos se alternaban con boxeadores en la larga secuencia de retratos.

Así, cuando un discreto hombre de Oxford, llamado John Boulnois, escribió en una revista ilegible con el nombre *Natural Philosophy Quarterly* una serie de artículos sobre determinados puntos débiles en la teoría de la evolución de Darwin, no encontró eco en ningún rincón de la prensa inglesa, por más que la teoría de Boulnois (que era la del universo comparativamente estacionario sacudido ocasionalmente por convulsiones de cambio) encontraba seguidores en Oxford y se la llegó a denominar «catastrofista». Sin embargo, muchos periódicos americanos consideraron el desafío como un gran acontecimiento, y el *Sun* proyectó la sombra gigantesca de Mr. Boulnois por sus páginas. Debido a la paradoja apuntada, artículos inteligentes y entusiastas fueron presentados con titulares aparentemente escritos por maníacos analfabetos; así, se podían leer titulares como «Los trapos sucios de Darwin. Su crítico, Boulnois, destapa sus debilidades» o «Manténgase catastrofista, dice el pensador Boulnois». Y Mr. Calhoun Kidd, del *Western Sun,* se aprestaba a entrar, con su pajarita y su semblante lúgubre»; en la pequeña casa en las afueras de Oxford donde vivía el pensador Boulnois en feliz ignorancia de semejantes títulos.

Ese desgraciado filósofo había consentido, en un momento de aturdimiento, en recibir al entrevistador y lo había citado a las nueve de la noche. La última luz crepuscular se cernía sobre Cummor y las colinas boscosas; el romántico yanqui dudaba del camino y no identificaba los alrededores. Viendo que la puerta de una genuina posada feudal, «The Champion Arms», estaba abierta, entró para preguntar.

Tocó el timbre en la recepción y tuvo que esperar un tiempo hasta que alguien acudió. La única persona presente era un hombre delgado, pelirrojo, con ropa informal y de aspecto algo rudo, que estaba bebiendo un whisky muy malo, pero fumando un cigarro muy bueno. El whisky, desde luego, debía de ser de la casa, el cigarro era probable que se lo hubiese traído de Londres. Nada podía ser más diferente que la cínica y pulcra sequedad del joven americano, pero algo en su pluma y en su cuaderno de notas abierto, y quizá en la expresión alerta de sus ojos azules, le dijo correctamente que estaba ante un compañero periodista.

—¿Puede hacerme un favor? —preguntó Kidd con la cortesía de su nación—. Quizá pueda decirme dónde está Grey Cottage, la casa donde vive Mr. Boulnois.

—Está a unas yardas siguiendo el camino —dijo el hombre pelirrojo girando su cigarro—; yo mismo voy a pasar por allí dentro de unos minutos, pero seguiré hasta Pendragon Park para ver lo que ocurre.

—¿Qué es Pendragon Park? —preguntó Calhoun Kidd.

—El hogar de Sir Claude Champion, ¿acaso no ha venido para eso? —preguntó el periodista mirándole con algo de asombro—. Usted es periodista, ¿verdad?.

—He venido a ver a Mr. Boulnois —dijo Kidd.

—Yo he venido a ver a Mistress Boulnois —replicó el otro—, pero no la he encontrado en casa.

Y se rió de un modo desagradable.

—¿Está interesado en las teorías catastrofistas? —preguntó el asombrado yanqui.

—Yo estoy interesado en catástrofes, y se van a producir varias —respondió tenebrosamente su colega—. Mi ámbito es algo sucio, y nunca he pretendido que no lo sea.

Dicho esto, dio un golpe en el suelo; de algún modo, uno podía darse cuenta de que el hombre había sido educado como un caballero.

El periodista americano lo consideró con mayor atención. Su rostro era pálido y disipado, como cargado de pasiones formidables a punto de ser liberadas, pero era un rostro inteligente y sensible. Su ropa era basta y descuidada, aunque tenía una buena sortija de sello en uno de sus largos y finos dedos. Su nombre, que surgió en el curso de la conversación, era James Dalroy. Hijo de un terrateniente irlandés arruinado, trabajaba en calidad de reportero para una revista del corazón llamada *Smart Society,* a la que despreciaba profundamente, y a la que servía como algo aún más penoso: como espía.

Me atrevo a decir que *Smart Society* no sentía mucho interés en las opiniones de Boulnois acerca de Darwin, por las que tanto se interesaba el *Western Sun.* Al parecer, Dalroy había venido para husmear en un escándalo que muy bien podría terminar en la Corte de divorcios, pero que en el presente oscilaba entre Grey Cottage y Pendragon Park.

Sir Claude Champion era tan bien conocido por los lectores del *Western Sun* como Mr. Boulnois. Del mismo modo en que lo eran el Papa y el ganador del «Derby», pero la idea de una relación estrecha entre ambos le habría resultado a Kidd igualmente incongruente. Había oído hablar de Sir Claude Champion como uno de los hombres más brillantes y ricos de Inglaterra entre los «"top ten"; como el gran deportista que participaba en regatas alrededor del mundo; como el gran viajero que escribía libros sobre el Himalaya; como el político que se llevaba la mayoría de los votos con una asombrosa democracia *tory;* y como el gran aficionado al arte, a la música, a la literatura y, sobre todo, a la actuación. Sir Claude era alguien realmente magnífico en ojos que no fuesen americanos. Había algo de príncipe renacentista en su cultura omnívora y en su inquieta notoriedad, no sólo era un gran «amateur», sino uno fervoroso. No había nada en él de esa frivolidad anticuada que unimos al término «dilettante».

Ese perfil sin tacha de halcón, con ojos italianos de un azul oscuro, que había sido fotografiado tantas veces por *Smart Society* y por el *Western Sun* daba a todos la sensación de un hombre devorado por la ambición, como si ésta fuese un fuego o incluso una enfermedad. Pero aunque Kidd sabía mucho acerca de Sir Claude —mucho más, de hecho, de lo que se podía saber— jamás, en sus sueños más confusos, podría haber conectado a un aristócrata tan ostentoso con el revitalizador del catastrofismo, o para suponer que Sir Claude Champion y John Boulnois podían ser íntimos amigos. Sin embargo, así era, según la opinión de Dalroy. Los dos habían ido juntos al colegio y a la universidad y, aunque sus destinos sociales habían sido muy diferentes (pues Champion era un gran terrateniente y un millonario, mientras que Boulnois era un profesor pobre y hasta un periodo muy reciente un

completo desconocido), siguieron manteniendo un contacto estrecho. Y, cierto, la casa de campo de Boulnois estaba precisamente en la entrada a Pendragon Park.

Pero si los dos hombres podrían seguir siendo amigos más tiempo, era una cuestión oscura y desagradable. Dos años antes Boulnois se había casado con una actriz de gran belleza y no sin éxito, de la que era devoto a su estilo tímido y tedioso. Pero la proximidad del hogar de los Champion había procurado la oportunidad a esa frívola celebridad de comportarse de un modo que sólo podía causar desagrado e irritación. Sir Claude había llevado a la perfección el arte de la publicidad, y parecía experimentar un placer loco en mostrarse igualmente ostentoso en las intrigas que no suponían un marchamo de honor. Mensajeros de Pendragon estaban llevando perpetuamente flores a la casa de la señora Boulnois; carruajes y automóviles llegaban continuamente a la casa para recoger a la señora Boulnois; se organizaban bailes y mascaradas en los que desfilaban los baronets ante la señora Boulnois como si fuese la Reina del Amor y de la Belleza en un torneo. Precisamente esa noche, reservada por Kidd para exponer su teoría catastrofista, había sido reservada por Sir Claude Champion para una representación al aire libre de *Romeo y Julieta,* en la cual él iba a interpretar a Romeo y ¿hace falta decir quién iba a interpretar el papel de Julieta?.

—No creo que esto pueda seguir así sin ruptura —dijo el hombre pelirrojo, levantándose y estirándose—. El viejo Boulnois debe de ser un hombre chapado a la antigua, pero también puede enfurecerse, aunque no lo creo.

—Es un hombre de gran capacidad intelectual —dijo con una voz profunda Calhoun Kidd.

—Si —respondió Dalroy—, pero incluso un hombre de gran capacidad intelectual no puede ser semejante necio frustrado. ¿Va a ir?. Yo saldré en un minuto o dos.

Pero Calhoun Kidd, después de haberse terminado su ponche de leche se puso en camino hacia Grey Cottage, dejando a su cínico informante con su whisky y su tabaco. Ya no había luz, el cielo se había oscurecido y mostraba un color verde grisáceo, como pizarra, tachonado aquí y allá por alguna estrella, pero más luminoso en la parte izquierda, con la promesa de una luna creciente.

Grey Cottage, atrincherado entre un seto cuadrado y rígido, estaba tan cerca de los pinos y de la palizada del parque que Kidd al principio lo confundió con la residencia del jardinero. Al encontrar el nombre en la estrecha puerta de madera, sin embargo, y observando en su reloj que ya era la hora a la que habían quedado, entró y llamó a la puerta. Dentro del seto pudo ver que la casa, aunque poco pretenciosa, era grande y más lujosa de lo que parecía a primera vista, y era un lugar muy diferente a la residencia de un jardinero. En el jardín había la caseta de un perro y una colmena, como símbolos de la tradicional vida campestre inglesa; la luna se elevaba detrás de los perales, el perro que salió de la caseta tenía un aspecto reverente y parecía reticente a ladrar, y el mayordomo viejo y simple que abrió la puerta era lacónico pero digno.

—Mr. Boulnois me pide que le ofrezca sus disculpas, señor —dijo—, pero se ha visto obligado a salir urgentemente.

—Pero si tengo una cita con él —dijo el entrevistador elevando la voz—. ¿Sabe adonde ha ido?.

—A Pendragon Park, señor —dijo algo sombrío el criado, y comenzó a cerrar la puerta.

Kidd se quedó mirándolo fijamente.

—¿Fue con su esposa... a la fiesta? —preguntó vagamente.

—No, señor —respondió brevemente el otro—, se quedó aquí y luego se fue solo.

Y cerró brutalmente la puerta, pero con aire de no haber cumplido su deber.

El americano —una extraña mezcla de impudicia y sensibilidad— estaba furioso. Sintió el fuerte deseo de sacudirlos a todos y enseñarles modales: al viejo perro canoso, a la vieja cara grisácea del mayordomo con su prehistórica pechera y sobre todo al viejo filósofo de cerebro desquiciado que no sabía mantener una cita.

—Si ése es su modo de actuar, merece perder la más pura devoción de su esposa —dijo Mr. Calhoun Kidd—, pero quizá ha ido para armar una trifulca. En ese caso creo que un hombre del *Western Sun* debería estar presente.

Y doblando la esquina, se puso en camino por la larga avenida de pinos que llevaba, en abrupta perspectiva, hacia los jardines interiores de Pendragon Park. Los árboles eran tan negros y estaban tan bien ordenados como los penachos en un coche fúnebre. Aún se veían pocas estrellas. Era un hombre con más asociaciones literarias que naturales; la expresión «Bosque de cuervos» le vino repetidamente a la mente. En parte se debía al color negro de los pinos, pero en parte también a la atmósfera indescriptible recogida en la gran tragedia de Scott: el olor de algo que murió en el siglo XVIII; el olor de jardines húmedos y urnas rotas, de maldades que nunca serán corregidas, de algo que resulta incurablemente triste porque es extrañamente irreal.

Más de una vez, mientras avanzaba por el oscuro y cuidado camino de trágica artificialidad, se detuvo sobresaltado al creer que oía pasos delante de él. No podía ver nada delante, excepto los sombríos pinos y el resplandor de la luz estelar. Al principio pensó que sólo era su imaginación o que el eco de sus pasos se burlaba de su temor. Pero al continuar se mostró cada vez más inclinado a creer, con los restos de su razón, que realmente se oían otros pasos en el camino. Pensó confusamente en fantasmas, y se sorprendió de lo rápido que podía ver la imagen de un fantasma local, uno con el rostro de un Pierrot y parcheado de negro. El ápice del triangulo de cielo azul oscuro se hacía más brillante y azul, aunque hasta ese momento aún no se había dado cuenta de que la razón estaba en que se acercaba a las luces de la gran casa y del jardín. Sólo sentía que la atmósfera se intensificaba, de que en aquella tristeza había más violencia y secreto, más —dudó en encontrar la palabra y, finalmente, dijo con una risa repentina—, más catastrofismo.

Pasó por más pinos y siguió por el camino sinuoso hasta que se detuvo paralizado como por arte de magia. No merece la pena decir que sintió como si se encontrase en un sueño, pero esta vez experimentó también con certeza que acababa de entrar en un libro, porque nosotros, los seres humanos, estamos acostumbrados a cosas inapropiadas, estamos acostumbrados a la confusión de lo incongruente: ésta es una música con la que nos podemos ir a dormir. Si ocurre una cosa apropiada, nos despierta como el sonido de un acorde perfecto: algo ha ocurrido como si hubiese ocurrido en un cuento olvidado.

Sobre el negro pinar surgió, relampagueando a la luz de la luna, una espada desnuda, como un ligero y centelleante estoque con el que se hubiese sostenido un duelo injusto en ese parque antiguo. Cayó en el camino, frente a él, y brilló en el suelo como una larga aguja. Corrió hasta donde había caído y se inclinó sobre la espada. Vista de cerca tenía un aspecto llamativo: las piedras preciosas rojas en la empuñadura eran dudosas, pero había una suerte de perlas rojas en la hoja que no lo eran tanto.

Miró confuso en la dirección de la que había venido el deslumbrante misil, y vio que en ese punto la fachada de pinos quedaba interrumpida por un sendero más pequeño que avanzaba en ángulos rectos. Cuando se internó en él, pudo ver toda la casa iluminada, con un lago y fuentes en la parte frontal. Sin embargo, no se quedó contemplando esto, pues descubrió

algo más interesante.

Sobre él, en una de las lomas del jardín, había una de esas pequeñas sorpresas pintorescas comunes en los jardines antiguos, una especie de colina redonda o cúpula de hierba, rodeada y coronada con tres macizos concéntricos de rosas y con un reloj de sol en la cúspide. Kidd pudo ver cómo el estilo se elevaba oscuro contra el cielo, parecido a la aleta dorsal de un tiburón, y cómo la luz lunar acariciaba en vano al indolente reloj. Pero además vio algo que también lo acariciaba, aunque sólo por un instante: la figura de un hombre.

Aunque sólo pudo verla un segundo, y aunque vestía de una forma extraña, incluso increíble, embutida de los pies a la cabeza en un traje carmesí con destellos dorados, supo de quién se trataba. Esa cara blanca elevada al cielo, afeitada y tan artificialmente joven, como Byron con una nariz romana, esos rizos negros con vetas grises, todo eso lo había visto en los mil retratos públicos de Sir Claude Champion. La confusa figura roja dio algunas vueltas frente al reloj de sol, luego rodó por la loma verde y cayó a los pies del americano, moviendo ligeramente un brazo. Un ornamento dorado, chillón y artificial en ese mismo brazo recordó a Kidd la obra *Romeo y Julieta,* era evidente que el traje carmesí formaba parte de la obra. Pero había un hilo rojo hasta el lugar de donde había caído que no formaba parte de la obra: había manado de su cuerpo.

Mr. Calhoun Kidd gritó una y otra vez. De nuevo creyó oír pisadas fantasmales y comenzó a percibir a otra figura cerca de él. Conocía a esa figura y quedó aterrorizado. El joven disipado que se había identificado como Dalroy se acercó a él en silencio; si Boulnois no mantenía sus citas, Dalroy tenía una forma siniestra de mantenerlas. La luz de la luna lo empalidecía todo, se reflejaba en el cabello rojo de Dalroy y daba a su rostro un tinte verde pálido.

Todas esas impresiones morbosas debieron de ser la excusa para que Kidd gritase brutalmente y más allá de toda razón:

—¿Ha hecho usted esto, maníaco?.

James Delroy le mostró su desagradable sonrisa, pero antes de que pudiera hablar, la figura del suelo realizó otro movimiento con el brazo, como si quisiese alcanzar el lugar en que había caído la espada, luego emitió un gemido y comenzó a hablar:

—Boulnois... Boulnois, lo hizo... celos de mi..., estaba celoso, celoso...

Kidd inclinó la cabeza para escucharle mejor y entendió unas palabras más:

—Boulnois..., con mi propia espada..., la arrojó...

Una vez más la mano hizo el gesto de querer coger la espada, pero cayó rígida dando un golpe en el suelo. En Kidd surgió de lo más íntimo ese humor corrosivo que es la extraña sal de la seriedad de su raza.

—Mire —dijo abruptamente, como una orden—, tiene que traer a un médico, este hombre está muerto.

—Y un sacerdote, supongo —dijo Dalroy de un modo indescifrable—. Todos estos Champion son papistas.

El americano se arrodilló al lado del cuerpo, sintió que su corazón aún latía, levantó algo su cabeza e hizo esfuerzos por reanimarlo, pero antes de que volviera a aparecer el otro periodista, seguido por un médico y un sacerdote, estaba en condiciones de asegurar que ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —preguntó el médico, un hombre de aspecto sólido y próspero, con

un bigote convencional y largas patillas, pero con una mirada atenta que dirigió a Kidd.

—En un sentido —arrastró las palabras el corresponsal del *Sun—,* he llegado tarde para salvar al hombre, pero supongo que he llegado a tiempo para oír algo de importancia. Oí cómo la víctima denunciaba a su asesino.

—¿Y quién es el asesino? —preguntó el médico, alzando las cejas.

—Boulnois —susurró Calhoin Kidd.

El médico le miró fijamente con una ceja levantada, pero no le contradijo. Entonces, el sacerdote, una figura rechoncha que se mantenía en un segundo plano, dijo tranquilamente:

—Según me han dicho, Mr. Boulnois no iba a venir a Pendragon Park esta noche.

—Así es —dijo malhumorado el yanqui—. Estoy en situación de dar a este viejo país un hecho o dos. Si, señor, John Boulnois iba a quedarse en casa por la noche, pues había fijado conmigo una cita allí. Pero John Boulnois cambió de opinión; John Boulnois dejó de repente su casa y vino a este maldito parque hace una hora. Así me lo dijo su mayordomo. Creo que tenemos lo que la policía suele llamar la clave del crimen. Por cierto, ¿la han avisado?.

—Si —dijo el doctor—, pero no debemos alarmar a nadie más por ahora.

—¿Lo sabe Mistress Boulnois? —preguntó James Dalroy.

Y una vez más Kidd sintió el deseo irracional de golpearle en plena boca.

—No se lo he dicho —dijo rudamente el médico—, pero aquí llega la policía.

El pequeño sacerdote se había alejado un poco, hasta el camino principal, y ahora regresaba con la espada, que parecía excesivamente larga y teatral al lado de esa figura regordeta, al mismo tiempo clerical y algo vulgar.

—Antes de que llegue la policía —dijo con un tono de disculpa—, ¿tiene alguien fuego?.

El periodista americano sacó un mechero de su bolsillo y el sacerdote lo mantuvo en la mitad de la espada, la cual examinó con extremado cuidado. Luego, sin mirar la punta ni la empuñadura, le dio el arma al doctor.

—Me temo que no puedo ser de ninguna ayuda —dijo con un breve suspiro—. Me despido de ustedes caballeros, buenas noches.

Y se fue por el sendero oscuro hacia la casa, con sus manos dobladas a la espalda y su cabeza inclinada en actitud pensativa.

El resto del grupo se dirigió rápidamente hacia la entrada, donde ya se podía ver a un inspector y a dos agentes, hablando con el portero. Pero el pequeño sacerdote fue reduciendo cada vez más su marcha en la penumbra boscosa y, finalmente, se detuvo en las escaleras de la casa como si hubiese sido fulminado por un rayo. Era su modo silencioso de reconocer una aproximación igualmente silenciosa, pues a su encuentro venía una presencia que incluso habría satisfecho las exigencias de Calhoun Kidd respecto a un fantasma hermoso y aristocrático. Era una mujer joven con un vestido de satén plateado de estilo renacentista, tenía el pelo dorado en dos largas trenzas y un rostro tan asombrosamente pálido entre ellas que podría haber estado recamado de oro y marfil, como las estatuas griegas. Pero sus ojos eran muy brillantes, y su voz, aunque baja, confidencial.

—¿Padre Brown? —dijo.

—¿Señora Boulnois? —respondió con seriedad. A continuación la contempló y dijo inmediatamente:

—Ya veo que sabe lo de Sir Claude.

—¿Cómo sabe que lo se? —preguntó con firmeza.

No respondió a esta pregunta, pero realizó otra:

—¿Ha visto a su esposo?.

—Mi esposo está en casa —dijo ella—. No tiene nada que ver con esto.

Tampoco objetó esta afirmación, y la mujer se acercó a él, con una intensa expresión en su rostro.

—¿Tengo que decirle algo más? —dijo con una sonrisa algo temerosa—. No creo que él lo hiciera y usted tampoco lo cree.

El padre Brown la miró fijamente a los ojos y asintió gravemente.

—Padre Brown —dijo la dama—, le voy a contar todo lo que se pero quiero que antes me haga un favor. ¿Me puede decir por qué no ha llegado a la conclusión de que John es culpable como creen los demás?. No importa lo que diga, estoy al corriente de las murmuraciones y de las apariencias que hablan en su contra.

El padre Brown aparecía confuso y pasó la mano por su frente.

—Dos detalles —dijo—, al menos uno de ellos es muy trivial *y* el otro muy vago. Pero los dos contradicen la idea de que Mr. Boulnois ha sido el asesino.

Volvió su cara redonda hacia las estrellas y continuó con mirada ausente:

—Primero el detalle algo vago. Suelo darle mucha importancia a las ideas vagas. Todas esas cosas que no llegan a ser una prueba son las que terminan convenciéndome. Creo que la imposibilidad moral es la más grande de las imposibilidades. Sólo conozco muy superficialmente a su esposo, pero creo que este crimen que se le atribuye, como se ha concebido generalmente, es algo muy parecido a una imposibilidad moral. Por favor, no me interprete mal y crea que no considero a Boulnois tan vil. Cualquiera puede ser vil, tan vil como quiera. Podemos dirigir nuestra voluntad moral, pero por regla general no podemos cambiar nuestras inclinaciones instintivas y el modo de hacer las cosas. Boulnois podría haber cometido un crimen, pero no este crimen. No habría sacado la espada de Romeo de su romántica vaina; ni habría golpeado a su enemigo sobre el reloj de sol como en una suerte de altar; ni habría dejado el cuerpo entre las rosas; ni tampoco habría lanzado la espada entre los pinos. Si Boulnois hubiese matado a alguien, lo habría hecho silenciosa y lentamente, como hace otras cosas, esto es, como se toma una copa de oporto o lee a un poeta griego. No, la puesta en escena romántica no es cosa de Boulnois, resulta más propia de Champion.

—¡Ah! —exclamó ella, y le miró con ojos como diamantes.

—Y lo trivial —dijo Brown— era esto: había huellas dactilares en la espada; esas huellas se pueden detectar bastante tiempo después de haberlas dejado si están en una superficie pulida como el cristal o el acero. Éstas estaban en una superficie pulida y, además, en el centro de la hoja. No tengo ni idea de quién pueden ser esas huellas, pero ¿por qué tendría alguien que sujetar la espada por la hoja?. Era una espada larga, y la longitud es una ventaja en el combate contra el enemigo, al menos contra la mayoría de los enemigos, en realidad, contra todos los enemigos, excepto uno.

—¡Excepto uno! —exclamó ella.

—Sólo hay un enemigo —dijo el padre Brown— al que es más fácil matar con una daga que con una espada.

—Ya lo sé —dijo la mujer—, a uno mismo.

Hubo un largo silencio, y luego el sacerdote dijo tranquila pero abruptamente:

—Entonces ¿estoy en lo cierto?. ¿Se suicidó Sir Claude?.

—Si —dijo ella con un semblante como el mármol—, yo vi cómo lo hacía.

—¿Murió —preguntó el padre Brown— por amor a usted?.

Una extraordinaria expresión atravesó su rostro, muy diferente a la piedad, a la modestia, al remordimiento o a algo de lo esperado por su compañero. Su voz se tornó repentinamente fuerte y llena:

—No creo —dijo ella— que yo le importara algo. Odiaba a mi esposo.

—¿Por qué? —preguntó el otro, y dirigió su cara redonda del cielo hacia la dama.

—Odiaba a mi esposo porque..., es extraño, no sé cómo expresarlo... porque...

—¿Si? —dijo pacientemente Brown.

—Porque mi esposo no le odiaba.

El padre Brown se limitó a asentir y pareció seguir escuchando. Difería de la mayoría de los detectives, reales y ficticios, en un detalle: nunca pretendía no comprender cuando había comprendido muy bien.

La señora Boulnois siguió hablando con la misma expresión ardiente de certeza.

—Mi esposo —dijo— es un gran hombre. Sir Claude Champion no lo era, sólo era un hombre famoso y con éxito. Mi esposo jamás ha sido famoso ni ha tenido éxito, y es la solemne verdad que jamás ha soñado con ello. Cree que puede hacerse menos famoso por su pensamiento que por fumar cigarros. En ese aspecto hace gala de una estupidez espléndida. Jamás ha madurado. Le seguía gustando Champion del mismo modo en que le gustaba en la escuela. Lo admiraba como hubiese admirado un truco de mesa, pero jamás hubiese concebido la noción de un Champion envidiado. Y Champion deseaba ser envidiado. Se volvió loco y se mató por eso.

—Si —dijo el padre Brown—, creo que comienzo a comprender.

—¡Oh!, ¿no lo ve? —exclamó—, todo lo ha planeado como un escenario. Champion le puso una casita a John en la entrada de la suya, como un sirviente, para hacerle sentir su fracaso, pero él jamás lo sintió. Nunca piensa en esas cosas, al menos no más que un león de mente ausente. Champion podía irrumpir en el momento más inoportuno, en plena comida hogareña, con algún regalo sorprendente, con el anuncio de una expedición o de una visita exótica, como la de Harún al Rashid, y John lo aceptaba o rechazaba amigablemente sin inmutarse, como un escolar perezoso disiente o no de otro. John no cambió nada en cinco años, y Sir Claude se convirtió en un monomaníaco.

—Y Hamán les contó —dijo el padre Brown con voz soñadora— con cuántas cosas les había honrado el rey... Y después de una pequeña pausa, continuó:

—Todas esas cosas no me son de utilidad mientras vea a Mordecai, el judío, sentado ante la puerta.

—Llegó la crisis —siguió Mistress Boulnois— cuando logré persuadir a John de que me diera algunas de sus especulaciones científicas para enviarlas a una revista. Empezó a concitar la atención, especialmente en América, y un periódico quiso entrevistarlo. Cuando Champion —que era entrevistado casi todos los días—tuvo conocimiento de esas migajas de éxito de su inconsciente rival, su odio diabólico se disparó. Entonces comenzó a tramar esa enfermiza victoria sobre mi propio amor y mi honor, que ha sido tema de conversación en sociedad. Me preguntará por qué permití esas atroces atenciones. Le respondo que no

pude rechazarlas salvo explicando sus motivos a mi esposo, y hay algunas cosas que el alma no puede hacer cuando el cuerpo no puede volar. Nadie se lo podría haber explicado a mi esposo, y nadie puede explicárselo ahora. Si usted le dice, con todas las palabras, «Champion le está robando a su esposa», pensaría que es una broma vulgar, que sólo puede tratarse de una broma, otra noción no podría penetrar en su cerebro. Bien, John iba a venir esta noche para vernos actuar, pero en el momento en que íbamos a salir, me dijo que no podía, pues tenía un libro muy interesante y un buen cigarro. Se lo dije a Sir Claude, y eso le causó una ansiedad mortal. El monomaníaco se desesperó. Se hirió a si mismo gritando como un demonio que Boulnais le estaba asesinando. Allí quedó muerto, en el jardín, víctima de sus celos por producir celos, mientras John estaba sentado en el salón leyendo un libro. Se produjo otro silencio, y después el sacerdote dijo: —Sólo hay un punto débil, Mistress Boulnois, en su animado relato. Su esposo no está en el salón leyendo un libro. Un periodista americano me acaba de decir que estuvo en su casa y su mayordomo le dijo que, después de todo, su esposo había venido a Pendragon Park.

Sus brillantes ojos se abrieron y refulgieron con una intensidad eléctrica, y ahora reflejaban perplejidad en vez de miedo o inseguridad.

—¿Qué quiere decir? —exclamó—. ¡Todos los criados estaban fuera de casa, viendo la obra de teatro, y no tenemos mayordomo, gracias a Dios!.

El padre Brown la miró fijamente y giró como una absurda peonza.

—¿Qué?. ¿Qué? —gritó galvanizado—. Mire, ¿podré encontrar a su esposo si voy a su casa?.

—¡Oh!, los sirvientes estarán regresando ahora —dijo ella con sorpresa.

—¡Cierto!. ¡Cierto! —repitió enérgicamente el clérigo, y salió disparado por el sendero hacia la puerta del parque.

Cuando había avanzado una corta distancia, se volvió y dijo:

—Lo mejor será que tenga cuidado de ese yanqui, o el titular «Crimen de John Boulnois» estará en todos los periódicos.

—No lo entiende —dijo Mistress Boulnois—, no le importaría, no creo que se imagine que América es un lugar real.

Cuando el padre Brown alcanzó la casa con el panal de abejas y la caseta de perro, una criada pequeña y aseada le mostró el salón donde, efectivamente, Boulnois estaba sentado leyendo al lado de una lámpara, exactamente como su esposa lo había descrito. Una botella de oporto y una copa estaban a la altura de su codo, y en el instante en que entró, el sacerdote notó la larga ceniza que aún permanecía en el cigarro.

«Ha estado aquí al menos media hora», pensó el padre Brown. De hecho, tenía el aspecto de haber estado allí sentado desde la cena.

—No se levante, Mr. Boulnois —dijo con su habitual tono amable y prosaico el sacerdote— sólo le interrumpiré un momento. Me temo que le importuno en medio de sus estudios científicos.

—No —dijo Boulnois—, estaba leyendo *El dedo sangriento* —dijo sin sonreír ni fruncir el entrecejo, y su visitante fue conciente de cierta indiferencia profunda y viril, calificada por su esposa como «grandeza». Dejó a un lado su cuento de terror sin ni siquiera sentir su incongruencia como para comentarla humorísticamente. John Boulnois era un hombre grande, lento de movimientos y con una cabeza maciza, en parte gris y en parte calva. Llevaba un traje de etiqueta gastado y muy pasado de moda, con una abertura triangular en

la pechera de la camisa. Se lo había puesto con la intención original de ver actuar a su esposa como Julieta.

—No le voy a apartar mucho tiempo de *El dedo sangriento* ni de sus asuntos catastróficos —dijo sonriendo el padre Brown—.

Sólo he venido a preguntarle sobre el crimen que ha cometido esta noche.

Boulnois se quedó mirándolo fijamente, pero una mancha roja comenzó a dibujarse en su amplia frente. Pareció sentirse confuso por primera vez.

—Se que ha sido un crimen extraño —asintió en voz baja el padre Brown—, para usted quizá aún más extraño. Los pequeños pecados son a veces más duros de confesar que los grandes, pero por eso resulta tan importante confesarlos. Su crimen lo comete toda anfitriona de moda seis veces a la semana, y ahora usted lo considera una atrocidad sin nombre.

—A uno le hace parecer —dijo lentamente el filósofo— un completo idiota.

—Lo sé —asintió el otro—, pero a veces hay que elegir entre parecer o ser un completo idiota.

—No puedo analizarme bien a mi mismo —siguió Boulnois—, pero sentado en este sillón con esta historia era tan feliz como un escolar en un día de vacaciones. Era seguridad, eternidad..., no lo puedo expresar bien..., los cigarros estaban al alcance de la mano, al igual que las cerillas..., también tenía *El dedo sangriento...,* no sólo era la paz, sino la plenitud. Entonces sonó el timbre durante un minuto largo y mortal y no pude levantarme del sillón, literal, física y muscularmente no pude. Luego lo hice como un hombre que levanta en vilo el mundo, ya que sabía que no quedaba ningún criado. Abrí la puerta y había un hombre pequeño con la boca abierta dispuesta a hablar y su libreta abierta para escribir. Recordé al yanqui entrevistador, al que había olvidado por completo. Su pelo llevaba una raya en la mitad y le digo que ese asesinato...

—Comprendo —dijo el padre Brown—, he estado allí.

—Yo no he cometido ningún asesinato —continuó suavemente el catastrofista—, sólo perjurio. Dije que me había ido a Pendragon Park y le cerré la puerta. Ése es mi crimen, padre Brown, y no se qué pena me puede aplicar por ello.

—Yo no aplico ninguna pena —dijo el sacerdote, recogiendo pesadamente su sombrero y su paraguas con aire divertido—, todo lo contrario. He venido especialmente a quitarle la pequeña pena que de otro modo habría seguido a su pequeña ofensa.

—¿Y cuál es la pequeña pena —preguntó sonriente Boulnois— de la que he tenido tanta suerte de quedar liberado?.

—La de ser colgado —dijo el padre Brown.

EL CUENTO DE HADAS DEL PADRE BROWN

La ciudad pintoresca y el Estado de Heiligwaldenstein formaban uno de esos principados de juguete que aún constituyen el Imperio Alemán. Había caído bajo la hegemonía prusiana hacía tiempo, cincuenta años antes del verano en que Flambeau y el padre Brown se encontraban sentados en sus jardines bebiendo cerveza. Ninguna guerra ni ningún ajuste de cuentas habían desaparecido de la memoria de sus habitantes, como mostraremos a continuación. Pero al contemplarlo todo uno no podía evitar la impresión de infantilidad; ésa es la parte más encantadora de Alemania, de esas pequeñas monarquías paternales de pantomima en las que un rey parece más doméstico que un cocinero. Los soldados alemanes, en las innumerables garitas, parecían de plomo, y las almenas limpiamente recortadas del castillo, doradas por los rayos del sol, parecían hechas de pan de jengibre. Porque hacía un tiempo excepcional. El cielo era de un azul tan prusiano como lo podría requerir Potsdam, pero se parecía más a ese uso despilfarrador y ardiente que los niños hacen del color. Incluso los árboles vestidos de gris parecían jóvenes, pues sus brotes aún eran rosa y contra el intenso azul del cielo daban la impresión de ser innumerables figuras infantiles.

Pese a su apariencia prosaica y a su modo práctico de conducirse en la vida, el padre Brown no carecía de cierto toque romántico, aunque solía guardarse para si sus sueños, como lo hacen muchos niños. Entre los vivos y brillantes colores de ese día, y en el marco heráldico de esa ciudad, sentía como si estuviese en un cuento de hadas. Encontró un placer infantil, como es corriente en un hermano menor, en el formidable bastón estoque que Flambeau siempre agitaba mientras caminaba y que ahora reposaba vertical al lado de su jarra muniquesa. No, en su irresponsabilidad soñolienta se habría encontrado incluso mirando la empuñadura nudosa y desgastada de su deslustrado paraguas con los recuerdos de un ogro en un libro coloreado para niños. Pero era incapaz de componer algo ficticio, a no ser en el cuento que sigue a continuación:

—Me pregunto —dijo— si alguien puede tener aventuras reales en un lugar como éste, si uno se podría poner en el estado de ánimo. Es un escenario espléndido para ellas, pero siempre siento que lucharían con uno valiéndose de sables de cartón antes que con reales y horribles espadas.

—Está equivocado —dijo su amigo—, en este lugar no sólo luchan con espadas, sino que matan sin ellas, y hay algo aún peor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el padre Brown.

—Porque —respondió el otro— éste es el único sitio en Europa en que dispararon sin armas de fuego a un hombre.

—¿Se refiere a un arco y una flecha? —preguntó algo maravillado el padre Brown.

—Me refiero a una bala en el cerebro —respondió Flambeau—. ¿No conoce la historia del último príncipe de este lugar?. Fue uno de los misterios policíacos más grandes hace veinte años. Como recordará, este principado fue anexado por la fuerza en tiempos de los primeros intentos de consolidación de Bismarck, pero a la fuerza no significa fácilmente. El Imperio —o lo que fuese—envió al Príncipe Otto von Grossenmark a gobernar el lugar según los intereses imperiales. Vimos su retrato en la galería, un viejo caballero apuesto si hubiese tenido pelo o cejas y si no se hubiese arrugado como un buitre. Pero al tomar el poder descubrió algunas circunstancias que le intranquilizaron, como explicaré dentro de un

minuto. Era un soldado de conducta distinguida y con éxito, pero no fue un trabajo fácil el que le encargaron en este país. Fue derrotado en varias batallas por los célebres hermanos Arnhold, los tres patriotas de la guerrilla a los que Swinburne escribió un poema, ya recordará:

Lobos con piel de armiño, Cuervos coronados que son reyes, Son más abundantes que las sabandijas, Pero hay tres que los resistirán.

O algo por el estilo. Efectivamente, resulta cierto que la ocupación no se habría consumado si uno de los tres hermanos, Paul, despreciable pero decisivamente, no hubiese declinado resistirlos y, confesando todos los secretos de la insurrección, no se hubiese pasado al enemigo aceptando el puesto de chambelán del príncipe Otto. Después de esto, Ludwig, el héroe más genuino entre los héroes de Swinburne, murió con la espada en la mano cuando intentaban capturar la ciudad. Y el tercero, Heinrich, quien, aunque no fue un traidor, siempre había sido sumiso y tímido comparado con sus activos hermanos, se retiró como un eremita y se convirtió a un cristianismo pietista muy parecido al de los cuáqueros. Nunca se mezcló con los hombres excepto para dar a los pobres todo lo que tenía. Me han contado que no hace mucho se le pudo ver cerca de aquí: un hombre vestido de negro, con el pelo blanco y enmarañado, pero con un rostro de sorprendente serenidad.

—Lo sé —dijo el padre Brown—, yo le vi una vez.

Su amigo le miró con sorpresa.

—No sabía que había estado aquí antes —dijo—. Quizá sepa de todo esto lo mismo o más que yo. De todos modos, ésa es la historia de los Arnhold, y él ha sido el último de su estirpe y de todos los que desempeñaron un papel en ese drama.

—¿Quiere decir que el príncipe murió tiempo antes?.

—«Murió» —repitió Flambeau—, y eso es todo lo que podemos decir. Debe comprender que hacia el final de su vida comenzó a padecer de los nervios como resulta habitual en los tiranos. Aumentó considerablemente tanto la guardia diurna como la nocturna alrededor de su castillo hasta que parecía haber más garitas que casas en la ciudad, y los tipos considerados sospechosos fueron fusilados sin contemplaciones. Vivía prácticamente recluido en una habitación que estaba en el centro del enorme laberinto formado por todas las habitaciones e incluso en ella erigió una especie de cabina o armario, reforzado de acero, como una caja fuerte o un acorazado. Algunos dicen que debajo de ese habitáculo aún había un agujero secreto con el tamaño necesario para albergarle, asique, debido a la ansiedad por huir de la tumba, estaba dispuesto a introducirse en un espacio muy parecido. Pero fue más lejos. El populacho había sido desarmado desde la supresión de la revuelta, pero Otto insistió, como raras veces ha insistido un gobernante, en desarmarlo absolutamente. Ese desarme se llevó a cabo con una severidad extraordinaria, por oficiales bien organizados que inspeccionaron cada centímetro de un área pequeña y familiar. Hasta donde la fuerza humana y la ciencia pueden llegar, el príncipe Otto quedó convencido de que nadie podía portar una pistola, aunque fuese de juguete, en todo Heiligwaldenstein.

—La ciencia humana nunca puede adquirir una certeza absoluta acerca de ese tipo de cosas —dijo el padre Brown, aún mirando los brotes rosados de las ramas sobre su cabeza—, y sólo por las dificultades sobre la definición y la connotación. ¿Qué es un *arma?*. Hay gente que ha sido asesinada con los objetos más domésticos y confortables, como teteras, etc. Por otra parte, si usted mostraba a un britano antiguo un revólver, dudo mucho que lo

identificase como un arma, antes de que le dispararan con ella, desde luego. Quizá alguien introdujo un arma tan moderna que ni siquiera parecía un arma de fuego, quizá parecía un dedal o algo así. ¿Tenía la bala una forma peculiar?.

—No he oído nada al respecto —respondió Flambeau—, pero toda mi información es fragmentaria y procede de mi viejo amigo Grimm. Era un detective muy capaz en el servicio secreto alemán e intentó arrestarme, pero yo fui el que lo arrestó a él y sostuvimos conversaciones muy interesantes. Estuvo aquí a cargo del caso del príncipe Otto, pero se me olvidó preguntarle acerca de la bala. Según Grimm, ocurrió lo siguiente.

Se detuvo un momento, tomó un largo trago de cerveza y prosiguió:

—En la noche en cuestión, por lo que parece, se esperaba que el príncipe saliera a una de las habitaciones exteriores, ya que tenía que recibir a unos visitantes a los que realmente deseaba ver. Eran expertos geólogos enviados para investigar la vieja cuestión de la existencia de oro en los alrededores, con el cual se suponía que la ciudad había mantenido su crédito y había estado en condiciones de negociar con sus vecinos incluso bajo los incesantes bombardeos de grandes ejércitos. Sin embargo, jamás se había encontrado huella alguna de oro, ni con las investigaciones más minuciosas...

—... empleadas en descubrir una pistola de juguete —dijo con una sonrisa el padre Brown— Pero, ¿qué pasó con el hermano consejero?. ¿No tenía nada que decirle al príncipe?.

—Siempre afirmó que no lo sabía —respondió Flambeau—, que ése fue el único secreto que sus hermanos no le revelaron. Sólo se puede decir que se enteró por algunas palabras fuera de contexto pronunciadas por el gran Ludwig en la hora de su muerte, cuando miró a Heinrich pero señaló a Paul y dijo: «No se lo digas...» y poco después ya fue incapaz de hablar. De todos modos, la delegación de distinguidos geólogos y mineralogistas de París y Berlín estaba allí con sus trajes más apropiados y magníficos, pues no hay personas a las que les guste más llevar condecoraciones que a los hombres de ciencia, como sabe todo aquel que ha asistido a una reunión de la Royal Society. Era una reunión espléndida, pero muy tarde, y el chambelán —también ha visto su retrato en la galería: un hombre de cejas negras, ojos serios y una especie de sonrisa insignificante—, el chambelán, digo, descubrió que todos estaban allí excepto el príncipe. Buscó por los salones externos; luego, recordando que el hombre estaba loco de miedo, se dirigió a la cámara interna. También estaba vacía, pero la cabina de acero erigida en el centro estaba algo abierta. Cuando la abrió del todo, apareció vacía, asique miró en el agujero del suelo, que parecía más profundo, aunque su aspecto era el de una tumba, ésa fue su impresión, en todo caso. Pero mientras estaba allí, oyó gritos y un tumulto en las habitaciones y pasillos adyacentes.

Al principio oyó un estrépito y sintió como un temblor, algo impensable, ni siquiera más allá del castillo. Poco después resonó un clamor muy cercano, y lo suficientemente alto como para distinguirlo si una palabra no hubiese sido pisada por otra. Después se oyeron palabras de una terrible nitidez, que se aproximaban cada vez más, y de repente apareció un hombre en la habitación que comunicó las noticias tan brevemente como pudo.

Otto, príncipe de Heiligwaldenstein y Grossenmark, yacía en la oscuridad del bosque, con sus brazos extendidos y la cara mirando hacia la luna. La sangre aún brotaba de su mandíbula, pero ésta era la única parte de él que se movía como si aún poseyera vida. Estaba vestido con su uniforme blanco y amarillo, como para recibir a sus huéspedes, excepto por su fajín que estaba suelto a su lado. Antes de que pudiesen levantarlo, murió. Pero, vivo o muerto, era un enigma; él, que se había escondido siempre en la cámara más recóndita, yacía ahora en el húmedo bosque, desarmado y solo.

—¿Quién encontró su cuerpo? —preguntó el padre Brown.

—Una joven que trabajaba en la Corte llamada Hedwig von algo —respondió su amigo—; lo encontró cuando recogía flores en el bosque.

—¿Y recogió alguna? —preguntó el sacerdote mirando las ramas sobre su cabeza.

—Si —respondió Flambeau—. Recuerdo perfectamente que el chambelán, o Grimm o alguien dijo lo horrible que fue cuando llegaron y vieron a la joven inclinándose sobre el cadáver y sosteniendo un ramo de flores. Sin embargo, el punto principal es que antes de llegar ya había muerto y que las noticias, desde luego, tenían que llegar al castillo. La consternación que todo esto creó fue más allá de lo que es natural en una Corte cuando fallece un potentado. Los visitantes extranjeros, especialmente los expertos mineros, estaban de lo más excitados, al igual que los oficiales prusianos, y pronto resultó claro que la búsqueda del tesoro era un negocio más grande de lo que la gente había supuesto. Los expertos y los oficiales se habían prometido sabrosas recompensas y ventajas internacionales, y más de uno compartía la opinión de que las estancias secretas del príncipe y la fuerte protección militar se debían más a una investigación privada que al miedo al populacho.

—¿Tenían las flores largos tallos? —preguntó el padre Brown.

Flambeau lo miró fijamente.

—Verdaderamente, usted es una persona extraña —dijo—. Eso es exactamente lo que comentó Grimm. Dijo que la parte más desagradable de todo, más que la sangre y la bala, fue que las flores apenas tenían tallo, fueron cortadas prácticamente por el cáliz.

—Desde luego —dijo el sacerdote—, cuando una joven crecida está realmente cortando flores, las recoge normalmente con todo el tallo. Si recoge las flores como lo haría una niña, parece como si...

Y entonces dudó.

—¿Cómo si...? —inquirió el otro.

—Bueno, parece como si las hubiese cortado nerviosa, como una excusa para justificar su estancia allí, esto es, después de estar allí.

—Sé adonde quiere ir a parar —dijo tristemente Flambeau—, pero ésa y cualquier otra sospecha tiene un punto débil, la necesidad de un arma. Pudo haber sido asesinado, como usted dice, con otras cosas, incluso con su fajín militar, pero no tenemos que explicar cómo fue asesinado, sino cómo fue disparado. Y el hecho es que no podemos. Buscaron a la joven, pues, para decir la verdad, resultaba algo sospechosa, pues era la sobrina del viejo chambelán Paul Arnhold, a quien cuidaba. Al parecer, era muy romántica, y se creía que tenía simpatías por el viejo entusiasmo revolucionario. Pero da igual, por muy romántico que uno sea, no nos podemos imaginar una gran bala en una mandíbula o en un cerebro humanos sin usar una pistola. Y no había pistola, aunque hubo dos tiros. ¿Qué me dice ahora, amigo mío?.

—¿Cómo sabe que hubo dos disparos? —preguntó el pequeño sacerdote.

—Sólo tenía una herida en la cabeza —dijo su compañero—, pero había otro agujero de bala en su fajín.

El padre Brown frunció repentinamente las cejas.

—¿Encontraron la otra bala? —preguntó.

Flambeau dudó un poco.

—No lo recuerdo —dijo.

—¡Vamos, vamos, recuérdelo! —exclamó el padre Brown, frunciendo más y más las cejas con una inusual concentración de curiosidad. No me crea descortés, déjeme pensar un momento.

—De acuerdo —dijo Flambeau y apuró su cerveza.

Una ligera brisa sacudió las ramas de los árboles y desplazó nubes pequeñas de color blanco y rosa que intensificaron el azul del cielo, procurando un mayor brillo al escenario. Podrían haber sido querubines volando hacia sus hogares desde una especie de guardería celestial. La torre más antigua del castillo, la Torre del Dragón, se erigía tan grotesca como la jarra de cerveza, pero igual de acogedora. Más allá de la torre centelleaba el bosque en el que el hombre había yacido muerto.

—¿Qué fue de esa Hedwig? —preguntó finalmente el sacerdote.

—Contrajo matrimonio con el general Schwartz —dijo Flambeau—. Seguro que ha oído hablar de su carrera, fue bastante romántica. Se distinguió incluso antes de sus proezas en Sadowa y Gravelotte; en realidad, ascendió desde soldado raso, lo cual es muy inusual incluso en los más pequeños...

El padre Brown se levantó de repente.

—¡Ascendió desde soldado raso! —exclamó, y sus labios parecieron querer silbar—. Bueno, bueno, qué historia más extraña. Qué forma más rara de matar a un hombre, pero supongo que era la única posible. Pero pensar así del odio...

—¿Qué quiere decir? —demandó el otro—. ¿Cómo lo mataron?.

—Lo mataron con el fajín —dijo cuidadosamente Brown.

Y cuando Flambeau protestó, respondió:

—Si, si, ya se lo de la bala. Quizá debería decir que murió por tener un fajín. Ya sé que no suena como tener una enfermedad.

—Supongo —dijo Flambeau— que tiene alguna idea en la cabeza, pero no creo que explique lo de la bala. Como le dije antes, podría haber sido fácilmente estrangulado. Pero fue disparado. ¿Por quién?. ¿Por qué?.

—Fue disparado obedeciendo sus órdenes —dijo el sacerdote.

—Entonces ¿cometió suicidio?.

—No he dicho según sus deseos —dijo el padre Brown—, sino según sus propias órdenes.

—Bueno, como sea, ¿cuál es su teoría?.

El padre Brown se rió.

—Estoy de vacaciones —dijo—, no tengo ninguna teoría. Pero este lugar me recuerda los cuentos de hadas y, si quiere, le contaré uno.

Las pequeñas nubes rosas, que parecían algodón dulce, flotaron sobre los torreones del castillo, dorado como el pan de jengibre, y los brotes rosados de los árboles parecían querer alcanzarlas; el cielo azul comenzó a tornarse de un violeta brillante y nocturno, cuando el padre Brown comenzó de nuevo a hablar:

—Fue una noche funesta, con la lluvia empapando los árboles, cuando el príncipe Otto de Grossenmark salió apresuradamente por una puerta lateral del castillo y se introdujo velozmente en el bosque. Uno de los innumerables centinelas lo saludó, pero él no lo notó. Tampoco tenía ningún interés en llamar la atención. Estuvo contento cuando penetró entre

los grandes árboles grises y brillantes por la lluvia, siendo tragado como si hubiese caído en un pantano. Había elegido deliberadamente la parte menos frecuentada de su palacio, pero incluso ésta estaba más frecuentada de lo que hubiese querido. Además, en su salida no había ningún motivo oficial o diplomático. Se había debido a un impulso repentino. Todos los diplomáticos vestidos de gala dejados atrás carecían de importancia. Se había dado cuenta de repente de que lo podía hacer sin ellos.

Su gran pasión no era la más noble del miedo a la muerte, sino la ambición de oro. Y por esa leyenda del oro había abandonado Grossenmark y había invadido Heiligwaldenstein. Por esta razón, y sólo por ésta, había comprado al traidor y despedazado al héroe, por ella había interrogado incesantemente al falso chambelán hasta que llegó a la conclusión, en lo concerniente a su ignorancia, de que el renegado decía la verdad. Por este motivo había pagado y prometido dinero, no sin renuencia, con el fin de obtener la ganancia suprema, y por este motivo también había salido de su palacio como un ladrón en la noche, pues se le había ocurrido otro modo de conseguir sus fines y de conseguirlos gratis.

En la cumbre de la montaña por la que discurría el sendero que seguía, entre las rocas que colgaban sobre el pueblo, vivía el eremita en una caverna cubierta de espinos, en la que había vivido hasta entonces oculto al mundo. El príncipe Otto pensó que no habría ninguna razón para que le negase el oro. Había conocido la existencia de su refugio desde hacía años y no intentó encontrarlo, ni siquiera antes de que su credo ascético le hubiese aislado de la propiedad y los placeres. Cierto, había sido su enemigo, pero ahora profesaba el deber de no tener enemigos. Alguna concesión a su causa, alguna apelación a sus principios podrían probablemente inducirle a revelar el secreto. Otto no era cobarde, pese a su tupida red de precauciones militares y, en todo caso, su avaricia era más fuerte que sus miedos. Pero tampoco había allí muchas razones para tener miedo. Desde que tuvo la certeza de que no quedaban armas en todo el principado, aún estuvo más seguro de que en el último lugar donde podría haberlas sería en la cueva del eremita, donde se alimentaba de hierbas con dos rústicos y viejos criados, y sin oír ninguna otra voz humana durante años. El príncipe Otto miró hacia abajo, hacia el laberinto brillante y rectilíneo de la ciudad iluminada, con una sonrisa en los labios, pues hasta donde su vista podía alcanzar sólo se veían las armas de sus amigos y ni un gramo de pólvora de sus enemigos. Los soldados se encontraban tan cerca de la falda de la montaña que un grito bastaría para tenerlos en lo alto de la colina, por no decir nada del hecho de que tanto el sendero como el bosque eran patrullados a intervalos regulares, así se evitaba que penetrase en la ciudad cualquier enemigo. Y alrededor del palacio había vigilantes por todas partes, en el norte, en el sur, el este y el oeste. Estaba a salvo.

Aún aumentó su certeza cuando llegó al risco y encontró lo desnudo y apartado que estaba el nido en que vivía su viejo enemigo. Se encontró en una pequeña plataforma sobre una roca, rota abruptamente por las tres esquinas de un precipicio. Detrás se hallaba la oscura caverna, tapada con espino verde, y cuya boca era tan estrecha que parecía increíble que alguien pudiese entrar allí. Frente a ella estaba el precipicio y la vasta pero nubosa visión del valle. En la pequeña plataforma había un viejo atril de bronce soportando una Biblia alemana enorme. El bronce se había tornado de color verde debido a la exposición al aire y a la humedad en aquel lugar exaltado. Otto pensó instantáneamente que si tenían armas ya estarían oxidadas. La luna había aparecido sobre las crestas rocosas y la lluvia había cesado.

Detrás del atril, y mirando hacia el valle, estaba de pie un hombre muy viejo con una túnica negra que caía recta hasta tocar el suelo, pero su pelo blanco y su débil voz parecían ondear

en el viento. Era evidente que estaba leyendo alguna lección diaria como parte de sus ejercicios religiosos.

—Confiaron en sus caballos...

—Señor —dijo con una cortesía inusual el príncipe de Heiligwaldenstein—, sólo quisiera intercambiar unas palabras con usted.

—...y en sus carros —siguió débilmente el hombre—, pero nosotros creeremos en el Señor de los Ejércitos...

Sus últimas palabras fueron inaudibles, pero cerró reverentemente el libro y, aun siendo casi ciego, hizo un movimiento incierto y cogió el atril. Al instante sus dos criados salieron de la caverna y lo sostuvieron. Llevaban túnicas negras como la suya, pero no tenían el pelo plateado ni el mismo refinamiento en sus rasgos. Eran campesinos, croatas o magiares, con rostros anchos y obtusos. Por primera vez algo confundió al príncipe, pero su coraje y su sentido diplomático permanecieron firmes.

—Me temo que nunca nos hemos encontrado —dijo— desde aquel horrible bombardeo en el que murió su pobre hermano.

—Todos mis hermanos murieron —dijo el anciano, aún mirando hacia el valle.

Entonces, y por un instante, giró la cabeza y miró a Otto con sus rasgos delicados y el pelo ondeando al viento, que a veces caía como carámbanos sobre sus cejas. Poco después, añadió:

—Como ve, yo también estoy muerto.

—Espero que comprenda —dijo el príncipe, controlándose hasta llegar a un punto cercano a la reconciliación— que no he venido a capturarle como un fantasma de aquellas batallas. No hablemos de qué fue correcto o incorrecto en aquellos tiempos, porque ustedes siempre obraron con corrección. Lo mismo se puede decir de la política de su familia, nadie puede imaginar ni por un momento que les movía exclusivamente el oro; ustedes quedaron más allá de toda sospecha de que...

El anciano con la túnica negra había continuado mirándole con sus ojos azules y una gesto de sabiduría. Pero cuando pronunció la palabra «oro» levantó la mano como interrumpiendo algo y volvió su rostro hacia las montañas.

—Ha hablado de oro —dijo—. Ha hablado de cosas ilegítimas. Haced que deje de hablar.

Otto tenía el vicio propio de su tipo prusiano y de su tradición, que es considerar el éxito no como un incidente sino como una cualidad. Se concebía a si mismo y a sus semejantes como gente perpetuamente conquistadora que era, a su vez, continuamente conquistada. Consecuentemente, no estaba preparado para la sorpresa ni tampoco para realizar el próximo movimiento, que quedó en un mero amago. Acababa de abrir la boca para dirigirse al eremita cuando fue detenido y la voz quedó estrangulada por una mordaza que rodeó su cabeza como un torniquete. Aún pasaron cuarenta segundos hasta que se dio cuenta de que los dos criados húngaros eran los culpables y que lo habían hecho con su fajín militar.

El anciano volvió débilmente a su gran Biblia, pasó unas hojas con una paciencia siniestra y se detuvo al llegar a un pasaje, entonces comenzó a leer:

—La lengua es un órgano pequeño, pero...

Algo en su voz obligó al príncipe a salir corriendo por el sendero de la montaña. Se encontraba a medio camino de los jardines de palacio cuando se atrevió a tirar del fajín que apretaba su cuello y su mandíbula. Lo intentó una y otra vez, pero era imposible quitárselo;

el hombre que había hecho el nudo conocía muy bien la diferencia entre lo que puede hacer un hombre con las manos por delante y lo que puede hacer con las manos por detrás de la cabeza. Sus piernas estaban libres para correr como un antílope, sus brazos estaban libres para hacer gestos o señales, pero no podía hablar. Un demonio mudo se encontraba en su interior.

Había llegado cerca del bosque que rodea al castillo antes de haberse dado cuenta de lo que significaba su estado de desvalimiento y lo que podría significar. Una vez más miró hacia la estructura laberíntica y luminosa de la ciudad debajo de él, pero esta vez ya no sonrió. Se escuchó a si mismo repitiendo las frases de su anterior estado de ánimo con criminal ironía. A lo lejos pudo ver las armas de sus hombres, cada uno de los cuales podía dispararle al instante si no daba la contraseña. No tardaría en pasar alguna patrulla por el bosque o por el sendero, asique era inútil esconderse en el bosque hasta que amaneciese. Los soldados estaban dispuestos de tal manera que nadie podía introducirse en la ciudad, asique era en vano volver a la ciudad por otro camino. Un grito suyo podría atraer a sus hombres a la colina, pero de él no saldría ningún grito.

La luna brillaba y el cielo había adquirido un tono azul nocturno y brillante sobre los perfiles negros de los árboles que rodeaban al castillo. Algunas flores, en las que nunca se había fijado, se tornaron luminosas y blanquecinas por la luz de la luna, creando una atmósfera indescriptiblemente fantástica, como si se desplazaran entre las raíces de los árboles. Quizá su capacidad de razonar había quedado debilitada por la cautividad artificial que llevaba consigo, pero en aquel bosque sintió algo insondablemente alemán: un cuento de hadas. Parte de su mente le decía que se acercaba al castillo de un ogro, pero había olvidado que precisamente él era el ogro. Recordó cuando le preguntaba a su madre si en el jardín de la casa vivían osos. Se paró a recoger una flor, como si fuera un medio de romper el encantamiento. El tallo era más fuerte de lo que había creído y se rompió con un ligero chasquido. Intentando insertarlo en su fajín, oyó una voz:

—¿Quién va?.

Entonces recordó que su fajín no estaba en el sitio habitual. Intentó gritar pero sólo hubo silencio. Una vez más pidieron la contraseña, y luego un tiro rompió el silencio y después del impacto reinó de nuevo el sosiego. Otto von Grossenmark yacía pacíficamente entre los árboles, y ya no podía hacer más daño ni con el acero ni con el oro, sólo el pincel de la luna trazaría aquí y allá algún intrincado ornamento en su uniforme o en las viejas arrugas de su frente. Que Dios tenga piedad de su alma.

El centinela que había disparado, de acuerdo a las órdenes estrictas de la guarnición, naturalmente corrió hacia adelante para descubrir alguna huella de su acción. Era un hombre llamado Schwartz, no desconocido en su profesión, y lo que encontró fue a un hombre calvo con uniforme, pero con el rostro vendado con una especie de máscara hecha con su propio fajín militar. Al acercarse más pudo comprobar que sólo se podían ver los ojos abiertos del muerto, brillando rígidamente a la luz de la luna. La bala había atravesado el fajín y había penetrado en la mandíbula, ése es el motivo por el que había un agujero en el fajín. Aunque no correctamente, el joven Schwartz arrancó la misteriosa máscara de seda y la arrojó sobre la hierba, y luego reconoció a quién había disparado.

No podemos saber con certeza lo que ocurrió a continuación. Pero me inclino a creer que, después de todo, en aquel pequeño bosque se escenificó un cuento de hadas, tan horrible como lo requería la ocasión. Si la joven dama llamada Hedwig conocía previamente al soldado que salvó y eventualmente desposó, o si llegó allí casualmente *y* su intimidad

comenzó esa noche del accidente, es algo que probablemente no sabremos nunca. Pero supongo que podemos saber que esa Hedwig fue una heroína y que mereció casarse con un hombre que llegó a ser un héroe. Ella actuó con audacia y sabiduría. Persuadió al centinela para que regresase a su puesto, donde no había nada que le conectase con el desastre, allí no era más que uno más entre los cincuenta centinelas leales y obedientes de los alrededores. Ella permaneció con el cadáver y dio la alarma, y no había nada que la conectase con el desastre, pues ella no podía tener ninguna arma de fuego, se supone que eso era imposible.

—Bien —dijo el padre Brown levantándose alegremente—, espero que sean felices.

—¿Adonde va? —preguntó su amigo.

—Voy a echarle otro vistazo al retrato del chambelán, el Arnhold que traicionó a sus hermanos —respondió el sacerdote—. Me pregunto qué parte..., me pregunto si un hombre es menos traidor cuando lo es por partida doble.

Y se quedó rumiando largo tiempo ante el retrato de un hombre con el pelo blanco, cejas negras y una especie de sonrisa rosada que parecía contradecir la oscura advertencia en su mirada.